

VÍCTOR AMELA



El Cátaro imperfecto

«Un viaje de persecuciones, sueños, amores y traiciones»

Lectulandia

Año 1306: con su puñal de curva hoja, Belibasta mata. Huye al sur de los Pirineos. De Occitània a Morella. ¡De asesino a santón! Un Jesucristo junto a su Magdalena.

Unos creyentes, últimos cátaros ocultos en villas catalanas, aragonesas y valencianas. Un fiel y trashumante pastor de ovejas. Un inquisidor que ambiciona ser Papa. Un codicioso y astuto espía. Una viuda emancipada y envenenadora. ¡De la amistad a la traición! De un concubinato a un matrimonio forzado. Año 1321: de un viaje sacrificial a un parto. Y de un puñal a una piedra tallada...

Esta absorbente novela, basada en hechos y personajes rigurosamente históricos, reconstruye vida cotidiana, sueños y creencias de un puñado de herejes en los albores del siglo XIV. Tesoros y rebaños, moriscos y adivinos, rituales e inquisidores, judíos y templarios, canteros y burdeles se entrecruzan en los paisajes de una historia real. Lo espiritual y lo carnal confluyen en una trama de hace setecientos años en la que el amor dirá la última palabra...

De Occitània a Morella: la historia real de los últimos herejes del catarismo. Un impresionante homenaje a aquellos hombres y mujeres cuyo dogma se enfrentó con la iglesia católica hasta extinguirse en el siglo XIV.

Lectulandia

Víctor Amela

El cataro imperfecto

ePub r1.0

libra 09.07.13

Título original: *El cántaro imperfecto*

Víctor Amela, 2013

Editor digital: libra

ePub base r1.0

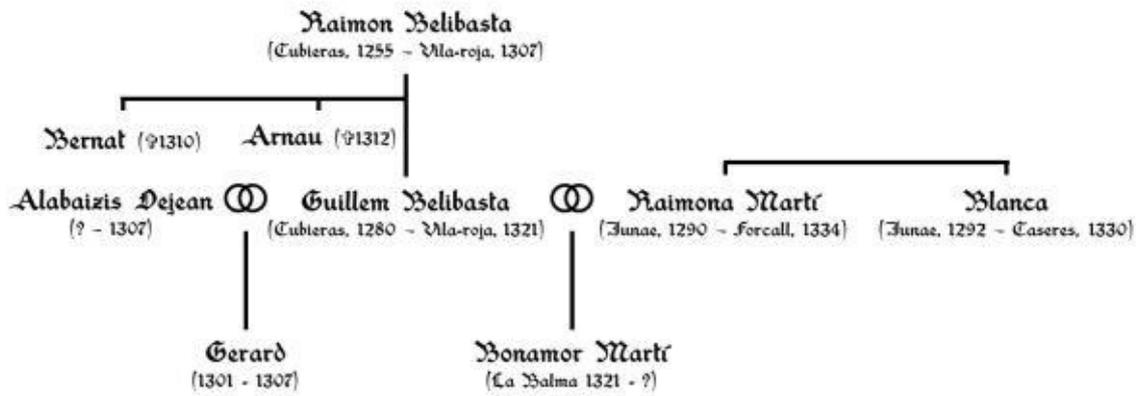
más libros en lectulandia.com

A Roser

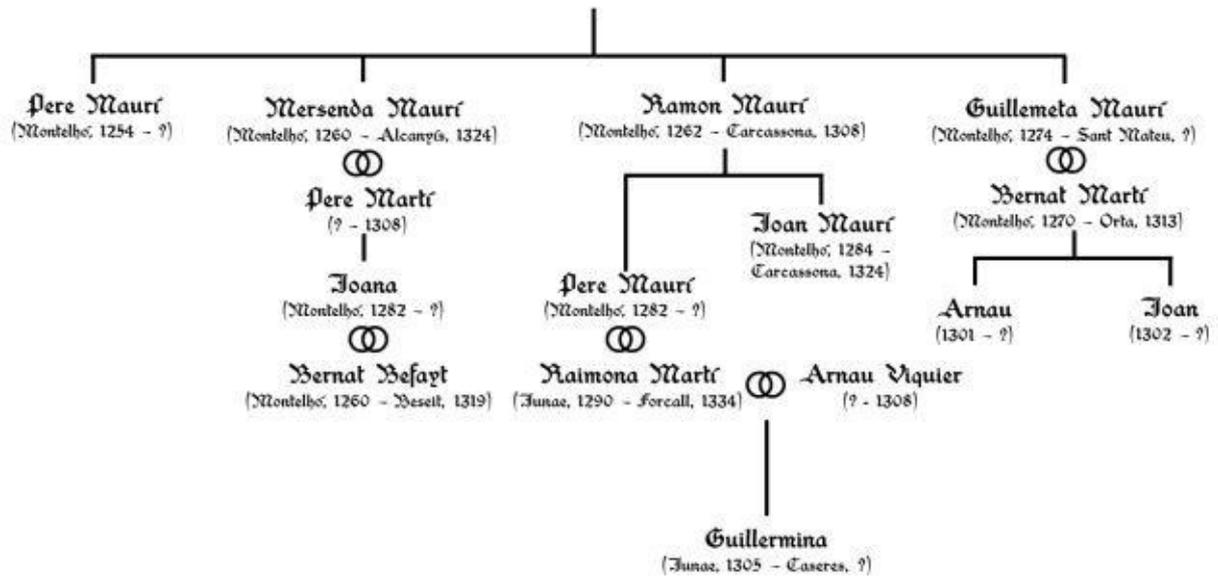
Soy y seré pastor: mi destino es vagar por
montes y valles, tener por todas partes compadres
y amigas que cambien... y hacer el bien a
todo hombre sin preguntarle en qué cree.

Pere Mauri (Monteló, 1282-?),
pastor pirenaico trashumante,
prosélito de Belibasta y hombre libre

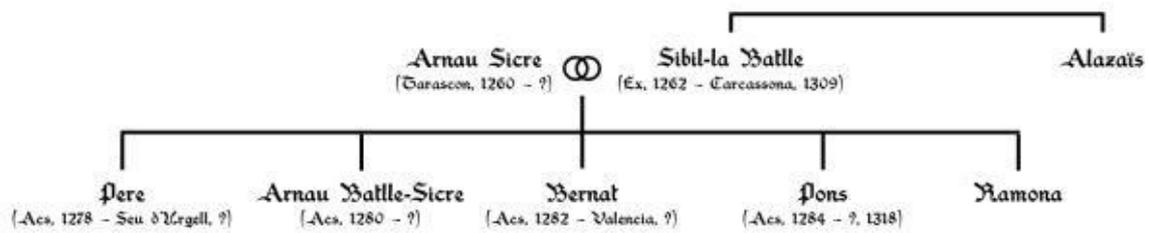
Los Belibasta



Los Maurí



Los Batlle-Sicre



Preámbulo

Antes de empezar (I): Holocausto en el siglo XIII

«¡Matadlos a todos, que Dios ya reconocerá a los suyos!», grazna el legado pontificio Arnau Amalric ante las murallas de Béziers. Le han preguntado los soldados cómo distinguirán a un hereje de un católico... Y ahora ya lo saben. Pasan a cuchillo a los veinte mil habitantes de la ciudad, incluidos viejos, mujeres y niños. Es el 22 de julio de 1209, primer día de la Cruzada del Papa contra los cristianos heréticos occitanos, y hay que dejar las cosas claras.

Siguen treinta y cinco años de espada y fuego en el País de Oc. Las belicosas huestes de Francia y el Papado arrasan ciudades y desmochan castillos, doblegan a los señores y aterrorizan al pueblo llano. La resistencia herética capitula el 16 de marzo de 1244: encadenados, doscientos quince herejes descienden del encumbrado póg de Montsegur, su baluarte último. Entran por su propio pie en la hoguera hombres y mujeres, sin perder la compostura.

La herejía maniquea, llamada luego albigense o cátara,^[1] es exterminada.

Aquel hermoso y pacífico país se atrajo el saqueo y la degollina a causa de su prosperidad material, refinamiento cultural y rebeldía: era refractario a pagar diezmos a Roma e impuestos a Francia. Y también a causa de sus veleidades espirituales: nobles y aldeanos habían desairado a la Iglesia romana con creencias y ritos que desafiaban a la ortodoxia católica.

Rudamente castigada, Occitània es engullida por el Reino de Francia, y sus parroquianos pacen ya en el redil del cristianismo oficial.

Aparentemente.

Antes de empezar (II): Resurgen los herejes

El viento del Pirineo ha esparcido hace mucho las cenizas de la Cruzada antialbigense. Han volado cincuenta y seis años desde el aplastamiento de la herejía. Corre ya el año 1300. Y entonces, allí, en las tierras más altas y recónditas de Occitània, en las escarpaduras del País de Foix, rebrota la herejía.

Dos hermanos cultos de Acs dels Tèrmes, Guillem y Pere Autier, tras una crisis de fe causada por la lectura de cierto libro santo, han viajado en 1296 a Lombardía, han contactado con grupúsculos cátaros supervivientes de la matanza de medio siglo antes y se han iniciado en los misterios de la espiritualidad dualista.

Han regresado a su Llenguadoc natal, y predicán. Su ejemplo de austeridad y entrega, su denuedo y carisma seducen a centenares de lugareños, que abrazan de

nuevo la herética fe de sus mayores. Los fieles son humildes e iletrados pastores, labradores, segadores, granjeros, leñadores, carpinteros, curtidores, pescadores, herreros, zapateros y tejedores, pero también pequeños propietarios de tierras y rebaños, hospederos, taberneros, buhoneros, comerciantes, notarios, algunos nobles... (¡y hasta algún clérigo!). ¡Cada vez más y más personas escuchan a esos predicadores santos, esos bons homes, buscan su bendición y les ruegan salven su alma!

Sus fieles llaman Parfaits (Perfectos) a estos predicadores de vida recta, conocedores del Bé, que heretican con verbo muy vivo de ostal en ostal, de casa en casa, donde se les hospeda y camufla. Estos bons cristians consuelan, ayudan, no cobran diezmos, no comen carne y evitan la cópula. Creen que Jesucristo es Dios, pero que el Papa y la jerarquía eclesiástica, los templos católicos y la Iglesia de Roma son hijos de Satán, que la misa es un engaño, que la hostia es mera harina y que adorar la cruz es aberrante: «¿Adorarías el árbol en que colgaron a tu padre?», preguntan. Repudian todos los sacramentos católicos —del bautismo al matrimonio, de la confesión a la extremaunción— y practican unos rituales sencillos que atraen y consuelan cada día a más y más adeptos...

Antes de empezar (III): El celo del inquisidor

Los hermanos Autier ordenan a más Perfectos. La epidemia cátara (así llamada más tarde) se extiende por villas y aldeas, campos y granjas. Roma se asusta, y la Inquisición toma cartas en el asunto. El 8 de septiembre de 1308, aprovechando una romería que reúne a toda la población, el inquisidor Geoffroy d'Ablis ¡arresta a todos los habitantes de la aldea de Montelhô mayores de catorce años! Más de doscientas personas. Ordena encarcelar entre los muros sombríos del castillo de Carcassona a más de sesenta sospechosos de herejía y abre docenas de procesos. Algunos encausados pagarán sus desviaciones con años de prisión a pan y agua, o con la confiscación de todos sus bienes, o con la obligación de exhibir en sus ropajes una o varias cruces de paño amarillo...

Pese a la persecución, la herejía pervive en el alto valle del Arieja, en las estribaciones pirenaicas. Enraizada en muchas casas —refugios de Perfectos y catecúmenos—, viaja también en el zurrón de escurridizos pastores que van y vienen. El obispo de Pàmies, Jacques Fournier, inquisidor sucesor de Geoffroy d'Ablis, toma el relevo con implacable eficacia: entre 1318 y 1325 encausa e interroga en su audiencia a ciento cuarenta y cuatro lugareños, por sospechosos de hereticar o como testigos de actividades heréticas. Fournier, investigador paciente, meticoloso y tenaz, envía a muchos a la hoguera. Su celo y perspicacia siembra el pánico en la región, pues casi todos tienen algún motivo para ser acusados...

Se disparan las delaciones —por rencillas, cobardía o interés—, propiciadas y fomentadas por el sagaz inquisidor Fournier, que incluso paga a espías y cazarrecompensas. Inquietos y asustados, muchos habitantes catarizantes del Sabartés —Montelhó, Acs dels Tèrmes, Quie, Tarascon...— ponen pies en polvorosa: saltan los Pirineos y se encaminan hacia el sur, siempre hacia el sur. Para salvar el pellejo, huyen por las alturas de Puymorens, cruzan la Cerdanya y el Cadí por Bagà, descienden el curso del río Segre por Lleida, se asientan en diversos rincones de los Condados Catalanes y de la pujante Corona de Aragón. Los más temerosos siguen hacia el sur, siempre hacia el sur... Algunos embarcarán hacia el Reino de Mallorca.

Siempre hacia el sur, superados los monasterios de Poblet y Santes Creus y las montañas de Siurana, Prades y Montblanc, un puñado de cátaros cruza el río Ebre y se interna en tierras apenas recién cristianizadas por Jaume I el Conqueridor, tierras de frontera con Al Ándalus. Un «far-west» sureño.

Al sur del Ebre catalán, la diáspora cántara se acomodará en Tortosa, Flix, Ascó, Camposines, Orta, Vall-de-roures, Caseres, Queretes, Beseit y Alcanyís, y también en el flamante Reino de Valencia, entre el llano del Sénia y el Maestrat templario de Peníscola, Càlig, Sant Mateu, Catí... Y, al fin, en la airosa Morella, la cimera ciudad real en las montañas ibéricas de la vieja Ilercavònia.

Antes de empezar (y IV): Morella, el último refugio

En el año 1314, la efervescente Morella se coloniza y fortifica, construye su basílica y su mercado bajo la protección del rey. En una de sus recoletas plazoletas se instala discretamente la última comunidad del éxodo cántaro. Son media docena de personas —la mayoría oriundas de Tarascon— agrupadas en torno a Guillem Belibasta, un Perfecto que llegaba por fin a «una tierra en la que nada había que temer». ¡Lo dirá precisamente quien le traicionará, Arnau Batlle-Sicre, espía pagado por Fournier para cazarle!

Nuestros cátaros morellanos viven como artesanos —zapateros, cesteros, tejedores— y pastores. Prudentemente, se hacen pasar por católicos. Van a misa, incluso. Residen en una plazoleta de Morella que guarda memoria de su presencia: ¡aún hoy es conocida como Plaça dels Tarrascons! Nadie en Morella conocía el origen de este nombre: esta novela lo desvela. De no haber sido traicionados, capturados y procesados, ¡nada hubiéramos sabido de esta última comunidad cántara en Morella!

Belibasta caerá en 1321 —aquí se relata cómo— y, desaparecido el líder, los miembros de su comunidad se ocultarán y dispersarán en los confines de las tierras catalanas, aragonesas y valencianas, perdiéndose su rastro en la noche de hace ahora siete siglos. Hasta hoy.

Tras liquidar el catarismo, Fournier será Papa: Benedicto XII. Podemos hoy consultar las actas de su Registro de Inquisición en los Archivos Vaticanos, cuyos impagables testimonios —¡en especial, el del extraordinario pastor Pere Mauri!— desvelan las peripecias y drama de los últimos cátaros. Desposeídos, perseguidos, desgajados de su pirenaico solar natal, fueron un puñado de mujeres y hombres que intentaron preservar y rehacer sus vidas en la Morella de hace setecientos años, en el «far west» de la Corona de Aragón, convencidos de conocer el secreto de la salvación del alma.

Esta novela quiere rescatar su historia...

I

Belibasta asesina (Vila-roja del Termenès, 1306)

Ha matado! ¡Ha matado a un hombre! Este día, el mismo en que cumple veintiséis años, Guillem Belibasta mata.

Ahora limpia el cuchillo sanguinolento en la hierba del prado. La misma hierba del campo en que pacen las ovejas del pastor Bartomeu Garnier, su víctima. Las ovejas pastan, como si nada hubiese pasado. El perro ladra y Belibasta le calza una patada en el costado, más por nervios que por temor a sus breves colmillos. El can gime y queda junto al cadáver de su exangüe amo, camina en círculos y olisquea la sangre que ya empapa el pasto.

Belibasta oculta su puñal en la faja y corre, corre de regreso a casa. No está contento. Siente la rara ligereza del alivio, el alivio de haberse quitado un peso de encima, pero advierte que otra pesadumbre se instala en su pecho: ¡ha matado, ha matado a un hombre! Y no se debe matar. No porque lo digan los curas, esos lobos corruptos y pestilentes que roban y abusan, que violan y matan, esos diablos que estrangularían a sus hijos bastardos por una prebenda o un vicio. No. No se debe matar porque es lo que le ha enseñado su padre, Ramon Belibasta, llamado *Bensenyat* por ser hombre decoroso y honrado. No se debe matar porque bien lo predicen los barbas Autier, los dos hermanos santos que desde hace ya seis años se dejan caer por la casa paterna, el *ostal* familiar de Cubieras, la villa natal de los Belibasta.

Su padre, el señor Ramon Belibasta, hombre leído, sensible, cultivado, amante del coloquio a la luz de las candelas, burgués que sienta a su mesa a personajes verbosos —¡hasta el mismísimo arzobispo de Narbona ha compartido velada alguna vez en la casa familiar!— que filosofan sobre lo divino y lo humano..., su padre, ¿qué pensará de esto? ¡Él, su hijo tercero, ha matado a un hombre! Belibasta aminora el paso cerca de la muralla, toma aire, se limpia con la manga el sudor de los labios, justo ahí donde luce una mancha vinosa. Es una mancha de nacimiento característica de algunos Belibasta, pues su padre también la luce, igual que él, en el mismo lugar sobre el labio superior. Belibasta se palpa el puñal oculto entre los pliegues de la faja. El filoso puñal, muy puntiagudo, curvo en su parte inferior, luce una inscripción en la hoja: «*Soch com cal cuan punchu fai mal.*»

Belibasta habría preferido no pinchar, no «hacer mal», pero ha tenido que apuñalar al muy idiota de Garnier, al muy bocazas, y dejarlo desangrarse en la hierba, por perro rabioso y más ladrador que el mil leches que ahora vela sus huérfanas ovejas.

II

La piedra de las palomas (Forcall, Ports de Morella, 1980)

Sonó el teléfono. Era mi padre. «Han encontrado algo curioso en la casa de Forcall», me dijo. La casa era un inmueble adquirido por mi padre en Forcall, el pueblo de mis antepasados Amela. Unos albañiles trabajan esos días dentro de la casa para redistribuir sus espacios y acondicionarla.

Forcall está en las montañas septentrionales del antiguo Reino de Valencia, en el interior de la requebrada provincia de Castelló. El pueblo se enclava en la confluencia de los ríos Caldes, Cantavella y Bergantes, el río que baja de Morella, trece kilómetros aguas arriba. Forcall fue el agreste y dulce pueblo de mis estíos de niñez, allá en los prístinos años sesenta. Yo era un niño de piso de ciudad, y aquella atmósfera rural me hechizó para siempre. Con los años, mi memoria vestiría de paraíso sus calles empedradas con cantos rodados de río en los que chasqueaban los cascos de los mulos camino del tros.

Aquel chasquido medieval me despertaba gratamente cada mañana. En Forcall viví un lustro de estíos medievales. Alpargatas de cáñamo, moscas y moras. Cuajada de leche de oveja recién traída por el pastor. Cornetín matutino del pregonero anunciando pescado de Peníscola y Vinaròs. Baños de río entre prehistóricos fósiles de caracoles como puños. Tormentas de verano retumbando en la Roca del Migdia. Correrías en las calles, amenizadas por las campanadas broncíneas de la iglesia. La casa que mi padre había comprado se levanta justo enfrente de ese campanario.

—¿Qué han encontrado?

—Al derruir una de las paredes, a los albañiles les ha salido una piedra muy grande, muy bonita...

—¿Bonita? ¿Por qué?

—Tiene unas figuras esculpidas.

—¿Qué dices? ¡Que no la tiren! ¡Que la guarden! Quiero verla.

Forcall es el pueblo en que nació mi abuelo paterno, Víctor Amela Ejarque, en 1888. En 1914, recién casado, emigró por necesidad con su esposa a Barcelona, donde murió en 1956, sin haber regresado jamás a su pueblo natal. Mi padre, que de adulto sí había rendido visita al pueblo, nos llevó a pasar algunos veranos allí. En los años setenta compró esa casita para acondicionarla y disponer de un rincón propio en el solar de sus mayores. Situada frente al lateral norte de la iglesia, donde se alzaron las primeras casas del poblamiento cristiano poco después de ser reconquistada por Jaume I a los musulmanes andalusíes, está en la calle Carme,

antiguamente llamada dels Unflats, por el aire señorial de varias casonas de piedra picada que la flanquean. Mi padre, al otro lado del teléfono, me tranquilizó.

—No te preocupes, ya le he dicho a mi primo Antonio Cervera que la vigile, que te gustará verla. Él va cada día a la casa para dirigir a los albañiles en la obra. Le he dicho: «Antonio, ¿no habrá aparecido en la pared también una olla con monedas de oro, eh? Ja, ja, ja...»



A tres horas de automóvil al suroeste de Barcelona, conduje hacia Forcall en cuanto pude. Atravesé el Ebre por Tortosa, seguí la costa hasta Vinaròs y ascendí desde los llanos del viejo Maestrat castellonense hasta las muelas y barrancos de los encrespados Ports de Morella. Me detuve en el santuario de la Virgen de Vallivana, como siempre hago para refrescarme antes de encarar el Port de Querol. Poco después de superados sus mil metros de altitud, tras cierta curva de la carretera, volvió a impresionarme la visión en el horizonte de la encumbrada y amurallada ciudad de Morella, recortado su memorable perfil cónico contra el cielo crepuscular.

Sentí el mismo estremecimiento que de niño, mezcla de asombro y veneración ante la presencia magnética de Morella. El mismo estremecimiento que debieron de sentir los clanes prehistóricos que la hollaron y que dejaron sus pinturas rupestres en un abrigo de un barranco vecino. Un estremecimiento quizá genético: mis antepasados Amela vivieron y murieron en la encastillada Morella desde el siglo XIV (¡que yo tenga documentado!) hasta que uno de ellos, Ramon Amela Querol, saltó a Forcall en 1794 y engendró a mi tatarabuelo. Mis células deben de reconocer algo familiar y salvífico en el perfil imponente de Morella, ciudad coronada por el castillo que fue del Cid y del rey Jaume I y ceñida por sus doradas murallas.

Avisté las murallas que abrazan y abrigan las calles de Morella y experimenté un cosquilleo reconocible: el placer ante algo más grande que uno, pero que promete entrañable hospitalidad. Un alborozo estético y emocional. Pero no me detuve. Esta vez tenía prisa. Dejé Morella en el retrovisor y recorrí la sinuosa carretera hasta Forcall. Aparqué el coche en la silenciosa plazoleta de la iglesia. Frente a la casa me esperaba el tío Cervera, con la llave en la mano.

Subimos a la primera planta. Depositada sobre el cemento del suelo aún por pavimentar, me esperaba la piedra. Ya había anochecido y la corriente eléctrica estaba cortada por las obras, de modo que iluminamos la piedra con sendas linternas. Un sillar prismático muy bien labrado, de medio metro de largo y casi dos palmos de ancho, por otro tanto de alto. Una obra de cantería fina, con dos figuras

esculpidas en altorrelieve que consiguieron abrirme la boca de admiración: eran dos hermosas palomas. Una paloma en el lado largo, otra en el lado corto, coincidiendo las puntas de sus respectivos picos sobre la arista del sillar, besándose. Dos palomas dándose el pico, posadas, serenas, con sus alas replegadas y las plumas primorosamente grabadas. Dos palomas que se besan. La luz oscilante de las linternas parecía darles vida al imprimir ilusión de movimiento a los volúmenes de sus cuerpos.

Por encima de las palomas sobresalía brevemente un reborde a modo de ménsula, preparado para soportar los sillares del edificio al que estuviera destinada la pieza. Por las proporciones y trazas de esta piedra prismática, estaba ante una obra de cantería medieval. Pero ¿qué hacía tan notable y añosa obra emparedada en un muro medianero de una casita sin historia, oculta a la vista de todos desde no se sabía cuándo?

Una piedra tan virtuosamente labrada tuvo que ser obrada para ser vista, tuvo que ser esculpida para ser dispuesta en la arista de un pórtico, a una altura y en un emplazamiento visibles. ¿Qué hacía emparedada, pues?

Su cantero la había culminado de modo impecable, pero ¿para qué ojos? El caso es que ahora me llegaba a mí desde el fondo de los siglos, sin vestigio de erosión, fuego ni daño alguno. Diríase que alguien había decidido emparedarla poco después de ser esculpida. ¿Por qué razón alguien habría hecho eso? ¿Y quién? ¿Y cuándo? ¿Y por qué, por qué, por qué?

Me lo preguntaba mientras deslizaba mi mirada del pico hasta la cola, de las patas hasta las plumas, maravillado por la armoniosa proporción de mi nuevo tesoro de piedra. En eso estaba cuando el tío Cervera extrajo del bolsillo del pantalón un objeto envuelto en una bolsita de plástico blanco.

—Mira, Víctor: también ha salido esto de la misma pared, en un hueco al lado de la piedra. ¿Quieres verlo?

—¿Qué es?

Lo veo como si viviese ahora aquel momento: el tío Antonio Cervera desdobra cuidadosamente la bolsita y me muestra el objeto que protege. Es una funda de cuero, de un cuero muy estropeado. Es una vaina de puñal de un palmo de longitud. ¡Con puñal dentro! El tío Cervera lo desenvaina con parsimonia, casi con respeto. Su punta es muy aguda, y levemente curvo su filo.

En uno de los lados de la hoja hay algo grabado. Son unas letras inscritas en el metal de la daga. Le pido permiso al tío Cervera para mirar más de cerca las letras. Costosamente, acabo por descifrarlas. Las letras formulan una advertencia: «Soch com cal cuan punchu fai mal.»

III

Un crimen necesario

(Vila-roja del Termenès, 1306)

Belibasta mata por el bien de su padre, por el bien de la familia, por el bien de la casa. Eso piensa él, convencido. Y por su propio bien, claro. Pero ahora no sabe si tendrá valor para contárselo a su padre. Su padre es un hombre muy recto. De otra época. Casi de la época en que los *bons homes* iluminaban la tierra occitana con sus bellos actos. Su padre se mira hoy en el espejo de los hermanos Guillem y Pere Autier, a los que venera, con los que comparte el pan y las oraciones, reflexiones teológicas y silencios. Los hermanos Autier son sabios y están recuperando la vieja sabiduría de los *bons homes*, aquellos buenos cristianos que los cruzados de Simó de Montfort asesinaron a sangre y fuego hace ya medio siglo...

Los hermanos Autier son dos de los conversadores esporádicos en la mesa y la bodega del padre de Belibasta, en el sótano de la casa familiar. Son los más estimados y respetados de sus visitantes porque peroran como ángeles y porque son concedores del *Bé*: es decir, ellos tienen la llave de la salvación del alma. ¡Ah, cuánto se alegra su padre de cobijarlos y escucharlos!

Al impetuoso Belibasta le maravillan también estos hermanos barbados, por la serenidad de su mirada, por sus sobrios ropajes y aires de profeta. A Belibasta le fascina el respeto que concitan estos Perfectos entre la gente con su sola presencia, sin más ornamento que dos manos para bendecir y palabras hondas. Belibasta las bebe con contenida admiración. Cuando no hay testigos incómodos, a los hermanos Autier se les recibe con tres genuflexiones, y ellos posan la palma de la mano en la frente del creyente. ¡Ah, cómo le gustaría a Belibasta ser respetado así! Por su padre y los amigos de su padre, por sus hermanos y los amigos de sus hermanos, por los vecinos de Cubieras y por todos los demás.

«Perfectos», los llaman, pues son las genuinas autoridades del cristianismo verdadero, y no del cristianismo falsario y mendaz de los clérigos de Roma. Guillem Belibasta sabe que los Perfectos Autier le reprocharían haber matado al maldito Garnier, ese rabioso y bocazas pastor de ovejas de Vila-roja del Termenès, ese catolicón beato a sueldo del arzobispo de Narbona, cuyos rebaños pastorea. Lo sabe y le pesa..., y a la vez no puede evitar pensar que para estos *bons homes* todo es demasiado simple: van y vienen con lo puesto, nada poseen y nada quieren más que un jergón para una noche y unas verduras que cenar. No tienen nada que perder, más que sus túnicas. Pero para él, para Guillem Belibasta, de veintiséis años, hombre fogoso y ambicioso, con esposa y un hijito, es más complicado: él tiene una herencia familiar que preservar y engrandecer, la casa del padre, y una granja, y cabezas de ganado y algunas fértiles tierras. Y ese miserable Garnier era una amenaza inminente

que se cernía sobre todo ese patrimonio.

Belibasta ha dejado yacente el cuerpo del pastor Garnier. No ha tenido la sangre fría de localizar un barranco, un pozo, una sima para arrojar el cadáver del desgraciado y hacerlo desaparecer para siempre. ¡No sería la primera vez! Alguna historia ha oído susurrar al respecto sobre cierto fraile mendicante, un perro del Señor que mereció su final tanto como Garnier, un cerdo al que dos buenos cristianos mataron y arrojaron a una sima, por deslenguado, pues les había amenazado con delatarlos como herejes. ¡Lo mismo que este patán de Bartomeu Garnier, lo mismo! Pero Belibasta no tiene tanto temple, no tiene un plan prefijado: sencillamente, sale al encuentro del pastor para parlamentar con él. Guillem Belibasta no se considera un asesino, pero al final no ve otra salida. Encuentra a Garnier con su rebaño bajo una encina, le interpela y le ruega que retenga su lengua...

Garnier se mofa. Ya se conocen de antes: Garnier pastoreó en el pasado algunas ovejas de la familia Belibasta. El pastor extravió una oveja, y aunque el padre de Belibasta quiso disculparle, él montó en cólera e insistió en descontarle sueldos. Por no desairar a su temperamental hijo, el padre calló y permitió la punición. Desde ese día, el pastor Bartomeu Garnier murmura contra los Belibasta por plazas, mesones, calles, caminos y prados:

—Estos herejes de los Belibasta, que escupen sobre la cruz, que hospedan en su casa a los pecadores piojosos Autier, atraerán la desgracia sobre todo el pueblo, nos perderán a todos. ¡Malditos herejes! Lo sabrá el señor arzobispo, se van a enterar estos herejes.

Guillem Belibasta sabe que el señor arzobispo de Narbona rendirá pronto visita al pueblo de Vila-roja del Termenès, donde vive Garnier. Y se teme lo peor. Le han soplado algo que le ha inquietado mucho: el pastor Garnier anda advirtiendo por ahí que tiene cita con el arzobispo para delatar a los Belibasta como herejes, para denunciarlos formalmente, para que se entere del tipo de gente que son, para que reciban su castigo en la tierra y en el infierno. Garnier quiere dañar a los Belibasta, castigarles. Y, de paso, hacerse grato a los ojos de la autoridad arzobispal, que también tiene cabezas de ganado que pastorear: ¡muchos beneficios le reportará demostrar su fidelidad a la Iglesia católica! Garnier habla siempre en favor del arzobispo en público, pues ya le ha empleado alguna vez como pastor.

Por eso Guillem Belibasta sale al campo. Por eso va en busca del pastor lenguaraz sin decir nada a nadie, ni a su padre, ni a sus hermanos, ni siquiera a su esposa, Aladaizis Dejean, que ella sí le ama y respeta y que le ha dado un hijito, el pequeño Gerard, de seis años, al que ambos adoran. Belibasta sale al campo a defender lo suyo, lo que un día tiene que ser para él y para su mujer y para su hijo. No puede soportar que un sucio católico romano que pastorea cuatro tiñosas ovejas vaya a perjudicarle tanto.

Por eso Belibasta sale al campo al atardecer, por eso habla con el pastor bajo la encina, por eso intenta que entre en razón, con suaves ruegos primero, irritado después. Pero el pastor se mofa de él y ya paladea su inminente delación, su ansiada venganza.

Por eso Belibasta saca el cuchillo de los pliegues de la faja. El cuchillo de hoja curva y afilada punta, el cuchillo que advierte: «*Soch com cal cuan punchu fai mal.*» Por eso mata.

No quiere matar..., pero no hay más remedio. Limpia el filo del cuchillo en la hierba, mira alrededor desconfiado y asustado, y corre.

No dejará de mirar alrededor el resto de su vida. No dejará de sentirse desconfiado y asustado el resto de su vida.

No dejará de correr el resto de sus días.

IV

Fugitivo y catecúmeno (por el Sabartés, 1306-1308)

El cadáver del pastor Garnier da mucho que hablar. Alguien cita el nombre de Guillem Belibasta. Alguien cree haber visto algo. Alguien recuerda riñas sonadas entre el fallecido pastor católico y el herético heredero de un hacendado de Cubieras.

A Belibasta se le busca ya por homicida. El arzobispo de Narbona se lo toma como asunto personal: considera como empleado y agente suyo al fallecido pastor Garnier. Se entera, además, de que iba a prestarle el impagable servicio de entregarle a ilustres herejes. ¡Los Belibasta! Al arzobispo, el asunto le incomoda y compromete: él mismo ha sido recibido y agasajado en el pasado en casa de los Belibasta...

El arzobispo de Narbona no quiere ahora que la mala fama de esta familia le salpique. Debe escarmentarla, que el castigo sea público y notorio. Que sea un aviso para todos. Y ordena la detención del padre de Belibasta, Ramon Belibasta, *el Bensenyat*. Y se promete capturar, juzgar, condenar y quemar en la hoguera a Guillem Belibasta, por asesino y, si puede ser, por hereje.

Guillem Belibasta escurre el bulto, se echa al campo. No le queda otra salida. No se considera un *bon home*, un creyente, por mucho que siente respeto y simpatía por estos hombres, tan queridos por su padre, que tan cercano se siente a sus enseñanzas. Aunque sí le placen los versos del trovador Peire Cardenal, que ha oído de un juglar: «Ni el milano ni el buitro olfatean antes la carne podrida que el clérigo y el predicador, que huelen donde está el rico y se hacen sus íntimos, y cuando es víctima de la enfermedad le fuerzan a hacer una donación que deja sin nada a la familia. Los franceses y los clérigos son famosos por hacer el mal, en lo que son habilidosos. Usureros y traidores, se reparten este siglo. Pues entre mentiras y trampas han puesto el mundo del revés.»

Pero no es nada fácil para Belibasta abandonar el calor del hogar, alejarse de su amada esposa Aladaizis y de su tierno hijito Gerard. ¡Ellos son su presente y su futuro, y ahora tiene que dejarlos atrás! Le sangra el corazón.

Belibasta se oculta. ¿A quién acudirá, quién le ayudará? Lo hará un amigo de su familia: el Perfecto Felip d'Alayrac, uno de los *sants homes* formados y ordenados por los muy venerables hermanos Autier. Así es como Belibasta se convierte en fugitivo, en doble fugitivo: está huyendo de la autoridad civil de Narbona (por su crimen de sangre) y de la autoridad eclesiástica de Carcassona (por sus compañías

heréticas).

Belibasta lleva ahora la vida semiclandestina de los ministros de la fe herética. ¡Él, que aspiraba a ser un hombre acomodado y respetado, un hombre de vida tranquila y confortable! Y ahora es un fugitivo. Un fugitivo acompañado. Se mueve junto a un Perfecto herético, un *bon home* ya sexagenario, un *bon cristià* de cabello cano, un *amic de Déu* itinerante, recto, paciente y bondadoso, un servicial y barbado salvador de almas que responde por Felip d'Alayrac.

Durante un par de años Guillem Belibasta y Felip d'Alayrac, sin separarse uno del otro, viven juntos, más de noche que de día. Comen y beben a escondidas, visitan casas de creyentes que los encubren y que ruegan al Perfecto que vele por la salud de sus almas. Y así es como Guillem Belibasta asiste a los rituales de su compañero Perfecto, y así es como oye predicar a D'Alayrac, y así es como aprende la doctrina de los buenos cristianos, día tras día:

—Todo en este mundo es fango corrompido, Guillem. Todo se pudre y perece, tú puedes verlo, cualquiera puede verlo. Tanta podredumbre, todo lo que vemos y tocamos, ¡es creación del Maligno! ¿Acaso Dios, el *Bé*, crearía criaturas que nacen entre sangre y mierda, que supuran inmundicias, que sufren, que enferman y mueren y se pudren? ¡No! ¡No!

—Pero Dios es el creador del cielo y de la tierra y de todas las bestias que lo pueblan, pontifica la Biblia de los curas: ¿está equivocada, entonces? —plantea Belibasta.

—El Dios del que hablan los curas, el Dios que creó todo este mundo corruptible, ¡es en verdad el Maligno! ¡Es Lucifer! El verdadero Padre Celestial no creó este mundo putrefacto ni interviene en él.

—¿El verdadero Dios se desentiende de nosotros? ¿Estamos desamparados?

—No, Guillem, porque puedes salvar tu alma mediante este conocimiento.

—¿Sí?

—Si mueres en el entendimiento y actúas en consecuencia, tu alma sabrá ascender hasta el Padre Celestial, que la acogerá. Para eso, lo primero es dejar de creer en los ritos falsarios de los curas, en sus sacramentos mendaces: ni el bautismo salva, ni la confesión, ni la comunión, ni el matrimonio valen nada, ni la extremaunción de los cuervos de los curas vale nada.

—¿Qué les sucede a los que siguen practicando los sacramentos de los curas católicos?

—Mueren en el pecado de la ignorancia, de modo que sus pobres almas no saben ascender al Padre Espiritual y se ven condenadas a seguir penando en esta tierra degenerada: se encarnan en otro cuerpo que nace, o en algún animal. Y así seguirán siempre, de cuerpo en cuerpo, hasta que tengan la fortuna de entrar en el cuerpo de

alguien que tenga *enteniment del Bé*.

—¿Y qué hago, monseñor, para alcanzar el *enteniment del Bé* y salvar mi alma?

—Si sigues a mi lado, Guillem, verás, oirás y entenderás.

V

El fin de una familia (Cubieras/Vila-roja del Termenès, 1307)

Ramon Guillot irrumpe en la casa de los Belibasta. Ramon Guillot es uno de los soldados del pelotón enviado por el arzobispo de Narbona para detener al patriarca de los Belibasta y al resto de su familia. Ramon Guillot y sus compañeros detienen al padre de Belibasta, y a la madre, y a alguno de sus seis hermanos (dos de ellos, Arnau y Bernat, no están en la casa y escapan a la detención), y también a su esposa, la bella Aladaizis Dejean, y a su hijo, el pequeño Gerard, de seis años, el único y adorado hijo de Guillem Belibasta.

Ramon Guillot y los demás soldados cierran y sellan la casa familiar, en Cubieras. Requisan la granja cercana, con todas sus cabezas de ganado, y también las tierras de la heredad. El soldado Ramon Guillot ha aprovechado para robar de la casa de los Belibasta unos paños bien bordados. Sus compañeros algo habrán robado también... Ramon Guillot ha colaborado este mismo año de 1307 en la detención de monjes templarios, el viernes 13 de octubre, por decreto del Rey. Es arriesgado, pero en estas operaciones siempre hay algo que rapiñar...

El arzobispo de Narbona quiere dar una lección a esta familia, y de paso quiere enviar a todos los parroquianos de la comarca el mensaje de que ya se acabaron los días de mirar hacia otro lado. Además, Guillem Belibasta ha ido demasiado lejos. ¡Matar a Garnier, un leal católico y empleado suyo! ¡Y para evitar una inquisición sobre la dudosa rectitud de esta familia! Se acabó.

El arzobispo interroga a Ramon Belibasta, el patriarca, del que no duda que es un hereje. El patriarca de los Belibasta niega herejía alguna. Se declara leal a la Iglesia de Roma. No quiere ser un héroe ni un mártir. Quiere recuperar su casa, su vida, ofrecerles un futuro a sus hijos y nietos. Ser aún más discreto de lo que ha sido hasta ahora, más cuidadoso en su trato con Perfectos y otros creyentes. Ha perdido ya a su hijo Guillem, perseguido por la justicia civil y eclesiástica, aunque confía en recuperarlo un día. Y para eso quiere volver a casa, recobrar sus propiedades y reanudar su vida de siempre. Por eso reniega de cualquier relación con la herejía.

Pero el arzobispo no está dispuesto a soltar a su presa. No. Quiere que el patriarca de los Belibasta confiese sus pecados y poder condenarle por cada uno de ellos. Quiere acabar con esta familia. Y, además, quiere saber qué personas han frecuentado la casa, para detenerlas y apremiarlas también a confesar. Y para eso tiene que conseguir que Ramon Belibasta hable. Y si el interrogatorio y la persuasión no bastan, tiene otros recursos. Puede someter a este hombre a tormento. Tiene látigos. Tiene el potro, que descoyunta brazos o piernas. Tiene hierros candentes y tiene tenazas y pinchos. Y jaulas en las que exponer al reo a la intemperie... Esta jaula es

un enrejado diabólico que obliga al reo a permanecer en una mortificante postura genuflexa. El arzobispo ordena encerrar al patriarca de los Belibasta en este hierro durante un tiempo, para que recapacite y sea más colaborador...



Los soldados han detectado la inquina del señor arzobispo contra esta familia. Por eso tratan sin delicadeza a la madre y a la esposa de Belibasta. Las tienen en una celda aparte, con el pequeño Gerard. Uno de los soldados, llamado Arteso, comenta a sus compañeros la lozanía de Aladaizis. ¡No siempre tienen presas tan apetitosas! Y son unas herejes, eso seguro. Arteso sonríe con perfidia y lujuria, y comenta en alta voz que Aladaizis debe de tener muchos demonios dentro..., y que él sabe cómo sacarle algunos. Arteso, sin perder la sonrisa, entra en la celda en compañía de otro soldado. Mientras este inmoviliza a la madre retorciéndole los brazos, Arteso derriba a Aladaizis, la abofetea, le alza las ropas, descubre sus muslos, la viola. Aladaizis llora y moquea. Arteso apesta a mugre rancia y a queso podrido.

Arteso termina e intercambia el puesto con su compañero, que viola también a Aladaizis. El pequeño Gerard llora en un rincón. Al salir de la celda, Arteso mira al niño, prorrumpe en una carcajada y le hace una promesa:

—No llores, pequeño, te prometo que la próxima vez que te vea... ¡jugaré contigo en vez de con tu madre!

Y ríe. Arteso mira a Aladaizis para comprobar el efecto de sus palabras. Aladaizis, anegada en lágrimas, mocos y babas, se lleva las manos a la cabeza, entre sollozos, embargada por la desesperación. La abuela se arrodilla junto a Aladaizis, para aliviarla. Arteso y el otro soldado ríen con más fuerza mientras salen de la celda y cierran la puerta.

Ramon Guillot llega para el relevo de la guardia. Le sorprende el escándalo, y pregunta.

—¿Qué ha pasado?

—Le hemos quitado los malos espíritus a esa hereje para facilitarle el trabajo al arzobispo.

Ramon Guillot entiende... Entra en la celda. Todo es llanto y desesperanza. Gimotean la madre de Belibasta, la esposa de Belibasta, el hijo de Belibasta. Ramon Guillot patea una rata que corretea junto al niño. Ramon Guillot ha matado y ha robado, sí, pero esto no le parece bien. No. Ofrece una escudilla con agua a estos presos. Habla con Aladaizis y entiende lo que pasará: Arteso volverá y violará al niño. Esto le subleva. Ramon Guillot saca de la celda a Aladaizis y al niño. Pide a la abuela que se quede, para facilitar la huida.

En el exterior el cielo está encapotado y llueve mansamente. Con la lluvia, las piedras del patio de armas se revisten de un brillo plateado. Ramon Guillot conoce una salida discreta del castillo del arzobispo, pero hay que bordear el patio de la fortaleza por lo alto, por uno de los muros de ronda. Y allí les sorprende el brutal Arteso. Guillot y Arteso se enfrentan, pelean.

—Ramon, Ramon, así que la quieres para ti solo, ¿eh, listo? Y veo que al niño también, ja, ja, ¡eres un egoísta! —ruge Arteso, sardónico.

Intercambian unos golpes hasta que, con la empuñadura de la espada, Arteso golpea la sien de Guillot, que queda tendido en el suelo, a punto de caer al vacío, al patio de armas. Arteso ríe, llama al resto de la guardia. Y se acerca a la horrorizada Aladaizis. La esposa de Belibasta no puede soportar que esas manos vuelvan a tocarla. Y se horroriza al pensar qué espantos deberá padecer su hijito si vuelven a la celda y quedan bajo la custodia de este cerdo. Aladaizis toma de la mano al pequeño Gerard, lo acerca a su cuerpo, y con un revuelo de faldas sube con él al muro. Arteso no tiene tiempo de reaccionar. Aladaizis salta al vacío, arrastra consigo al pequeño Gerard.



Esta noche, el arzobispo se encuentra con tres muertos en su castillo de Vila-roja del Termenès. El patriarca de los Belibasta no ha soportado el tormento de la jaula y el corazón se le ha detenido. Y, en el patio de armas, la lluvia diluye el charco de sangre que circunda los cadáveres de la bella Aladaizis y del pequeño Gerard, reventados contra el suelo mojado.

Es el fin de la familia Belibasta.

La viuda del patriarca, del *Bensenyat*, acabará vagando por las calles, desvariando y mendigando. Los hermanos de Belibasta, dispersos: Bernat fallecerá en el exilio de Puigcerdà en 1310, y Arnau será detenido y condenado por herejía en 1312.

VI

Consolament de repetición (Alt Arieja, 1307)

Belibasta aprende la doctrina junto al Perfecto Felip d'Alayrac. Entiende que solo una buena muerte, es decir, una muerte asistida por un Perfecto, puede salvar el alma. Solo un buen fin permite al alma volar hasta Dios, reunirse al fin con él, ¡salvarse para siempre! Tener cerca a un Perfecto como Felip d'Alayrac es una garantía.

—¡Que tengas un buen fin! —bendicen los Perfectos a los creyentes con que se topan, una bendición que condensa los mejores deseos para todo hombre y toda mujer *entenedors del Bé*.

Esta ceremonia de saludo y reverencia al Perfecto se llama *mellorer*. El buen creyente se arrodilla tres veces ante el Perfecto, que le impone la palma de la mano en la frente, le besa y le bendice: «Que tengas un buen fin.» Y un buen fin necesita de un Perfecto. Porque solo un Perfecto puede impartir el *consolament*, el ritual que evita al alma del difunto correr a otro vientre de hembra preñada para ocupar el cuerpo de otra criatura a punto de nacer, sea una oveja, un perro, un caballo, un hombre o una mujer.

Solo el *consolament* libera y salva al alma. Sin *consolament*, el alma se condena a seguir aquí, atrapada en la inmundicia del mundo, en este infierno del Maligno, en este reino de Lucifer, alejada del Padre.



Belibasta acompaña a D'Alayrac y presencia muchos *consolaments*. Ve salvar el alma de la señora Guillemeta Belot, vieja de Montelhó. Y del adolescente Guilhabert de Tarascon. Y de la joven Esclarmonda Clergue, de Acs. Y del patriarca Escaunier, también de Montelhó, de cuyo cadáver cortarán las mujeres de la familia mechones de cabello y esquiras de uñas: esos restos quedarán en la casa, enterrados bajo el suelo o emparedados tras una tabla, ¡todo para que la buena fortuna no abandone la casa familiar con la desaparición del patriarca!

Moribunda, la joven Esclarmonda Clergue yace en un lecho junto a la *foganha*, el fuego del hogar de la casa de Acs, en la cocina (lo habitual durante los meses fríos). Si no hay fuego encendido, la luz de una vela rompe la penumbra de la estancia, pero ahora está encendido y caliente. D'Alayrac coloca su personal libro de oraciones bajo

la cabeza o sobre el pecho de la enferma, así:

—¡Tú perdona a todos los que te hayan ofendido, que yo me ocupo de remitir tus pecados a la parte divina en la que tengo poder! —indica Felip d'Alayrac a la moribunda Esclarmonda.

Y se inclina sobre su rostro y musita ciertas oraciones siempre inaudibles para los testigos presentes, susurros que son bálsamo para el alma del agonizante. Y el Perfecto impone sus manos sobre su cara, su cuello, su pecho. No llega a palpar..., pero quizá sea por este gesto sobre el cuello por lo que ha corrido la maledicencia de que el Perfecto estrangula al enfermo para precipitar piadosamente su final...

Belibasta sabe que esta intervención del Perfecto consigue que su alma vuele hacia Dios, salvada para siempre..., a menos que coma algo. En tal caso, el *consolament* pierde su eficacia, no sirve para nada.

La ceremonia del *consolament* es siempre una apuesta peligrosa para la familia del moribundo: ¡puede ser delatada por algún vecino! Y, tras la delación, ser detenidos sus miembros, interrogados por el inquisidor, castigados con la demolición de la casa y la expropiación y venta de todos los bienes muebles, tierras y animales. Solicitar un *consolament*, pues, puede suponer quedarse en la mísera calle. Pero ¡todo riesgo es poco con tal de salvar un alma!

El ritual solo es válido si el *consolado* deja de ingerir alimento sólido alguno a partir de ese ritual. ¡Es la *endura*, un postrer ayuno salvífico! En la *endura* solo se puede beber agua. No se debe comer (ni tocar piel de mujer). Pero la joven moribunda Esclarmonda Clergue se repone, pide algo para comer. Su madre, llorosa, no logra resistirse y le acerca a los labios un caldo caliente de tocino: ¡infringe la *endura*!

—¡Madre, madre! ¿Qué haces? ¡Actúas contra los intereses del alma de Esclarmonda! —se lamenta y entristece el hermano de Esclarmonda.

Pero la joven enferma sorbe el caldo y parece que regresa a la vida. ¡Cuánto se alegra su madre! Sin embargo, la joven recae al día siguiente, languidece, agoniza. La madre se siente culpable de haber condenado el alma de su hija... y corre a buscar otra vez al Perfecto D'Alayrac. Le ruega que salve el alma de su hija definitivamente. Y D'Alayrac accede y oficia de nuevo el *consolament*. Esclarmonda no pedirá comer nada esta vez. Y morirá dos días después, nadie sabe si de pura debilidad o por la convicción de su fe.

La familia agradece los santos servicios de D'Alayrac con una jarrita de aceite y unos vellones de lana.

Al salir de casa de la madre de Esclarmonda, Belibasta y D'Alayrac deciden pasar la noche en casa de otro creyente en Acs dels Tèrmes, llamado Pere Vital, arriero de frutas y hortalizas. El arriero los recibe y se descubre, deposita en el suelo su sombrero y se arrodilla ante ellos:

—¡Buenos cristianos, rogad a Dios por nuestro buen fin! —saluda.

Belibasta se congratula de que el mulero, genuflexo, le tome a él también por un Perfecto.

—¡Que Dios te conduzca a un buen fin! —responde D'Alayrac, y Belibasta se sorprende pronunciando esas mismas palabras a la par que el Perfecto.

Pere se levanta y besa a D'Alayrac en los hombros, y luego a Belibasta. Es el ritual del *mellorer*, saludo y reconocimiento entre creyentes y Perfectos.

Cenan y pernoctan en la humilde casa del mulero Vital. Hay preparado un jergón en la cocina. Tras una sobremesa de charla hereticante con Vital, D'Alayrac y Belibasta se despojan de capuchas, mantos y túnicas y comparten lecho, después de las preceptivas oraciones.

Belibasta apaga la llama de la vela pinzándola con los dedos. Es un pequeño gesto que le gusta, un mínimo dominio sobre el fuego, sin siquiera pensar que es el fuego purificador que la autoridad le tiene designado. En la oscuridad, Belibasta reflexiona sobre su existencia pasada y presente, sobre su errante vida actual.

No tiene todavía conciencia de hasta qué punto todos los amarres con su vida anterior han quedado cercenados para siempre, irremediabilmente. Pero lo sabrá muy pronto.

VII

Monteló cae (Alt Arieja, 1308)

Todos los habitantes de la aldea de Monteló son detenidos. ¡Todos! El 8 de septiembre de 1308, día de romería, los soldados del inquisidor de Carcassona, Geoffroy d'Ablis, rodean la humilde aldea de Monteló, en el Alt Arieja, señalada por la herejía desde hace tiempo.

Los soldados arrasan las casas más sospechosas, y hay algunas escaramuzas sangrientas que dejan cadáveres por las calles. Dominada la situación, los soldados detienen a todos los montalienses. ¡Son unos doscientos! Los detienen y los conducen a las mazmorras de Carcassona. Uno a uno, son presentados al inquisidor D'Ablis, que los interroga con parsimonia.

En el pueblo montañés de Monteló han quedado solo los niños menores de catorce años, huérfanos de todo cuidado, que vagan por las calles desiertas como almas en pena.

Algunos montalienses ágiles o advertidos han conseguido huir, han escapado por pelos hacia el bosque, montaña arriba. Así la resuelta Guillemeta Mauri y su marido leñador. También su hermana Mersenda, junto a su hija Joana. Y también su sobrino Pere Mauri, despierto y fibroso pastor de ovejas, con su hermano Joan. Y también algunos otros pastores, como Guillem Maurs, Ramon Isaura, Pere Meseguer...



Al frente de los soldados del inquisidor se hallan el jurista Pere de Luzenac y Jacques de Polignac, carcelero de Carcassona, así como Arnau Sicre, notario y castellano de Tarascon d'Arieja. Este Arnau Sicre es un competente jurista, un cumplidor católico, un hombre de orden... y un marido muy desventurado: su esposa, Sibil·la Batlle, convertida en febril devota dels *bons homes*, ¡le ha expulsado de casa! La casa conyugal de Acs dels Tèrmes en la que vivían como esposos, ya no es su casa: ella le ha repudiado porque él se resiste a venerar a los *bons cristians*. Sibil·la expulsa a Arnau Sicre, le aparta de su lado, le echa a la calle. Y se reparten los hijos. Arnau Sicre, instalado en el vecino Tarascon, aguas abajo del río Arieja, se queda con los hijos Arnau y Pere, de siete y ocho años, a los que educa escrupulosamente en el más ortodoxo catolicismo romano.

Sibil·la, en cambio, educa a sus hijos más pequeños en la casa de Acs, un bullente foro de actividades heréticas. Sibil·la Batlle, antes esposa de Sicre, la vehemente cántara de Acs, se ordena Perfecta. Es una mujer pasional, sumamente activa y altiva, sin miedo a nada ni a nadie. Su fe hirviente puede con todo y además no la disimula. Con los años, uno de los hijos que ella educa, Pons Batlle, acabará también siendo Perfecto, uno de los últimos Perfectos. Y, también con los años, su otro hijo, Arnau, el que se ha criado en el vecino Tarascon con el padre repudiado, se convertirá en el peor enemigo de los últimos herejes de la diáspora.

Pero ahora, en 1308, es el notario Arnau Sicre quien levanta acta de todo lo sucedido en la toma de la aldea occitana de Montelhó. Y la noticia de la caída de Montelhó recorre las montañas. En esos días, Belibasta y D'Alayrac caminan por las alturas del País de Alion, la región de Montelhó. Se han detenido en una barraca de pastor. Un grupo de pastores descansa allí.



Así conoce Belibasta al pastor Pere Mauri, de Montelhó. En la montaña, fugitivos ambos. Pere Mauri tiene ahora veinticinco años, dos menos que Belibasta, pero es de osamenta más recia y musculatura más firme. Tiene la mirada traviesa y muy llamativa, porque le brilla un ojo castaño y el otro verde. Pere Mauri goza de una mente muy despejada y de un estado de ánimo muy alegre en toda circunstancia: tiene el talento de paladear todo lo que sucede a su alrededor, sea bueno o malo. «Lo que sucede, conviene», dice a menudo. Se cubre con una pelliza de piel de sus corderos, y sus pies son ligeros y sus piernas jamás se fatigan. Y es miembro resuelto de la secta, aunque menos por convicciones teológicas que por un sentido de pertenencia y respeto, si creemos sus propias palabras: «Soy buen cristiano porque así lo aprendí de mi padre.»

—Bendíceme, buen cristiano —ruega el pastor Pere Mauri, que reconoce a D'Alayrac como Perfecto, pues le ha visto algunas veces por Montelhó y ha saludado a su padre en la casa familiar, una de las de la plaza del pueblo.

—Que tengas un buen fin —le bendice el Perfecto, que recibe luego tres besos del pastor.

Pere Mauri está con su hermano Joan Mauri y con Guillem Maurs, huidos todos de Montelhó. Así se enteran Belibasta y D'Alayrac de lo que está haciendo el inquisidor de Carcassona en la aldea montañesa de Montelhó. Así saben que su tenaza muerde a las gentes del condado de Foix sospechosas de heretizar. Hay

muertes en hoguera, hay demolición de casas familiares, hay expropiaciones de bienes.

Se extiende y crece el miedo a ser delatado, detenido y encarcelado. Trabajar como pastor es un buen modo de desaparecer y sobrevivir, al menos durante una temporada...

Así se enteran Belibasta y D'Alayrac de que algunos montalienses, tras ser interrogados, están regresando al pueblo: por sus faltas, algunos tienen que lucir cruces de fieltro amarillo en la ropa. Otros siguen encerrados a pan y agua en el Muro de Carcassona. A muchos les confiscan la casa, el ganado y la tierra, de modo que quedan en la miseria, sin recursos propios para subsistir, condenados al vagabundeo y la limosna.

Todo esto lo relata Pere Mauri, que parece tener ojos y oídos en todos los rincones del país.

Y Belibasta intuye que necesita de los ojos y los oídos del pastor Pere Mauri.

VIII

Ordenado perfecto (Rabastens, 1309)

Guillem Belibasta escucha al pastor Pere Mauri relatar la desgracia de los habitantes de Montelhó en las garras de la Inquisición. Eso le hace pensar en sí mismo, en su itinerante vida actual, en su padre hereticante, en su madre y hermanos, en su casa paterna de Cubieras, y también en su bella esposa Aladaizis y en su hijito Gerard, de los que nada sabe desde hace demasiado tiempo. ¡Lleva casi tres años viviendo como un fugitivo! Y hace meses que no osa acercarse a los suyos, por no comprometerlos. Tiene ganas de saber de ellos. Aunque no pueda darles un abrazo, aunque no pueda llorar con ellos por la tranquilidad perdida y el futuro desgarrado. Escucha a Pere Mauri, y Belibasta se inquieta: un sombrío presentimiento le atenaza.

El pastor Pere Mauri se le ofrece para contactar con sus familiares. Siempre con algún rebaño arriba y abajo, nadie en el país conoce más pasos y caminos, y nadie trata a tanta gente. Pere Mauri conoce a mujeres y hombres en todos los pueblos, aldeas y ciudades, y tiene amigos hasta en el infierno, porque es afable, despreocupado, cordial y desprendido con todos.

Así es como Pere Mauri contacta, cerca de Cubieras, con un pariente de los Belibasta... Y así se entera del desdichado destino de la familia de Belibasta. A Pere Mauri se le encoge el corazón y se le humedecen los ojos, uno de cada color... Al día siguiente tiene previsto reencontrarse con Guillem Belibasta, y le estremece pensar lo que tendrá que explicarle: su padre, detenido, encarcelado y muerto de debilidad y espanto en una jaula mortificante; su madre, convertida en harapienta limosnara; su esposa, violada por un soldado del arzobispo, ha saltado al vacío con su hijito en brazos...



Pocos días después de haber compartido fogata y charla en las alturas pirenaicas cercanas a Montelhó, Pere Mauri se reencuentra con Belibasta y D'Alayrac en la cava oscura de una apartada casa de campo. Pere Mauri no sabe cómo contarle a Belibasta el horrible fin de su familia. Por fin encuentra las palabras, y el pastor se apiada tiernamente de Belibasta al verle llorar como un niño, caído en el suelo... De nuevo se le empañan los ojos. Felip d'Alayrac también gime, pero se repone para abrazar a un Belibasta encogido sobre sí mismo, como un embrión, como un no nacido.

Belibasta ya no tiene familia. Y los esbirros de la Inquisición le persiguen para juzgarle, condenarle y quemarle. Se siente frágil. Solo tiene al Perfecto D'Alayrac. Y al bueno de Pere Mauri. Belibasta siente ahora que quiere intentar ser como D'Alayrac, superar sus pulsiones. Y le pide un favor a Pere Mauri:

—Pere, voy a cambiar de vida y hay algo que ya no quiero llevar más tiempo conmigo. ¡Toma!

—¿Es su puñal, señor?

—Te pido que lo tengas tú y lo uses para lo que creas menester. Si alguna vez te pido que me lo devuelvas..., pregúntame para qué lo quiero y resístete.

«*Soch com cal cuan punchu fai mal*», lee Mauri en la hoja del puñal, muy afilada y curva. Pere Mauri, sin preguntar más, entiende que este puñal está manchado con la sangre del pastor al que Belibasta mató en Vila-roja del Termenès.

Belibasta, por su parte, se da plena cuenta de que, tras casi tres años de vagar, esta vida errabunda es ya su verdadera vida, su única vida, que no hay vuelta atrás.

—Felip, ¿qué debo hacer para ser ordenado Perfecto?

Belibasta quiere emular a D'Alayrac. Las indicaciones de Felip d'Alayrac son claras, y Belibasta adopta las normas del Perfecto:

Ayuno de tres días por semana.

Los demás días, nada de comer carne, excepto reptiles.

No matar a animal alguno.

Usar su propio cazo para guisar y comer sus propios alimentos, el mejor modo de evitar trazas de carne de otras ollas y cazuelas.

No acoplarse con mujer alguna.



Belibasta está decidido: quiere ser ordenado Perfecto por el anciano Felip d'Alayrac, y bajo su guía se inicia en la austera y estricta vida dels *sants homes*: prohibido mentir, prohibido jurar, prohibido robar, prohibido matar, prohibido fornicar. Es decir, todo lo contrario de lo que hacen los impíos curas católicos, los clérigos de la corrupta Iglesia romana.

Para completar su formación, Belibasta se enclaustra durante algunos meses en una casa de Rabastens conseguida por la emprendedora Guillemeta Mauri, huida de Montelhó, la muy resuelta y laboriosa tía de Pere Mauri. Allí Belibasta recibe la instrucción de D'Alayrac, la iniciación necesaria, las oraciones secretas. Y es

ordenado Perfecto.

Poco después, D'Alayrac y Belibasta, dos Perfectos ya, caminan juntos, predicando. En la Cuaresma de 1309, Belibasta y D'Alayrac imparten el *consolament* a un enfermo. Un vecino los ve entrar en la casa, sospecha lo que sucede y los delata. Al salir de la casa del creyente, los Perfectos D'Alayrac y Belibasta son detenidos. Y dan con sus huesos en el terrible Muro de Carcassona, mazmorra de los reos de la Santa Inquisición.

IX

El tesoro (Montsegur, 1309)

Pere Mauri se separa de sus compañeros y se aleja del curso del Arieja. Han decidido dispersarse por un tiempo. El pastor asciende desde la ribera derecha, entre Foix y Mirepoix, y se interna con sus ovejas en el País de Alion. Sus ovejas son su vida y su sustento, se siente uno con ellas. Traspasa el collado del Tremblement, y entiende el porqué de su nombre: desde ahí avista los picos encantados de los montes Tábor, Soularac, Montsegur... Y experimenta el estremecimiento, conocedor de las leyendas acerca de estos parajes formados por gigantes de remotos tiempos. Pero rápido se sacude leyendas y estremecimiento con una sonrisa: desde esta altura se siente rey del mundo, de un mundo muy hermoso, esmeraldino. Y su vista queda fija en el pico de Montsegur...

¡Montsegur! Y vuelve a estremecerse. No hay monte que parezca más sobrenatural que Montsegur, un cono casi perfecto que se alza vertiginoso desde su base en delirante espiral hacia el cielo. Y en su cresta, acariciando ese cielo, los muros del castillo. El castillo que ordenó erigir hace un siglo la santísima Esclarmonda de Foix, luz clara del mundo, dama por excelencia de trovadores y *bons cristians*, hereje preclara y luminosa. Mauri contempla los muros del castillo que han visto la tragedia más sangrienta de la historia, los muros que albergaron a los últimos Perfectos de la generación de sus bisabuelos. En ese castillo resistieron los mejores buenos cristianos que vio la tierra, *bons homes* y *bones dones* asediados por los soldados del Rey y del Papa. En esos muros, antes de morir, emparedaron figuritas de barro cocido con forma de paloma: la paloma, símbolo de la ascensión del alma al Padre Celestial ¡de la salvación del alma!

Muros alineados para cada solsticio, cada equinoccio y cada orto del sol en los doce signos del zodiaco. Mauri no sabe de esto, pero sí sabe que los Perfectos y Perfectas de la época de sus bisabuelos acabaron por entregarse: descendieron cantando himnos y entraron por su propio pie en las hogueras que los cruzados les tenían dispuestas en la falda de la montaña, en el Camp dels Cremats. También le han contado que la Perfecta Esclarmonda de Perella, al expirar en la hoguera, tomó forma de paloma... Y todavía se posa, a veces, en los muros de Montsegur...

Pere Mauri conoce también la leyenda del tesoro de los últimos herejes, escamoteado a los cruzados en el último momento del asedio. Le han relatado la historia su padre y su abuelo, buenos cristianos, en largas noches de invierno junto al fuego, en la casa familiar de Montelhó, ahora cerrada por la nueva persecución. Le

contaron que Pere y Mateu Bonet abandonaron el castillo con unos bultos repletos de piedras preciosas y monedas, semanas antes de las hogueras. Y luego, mientras ardían los Perfectos voluntariamente y así tenían entretenidos a los soldados con sus piras..., otras cuatro sombras —Amiel Aicard, Hugo, Pictavin y otro— se descolgaban con cuerdas por la vertiginosa pared oeste del monte y ponían a salvo una manta anudada en forma de hatillo: otro tesoro..., pero no ya de monedas. ¿De qué? ¿Objetos? ¿Reliquias? ¿Viejas escrituras? Mauri no lo sabe. Quizá los Perfectos sí lo sepan, ¡seguro que los muy santos y sabios hermanos Autier lo saben! Al cabo, nacieron en Montsegur...

Mauri atraviesa un bosque por sus alturas, y las ovejas se solazan con la abundante hierba. El pastor se solaza también con el sosiego del lugar, se reclina sobre la hierba..., y se adormece.



Le despierta un sueño. Ha visto fuego, palomas bebiendo en una copa de ágata llena de sangre, palomas que se besan en el pico y que luego alzan el vuelo con alas en llamas, entre una lluvia de monedas de oro... Ha visto una cueva con las calaveras reseca de Perfectos muertos en *endura*... Se despierta, se pone en pie, reúne a sus ovejas. Falta una. Deja el rebaño al cuidado de su perro, al que riñe por esa oveja extraviada. Se aleja en su busca, hacia un risco. Ve excrementos frescos. Algo más arriba vislumbra otros, y el pastor Pere Mauri, de piernas ágiles y fuertes, trepa, pisa piedras y aplasta matas. Oye el balido. La oveja. Cerca. Aprieta el paso, pendiente arriba..., y el pie se le hunde en el suelo al pisar un arbusto.

El pie queda aprisionado. No puede seguir. Se sienta sobre el otro pie, arranca matas, levanta piedras... Tiene que mover un gran pedrusco para liberarse... Y entonces ve el agujero. Un agujero oscuro, que se ensancha bajo tierra.

El pastor Pere Mauri encuentra la boca de una cueva, se escurre dentro. Es pequeña, no como esas cuevas catedralicias de Lombrives, de la Ermite, del Grand Père, no como esas grutas fortificadas de Bouan, Ussat, Ormolac, con múltiples salidas y lagos subterráneos en las que se ocultaron algunos creyentes temerosos tras la caída de Montsegur... No, esta es una cueva pequeñita. Apenas cabe una persona. Pero en el fondo hay algo. ¿Qué es? Una forma semiesférica. ¿Una olla? Pere Mauri toma el objeto, lo saca al exterior. Sí, es una olla de barro envuelta en trapos podridos, deshechos... Pesa. ¡Pesa mucho! La boca de la olla insinúa lo que encierra, pero cuesta meter la mano dentro. El pastor Pere Mauri empuña una piedra y casca el barro cocido de la olla. Las monedas se desparraman sobre la hierba. Monedas. Monedas de oro, monedas de plata, monedas de hace ahora medio siglo. Un tesoro.



La oveja perdida bala a su lado, tranquila. Mordisquea la hierba junto a su pastor. Esta oveja extraviada ha conducido al pastor Pere Mauri a un tesoro. ¡Un tesoro! Pere Mauri no duda: ha dado con una parte del tesoro de los herejes de Montsegur, aquella parte que primero hicieron sacar del castillo los últimos Perfectos, el hatillo con las monedas y gemas. El pastor Pere Mauri se arrodilla y reza. Siente ascender las lágrimas desde su pecho hasta sus ojos, y llora. Lloro con el corazón por los últimos Perfectos sacrificados, y también por su familia. No se habrán sacrificado en vano: el pastor Pere Mauri sabe qué hacer con estas monedas, sabe qué hacer por los últimos Perfectos de su tiempo, también ahora perseguidos, detenidos, también quemados en hogueras y sacrificados.

Toma dos puñados de monedas y las guarda en su zurrón. Sabe a qué las dedicará. Favorecerá con ellas a los buenos cristianos, a los *bons homes*. Estas monedas no serán para él, porque él ya tiene lo que necesita: sus lunas y sus soles, sus pastos y sus montañas, sus ovejas y su vida libre y alegre de pastor. No necesita nada. Pero ahora sus mayores le han enviado los recursos para ayudar a los buenos hombres y buenas mujeres de su tiempo que lo necesiten.

Pere Mauri vuelve a esconder el resto de las monedas en esa cueva, cuya entrada tapa y oculta. Y por eso el pastor Pere Mauri no dejará de regresar con sus ovejas, verano tras verano, a sus adoradas cumbres pirenaicas.

X

Del Muro al exilio (1309-1310)

La sola mención del Muro de Carcassona aterroriza. El Muro es como llaman a las mazmorras de esa ciudad-fortaleza tan reciamente amurallada. Ahí esperan los sospechosos de herejía a ser interrogados por el obispo e inquisidor. Citado por el inquisidor, el viejo Bernat de Junac pasa allí ocho días. Tras interrogarlo, el inquisidor le permite volver a Junac, su pueblo. Con una condición: a cambio debe enviar a sus hijos a Carcassona. ¡El ávido inquisidor aspira a mejores piezas que el viejo Bernat! Los hijos ven regresar a su padre, le abrazan y tranquilizan antes de partir. Parten, y el padre enferma y muere de pena y vergüenza. Una de tantas historias de humillación...

Felip d'Alayrac y Guillem Belibasta, Perfectos de la herética pravedad, están presos en el Muro en la Cuaresma del año 1309. Saben que, delatados y reconocidos por múltiples testigos, su futuro es muy negro. Es un futuro con forma de hoguera. O, casi peor, de grilletes en los tobillos, a pan y agua en el Muro hasta la consunción y la muerte.

Están encerrados en el Muro, y fuera, en una plaza de Carcassona, queman en una hoguera a la señora Sibil·la Batlle, de Acs dels Tèrmes, pues se ha negado a abjurar de su fe. Todas sus propiedades han quedado requisadas por la Inquisición. Uno de sus hijos, el Perfecto Pons Batlle, huye del país. Otro de sus hijos, Arnau Batlle-Sicre, maldice a su madre hereje, que le echó de casa a él y a su padre...



En la mazmorra del Muro, de suelo negro y húmedo, fangoso y viscoso, el viejo Felip d'Alayrac, de más de sesenta años, está más sosegado que Guillem Belibasta, a la sazón a punto de cumplir los treinta. D'Alayrac ya ve acabada y justificada su vida, durante diez años dedicada a salvar almas. Pero Guillem Belibasta, en cambio, no piensa resignarse a un final que otro ha escrito. Belibasta confía en fugarse.

Fuera, el animoso pastor Pere Mauri se dispone al rescate. Belibasta y D'Alayrac son sus queridos Perfectos, los hombres santos que velan por la salud de su alma. Los sacará del Muro como sea. A Pere Mauri, pastor intrépido de los pastos altos del Arieja, no le gusta nada quedarse quieto: siempre prefiere moverse, actuar. Su mirada castaña y verde recorre almenas y barbacas. Sabe que los muros de las mazmorras se cimientan en roca viva, que es imposible horadar un túnel subterráneo. Sabe que los muros tienen dos metros de espesor: descarta la opción de abrir una brecha. Sabe

que las angostas aspilleras de respiración, a cuatro metros de altura del suelo de la sombría y húmeda mazmorra, no permiten la fuga. Pero Pere Mauri empuña un arma: su don de gentes, su simpatía natural, su gran talento para hacer amigos. Y alguna que otra moneda... Mauri conoce a uno de los carceleros, habla con él, le adelanta una oveja, unos sueldos..., y la promesa de algunos más.

La sogá tiene nudos y ocho metros de longitud: salva la altura desde la única abertura de la techumbre hasta el suelo de la mazmorra. Así trepan D'Alayrac y Belibasta. Una vez arriba, el carcelero les susurra por dónde deben escabullirse para reunirse con Pere Mauri en una calleja de Carcassona. Al encontrarse, el bueno del pastor se arrodilla y les besa tres veces.

Es noche sin luna y la ciudad amurallada está cerrada a cal y canto, pero Pere Mauri conoce una recóndita gatera por la que los pobladores de Carcassona se escabullían en el pasado, cuando eran sitiados en el interior de las murallas. Es un sumidero húmedo y repulsivo por el que reptan.

Pere Mauri, Guillem Belibasta y Felip d'Alayrac se arrastran por el lecho de un torrente, se agazapan entre la maleza al amanecer, permanecen ocultos durante todo un día y se alejan de Carcassona a la noche siguiente, aprovechando al máximo todas las horas de oscuridad. Ocultándose durante el día y avanzando por la noche, se dirigen hacia el sureste, por las Fenolledes, atraviesan Agly entre Rasigueres y Tornafòrt, y por el Rosselló y las Alberes.



Belibasta y D'Alayrac saltan así los Pirineos. Se alejan de la jurisdicción de Carcassona y se internan en el condado de Empúries, a salvo de la persecución de Geoffroy d'Ablis. El clima es suave y amable. Se detienen a orillas del río Ter, en la villa de Torroella de Montgrí, custodiada por un castillo. Belibasta respira, se le ensancha el ánimo. Quiere una vida nueva.

XI

Adiós a D'Alayrac (Torroella de Montgrí, 1310)

En Torroella de Montgrí, Belibasta comienza a practicar el oficio de cestero. Todo Perfecto debe practicar algún oficio con el que procurarse el sustento. Belibasta sabe trabajar la viña, sabe urdir mimbres para hacer cestos, sabe tallar peines de tejedor. Decide hacerse llamar Pere Pentiner. El que hace peines. Y aspira a recomponer una comunidad hereje en el exilio, con otros occitanos huidos del condado de Foix.

El anciano Felip d'Alayrac está con Belibasta..., pero se siente inútil. Siente que no ha venido a este mundo a huir, sino a ayudar a los creyentes, a sus fieles. Al poco de instalarse en Torroella, un viajero occitano llega a la población ampurdanesa, un fiel creyente del *Bé*. Y trae una noticia que conmociona a D'Alayrac: los hermanos Autier, sus amados maestros, los hombres más sabios y buenos que haya conocido, ¡detenidos por la Inquisición! Pere Autier acaba de ser conducido a la hoguera en Tolosa, por indicación del inquisidor Geoffroy d'Ablis. Antes de morir, convencido del poder de la palabra y de la fuerza de su creencia, ha clamado a sus verdugos: «Si ahora me dejaseis predicar a la multitud, ¡la convertiría enteramente a mi fe!»

Poco después, su hermano Guillem Autier también ha ardido en la hoguera.

Esto escucha D'Alayrac, desgarrado. Siente honda vergüenza por su fuga y por su exilio, lejos de su país, y acude a visitar a Belibasta, sentado entre mimbres mientras urde una cesta. Y se sincera:

—Guillem: regreso al País de Foix. Este lugar no es mi lugar.

—Señor D'Alayrac, los lobos satánicos os descubrirán, os detendrán, os desgarrarán a dentelladas con sus sucios colmillos, os descuartizarán. ¡Quedaos aquí! Esperemos al menos una temporada.

—Quédate tú, Guillem. No te pido que vengas conmigo. Pero yo no puedo seguir aquí. Sé que me necesitan allí los buenos cristianos, y más ahora que nunca, ahora que los malos cristianos los persiguen y mortifican. ¡No puedo dejarlos solos y condenarlos a la perdición de su alma! Y menos que nunca ahora, caídos los Autier...

A Belibasta también le conmociona la noticia. Conoció y admiró a los Autier en casa de su padre, en Cubieras. ¡Por ellos se convirtió su padre a la fe! Y él mismo se sintió atraído por el ejemplo de aquellos hombres venerables.

—No debo ni puedo quedarme aquí, Guillem —prosigue D'Alayrac—. ¡Regreso mañana mismo a nuestro querido y doliente país! Me dirigiré a Donnezan, donde son numerosos los creyentes...

Belibasta se arrodilla, rezan juntos. Cocinan una anguila de las marismas del río Ter y bendicen el pan a la manera de su secta: en vez de trazar una cruz sobre la hogaza, como hacen los curas, dibujan sobre ella un círculo en el aire, con la mano

derecha. Luego beben vino con agua y se acuestan. Por la mañana, cuando Belibasta despierta, descubre que D'Alayrac ya ha partido.

Ya no vuelve a verlo nunca más: Felip d'Alayrac, el *bon home* que le acogió, que le instruyó, que le ordenó, con quien compartió rituales clandestinos y heréticos, cárcel y fuga, llega al Reino de Francia, al maltratado País de Oc, y cae en manos de los soldados de la Inquisición, en la villa de Roquefort-du-Sault. Le procesan, le condenan y le queman en la hoguera. Otro Perfecto, llamado Sans Mercadier, muy amigo de D'Alayrac, al saber de su triste muerte se suicida. Le encuentran colgado de la rama de un olmo.



Un par de exiliados del Sabartés llegados a Torroella dan noticia de estas muertes a Belibasta, que sigue aspirando a formar una pequeña comunidad de buenos cristianos en el exilio. También le cuentan de la desaparición de Estelle, una hermana del pastor Pere Mauri que había quedado al cargo de D'Alayrac, tras haberla secuestrado para librarla de un marido maltratador. Y los santos y venerables hermanos Autier, muertos en la hoguera en este año de desgracia de 1310...

Belibasta, con la vista fija en el cesto que está haciendo, repasa mentalmente esta lista de muertes y las de su familia. Dobleaga los mimbres húmedos y mientras trenza y anuda, crece en su mente una idea clara y fija: jamás, jamás volverá al norte de los Pirineos, jamás regresará al penoso Lenguadoc. Nada queda allí que le atraiga: ni familia ni bienes ni nada, excepto miseria, tortura y muerte.

Pero sus informadores recién llegados le dan también noticias que le animan: hay varios amigos comunes reunidos por la desgracia y la diáspora en Castellbó, en el Alt Urgell, fugitivos de la persecución del inquisidor D'Ablis.

Y hacia allá se dirige Belibasta.

XII

La dulce Raimona (Castellbó, 1310)

El propósito de Belibasta es ahora muy firme: formar una comunidad de creyentes y empezar con ellos una nueva vida. Camina desde Torroella de Montgrí hasta Castellbó durante ese verano de 1310. Allí Belibasta se une a otro Perfecto recién llegado, Ramon de Castelnuu, algo más joven que el malogrado D'Alayrac, pero de salud más frágil.

Y en Castellbó encuentra también a los pastores Guillem Maurs, Pere Mauri (¡al que Belibasta tanto agradece su ayuda en la fuga del Muro de Carcassona!) y su hermano Joan. Y también a la tía de ambos, la emprendedora Guillemeta Mauri, que se ha exiliado en Castellbó junto a su marido, Bernat Martí, que trabaja como leñador, y sus dos hijitos, Joan y Arnau. ¡Fue en una casa de Guillemeta, en Rabastens, donde Belibasta se instruyó bajo el magisterio de Felip d'Alayrac!

Belibasta avizora, al final de una calle, a la resuelta Guillemeta, sentada en el portal de una casa junto a otra mujer. Se acerca a ellas. Ve a Guillemeta despiojando a la otra mujer todavía joven y hermosa. Despiojarse mutuamente es una actividad cotidiana: las mujeres, con la uña del meñique y mucha diligencia, aplastan pulgas y piojos de los miembros de su clan en las horas muertas, mientras conversan de cualquier cosa.

—¿Tú crees que está muerto? —pregunta Guillemeta.

—Seguro que sí —responde la mujer joven—. Yo lo doy por muerto. Y no pienso volver. ¡Bastante suerte tengo de estar aquí con mi hija y no en una mazmorra, tal como están las cosas!

—¿Y no te apena no volver a ver a tu marido, Raimona?

—¡Arnau no se comportaba últimamente como un marido! —confía la joven a Guillemeta Mauri.

Esta se sienta en un taburete bajo y la joven en el suelo, con la cabeza gacha, inclinado el torso hacia delante. Belibasta llega a su altura y alcanza a oír la última frase. Belibasta se azora al vislumbrar el escote de la mujer, la blanquísima piel del arranque de sus carnosos pechos.

Guillemeta salta y llora de alegría al ver a Belibasta, y le saluda con el *mellorer*. Y luego le presenta a su amiga:

—Señor Belibasta, esta es Raimona Martí, hija del herrero de Junac. Es creyente como nosotros y entendedora del *Bé*.

Guillemeta tranquiliza con esta fórmula al Perfecto Belibasta, que así sabe que está entre buenos cristianos, que puede estar tranquilo. Belibasta bendice a Raimona con el ritual del *mellorer*. Raimona se inclina ante el Perfecto. A Belibasta le place el

nombre de Raimona, que significa «rayo de luz del mundo»..., y le place también su dulce portadora.

Se reúnen luego con el Perfecto Ramon de Castelnau y los pastores. Belibasta y Raimona conversan durante la cena compartida, y la joven le explica que tiene una hijita de corta edad, llamada Guillemina, habida con su marido, Arnau Piquier, herrero y pescador de truchas de Tarascon, del que nada sabe desde hace meses. La persecución inquisitorial y el éxodo los ha separado, y ella lo da por perdido, lo da por muerto.

A Belibasta le resulta muy cercana la historia de Raimona, le conmueve. Y ella escucha también la tragedia de Belibasta con ternura y respeto. A Belibasta le place el modo en que ella le escucha, le gusta la dulzura con la que habla Raimona. Ella le explica que sufre a veces los brotes de una enfermedad, convulsiones y padecimientos del corazón, y Belibasta se siente inclinado a protegerla. Raimona está exiliada aquí, en Castellbó, en este grupo en torno al Perfecto Ramon de Castelnau, y afirma que no piensa volver atrás jamás. Como él. Eso también complace a Belibasta.

Termina la velada y duermen todos juntos en la cocina de la casa de Castellbó. Belibasta se despoja de su vestimenta, como cada noche, como de costumbre. Se coloca cerca de Raimona. Le atrae su feminidad lánguida, su resolución compartida de no mirar atrás. Belibasta se siente muy solo desde la desaparición de D'Alayrac, que ha sido su gran consuelo, y tras la pérdida de su familia. Ahora está solo y esta mujer, Raimona, se muestra tan dulce... Belibasta siente que la necesita cerca, más cerca... Se desliza hacia ella. La oye respirar en la oscuridad y la cadencia de su aliento le inflama. Evoca los volúmenes de sus pechos entrevistados esa tarde en la calle... Belibasta es un Perfecto y no ha yacido con mujer desde hace más de un año, ¡ni debe hacerlo! ¡No debe! Pero... pero ya siente el calor de las nalgas de Raimona en su bajo vientre. Ella se remueve con suavidad, como un animal amansado... Cuando el glande inflamado de Belibasta roza la ardiente vulva de Raimona, el Perfecto redescubre que el horno del infierno sigue estando donde siempre.

XIII

¡Al sur, al sur! (1311-1314)

Guillem Belibasta ha pecado y se siente mal. Ha caído en la tentación más primaria, la de la carne, y eso le incomoda. Ha dejado de ser un Perfecto, pues. Le molesta sentirse tan vulnerable, tan quebradizo. Se ha dejado arrastrar por la carne perecedera, ¡él, el Perfecto Belibasta, el santo hombre que predica así a sus fieles!:

—¡Querría que ningún hombre se uniera carnalmente jamás con una mujer! Querría que no nacieran de hombre y mujer más hijos e hijas. Si de este modo la humanidad alcanzara la esterilidad, todas las criaturas de Dios se reunirían dentro de poco en el Paraíso...

Él, el Perfecto Belibasta, predica que la materia es diabólica, que reproducirla es perpetuarla, y eso es perverso, y la culpa es del sexo, que colabora en la obra del Maligno. ¡Mientras haya cuerpos, habrá chispas divinas retenidas en cuerpos, encerradas, encarceladas! Por eso predica que el matrimonio es algo repugnante, una exhibición impúdica del Mal: «un encuentro sexual esporádico y clandestino es menos grave: ¡al menos, es vergonzante!».

Algún otro hereje poco escrupuloso, como Pere Clergue, el cura de Montelhó, más cínico, se encama con la bella señora Béatrice de Planissoles, una de sus amantes, pero se limita a evitar el escándalo de un embarazo con un remedio de hierbas. Ella se lo cuenta al inquisidor de Carcassona que la interroga:

—Pere Clergue llevaba una hierba envuelta en un trapo de lino como la primera falange de mi dedo meñique. Y tenía una cuerdecita que me pasaba por el cuello mientras yacíamos juntos, y esa hierba descendía por el cabo del hilo entre mis senos hasta mi orificio. Sucedió que a veces en una sola noche quería conocerme dos veces o más. En ese caso, el cura me preguntaba antes de unir su cuerpo al mío: «¿Dónde está la hierba?» Yo la encontraba fácilmente gracias a la cuerdecita que llevaba al cuello, y él la ponía en mi orificio, y así se unía carnalmente conmigo.



El lance carnal de Belibasta no ha pasado inadvertido, y eso hace peligrar su autoridad como Perfecto. Así que Belibasta se presenta ante el Perfecto Ramon de Castelnau, que oficia una ceremonia de *reconsolament* para limpiar el pecado de Belibasta y devolverle la gracia de Perfecto. Belibasta se postra de rodillas en una casa de Castellbó, rodeado por los miembros de la comunidad. El Perfecto Ramon de Castelnau, de pie a su lado, toma la palabra en su nombre.

—He venido ante vosotros y ante la Iglesia para recibir perdón por todos mis pecados...

Belibasta lo repite. Y Castelnau exclama:

—¡Que el señor Dios os perdone y os conduzca a buen fin!

—¡Amén! Que así sea, Señor, según tu palabra.

Y Belibasta, siempre de rodillas, pone sus manos sobre la mesa. Frente a él, el Perfecto Ramon de Castelnau apoya sobre la cabeza de su compañero un ejemplar del Evangelio de Juan. Es la transmisión del Espíritu:

—*Benedicite. Parcite nobis. Amen. Fiat nobis, domine secundum verbum tuum. Pater et Filius et Spiritus Sanctus dimitta vobis et parcat omnia peccata vostra. Adoremus Patrem et Filium et Spiritum Sanctum.* ¡Padre Santo, acoge a tu servidor en tu justicia y pon tu gracia y tu Espíritu sobre él!



A los pocos días, ya reconsoleado así, Perfecto de nuevo ante su comunidad, Belibasta y Ramon, acompañados por algunos miembros de la comunidad, dejan Castellbó y descienden por tierras catalanas. Se alejan más y más del Pirineo y del Reino de Francia: se internan en la Corona de Aragón, cada día más al sur, cada vez más lejos de la Inquisición del País de Foix.

Viven un tiempo en Lleida, en unas casas junto al puente sobre el río Segre, junto a Bernat Served, su esposa Esperte y su hijita Mathena, huidos también del País de Foix por herejía. Belibasta comienza a fabricar peines de cardar y de tejer. Desde siempre ha habido muchos tejedores entre los herejes. ¡Decir «tejedor» equivale en Lluenguadoc a decir «culpable» de esta herejía!

Un tiempo después, varios miembros del grupo se instalan en el pueblo de Granadella, entre Lleida y el Ebre. Allí se queda el Perfecto Ramon de Castelnau, que se siente débil. Al poco tiempo enferma, por las privaciones y la fatiga del exilio. También porque le ha inquietado en alguna ocasión la Inquisición de la Corona del Aragón. Su corazón no ha podido resistir más persecución y huida: Ramon de Castelnau agoniza en casa de Dominique Ruig, prócer de Granadella. El pastor Joan Mauri le regala unas calzas blancas, unos zapatos y una cota de malla oscura. Pero se siente morir, y Ramon de Castelnau lo lega todo a Belibasta, más unas agujas y otras mercerías.

Belibasta, fingiéndose devoto católico, engatusa a un clérigo, que confiesa a Ramon de Castelnau, y así el Perfecto será enterrado como católico, alejando sospechas sobre su grupo. Ramon de Castelnau se confiesa: pecados inventados, pues sabe que ya se ha confesado íntimamente con el Padre Celestial, ¡lo que de verdad

cuenta! Cuando el cura le pregunta, Castelnau responde:

—Creo en todo en lo que creen los buenos cristianos.

No miente, no traiciona su íntima fe, puesto que considera sinceramente que sus creencias son las de los buenos cristianos, no esas creencias y sacramentos grotescos de los clérigos católicos.

Belibasta usa luego un hisopo de agua bendita para asperger a los presentes en el entierro, lo que tampoco es para él un renuncio: es solo un gesto vacío, para disimular.

—No os hará mal alguno recibir algunas gotas de lluvia, ¡pues más os mojáis cuando viajáis, y no pasa nada!

Belibasta se mofa así del ritual católico. El Perfecto Belibasta, día a día, se convierte en un virtuoso del fingimiento católico cada vez más refinado.

Ahora Belibasta está solo al frente de los creyentes de estas nuevas tierras catalanas, de todos los creyentes que se adentran más y más al sur de la Corona de Aragón... Belibasta empieza a sentirse llamado a regir un pequeño reino espiritual al que tendrá que encontrarle trono y corte.

Sepultado Ramon de Castelnau, Belibasta busca nuevo acomodo más al sur. Pastorea algún invierno junto a Pere Mauri sus grandes rebaños, cerca de Poblet y Santes Creus, para ingresar algunos sueldos. Quiere alejarse, esconderse más, buscar rincones menos frecuentados. Desciende más al sur y se instala un tiempo en Siurana y en la serranía de Prades, y luego en la portuaria ciudad de Tortosa, al término del caudaloso río Ebre.

Poco después cruza el río Ebre, penetra en tierras todavía con perfume morisco: se interna en las comarcas conquistadas pocos años antes por el rey Jaume I. Belibasta se asoma a esa nueva frontera de colonos llegados de todas partes, en el recién nacido Reino de Valencia...

Y le acompañan siempre —un paso atrás— una mujer y una niña.

XIV

Pastor trashumante (Pirineo-Tortosa, 1312-1313)

Un rebaño de ovejas pace junto al monasterio cisterciense de Santes Creus, en el campo de Tarragona, donde crecen apetecibles pastos de invierno. Lo conduce el infatigable Pere Mauri, cuya fama de buen pastor de gran trashumancia no deja de crecer en los Pirineos carneriles. El invierno pasado ya estuvo aquí, pastoreando un inmenso rebaño de ovejas y carneros junto a los muros del vecino monasterio de Poblet, acompañado por una cuadrilla de cuatro hombres. Entre ellos, el Perfecto Belibasta. Belibasta es el Perfecto del grupo, el caudillo espiritual, pero el que sabe qué hacer en cada momento —con el fuego, la comida, los animales, el descanso...— es el pastor Pere Mauri.

Pere Mauri cuida rebaños de ganaderos en ambas vertientes del Pirineo. ¡Para él no hay Pirineos!: hay pastos de verano. Ahí sube las ovejas de Puigcerdà, o de Berga o de Bagà, de ganaderos como Ramon Borrel, Bartomeu Company o Pere Castel. Pasa las veranadas con rebaños en las alturas pirenaicas, y los inviernos desciende con pericia más rebaños a los pastos del sur de los Condados Catalanes, baja por Lleida hasta las riberas del Ebre, lo cruza por Flix, recorre Ascó, Camposines, Miravet, Tortosa, el valle del río Sénia... Y, ya en el Reino de Valencia, mueve las ovejas por la llanura de Peníscola, Càlig, Cervera, Sant Mateu, Catí... Y los hace llegar ante las mismísimas murallas de Morella.

Son tierras recién reconquistadas a los moros por Jaume I y señoreadas por él y sus nobles, y también por la orden del Temple —recién disuelta por el rey Jaume II— y del Hospital de San Juan. ¡Infortunado Temple!: la llegada de los herejes cristianos a las tierras del Ebre coincide exactamente con la disolución de la poderosa orden y la detención de los monjes templarios catalano-aragoneses en sus castillos, casas y encomiendas. En torno de una fogata, cerca de los muros del monasterio de Poblet, los pastores comentan el suceso.

—Pobres caballeros... —suspira Pere Mauri.

—¿Pobres? ¡Con las riquezas que tienen! —replica Guillem Maurs.

—Sí, pero a nosotros nos conviene mucho su imperio.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque en la regla de la orden del Temple se prohíbe expresamente a sus caballeros asaltar y atacar jamás a un cristiano ni participar en cruzada alguna contra cristianos.

—Entonces, tienes mucha razón, Pere: si esto es así, ni papa ni rey alguno podría

jamás ordenar a los templarios una persecución contra nosotros, los buenos cristianos, ¿no?

—Eso es. Pero no creo que nunca ordenaran tal cosa estos reyes de Aragón. ¡Piensa que el padre de Jaume I murió defendiendo a nuestros antepasados, y que el rey conquistador fue criado por el Maestre del Temple Guillem de Montrodó en el castillo de Monsó! Por eso me he sentido siempre tan cómodo pastoreando por estas tierras, hermanos: el preclaro rey Jaume I entregó muchos pastos, ciudades, casas y posesiones a los templarios a medida que dichos caballeros le ayudaban en sus conquistas contra los moros.

—¿Dónde han tenido mando hasta ahora los caballeros templarios, Pere?

—En Ascó y en Miravet, en Peníscola, en Polpís y en Xivert, en Culla y Cantavella, en Castellote... En Sant Mateu mandan los caballeros hospitalarios, que ahora gestionan las posesiones requisadas por el Rey al Temple... ¿Conocéis Sant Mateu? ¡Qué bien me siento en ese lugar! Ahí convive gente de todo tipo, sin temores... Nos acercaremos...



Muchos creyentes de la diáspora cántara son pastores como Pere Mauri, que lleva rebaños de cientos de cabezas en rutas de gran trashumancia, a grandes distancias. Esto le reporta buenas ganancias y un modo de vivir. Los pastores occitanos se curten en estos grandes desplazamientos desde el Pirineo hasta el sur de las tierras catalanas y el Reino de Valencia: conocen todos los pasos, veredas, cañadas, los mejores pastos, las villas que dan facilidades.

Muchos de estos pastores son herejes —Guillem Maurs, los hermanos Joan y Pere Mauri, un hermano de Guillemeta...— y procuran reconocerse y juntarse en ruta para compartir conversaciones por las noches sobre su visión del mundo natural y sobrenatural, al calor de una fogata.

Aquí no incomodan a nadie, al contrario: conviene a la Corona de Aragón que haya gentes dispuestas a colonizar tierras, a hacerlas rentables, a generar riqueza. Conviene darles facilidades, más que escudriñar lo que piensan o en qué creen. Este rincón de la Corona de Aragón tiene muchas tierras y villas por colonizar, y los miembros de la «herética pravedad» —como dicen los inquisidores católicos y franceses— encuentran acomodo y ocupación. Son bien recibidos: ¡trabajan duro y buscan asentarse! Y en esa búsqueda de asiento, a veces se dispersan, se separan, se pierden la pista entre ellos...



Tras separarse hace algunos meses, Pere Mauri busca ahora a Guillem Belibasta. Con su cuadrilla de pastores, mueve sus rebaños desde los pastos y viñas de las cercanías de Poblet y Santes Creus para hibernar en los llanos de las proximidades de Tortosa, acompañado por los pastores Guillem Maurs y Pere Maurs.

Ha perdido el rastro de Guillem Belibasta. Quiere saber cómo está y oírle predicar, compartir alguna cena y sobremesa de madrugada, hablar del mundo y del alma..., y ayudarlo. De nuevo. Ayudarlo a asentar su magisterio y su comunidad. Con servicios, favores... y también algunas monedas. Monedas para el Perfecto que consuela las almas de los buenos cristianos. No le faltan moneadas a Pere Mauri.

Hay en Tortosa una mujer, *na* Franqueta, que vende harina. Mauri acude a ella. ¡Y acierta! Sí, *na* Franqueta le informa de que desde hace un año ha estado comprándole harina una mujer, Guillemeta Mauri —¡su tía!—, que le ha dejado un recado, por si el pastor se acercase a esta harinera. La tía Guillemeta ha dejado dicho que reside en Orta, tras las majestuosas montañas que se alzan al sur del río Ebre.

Y Pere Mauri va a su encuentro, pues sabe de su cariño y devoción por Guillem Belibasta: ¡ella sí sabrá dónde se ha metido Belibasta, seguro, seguro! Belibasta es su viejo amigo desde su encuentro en las montañas de Montelhó, siempre escondiéndose y huyendo. Siente ternura por él. Y es su Perfecto. Además, a estas alturas de 1313, Belibasta es ya el último Perfecto al que un exiliado hereje puede acudir en estos confines del mundo cristiano.

XV

Sobresalto en Orta (1312-1313)

Bernat Martí lleva su hacha al hombro. Sale del pueblo de Orta con la mirada fija en las imponentes rocas de Bene, recortadas en el cielo como un castillo colosal que levitase sobre bosques. Ahí arriba hubo un poblado sarraceno antes de la reconquista cristiana, según le cuenta un hortelano morisco.

Bernat deja atrás el repiqueteo de la cuadrilla de canteros que trabajan en la construcción de una nueva iglesia. El templo tendrá un ábside muy altivo, por lo que ve Bernat. Camina por la calle de Cavallers, flanqueada de casonas nobles de bien labrados sillares. Por aquí circulan algunos caballeros templarios recién desposeídos, que reclaman al rey Jaume II una pensión para poder vivir...

En su confluencia con la calle del Mig y de Baix, a mediodía de la población, Bernat Martí atraviesa la nueva entrada del Portal. Orta crece por esa parte con colonos recién llegados. Son tiempos de expansión en las fronteras de la Corona de Aragón, con emigrados de los llanos de Lleida, del Pirineo y de Occitània, ¡como él y su familia! Su querida y muy laboriosa esposa, Guillemeta Mauri, y sus dos hijos, Joan y Arnau, se emplean esta mañana en cardar lana en una casa del pueblo.

La villa de Orta se siente muy orgullosa de sí misma, y se ha dotado de leyes nuevas hace una quincena de años, los Costums d'Orta, de aplicación obligada también en las aldeas vecinas de Arnes, Bot, Caseres y Prat de Comte. Los caballeros templarios han sido los señores hegemónicos del lugar hasta ahora, y han protegido y juzgado a sus vasallos con normas claras. A Bernat le han explicado algunas de las normas de los Costums d'Orta:

Se castiga con cinco azotes a quien se pasee de noche sin una luz.

Se castiga con cinco azotes a quien juegue a los dados o blasfeme.

Se castiga con diez sueldos a quien se pasee por la villa con un puñal.

Se amputa la mano de todo el que amenace a otro con un puñal.

Se amputa un brazo a todo ladrón.

Los adúlteros son paseados desnudos y apaleados por las calles de la villa.

El hereje es quemado y confiscados sus bienes por el Temple (al que sustituye ahora el Hospital de San Juan)...

Un escalofrío recorre el espinazo de Bernat, más por esta última norma que por el aire, tan frío y seco esta mañana... Pero se relaja enseguida: no hay aquí atmósfera de persecución como sí la ha vivido en su tierra. Bernat Martí es leñador y ha conseguido permiso para ganarse la vida en estos tupidos bosques. Ahora se desbrozan algunas laderas para ampliar las tierras de cultivo, y un leñador es aquí

muy bienvenido.

Le gustan estos bosques, le evocan los de su Pirineo natal, en el Alt Arieja. Descubre pinos gigantescos, de troncos que apenas pueden circunvalar tres hombres agarrados con los brazos abiertos. Bernat Martí está contento porque en esta villa se siente protegido, libre y franco: aquí puede criar a sus hijos sin miedo. Es discreto, eso sí, con las cosas del alma: no dice a nadie que su Iglesia verdadera no es esa de piedra que ha visto que edifican los canteros, sino la formada por su mujer y sus hijos y su *enteniment del Bé*.

Toma el camino del puerto de montaña, el que asciende hasta la punta de la Espina, desde cuyas alturas se vislumbra hacia oriente el curso del río Ebre y la llanura de la ciudad de Tortosa, a orillas del Mediterráneo. Allá abajo hay mucho más movimiento que en estas alturas, pero también ataques de piratas berberiscos. Aquí arriba, cerca de la Espina, todo eso no llega.

Pero Bernat Martí no asciende tan arriba hoy: ¡ya ve el gran pino que talará! ¡Enorme! ¡Así debían de ser los árboles que talaron los moros cordobeses! Se lo ha contado el morisco que vive de una huerta entre el Tossal y el pueblo, en los *domenges* del Temple, a los pies de la iglesia templaria de Santa María. Él le ha contado que estos hermosos árboles eran los preferidos de los andalusíes para tallar vigas con las que techar la célebre mezquita de Córdoba, hace dos centurias. ¡No le extraña!: Bernat Martí sabe que, talados en el momento idóneo y bien descortezados, el corazón de estos pinos, el melis, es inmune a las plagas. ¡Un material para la eternidad! Una riqueza de la que a él también le toca una parte.

Bernat Martí bebe el agua helada de una de las fuentes del Port y luego llena la calabaza seca y vacía que porta en la cintura. Un agua que se destila desde la cima de las rocas de Bene, con fama de salutífera. Se la dará a sus hijos, a la vuelta. Bernat Martí adora a sus hijos y se siente orgulloso de su esposa, la más valiente, trabajadora y despierta de todas las mujeres que ha conocido. Huyeron de Montelhoc hostigados por la persecución contra los buenos cristianos, y ahora construyen una nueva vida aquí. Piensa en ese empeño mientras hunde el hacha en el tronco una y otra vez, con todo el brío de sus músculos y la determinación de su corazón.



Un arriero desciende desde las alturas del puerto, proveniente de Tortosa, con una bota de salazones para vender en los pueblos de estas montañas y en las altiplanicies entre los Condados Catalanes y Aragón. Vislumbra el cuerpo del hombre aplastado

por el tronco de un gran árbol. El hombre aún mueve levemente los pies. El arriero se acerca, advierte que el hacha está sobre el desmante del que surgen las raíces del árbol, junto al tocón. Entiende que el leñador ha resbalado por el desmante al derribar el árbol, que el tronco ha rebrincado, alcanzándole y aplastándole el pecho. El arriero acerca su oído a la boca del desgraciado leñador:

—Guillemeta...

El arriero toma la calabaza, refresca la cara del leñador, pero nada puede hacer. Bernat Martí, leñador huido de Montelhoc en 1308, muere en los bosques del Port d'Orta en el invierno de 1313.

Al rato, de boca de un arriero de Tortosa, sabe Guillemeta Mauri que su marido ha muerto. Guillemeta ha quedado viuda y con dos niños.

XVI

Lujuría en Prades (1312-1313)

Es domingo, el pueblo de Orta está tranquilo. El pastor Pere Mauri llega a la villa este domingo. Viene de Tortosa por el mismo empinado camino que ha seguido el arriero de salazones, este camino que atraviesa espesos bosques, cruza el puerto de montaña y conecta la costa con el interior.

Pere Mauri se encuentra a su tía Guillemeta de luto. Ha enterrado hace poco a su marido en el camposanto de Orta. Se besan, se abrazan. Pero Mauri ve que su tía está triste: no puede dejar de pensar que su difunto esposo ha dejado este mundo sin *consolament*, a solas en el bosque, sin un Perfecto a su lado que velase por la salvación de su alma...

—¿Y cómo es que no estabais con Belibasta, como la última vez que os vi, en Granadella, o en Flix, o en Camposines? —se extraña Pere Mauri.

—Belibasta estuvo con nosotros aquí, en Orta, durante la vendimia..., pero se fue después de cierto sobresalto que tuvo con Joana.

—¿Joana? ¿Mi prima? ¿Tu sobrina Joana, la hija de tía Mersenda, tu hermana?

—Sí, sí, de ellas se trata.

—¿Qué pasó, tía?

—Verás, Pere, fue una mañana en que fuimos a vendimiar. Nos levantamos mi hermana Mersenda y el marido de Joana, Bernat Befayt. Y también mi esposo, mis hijos y yo. Era todavía de noche, antes del alba, ¡la hora buena para salir al campo a vendimiar! Belibasta quedó durmiendo en la casa: habíamos convenido que él prensaría luego la uva. El caso es que Joana se había retrasado, y al ver levantarse tarde a Belibasta, ella empezó a gritarle: «¡Oh, villano! ¿Aún estás aquí? ¡Haré lo posible para que el fuego te ase las costillas!»

—¡Mujer loca! ¿Cómo se le ocurre hablarle así a un Perfecto? ¿Será posible? ¿Y qué hizo nuestro señor Belibasta?

—¡Se alarmó muchísimo! Ante esa amenaza, salió corriendo campo a través, descalzo y medio desnudo, más de dos leguas. Después nos dijo a todos que Joana estaba poseída por el demonio, y que evitaría estar en el mismo pueblo que ella.

Pere Mauri quiere saber qué rencilla o desacuerdo pudo provocar que su prima Joana profiriese tan tremenda y desagradable amenaza contra el señor Belibasta. Guillemeta niega conocer la razón. A Pere Mauri le parece que su tía sí sabe algo..., y que prefiere no contárselo. Pere Mauri juega con los pequeños Joan y Arnau, de once y doce añitos, les regala una flauta de caña hecha por él mismo en pausas junto a sus rebaños, se muestra cariñoso con Guillemeta, que sonrío suavemente... Y, al final, Pere Mauri consigue persuadir a su tía para que le cuente lo sucedido entre Joana y Belibasta.

—Me lo contó Blanca, que aquí se hace llamar Comdors.

—La hermana de la viuda Raimona Martí de Junac, ¿no? Raimona, la acompañante de Belibasta, ¿no?

—Esa Blanca. Ya sabes que un hombre rico de Sabartés la ayudó a huir de nuestra tierra, dándole para ello un buen dinero...

—Sí, lo sé. Sigue.

—Pues bien, ella me contó algo que sucedió en los días en que vivieron en Prades, cerca de Siurana. Allí convivían Blanca, su hermana Raimona con su hija Guillemina, y nuestro señor Belibasta. Eso fue antes de ir a Flix y a Tortosa, y antes de venir aquí, a Orta. Blanca me contó que un día entró de improviso en la habitación de Prades en la que dormían Belibasta y Raimona..., y no le gustó lo que vio.

—¿Qué vio?

—Dice que sorprendió a Belibasta de rodillas en la cama, y a Raimona también de rodillas delante de él, y él estaba besándola y conociéndola carnalmente.

—Ya.

—Blanca cuenta que al verse así sorprendidos, Belibasta le gritó, airado: «¡Maldita bastarda, vienes a sembrar la confusión en los asuntos de la Santa Iglesia!»

—Ya.

—Raimona y Belibasta se levantaron precipitadamente de la cama, y los tres rompieron a discutir, a gritar. Raimona y Belibasta negaban que Blanca hubiese visto lo que decía haber visto. Pero Blanca me confesó que ese día había dejado de estimar a Belibasta, me dijo que era un mal hombre y que tenía embrujada a su hermana. Oír todo esto me dolió.

—¡Con razón! No descartes que Blanca envidie a su hermana por la confianza que nuestro señor le tiene...

—La cosa es que Blanca le contó todo esto a Joana y a su madre, mi hermana Mersenda, estando todos aquí, en Orta. Y por eso Joana empezó a atacar al señor Belibasta, a faltarle el respeto e incomodarle. ¡A Joana le salen sapos y culebras por la boca!

—¡Mujer loca, maldita!

—¿Qué te parece a ti todo esto, Pere?

—Que Blanca y Joana son unas histéricas a las que no hay que hacer demasiado caso. Eso sí, mejor tenerlas lejos. ¡Olvida todo esto, Guillemeta, no le des importancia, no nos reporta nada bueno ni útil! Lo importante es que estemos todos los creyentes juntos y nos ayudemos.

—Tienes razón. Me siento sola, triste, insegura. ¿Qué haré ahora, siendo viuda? Mi marido ha muerto sin *consolament*, su cuerpo se pudre en el cementerio de Orta. Pero ¿dónde estará ahora su alma?

—Solo el Padre Celestial lo sabe. Y dime, ¿dónde están ahora todos, tía?

—Mersenda y su hija Joana viven en Beseit, tras aquellas montañas. Creo que Blanca está también allí, pero no lo sé. Y Belibasta se ha ido algunas leguas más al sur, más lejos... Siempre acompañado por Raimona y su hija Guillemina.

—¿Adónde?

—Belibasta está ahora en Morella, ya en el Reino de Valencia.

—¡Morella! Magnífico lugar, fuerte ciudad. ¡Buen mercado de ovejas y lana! Y respetables murallas. Hay allí gente llegada de varias partes, también del Llenguadoc... Me alegra que monseñor esté en Morella... ¿Y tú, has pensado qué hacer?

—No sé, sobrino, me preocupa el futuro de mis hijos...

—Deberías dejar Orta e instalarte en Sant Mateu, Guillemeta, un lugar seguro y próspero y con muchas oportunidades, un buen grupo de occitanos..., y de buenos cristianos: uniéndote a ellos, te irá muy bien.

—Suena bien...

—Yo ya he pasado algunos inviernos en los pastos de Sant Mateu con los rebaños de mis amos de Bagà y Josa, ¡y conozco bien la villa! Es ideal para alguien como tú, con empuje, ganas de trabajar y con dos hijos. Hay más actividad comercial, es un pueblo más lucrativo que Orta. Yo te echaré una mano, y puedo dejarte dinero...

—¿Sí? ¡Pues vamos!

—Además, tía Guillemeta, solo una jornada y media de camino une Sant Mateu y Morella: ¡podrás volver a ver a monseñor Belibasta! ¡Será bueno reunirnos todos! Yo mismo iré a buscarle a Morella.

XVII

Las mujeres de Maurí (1313)

Al bueno de Pere Mauri siempre le ha gustado ayudar a las mujeres, tanto a las de su familia —como su tía Guillemeta— como a las demás. Es un pastor sin esposa, un nómada sin casa ni familia, un hombre libre de ataduras materiales y conyugales, y por eso considera a todas las mujeres un poco suyas. No tiene ni quiere convivir con mujer, pero le encanta estar con ellas. Y sabe tratarlas. Sabe sonreírles con encanto, sabe mirarlas con sus ojos de dos colores, es decididor y gentil. Sabe cómo hablarles en cada momento y cómo acertar con pequeños regalos traídos de otros lugares. A las mujeres, este hombre jocosos y volanderos, pasajero y divertido, les huele a hierba y cuero, a varón y a libertad. Viene de la montaña, es transparente y ellas saben que no les traerá preocupación ni conflicto alguno, ni exigencias ni requerimientos, ni compromisos o promesas falsas. ¡Solo buenos ratos y algún queso de cabra!

Las mujeres se dejan encandilar con sus historias de la montaña, de luchas contra el lobo, con sus peripecias de lugares desconocidos y lejanos, de personajes exóticos. Pere Mauri tiene entregadas amantes desde la Seu d’Urgell hasta Morella, desde Bagà hasta Prades, desde Lleida hasta Peníscola. A veces, esté donde esté, Pere Mauri desaparece, deja los rebaños al cuidado de sus compañeros de cuadrilla durante un día o dos, y ellos entienden y aceptan. Saben que su jefe está rindiendo visita a alguna bella amiga o conocida, moza o ya granada, soltera o viuda o malcasada, en aquella aldea de montaña, en este pueblo del llano, en esa ciudad de la costa. Pere Mauri les cuenta luego, junto a la hoguera, después del pan con queso y uva, alguna aventura galante, sin demasiados detalles pero con mucha intención. Y todos se duermen encantados bajo las estrellas, sueñan con enaguas recogidas y muslos blancos. Nadie le tiene inquina a Pere Mauri, porque a cada uno sabe darle algo, siempre es desprendido, liviano y risueño.



A Pere Mauri le gusta ayudar a las mujeres, como ayuda a su tía Guillemeta a trasladarse e instalarse en Sant Mateu con sus dos hijitos, Joan y Arnau. El pastor Pere Mauri le entrega incluso una cantidad de dinero respetable, unas hermosas monedas... Mauri siempre dispone de bellas monedas en su zurrón...

También ayudó un día a su hermana Estelle, siete años atrás, antes de la tragedia de Montelhô, antes de la diáspora de los buenos cristianos...

Fue a raíz de una noche en que, por estar en una feria de ganado, se quedó a

dormir en casa de ella, en Laroque d'Olmes, en Llenguadoc, donde ella vivía con su marido, un carpintero. Durante la madrugada, un ruido despertó al pastor. Era su cuñado, noctámbulo y borrachín, que regresaba tarde a la casa. Al poco, Mauri oyó que su hermana Estelle recibía una somanta de palos de su cónyuge. Consternado, Mauri a punto estuvo de irrumpir en la estancia e intervenir. Pero dudó y se contuvo. Cuando creía que ya no podía aguantar más, la paliza cesó. No pudo conciliar el sueño el resto de la noche, meditando acerca de lo que convenía hacer para ayudar a su pobre hermana. Al día siguiente, de paseo junto al río con su amigo y Perfecto Felip d'Alayrac, le pidió consejo y este se lo dio:

—¡Rapta a tu hermana, apártala de ese hombre! Ese tipejo es violento, y además ignorante y católico incurable. Le ha pegado por alojarte a ti en su casa, seguro, porque sabe que tú andas con buenos cristianos...

—Es posible.

—Secuéstrala, Pere, secuéstrela y llévatela. Pero luego habrá que evitar a toda costa que Estelle, ya liberada de la tiranía de su hogar, acabe convertida en una ramera vagabunda.

Atendiendo al consejo, Pere Mauri secuestró a su hermana. Y para que no quedara desatendida y se viera obligada a venderse, la dejó bajo la protección de Felip d'Alayrac, pues él debía regresar a sus corderos. Cuando el Perfecto D'Alayrac, el maestro de Belibasta, fue detenido por la Inquisición y quemado en la hoguera, Estelle desapareció. ¿Cayó en las garras de la Inquisición, o escapó y hoy vaga por el mundo, quién sabe si convertida en una ramera? Nunca más se supo.



Como se ve, no siempre le salen bien las cosas con las mujeres a Pere Mauri. Al menos con las mujeres de su familia... Su tía Guillemeta, a la que acompaña desde Orta hasta Sant Mateu para ayudarla a instalarse en mejor lugar y que prospere, prospera. Tal como él vaticina. Ella debiera estar agradecida a Pere por su ayuda, su préstamo de dinero... Pero dos veranos después, en un lance en que Pere Mauri confía en ella..., ¡ella le estafa! El bueno de Pere Mauri se enfada, pero pronto vuelve a sonreír.

La cosa es así: el pastor Pere Mauri deja a Guillemeta en depósito cincuenta ovejas, con el solemne acuerdo de que ella y sus hijos las custodien y pastoreen, para vender juntos su lana y algunos animales a su retorno, en la feria de septiembre, y repartirse equitativamente las ganancias. Pero a su regreso, Pere Mauri descubre que Guillemeta ¡ha vendido todas sus ovejas!, y no le entrega a él ni un triste sueldo.

Porque todo lo que ha recaudado el ama Guillemeta, todo, se lo ha entregado a un

conocido común, a alguien que acaba de instalar su reino de este mundo en la ciudad de Morella: ¡Belibasta!

XVIII

¡Morella! (otoño de 1314)

El corazón de Belibasta salta a la vista de Morella. Las murallas doradas hacen volar su memoria a las de Carcassona, muros del infierno. Pero aquí, en este sur de frontera con el islam, la piedra se eleva como un escalón hacia el cielo. Respira hondo. La aparición del asombroso perfil de Morella le hace sentir que los sinsabores del pasado quedan ya muy atrás. Estas nuevas murallas deben custodiar ahora su paraíso.

La ciudad se recorta altiva en el horizonte, con su perfil de cono truncado, como un ombligo del mundo. Tiene aires de trono, un aura de lugar señalado por la tierra y el cielo. Belibasta tiritita. Es un otoño frío, empieza a atardecer temprano y algunos copos imprevistos enfrían el morro de su burra. Hay que llegar y recogerse.

Mientras se acerca a Morella, intuye que es lugar al que los hombres han acudido a refugiarse desde la noche de los tiempos, atraídos por su imponente mole pétreo, reconocible a distancia, fácil de defender desde arriba y señora de un sinfín de muelas y barrancos que se extienden a los cuatro vientos.

Morella está muy lejos del Reino de Francia, y lo bastante distante de los caminos de la llanura que conducen a Valencia como para no ser sorprendido por incómodas apariciones de clérigos católicos occitanos. Belibasta sueña con vivir tranquilo aquí como Perfecto. Con reconstituir algún día una próspera comunidad de buenos creyentes. El perfil de altar de Morella le seduce: le ayuda a convencerse de que este lugar será su tabernáculo.

El castillo roquero parece recién descendido de las nubes, y las casas de piedra y tapial se arraciman en abanico en sus empinadas faldas, como sintiéndose protegidas, mirando a mediodía, ceñidas por un perímetro de viejas murallas que ahora están siendo reforzadas.

Se deleita mientras se aproxima. Contempla a ambos lados del camino laderas tapizadas de carrascas y boj, lentiscos y almendros, de frescos pinares, tupidos encinares y señoriales noguerales. Escruta con la mirada el fondo de los barrancos, entre zarzales y algún álamo, para localizar los juncos que recogerá a fin de elaborar sus cestas, que venderá para su sustento. ¡Un Perfecto debe tener siempre un oficio! Y el Perfecto Belibasta quiere ser cesterero en Morella.

—¿Aquí viviremos, señor? —pregunta Raimona.

Raimona Martí de Junac, viuda del herrero Arnau Piquier de Tarascon, ha seguido a Belibasta. Con ella pecó Belibasta, por su causa tuvo que ser reconsoleado por el Perfecto Ramon de Castelnau. Ya fallecido su compañero Perfecto en Granadella, Belibasta ha querido alejarse hacia el sur, perderse. Ha querido marchar sin compañera, ser al fin Perfecto intachable, y que sus nuevos fieles le respeten y

veneren. Pero ella, la entregada y cálida Raimona Martí, le ha seguido. Ella ha elegido. Y él no sabe apartarla de su lado, no puede negarse. Tiembla ante la hermosura de su cuerpo de mujer.

—Sí, aquí estará la Iglesia.

Cuando Belibasta habla de la Iglesia, habla de sí mismo. Él es ahora el pilar vivo de la Iglesia, ¡no esas que construyen los corruptos clérigos para atraer y engañar a la gente! Desfilan con su burra junto al acueducto de arcos ojivales, que provee de agua a la ciudad desde una de las diversas fuentes que la circundan. Belibasta ve a un leproso del cercano lazareto y se estremece. Sabe que los inquisidores de su país detienen también a los leprosos como sospechosos de herejías nefandas: ¡la enfermedad es signo inequívoco de su grave pecado! Igual que lo era en la Palestina de tiempos de Jesucristo...

Belibasta, Raimona y su hija Guillemina entran en Morella a través de la puerta de la Nevera, flanqueada por dos torres almohades. No hace ni un siglo que esta ciudad fortificada era la estrella del norte de las taifas de Al Ándalus, inexpugnable, de esplendorosa mezquita. Belibasta ve que apenas quedan moriscos en Morella, y apenas judería en las callejas por debajo del mercado, aunque sí descubre algún sello de Salomón sobre este o ese portal.

Ascienden por una calle en las cercanías de la basílica arciprestal, y tienen que apartarse: una comitiva desciende desde la recién consagrada basílica. Es la comitiva del obispo Paholac, que acaba de bendecirla bajo la advocación de Santa María. Francesc de Paholac es natural de Morella y obispo de la enorme diócesis de Tortosa: ha estado unos días en su ciudad natal en visita pastoral, velando por la recta conducta de clérigos y laicos. Tras los interrogatorios de rigor, Paholac impone correctivos a catorce clérigos concubinarios: a Arnau Vilar, por vivir amancebado con Berengaria y tener dos hijas con ella; a Pere Vives, por frecuentar a dos ramerías en el burdel de Morella; al párroco Arnau Raimundi, por acostarse con Marieta...

A otros clérigos los castiga por jugar y blasfemar: a Guillem Timoneda, a Berenguer Barberà, que además ha herido con espada a su vecino Monsorium... O, también, a un clérigo por vestir como un laico: Domènec d'Almenara. O por dedicarse a otros oficios: seis clérigos ejercen como sastres, otro como tintorero de telas... Paholac también ha castigado a laicos adúlteros o que conviven con mujer sin estar casados. Y a otros veinticinco vecinos por usura y fraude en la compraventa de trigo, ovejas, lanas tintadas y cera. Y a otros tantos por consultar a adivinos y sortílegos, brujas y magos, conjuradoras y curanderos.

¡Poco sospecha el obispo Paholac que acaba de cruzarse en una calle de Morella

con un hereje recién llegado! Belibasta siente un escalofrío al ver pasar al obispo. Pero sabe que aquí su herejía no despierta la atención de nadie, y él se encargará de preservarla y engrandecerla en secreto, por ahora. No quiere a este obispo por enemigo: que se entretenga con sus clérigos fornicadores, blasfemos y jugadores.

El obispo Paholac sale de Morella satisfecho por su labor. Hace tres años transportó el sagrario desde la antigua mezquita de Morella, cristianizada en los días de Jaume I, cerca de donde ahora se alza la basílica. Y ahora se enorgullece de haber bendecido en el flamante templo cristiano la impresionante puerta de carpintería almohade, con filigranas que dibujan estrellas de ocho puntas, arrancada de la mezquita ya abandonada. Aún quedan en los alrededores de la basílica de Morella vestigios de las obras apenas terminadas: sillares de piedra a medio cincelar, cascotes, maderos de andamios, argamasas endurecidas...

De los clérigos de este templo se guardará mucho Belibasta, a costa de fingir con refinada maestría: Belibasta asistirá aquí a misa, ¡e incluso comulgará con la hostia consagrada! Por mantener las apariencias:

—Muy desganado tendría que estar uno para no comerse tan delicioso pastelito, ¿no? —argumenta Belibasta, malicioso y trapacero—. La hostia es solo un poco de harina aplastada, nada de divino hay en ella, por mucho que los curas se lo hagan creer a los tontos. ¿Creéis que Dios aceptaría circular por vuestras sucias entrañas y ser expelido entre pedos y mierda por vuestro culo? ¡Claro que no! Yo no me engaño con la hostia: solo me como un pastelito.

Por una calleja descienden al mercado, un espacio en el que los tenderos venden a resguardo de lluvia y nieve gracias a la sucesión de soportales y porches. Belibasta admira lo bien dispuesto del espacio, y piensa que este mercado de Morella será un grato lugar en el que vender sus cestas. Localiza el almudín, la lonja del mercado, para informarse al día siguiente y cerrar acuerdos. Ahora toca descansar.

En una de las pinas calles que descienden desde el mercado encuentran posada. Deja fuera a Raimona y Guillemina, con la burra. Dentro huele a vino y a cecina, y a la leña que arde en el fuego de un gran hogar, al fondo de la planta.

—¿Cuántos son? —pregunta el posadero.

—Tres. Fuera esperan mi mujer y mi hija.

Belibasta finge no solo en cuestiones de fe: también en las mundanas. Nada hace en público que levante una sospecha y le comprometa. Nadie va a saber en Morella que es un hereje, un barba, un sotana, un *bon cristià*, un Perfecto que ayuna tres días por semana, que no come carne ni cata hembra. No, nadie lo sabrá en Morella. Excepto los buenos cristianos que congregue...

En esta nueva vida en la villa de Morella se hace llamar Pere Pentiner, se hace pasar por catoliquísimo y laborioso padre de familia, casado con Raimona Martí,

fidelísima y hacendosa esposa, y con una hija. ¡Perfecto disfraz para un Perfecto que se oculta!



Esa primera noche de otoño en Morella, confortado el ánimo y fatigado el cuerpo, en una posada en la que hay mil ojos de insospechadas procedencias, el Perfecto Belibasta se acuesta en el mismo lecho que Raimona. ¡Que vean que tiene esposa! Las ingles se enardecen. El Perfecto Belibasta, imperfecto Belibasta, sella su culpable pacto carnal con su cónyuge terrenal.

XIX

Hermanos en el Bé (Sant Mateu, 1315)

La villa de Sant Mateu ha dejado de ser sarracena hace muy pocos años. Se alza sobre un suave montículo en una llanura fértil en pastos, junto al camino que, hacia el sur, conduce hasta Valencia.

El pastor Pere Mauri y su tía Guillemeta, con los jóvenes Arnau y Joan, llegan desde Orta. La villa de Sant Mateu aún conserva parte de la torre de la zuda, la alcazaba y tramos de las viejas murallas islámicas que la fortificaban. Los colonos cristianos no han dejado de llegar desde ser conquistada la villa por las mesnadas de Jaume I en 1233, y han remodelado parte de la medina, aquel entramado laberíntico de callejas oscuras y tortuosas. Han derruido las viejas casas de tapial y adobe para redibujar calles más amplias y regulares, delimitadas por nuevas casonas de piedra tallada, con portales en arco de medio punto formados por bellos sillares.

Sant Mateu no deja de crecer, año tras año. Pacificado el territorio, las posibilidades de desplegar explotaciones agrícolas y ganaderas se incrementan y reportan riqueza a sus moradores, que proliferan con gentes llegadas de Aragón, de Lleida, de diversos Condados Catalanes y de Occitània. Como Guillemeta, reciente viuda con dos hijos. Y con un hermano, Pere, que está a punto de llegar.

Guillemeta es mujer de empuje, con iniciativa, inteligencia y mucha capacidad de trabajo. Y sabe aprovechar bien las oportunidades que ofrece la villa..., con ayuda de su sobrino, el pastor Pere Mauri.

—Guillemeta, yo tengo que volver con mis ovejas. Regresaré en la próxima estación. Mira, quiero que aceptes este dinero para instalarte aquí...

Pere Mauri envuelve en un paño más monedas de las que Guillemeta ha visto en años. La tía de Mauri se asombra, pero entiende que los enormes rebaños que su sobrino pastorea cada año, propiedad de ricos señores del Pirineo, le rinden buenas ganancias... Y no pregunta. Se lo agradece al bueno del pastor, que la anima:

—Agrupa aquí a la comunidad de buenos cristianos, Guillemeta. Este es un buen lugar para estar todos juntos, para prosperar y rehacer la vida de nuestra Iglesia. ¡Se lo diré a los buenos cristianos que me encuentre en mis pastoreos!

A los pocos meses, en este 1315 del Señor, todos en Sant Mateu empiezan a conocer a la viuda como «Ama Guillemeta» o «Su Gracia Guillemeta». Aguerrida mujer occitana, impone su propio apellido: Guillemeta Mauri. Se olvida del Martí de su marido, fallecido en Orta. Ella manda. Y cierra buenos tratos con los caballeros hospitalarios, amos y señores de la villa y de sus tierras, y compra una casa con patio y jardín, y tierras de pan llevar, y una viña, y algunas ovejas y pastos, y una mula. Y ella y sus hijos se emplean en cardar e hilar la lana de los caballeros hospitalarios,

que luego venden a mercaderes florentinos. Y, además, la familia del ama Guillemeta también hospeda a viajeros en algunas de las estancias de su amplia casa. Y en tiempo de siega, se emplean todos como segadores. Y así prosperan en Sant Mateu.

La casa está en la calle dels Llauradors. En ella vive el ama Guillemeta, su hermano Pere, sus hijos Joan y Arnau. La casa pronto se convierte en centro de reunión de un grupo de emigrados occitanos en la comarca, entre Tortosa y los puertos de Beseit y Morella. Lo que no saben los demás pobladores de la villa de Sant Mateu es que esas reuniones no son solo por fraternidad de origen territorial o de lengua..., sino con motivo de sus creencias religiosas. En la clandestinidad de la casa de Guillemeta, estos cristianos profesan sus ritos y comparten sus creencias heréticas. Son hermanos en el *Bé*, conocedores del *Bé*, de la única verdad sobre la naturaleza del mundo y la salvación del alma.

Cuando el pastor Pere Mauri regresa, se admira de la obra de su tía, el ama Guillemeta:

—¡Tienes talento para el negocio, tía Guillemeta!

—Pero de nada sirve esto si mañana me caigo de un puente y muero sin consolar, Pere, ¡y eso me preocupa! Tú me prometiste que me traerías al Perfecto Belibasta... ¡Y aquí le necesitamos!

El ama Guillemeta, en el llano de Sant Mateu, es el ala material de la comunidad de buenos cristianos, el puntal económico, el refugio terrenal. El Perfecto Belibasta, en la aérea Morella, es el ala celestial, el puntal espiritual. Con estas dos alas, alzaré el vuelo la paloma de la comunidad hereje en las tierras recién conquistadas a los moros para el cristianismo..., aunque sea un cristianismo algo peculiar.

Tía Guillemeta habla así porque un miembro de la comunidad de buenos creyentes, Pere Cortil, hereje avvicinado en Sant Mateu, ha caído enfermo. Y la familia se desespera: teme que muera sin *consolament*, la ceremonia que solo un Perfecto puede officiar. Y que se condene su alma a reencarnarse en algún embrión humano..., o en el de cualquier animal de sangre caliente.

Pere Mauri no se hace de rogar: también él ansía ver al Perfecto Belibasta. Además, hay algo que quiere devolverle: un puñal de hoja curva y muy afilada... De buena mañana, Pere Mauri, ligero de pies, parte hacia las alturas de Morella, y esa noche el puñal vuelve a su dueño.

XX

Reencarnación (Sant Mateu, 1315)

El ama Guillemeta, en su regazo, sujeta la gallina por las patas. Le practica un corte en el cuello con un afilado cuchillito y espera a que el ave se desangre, mientras recoge la sangre en un lebrillo de barro cocido. Guillemeta labora en la cocina de su casa de Sant Mateu. Cuando la gallina pierde la sangre, la introduce en una olla de agua hirviendo, al fuego del hogar. Así ablanda la raíz de las plumas y se las arranca con facilidad.

Pere Mauri y Belibasta han traído la gallina viva de casa de la familia Cortil. El Perfecto consuela el alma del tío Pere Cortil, postrado con fiebres, enfermo desde hace varios días. Para asegurar la salvación de su alma, el señor de Morella oficia la ceremonia del *consolament* y la familia Cortil, aliviada por la salvación del alma de su amado familiar, le regala la gallina al Perfecto. El pastor Pere Mauri acompaña a Belibasta a casa de los Cortil y de vuelta a casa del ama Guillemeta.

La mujer prepara una gallina a la olla, con nabos, cebollas, puerros y hierbas aromáticas del campo: esta noche hay una cena especial. Una cena de celebración, pues el Perfecto Belibasta ha llegado desde Morella para pasar un par de días con la comunidad de buenos cristianos de Sant Mateu. Tía Guillemeta ha convocado a una docena de ellos para honrar al señor de Morella y compartir sus enseñanzas en torno a una mesa.

Guillemeta hierva un cocido de verduras en una olla aparte. A la hora de cenar, de ahí se sirve Belibasta en la escudilla que lleva siempre colgada al cinto, solo para sus comidas. ¡No puede tomar alimento de recipiente alguno que haya contenido carne anteriormente! Es un Perfecto, y debe observar ciertas normas y conductas: tampoco puede matar animales con sangre..., a excepción de los reptiles.

—Monseñor, no coméis carne, pero me ha dicho mi madre que sí coméis pescados, ¡y los pescados también tienen sangre, yo lo he visto! —le suelta a Belibasta uno de los hijos de Guillemeta al final de la cena.

—¡Joan! —le regaña su madre—. ¿Qué modo es ese de hablarle a monseñor?

—No, Guillemeta, está bien. Hay cosas que los jovencitos deben saber. Escucha Joan: los peces se engendran por el agua en el agua, son hijos del agua. Por tanto, son puros, pues no son hijos de la fornicación y la reproducción de la carne, sino hijos del agua misma. Comer peces es como beber agua.

—¿No contienen almas, los peces?

—No, los peces no. Ya sabéis que las almas, condenadas a estar en este mundo

material, se meten en un burro o en el Papa, en un inquisidor o una gallina, en un señor o un pastor, en un perro o un caballo... ¡Las pobres almas caídas están condenadas a saltar de cuerpo en cuerpo mientras no las libere el conocimiento del *Bé*!

—¿Qué es el *Bé*, monseñor?

—El *Bé* consiste en saber que Dios no ha creado el mundo material. Que el mundo material es obra del Demonio, dios extranjero del Génesis, Satán, señor de la materia y la carne. Sabiendo esto, sabiendo que Dios es el Padre Celestial ajeno a este mundo, ¡es posible sacar el alma de este mundo y elevarla al Padre Celestial, salvarla de este infierno! Así, si un hombre o una mujer conocen el *Bé* y cumplen con el ritual del *consolament*, ¡salvarán el alma que portan!

—¿No hay diferencia entre hombre y mujer? —pregunta el otro hijo de Guillemeta.

—Ni entre señor y vasallo, ni entre hombre y mujer: todas las almas están igual de condenadas aquí abajo, ¡y todas se salvan si conocen el *Bé*... con un Perfecto cerca!

—¿Y si no, qué?

—Si no, al morir esa persona, el alma que contiene su túnica de carne... vuela y se queda por aquí, en busca de otro cuerpo en el que encarnarse.

—¡A veces pienso que mi alma ha estado antes en un hombre! —comenta Guillemeta.

—Y yo en el de una mujer, ¡y muy pecadora sería esa mujer, que no salvó su alma y está en mí, ja, ja! —Ríe el pastor Pere Mauri, divertido por su ocurrencia.

—Entonces, ¿este mundo es el infierno? —pregunta Guillemeta, sin atender a la broma de Pere.

—Fíjate: al morir, ¿descendió Jesús al infierno? ¡No, porque ya estaba en él: este mundo lo es! Este mundo es el infierno, el reino de Satán.

Belibasta está contento. Nada le gusta más que instruir a los creyentes, que beban de sus palabras. Como él cuando seguía a D'Alayrac... O como entreveía de joven en las reuniones de creyentes en la bodega de la casa de su padre, en la lejana Cubieras. Este es su anhelo como Perfecto: consolidar una comunidad de buenos cristianos amplia y cohesionada a la que pastorear y salvar sus almas. Y resume el dogma de la reencarnación, central en la doctrina herética, con una parábola:

—El alma de cierto hombre, tras haber abandonado su cuerpo, entró en el cuerpo de un caballo. Ese caballo fue propiedad de un señor durante un tiempo. Una noche, el señor perseguía a sus enemigos cabalgando por un roquedal. El caballo hundió una de las patas en una grieta. Al sacar la pata, perdió la herradura entre esas dos rocas, que allí quedó oculta. Un tiempo después, cuando aquel caballo murió, el alma salió y se metió en un cuerpo humano, y ese hombre se convirtió un día en un *bon home*.

Aquel *bon home* paseaba un día junto a otro buen cristiano por el roquedal en que perdió la herradura siendo caballo. Tuvo un recuerdo de esa vida pasada y le dijo a su compañero: «¡Ahí perdí una herradura cuando era caballo!» Y señaló el lugar exacto, un hueco oscuro entre dos peñas. Su compañero metió la mano en el agujero... ¡y sacó la herradura!

La historia de Belibasta encanta a todos los presentes, que la aplauden con alborozo y risas y asombro. Todos se preguntan dónde estuvo su alma antes de reposar transitoriamente en su cuerpo. Y todos se repiten que, antes de morir, intentarán redimirla de este bajo mundo y devolvérsela al Padre Celestial.

Belibasta sí tiene clara la filiación de su alma: la de Jesucristo. Belibasta no alberga duda alguna de que él es el Hijo de Dios. Ahora vuelve a su casa de Morella. Cuando muera, sabe que irá al Cielo.

XXI

Cazarrecompensas (Tarascón d'Arieja, 1317)

Arnau Batlle-Sicre se ha criado en Tarascon, a orillas del río Arieja, en el País de Foix. Desde los siete años ha visto sus brumas encajonadas entre montañas y sus neblinas trepar por las laderas. Los ojos glaucos de Arnau tienen algo de bruma, de neblina escarchada al alba. Denotan determinación e inteligencia, una frialdad de plata. Y también cierta inquietud, desasosiego: Arnau se siente incompleto, siente que le han arrebatado injustamente algo que le pertenece y le falta. ¡Sabe bien qué es! Y esta mañana de marzo, a la sombra del castillo de Tarascon, reflexiona sobre cómo recuperarlo.

Arnau Batlle-Sicre es un joven instruido que lee y escribe en occitano y en latín. Ha sido educado por su padre, prestigioso notario de Tarascon durante años, intachable católico, recto, voluntarioso y trabajador, que ha sido para Arnau —y para su hermano Pere— un padre y una madre a la vez. Y un modelo, un referente para Arnau. Hace casi diez años, en 1308, siendo castellano de Tarascon, el padre de Arnau participó activamente en la detención y encarcelamiento de los muy heréticos habitantes de Montelhoc, por orden del señor inquisidor. ¡Bien hecho! Pensar en ello regocija a Arnau Batlle-Sicre. ¡Al Muro con todos, malditos locos! Bien merecidos tenían los grilletes, y la cárcel, y la infamia, ¡y hasta la hoguera! Arnau Batlle-Sicre está orgulloso de su padre, que brinda ahora servicios como jurista en la mismísima corte del conde de Foix.



Arnau Batlle-Sicre admira a su padre algo menos de lo que odia a su madre. Arnau Batlle-Sicre se alegra de que su desquiciada madre haya ardidado en la hoguera, en una hoguera de la Inquisición de Carcassona. La muy hereje tuvo ocasión de retractarse, y se negó. La muy hereje se negó a abjurar de sus desvarios anticatólicos y prefirió morir quemada hace ahora diez años. ¡Ojalá siga ardiendo en el infierno! Arnau Sicre la culpa de su frustración y de la desgracia de la familia. Porque su madre, Sibil·la Batlle, cuando él era un niño, expulsó a su padre de la casona familiar de Acs, el pueblo de las termas, aguas arriba del Arieja. Su madre, Sibil·la Batlle, le apartó también a él de su lado cuando apenas tenía siete añitos, le sacó también de la

casa. A él y a su hermano Pere. Y los envió a Tarascon, río abajo, junto al marido repudiado, lejos de la casa natal, la gran casa de Acs.

¡Ah, la casa! Arnau malvive sin casa ni tierra, y apenas puede evocar recuerdos de los días de infancia en que vivió con sus padres en el imponente *ostal* de Acs. Su confortable casa natal. La recuerda grande y bella como un palacio. Una casa amplia y sólida, de cimientos de piedra y paredes de mampostería, armoniosa a la vista, con dos plantas, muy bien techada, con una hermosa *foganha* siempre encendida, con bodega, con desván y con muchas habitaciones siempre llenas de gente. Allí pernoctaban transeúntes y viajeros, feriantes, pastores, mercaderes..., y herejes. En una u otra pieza de la casa siempre había algún Perfecto de paso, herejes camuflados. Y allí, sin demasiado recato, pronunciaban sus sermones equivocados, oficiaban sus ritos heréticos, sus errores. Su madre, enérgica y resolutiva, los amparaba y adoraba sin mayor disimulo. Y por eso repudió y echó de la casa al padre, testigo disgustado e incómodo que se revolvía contra esas visitas comprometedoras y peligrosas, se quejaba a Sibil·la y la reprendía.

Sibil·la estaba poseída por la herejía. Algún vecino de Acs, a veces, le llama a él Batlle, y eso le disgusta sobremanera. Es verdad que Sibil·la le parió, y le parió en esa amplia casa. Pero, convertida a la herejía, temió que sus propios hijos mayores la delatasen a los curas, por estar ya crecidos y ser difícil convertirlos sin que se fueran de la lengua. Y los sacó de la casa. Así Arnau se quedó sin madre. Y sin hogar. Porque la Inquisición no solo quemó a la relapsa Sibil·la Batlle en Carcassona: confiscó y vendió todos sus bienes muebles, sus ovejas, alguna tierra..., y entregó la valiosísima casa al señor conde de Foix a título de caución. Desde hace ocho años la casa está cerrada y nadie puede entrar sin permiso. Arnau no discute el castigo de su madre: es justo, por hereje irrecuperable. Y por eso la odia, pues le ha convertido en un ser incompleto, huérfano, condenado a la pobreza, como un tullido leproso.



Quiere lo que considera suyo. Arnau quiere la casa de su madre. Su casa. Sentado a la sombra de las piedras grises y húmedas del castillo de Tarascon, con los ojos glaucos clavados en el río Arieja, Arnau Batlle-Sicre medita sobre cómo enderezar su estancada vida y recuperar el patrimonio familiar malbaratado por su herética madre. Rescatará la hermosa casona de Acs. Para él y para su hermano Pere. Tiene otros hermanos pequeños, Bernat y Pons, pero contaminados también por la herejía por culpa de la madre: el más pequeño, Pons Batlle, es un Perfecto a punto de hoguera.

Arnau se repite que él es un católico al que nada pueden reprocharle ni la Iglesia ni la autoridad condal. Pero el bueno de su padre ya le ha dicho que nada hará al respecto, que nada intentará ante el conde de Foix, su señor: eso podría perjudicarlo en su actual cargo. Por eso Arnau-Batlle-Sicre, esta mañana, resuelve visitar a su querido hermano Pere, buen católico como él, consultarle y tomar juntos una decisión acerca de cómo actuar para reclamar y recuperar la propiedad de la madre. Su hermano Pere vive al otro lado del Pirineo, en la Seu d'Urgell.

Arnau coloca en su petate un *pà de figues* para obsequiar a Pere, y un frasco de *auga de nogues* que él mismo ha elaborado con aguardiente, nueces tiernas y un litro de agua de lluvia, macerado todo al sereno. Algún buche se regala por el camino, mientras asciende por el río Arieja. Deja atrás su pueblo natal de Acs, echa un último vistazo a la casa confiscada, tan hermosa. ¡La recuperará, sea como sea! Atraviesa por el puerto de Puymorens y desciende hacia la Cerdanya, sigue el río Segre, cruza Puigcerdà y, sin apartarse de la orilla del río, arriba a la Seu d'Urgell. Su hermano vive en una casa junto al templo que identifica a la población. Y no está por la labor:

—Arnau, mi querido hermano, yo me encuentro ya muy a gusto aquí, en la Seu, lejos de las desgracias de nuestro país. Por lo que a mí respecta, doy por perdida para siempre la casa de madre. No quiero saber nada de aquello.

—¡Yo quiero esa casa! No viviré el resto de mi vida como una rata en un corral apestoso. Quiero la casa en la que nací.

—La Inquisición solo atenderá tus ruegos si le entregas algo más valioso que la casa de nuestra madre. Algo realmente importante para ellos: ¡un hereje!

—¡No hay pocos! La diócesis de Pàmies pone precio a la cabeza de muchos: cincuenta libras tornesas por el pastor Pere Mauri y por su tía Guillemeta Mauri, de Montelhó, y por Ramon Isaura, de Larnat, ¡y por muchos otros...!

—Pero Arnau, yo no me refiero a cualquier hereje de pacotilla, sino a un hereje con sotana. ¡Un Perfecto! Solo si les entregas a un Perfecto con el que puedan montar una buena hoguera... ¡solo así podrías conseguir algo!

—Ayúdame, pues: ¿alguna pista?

—Muchos herejes fugitivos del condado de Foix pasan por aquí. Los veo... Para alejarse de la Inquisición siguen el curso del Segre, hacia el sur..., ¡incluso más allá del río Ebre!

—¿Cómo lo sabes, hermano?

—Un pastor de los que en verano suben hasta aquí el rebaño, después de tenerlos en invierno por aquellas tierras de la Corona de Aragón, ha sido algo parlanchín... Y ha visto algo interesante: un Perfecto ha creado una comunidad de herejes por allá abajo. ¡Y no es un cualquiera! Es alguien muy buscado: por asesino en la diócesis de Narbona y por Perfecto en la de Pàmies. ¡Ah, y por fugado del Muro de Carcassona!

No quedan ya Perfectos tan odiosos. Es el último de los grandes, el último Perfecto...

—¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¡Lo cazaré!

—Se oculta en algún rincón entre la ribera del Ebre y las montañas del Reino de Valencia. El pastor Pere Mauri es uno de sus allegados. Se llama Guillem Belibasta. ¡Ese es tu hombre, Arnau! ¡Busca a Belibasta!

XXII

Fournier el inquisidor (Pàmies, 1317)

El inquisidor Geoffroy d'Ablis, obispo de Pàmies, ha muerto. Dicen los herejes que dos gatos negros han velado su lecho de muerte. Ha perseguido a los herejes, sobre todo a los de Montelhó. Ya tiene sucesor: el obispo Jacques Fournier, cuya crueldad superará con creces la de su antecesor. Para Fournier, D'Ablis ha sido un blandengue. Fournier es ambicioso: quiere dinero y quiere pompas. Y da órdenes a sus juristas y funcionarios para comenzar a cimentar su episcopado.

—Estas tierras están infestadas de gentes laxas e irrespetuosas que escatiman a la Santa Madre Iglesia los impuestos debidos por el cuidado de sus almas. ¡Esto tiene que acabar! A partir de ahora, impongo un nuevo impuesto sobre quesos, nabos y rábanos.

—Muchos no pagan por estar dominados por la herejía, monseñor: no consideran verdadera a nuestra Iglesia —apunta un consejero.

—Estos montañeses y aldeanos entrarán en razón, herejes o no. ¡Todos entenderán pronto quién manda, a quién deben pleitesía y respeto!

Y el obispo Jacques Fournier urde su plan de persecución y extorsión. Le tiemblan las mejillas de íntima satisfacción al idearlo. Rastrillará esta tierra y hará saltar hasta el último de los herejes de sus madrigueras. Es hijo de un humilde panadero de Saverdun, pero sabe lo que quiere: poder. Y el obispado de Pàmies es solo un primer escalón. Prepara el terreno para su labor inquisitorial. Será implacable, sacará a los herejes de debajo de las matas y de las piedras, impondrá el terror. Nada se moverá en estas tierras sin su consentimiento. Hará que todo el país sea su convento, que los árboles tengan oídos, que las cruces de término tengan ojos, que nada escape a su conocimiento. Extenderá una red de informadores, de agentes, de espías, de delatores como no la ha habido ni la habrá en siglos.



Jacques Fournier ha nacido en 1280 (¡el mismo año que Guillem Belibasta!) en el seno de una familia modesta, hijo de un panadero y una lavandera. Siempre ha aspirado a más, ¡a más! Salió de la tahona paterna para cursar carrera eclesiástica, estudiar en la abadía de Fontfreda y progresar. Recuerda ahora el olor anisado y dulzón de la levadura que triplicaba el volumen de cada pan. Lo que su padre hacía con la masa, lo hará Fournier consigo mismo. Fermentar y crecer. Cimentará su poder

sobre los huesos y las cenizas de los herejes. Alzándose sobre ellos, algunos años después, llegará a Papa: Benedicto XII.

«¡Habéis elegido a un asno!», exclamará Jacques Fournier cuando le elijan Papa en 1334, y en Avinyó empezará a edificar un palacio colosal del que los siglos hablarán. Pero su fama de hombre frío y laborioso, rocoso e incorruptible, empieza a labrarse aquí, en el obispado de Pàmies, persiguiendo la herética pravedad de los *bons homes*. No es ningún asno, desde luego. Fournier es un hombre instruido. Ha pasado por las aulas de teología de París. Conoce las profecías de san Malaquías, que desde dos siglos antes le prefiguran como *Abbas Frigidus*, abate frío. Y se identifica con ese lema: ha sido abad de Fontfreda.

Y ahora es obispo de Pàmies, donde está a punto de revelarse como el inquisidor más despiadado y eficaz que recuerda la historia de la cristiandad. Intuye que perseguir herejes será su bendición. Enfrentarse a su contumacia, constreñirles a pagar impuestos, detenerlos, interrogarlos, condenarlos y quemarlos será el mejor trabajo de su vida. Ellos, los herejes, son su oportunidad para llegar a ser Papa.



«¡Fournier hace saltar a las corderas!», musitan los herejes en esa época —de 1318 a 1325—, cuando el obispo interroga, escudriña y condena. La herética pravedad teme su talento inquisitorial. Infalible para sonsacar a sus detenidos, no necesita torturar apenas: minucioso, persuasivo e insistente, pregunta con tino, sabe captar matices relevantes en cada gesto y palabra de sus declarantes —quinientos setenta y ocho interrogatorios a ciento cuarenta y cuatro sospechosos—, sabe detectar el más leve indicio de herejía. Nadie escapa a su gélida perspicacia.

—¿Llamáis Perfectos a los predicadores de la herejía? ¿Por qué? —pregunta a un testigo, que le responde con un punto de desafío:

—Porque no juran, no roban y no mienten, porque practican un oficio de modo virtuoso, ayudan a los demás y los bendicen. Y porque son pobres, ¡y no piden que se les entregue dinero!

Fournier se agita en su sitial de inquisidor en la sala del palacio episcopal de Pàmies, donde interroga: sabe bien que el pueblo le odia porque le carga de impuestos, porque ha decretado un nuevo diezmo agrícola sobre quesos, rábanos y nabos. Pastores y labradores se indignan. Y entre ellos proliferan los herejes. Fournier es su diablo, la máxima expresión del Maligno.

Jacques Fournier no acepta súplicas ni sobornos. Su rígida gestión enriquece la

diócesis fabulosamente. Sobre las costillas de las sufridas gentes del condado de Foix. A los que no ha quemado, los doblega: abjuran de su fe herética. Algunos se convierten al catolicismo y colaboran con él. Otros, en cambio, logran escabullirse y huyen al sur de los Pirineos. Esos herejes se le escapan, pero Jacques Fournier sabe con orgullo que se condenan a no regresar jamás. De todos modos, se jura que los sacará de debajo de las piedras.

XXIII

De caza

(Condados Catalanes, 1317)

Arnau Batlle-Sicre, el cazarrecompensas, sale de caza. Viste sombrero de fieltro de ala ancha, redondo, y tabardo con cuero en los hombros, que usa de manta en las noches al raso. Cuelga del hombro un zurrón en el que lleva algo de pan, queso y nueces, un cubilete de cuero, un pedazo de pedernal para prender fuego y una pequeña red para pescar en las aguas de los ríos. Completan su equipaje un cuchillo, una bota de vino y un largo cayado para ayudarse a vadear torrentes y con el que espantar a perros asilvestrados. La mirada al frente, glauca y obstinada, le indica el camino.

Arnau Batlle-Sicre, el hijo desposeído de Sibil·la Batlle de Acs, hereje relapsa quemada en la hoguera, comienza su cacería. La pieza tras la que corre se llama Belibasta, un Perfecto de los herejes huido a tierras catalanas. Quiere encontrarlo, ganarse su confianza, atraerlo a la jurisdicción del condado de Foix, entregarlo a la Inquisición. ¡Que hagan con él lo que quieran! Que lo torturen, que bailen sobre su esqueleto, que lo quemem. Que lo disfruten. Lo único que él pedirá a cambio es que le devuelvan la casa de su madre en Acs, requisada por la Inquisición. Arnau Batlle-Sicre se ha cansado ya de vivir de limosnas.

Pero ¿cómo localizar a Belibasta? La tarea se le antoja hercúlea, similar a buscar una aguja en un pajar. Primero, porque la Corona de Aragón es un espacio enorme salpicado de aldeas y villas, un amplio territorio que diríase un Pirineo desparramado hacia el sur, aguas abajo, fragmentado por valles y quebradas, muelas y montañas, bosques y pastos. Y que, desde el Pirineo, expande los dominios de la cristiandad hacia el Mediterráneo y hacia el sur, creando el Reino de Mallorca y el de Valencia. Según su hermano, Belibasta anda entre el Ebre y las montañas del norte del Reino de Valencia, pero ¿y si el hereje se ha embarcado? Sabe que hace ya ocho años que huyó del Muro de Carcassona. ¿Dónde estará ahora?

Y segundo, la tarea de localizar a Belibasta es ardua porque su hermano, que vive en la Seu d'Urgell, le ha explicado que los herejes exiliados en tierras catalanas tienen buen cuidado de guardarse las espaldas, de ocultar su identidad, de borrar su rastro.

—Se esfuerzan en ocultar su identidad, y hasta algunos mudan de nombre, Arnau. Me han dicho que Guillem Belibasta se hace llamar Pere no sé qué. El temor a la Inquisición les ha metido el miedo en el cuerpo y no les basta con huir a cientos de leguas de distancia, sino que se esfuerzan en pasar inadvertidos. Disimulan su origen

y, desde luego, sus creencias: en la intimidad del hogar puede que vivan como los herejes que son..., pero fuera de casa se esmeran en parecer piadosos católicos. ¡Y hasta alardean de ello públicamente! Quieren evitar ser señalados como herejes y ser inquietados, chantajeados o perjudicados. En esto, los herejes se parecen a esas familias de judíos conversos al cristianismo que afirman ser buenos cristianos, y van a misa y comen jamón, pero que judaizan en el secreto de sus habitaciones. No te será fácil, Arnau, hermano...

Hay que agudizar el olfato, pues, y seguir todas las pistas posibles. Arnau Batlle-Sicre se pregunta por dónde empezar... Su hermano ha visto pasar a grupos de exiliados por la Seu d'Urgell, los ha reconocido, ha hablado con ellos, les ha escuchado hablar entre ellos, y algo sabe...

—Sé que algunos de estos herejes, tras cruzar el Pirineo por el puerto de Puymorens, siguen el Segre y descansan en la Cerdanya, en Bellver, y algunos siguen hasta Tuixèn o Bagà, y allí se emplean a ganaderos locales como pastores. Otros se recogen una temporada en Castellbó, como sé que hizo Belibasta. O por aquí. También siguen bajando por el Segre hasta Lleida. Sé que Belibasta también estuvo allí, haciéndose llamar Pere..., Pere..., ¡ahora me acuerdo!: Pere Pentiner. ¡Mucha suerte, Arnau!

Arnau Batlle-Sicre está dispuesto a pisar todas las piedras de los Condados Catalanes, Aragón y Valencia tras Belibasta. Parte hacia Bagà, para probar suerte. Allí, unos canteros se afanan en coronar una iglesia bajo la advocación de Sant Esteve. El río Bastareny salta cerca, con alegría de remolinos y espumas. Una flamante plaza porticada, ideal para acoger un próspero mercado, habla de la riqueza ganadera del lugar. Arnau Batlle-Sicre se entera de que frecuenta el lugar un pastor ariegense, de Montelhô, que conoce bien a Belibasta y que responde por Pere Mauri. El cazarrecompensas amista con unos pastores y decide aflojarles la lengua sobre todo lo que sepan al respecto...

El cazarrecompensas tiene dos cosas: una, algo de dinero que le ha prestado su hermano; dos, los ojos glaucos de alguien que ha leído casi todo lo que se puede leer y que sabe del alma humana casi todo lo que hay que saber. Compra un cochinito, lo limpia, socarra y desfibra, lo frota con ajo y limón, lo adoba con sal y pimienta, lo unta con manteca fría y lo lleva al horno de Bagà.

Con el cochinito recién asado se presenta en la borda donde pernoctarán los pastores, que acaban de recoger los rebaños. El suntuoso aroma del cochinito crujiente convierte la choza de los pastores en la sala de un palacio, y ellos se derriten de placer. Confortados por la carne asada y el vino, los pastores se tienden en el exterior de la borda, bajo el cielo, junto a un pequeño fuego que crepita entre cuatro piedras, y charlan. Son tres sardaneses, un ariegense, un andorrano y un aragonés de

las montañas de Teruel, de ascendencia leridana. Hablan cada uno su propia lengua materna y todos se entienden perfectamente. Cada uno identifica el particular acento y giros verbales del otro, que delatan su procedencia.

—¿Pere Mauri? ¿El de un ojo de cada color? Trabaja mucho con los rebaños de la dama Brunissenda de Cervelló, los ha pastoreado varias veranadas en las alturas del Arieja.

—¡Gran dama catalana, y gran ganadera! Ella y Pere Mauri se entienden muy bien..., cuentan.

—¡Desde luego que se entienden bien! Ella, bajo el cayado de Pere Mauri..., ¡se convierte también en una dócil corderita, ja, ja, ja!

—Y, ñam, se la come el lobo, ja, ja, ja.

—No sé quién se come a quién, ja, ja.

—Pere Mauri también pastorea los rebaños de Bartomeu Company, de aquí, de Bagà. Y de Ramon Boursier, de Puigcerdà. Y de Arnau Faurier, también de Puigcerdà. Yo he estado en una de sus cuadrillas. ¡Sabe lo que hace, es el mejor a ambas faldas del Pirineo! Le he visto enfrentarse él solo a una manada de lobos, sin miedo.

—Yo también estuve con él, hace algunos años, por las montañas de Castellbó y Josa.

—Ah, allí es donde mataron a pedradas a un obispo, hace años...

—No era un obispo, era un inquisidor. ¡Pero de eso hace cincuenta años, hombre! Fue por lo del vizconde de Castellbó y su hija. Sabéis lo que pasó, ¿no?

—Sí, que el vizconde Arnau y su hija Ermesenda llevaban años muertos y enterrados, pero eso no frenó al obispo de Urgell: los juzgó y condenó por herejía. Y ejecutó la sentencia: los desenterró, quemó sus huesos en la hoguera y esparció sus cenizas a los cuatro vientos.

—Conozco a uno de Castellbó que me ha contado que su padre, de niño, tiró piedras a Pere de la Cadireta, agente de la Inquisición de paso por Castellbó. ¡Los vecinos de Castellbó apreciaban a su señor, y les ofendió que lo desenterrasen y quemasen sus restos! Al inquisidor lo corrieron a pedradas por las calles, hasta echarlo del pueblo. Y allí, en las afueras, lo remataron a pedradas. El desgraciado quedó hecho un guiñapo...

—¿Sigue habiendo herejes por allí?

La pregunta la hace Arnau Batlle-Sicre. Uno de los pastores, el ariegense, ha callado. Se llama Guillem Maurs, y es íntimo amigo de Pere Mauri. Otro se persigna.

—Hay de todo en todas partes.

—Tú, Maurs, has pastoreado en el Cadí, en Gósol, con Pere, y en invierno habéis bajado rebaños a Tortosa y Peníscola, ¿verdad?

Arnau Batlle-Sicre ha retenido el nombre de esos lugares al sur de los Condados

Catalanes, enclaves del Levante arrebatado a los moros. Pero Guillem Maurs no se da por aludido y decide cambiar el curso de la conversación.

—Allí abajo ha habido mucho revuelo últimamente con la disolución de la orden del Temple. El Rey se ha apropiado de sus castillos, encomiendas y propiedades. Han desposeído a los caballeros templarios, a cambio de unas pensiones miserables.

—No siempre tan miserables, me han dicho... ¿Y qué dice de eso la gente de por allí?

—Que los caballeros templarios eran buenos señores. Ellos han administrado las nuevas tierras conquistadas a los moros y las han hecho prosperar con buenos tratos con los nuevos pobladores. Ahora hay temor de que los nuevos administradores reales sean corruptos y les carguen con nuevos impuestos...

—Pero los templarios tienen lo que se merecían. ¡No obedecían a Dios ni al Rey! Y practicaban la sodomía y la hechicería, adoraban a un gato negro, pisoteaban y escupían sobre la cruz...

—¡Como los herejes! Ellos también pisotean la cruz.

—Pero pregúntate por qué un cristiano debe venerar el leño en el que han colgado a Dios. Si a tu padre lo hubiesen colgado de un árbol, ¿le rezarías a ese árbol?

—No blasfemes, Guillem...

Guillem Maurs se arrepiente enseguida de haber hablado. No ha podido evitar repetir lo que a veces le ha oído decir a su amigo Pere Mauri, vecinos ambos del perdido pueblo de Montelhô. Estos pastores han visto al pastor Maurs blandir el cayado amenazadoramente a la vista de cruces de piedra, cruces que marcan en los caminos los términos de las villas. Le han visto liarse a golpes de cayado contra las cruces al pasar junto a ellas. Arnau Batlle-Sicre, siempre atento a cualquier desliz, ha entendido que está sobre la buena pista para llegar hasta Pere Mauri. Y confía en que, cerca de Pere Mauri, esté Belibasta.

A la mañana siguiente, Arnau Batlle-Sicre busca el cauce del río Segre y lo sigue hacia el sur. Sigue caminos de tierra, en su mayor parte irregulares, pedregosos o embarrados, a tramos empedrados en los tiempos remotos de los romanos. Cruza afluentes por puentes nuevos o palancas de madera y se cruza con mercaderes y pastores, muleros y arrieros, labradores y monjes, canteros y vidrieros, vagabundos y mensajeros, y con algún bandolero con el que se bate a cayado partido...

Sicre va solo, con la mirada glauca fija en el horizonte, con un único pensamiento. Y, así camina que caminarás, llega frente a la villa de Flix, sobre un enorme meandro del gran río Ebre.

XXIV

Plaça dels Tarrascons (Morella, 1318)

El pastor Pere Mauri pasa el verano en las alturas de Puymorens, en los pastos de sus queridas montañas del Sabartés. Pastorea rebaños de la gran dama catalana Brunissenda de Cervelló, de la que muchos dicen que es ardoroso amante. Si alguien se lo comenta, Pere Mauri sonrío y aparta la vista, y hay en su mirada mieles de frutas maduras de estío.

Este verano Pere Mauri se acerca a su cueva en las proximidades de Montsegur, rinde visita a su tesoro munífico, pero no desciende a los repechos inferiores del Sabartés, porque le parece que por allá abajo huele demasiado a carne humana chamuscada. El nuevo obispo de Pàmies, Jacques Fournier, sabe interrogar con gran persuasión, de tal modo que de cada testimonio obtiene tres o cuatro sospechosos nuevos, a los que a su vez manda detener para interrogarlos personalmente. ¡La cadena de inquisiciones, a este paso, abarcará a todos los habitantes del Alt Arieja, donde se ensaña el ambicioso hijo del panadero! La cuadrilla de Pere Mauri, con los hermanos Maurs y algún otro pastor de la comarca, lo comentan por las noches, con algún escalofrío pese al calor de la crepitante lumbre.

—Este obispo no es como los anteriores. Tened mucho cuidado con él. ¡Este Fournier hace saltar a las corderas!

—Una prima mía fue interrogada por Geoffroy d’Ablis hace diez años: ella le contó la mitad de la mitad, ¡y él quedó contento! Ja, ja... Ella se abrazó luego a sus rodillas, rogó, imploró perdón..., ¡y al poco tiempo estaba de vuelta en el pueblo! Tuvo que soportar un par de cruces de fieltro en la ropa, pero solo durante un tiempo: a los pocos meses se las quitó, ¡y tan tranquila!

—Ja, ja, ja... Fue una buena jugada, la de tu prima. Pero eso podía valer hasta ahora, pero ya no: ¡eso se acabó, se acabó...!

—Sí, olvídate de aquello. Fournier no es tan blando ni comprensivo. ¡Mejor no caer en sus garras! Ha ampliado la Torre de la Audiencia en Pàmies y la tiene llena de buenos cristianos, y también el Muro de Carcassona. Es muy sibilino y persuasivo, hace cantar a cualquiera. Los grilletes, el ayuno y un poco de tortura le ayudan...

—Lo más peligroso de todo es el miedo que ha sembrado. Muchos, para cubrirse las espaldas, se presentan ante Fournier para delatar a este o aquel vecino, y ahora los hijos denuncian a los padres, los padres a los hijos, los hermanos a los hermanos...

—Mira a ese traidor de Pere Clergue, el cura de Montelhó: ha pasado años jugando a ser hereje tan ricamente, seduciendo y acostándose con todas sus feligresas, robando a estos y a los otros, enriqueciéndose, abusando...

—¡Ordenó cortar la lengua de la señora Beatrice porque contó en público cuatro

verdades sobre sus perfidias y maldades!

—Pues ahora Clergue está destruyendo con su pecadora lengua a la buena gente de su pueblo y del Arieja. Es un despiadado cómplice de los inquisidores, ¡el muy felón! Todo para salvar su miserable cuello.

—¡No es buena idea ahora acercarse al pueblo, no! Mejor quedarse por aquí arriba...



Caen las primeras nieves en las cumbres del Pirineo, y Pere Mauri se larga hacia al sur con los rebaños. Se detiene a la vista de los muros del monasterio de Santes Creus, donde pacen unos días sus ovejas. Atrás queda de nuevo el Alt Arieja, su querido mundo pirenaico. Pere Mauri ahora busca el calor de la comunidad de creyentes en Sant Mateu, a la vera de Belibasta, el señor de Morella.

Ya tiene enfrente al ama Guillemeta, a su hermano y a sus dos hijos, a los que todo parece ir bien por Sant Mateu. Los saluda con alegría. Les regala unos zurroneos que él mismo ha hecho en los pastos de su tierra, en las tardes de verano. Guillemeta se lo agradece y le lleva aparte:

—Pere, tienes que darte prisa en subir a Morella para hablar con monseñor Belibasta. Me ha dicho que quiere confiarte algo importante.

—¿De qué se trata?

—No lo sé, ve a verle en cuanto puedas.

Pere Mauri deja sus rebaños en Sant Mateu, a cargo de dos pastores, un ariegense y un ceretano, y de los dos hijos de Guillemeta, Arnau y Joan. Una jornada después vislumbra el cono truncado de Morella, tan señorial, y se siente confortado. Le gusta esa ciudad encastillada y amurallada, arrebatada a los moros apenas un siglo antes, justo cuando en su país occitano los soldados de la cristiandad masacraban a buenos creyentes. ¡Qué diferencia! Sus pobladores le han contado que fue el mismo rey Jaume I quien, al serle entregada la ciudad por el noble aragonés Blasco de Alagón, proclamó: «*Es lloch que fa per nul home sino a rei!*» E hincó su pendón en la cima del castillo. Los moros tuvieron que ceder casi todas sus casas a los cristianos, que les dejaron seguir viviendo extramuros, en alquerías y villorrios de la comarca... De eso han pasado ya noventa años, pero Pere Mauri no puede estar más de acuerdo: siente que no hay trono mejor que Morella para su señor espiritual, el Perfecto Belibasta.

Cruza las murallas por la recién fortificada portalada llamada de Sant Mateu y entra en Morella. Se encamina, cuesta arriba, hacia la plaza en la que vive Guillem

Belibasta, que aquí se hace llamar Pere Pentiner. Hace ya casi cinco años que Belibasta reside en Morella, como un morellano más. Elabora cestas, las vende en el mercado de la villa, tan bien trazado y porticado, tan animado por ganaderos, sobre todo. Y también por un emergente artesanado textil: la lana de las ovejas es cardada y vendida en sacos en este mercado en el que ya asoman un par de pañeros, un par de tejedores, un tintorero... Hasta un tejedor llamado Guillem Amela redondea sus ganancias vendiendo sacos de lana... Se consolida una incipiente artesanía textil que empieza a prometer beneficios. Pere Mauri saluda a otro tejedor, nativo de Tarascon. Y, discretamente, hacen un aparte, bajo una de las pilastras de piedra del mercado.

—¿Cómo va todo por aquí?

—¡Muy bien! Los corderos nos proporcionan buena lana. Vienen a comprarla mercaderes italianos, que la pagan bien. Dicen que es de las mejores que hay. Se la llevan y la embarcan en el puerto de Peníscola, y con ella tejen los más finos paños del mundo en sus telares de Siena y Florencia. ¡Pero yo no soy manco, Pere! En mi familia, además de emplearnos como *paraires*^[2] para preparar la lana, hemos tejido siempre. Yo ahora estoy haciéndolo aquí, y los vecinos empiezan a valorar mis telas y a comprármelas... Estoy contento.

—¿Qué tal anda el Señor?

—Contento, también. Este año está llegando nueva gente del Sabartés, sobre todo de Tarascon. Mi casa colinda con la del Señor, en la misma plaza, y vamos a comprar o edificar alguna otra para acoger a estos hermanos en la fe en nuestra comunidad... ¡Hay que estar juntos, Pere! ¡Y qué suerte tenemos de contar con el señor Belibasta! ¿Qué más podríamos necesitar para vivir en paz y salvar el alma? Somos muy afortunados. Han llegado nuevos hombres y mujeres, buenos creyentes... ¡La comunidad ahora podrá crecer...!

Pere Mauri se despide del tejedor. No le extraña que descuelle en su artesanía textil. Pere Mauri sabe que ha habido siempre hábiles tejedores entre los buenos cristianos. En un tiempo, decir «tejedor» en su país equivalía a decir «hereje». Y buenos tejedores del Sabartés están ahora instalando sus telares en la pujante Morella. Pere Mauri no duda de que en poco tiempo constituirán un gremio muy próspero...



El pastor Pere Mauri llega a la casa en la que vive Belibasta. Está construida al modo de muchas casas populares del País de Foix, en aparejo mixto, con ladrillo de barro y piedra, bastidores de madera, con enripiado, enlucidos y encalados los paramentos. A la vista de dos casas de esta plazoleta, casi gemelas a la de Belibasta,

¡el pastor ariegense Pere Mauri se siente de nuevo en casa! Descubre que los morellanos empiezan a denominar a esta recoleta plazoleta, *la Plaça dels Tarrascons*, sin empacho, por señalar el origen de varios de sus vecinos, nacidos en Tarascon d'Arieja. Se les distingue por su acento al hablar. Aquí todos se entienden, cada uno en su singular catalán, cada uno con sus variantes natales. Aquí nadie pregunta a nadie por qué ha salido de su país: todos han llegado para buscar un lugar en el mundo sin mirar atrás.

XXV

Sicre, zapatero (Sant Mateu, 1318)

Arnau Batlle-Sicre llega al paso de barca del río Ebre, frente a la villa de Flix. Le deslumbra el anchuroso meandro que aquí traza el gran río ibérico, y se dispone a cruzarlo. Cierra tratos con un sarraceno que se encarga del paso de barca. Se llama Amed. ¡La mitad de la población de Flix es sarracena! Los ojos glaucos de Sicre escrutan la túnica de Amed y se convence de estar ante un hereje secreto, un infiel disimulado. Piensa que Amed es de los que acuden a misa los domingos y días de guardar para evitarse problemas, pero que luego se encierran en casa a trabajar. Que es de los que guardan el viernes, y ese día se lavan y practican sus oraciones a puerta cerrada. Que es de los que dejan que el cura bautice a sus hijos, para luego lavarlos secretamente en casa con agua caliente y así limpiarles los óleos santos...

No le importa. A Sicre se le da una higa la eventual herejía de Amed y de todos los infieles moriscos de Flix. No es su problema. Lo suyo son los herejes secretos de su país. Lo que le importa es Belibasta. Por eso tiene la astucia de sonsacar a Amed, de pagarle más de la cuenta por cruzar el río, de mostrarse afable y conversador... Arnau le explica de dónde viene..., y consigue que Amed hable: reporta informaciones muy jugosas sobre otros compatriotas occitanos que cruzan el río por Flix. Como un pastor de Montelhó llamado Pere Mauri, fugitivo y sospechoso de herejía, un pastor que es habitual de este paso de barca... Y que pastorea sus rebaños de invierno en la villa de Sant Mateu, ya en el Reino de Valencia.

Arnau Sicre se afana en cubrir la larga distancia que le separa de Sant Mateu en las menos jornadas posibles. Y un día de 1318, Arnau Sicre, el cazarrecompensas, se planta frente a la pujante villa de Sant Mateu, desde el verano anterior señoreada por la orden de Montesa. Llega exhausto pero muy excitado. ¡Sabe que es muy probable que aquí encuentre al pastor Pere Mauri! Y que la pista del pastor le llevará directamente al Perfecto Belibasta, según su hermano le ha contado...

Lo primero es alojarse. Y encontrar algún trabajo. Pregunta y se presenta en el taller de Jaume Vital, zapatero occitano. Se entera de que una tercera parte de los pobladores de Sant Mateu son occitanos. ¡Ahora sí que está seguro de hallarse en el buen camino! Durante los siguientes días Arnau Sicre trabaja para Vital. Rodeado de pieles de cordero curtidas —las de lechal son las más apreciadas— y engrasadas, de formones y cuchillos, martillos remendones y agujas, buriles y escarificadores, cintas, cordones y cordobanes, Sicre aprende a manufacturar botas, borceguíes y chinelas, sandalias de madera y pantuflas, alpargatas de cáñamo abiertas y cerradas.

Mientras trabaja, charla con Vital sobre la vida en Sant Mateu, y así anota mentalmente los nombres de los amigos de Mauri y dónde suelen reunirse: en casa de Su Gracia madama Guillemeta Mauri, de Montelhó, en la calle dels Llauradors.

Sicre cavila sobre la mejor táctica para presentarse en esa casa, no levantar sospechas y ganarse la confianza de Guillemeta y los suyos..., y entonces un proveedor habitual del zapatero, un tal Garaud, llama su atención desde la puerta del taller:

—Mira, Arnau, ahí tienes a una paisana tuya.

—¿Quién dices?

Arnau Sicre deja el trabajo y se asoma a la calle, donde ve a una mujer que a voz en cuello grita un requerimiento:

—¿Hay trigo para moler? ¿Hay trigo para moler? ¿Alguien tiene trigo para moler?

Arnau Batlle-Sicre deja por un momento la alpargata que estaba cosiendo en el banco de zapatero y traba conversación con la desconocida.

—¿De dónde eres, mujer?

—Soy de Saverdun. ¿Y tú?

Arnau Sicre es del Alt Arieja, nacido en Acs y criado en Tarascon, y conoce perfectamente los giros de las hablas de los diversos pueblos de su tierra. Por eso enseguida detecta que el acento de la mujer no es el propio de Saverdun. Se parece más al habla de la villa de Montelhó. ¡Ah, interesante! La mujer está encubriéndose ante un desconocido, por prudencia. Sicre encuentra así la excusa para intimar con ella. La toma del codo y traza un discreto gesto para apartarse juntos a hablar tras una esquina de la calle:

—Tú no eres de Saverdun, mujer, tú eres de Prades o de Montelhó...

—¿Y tú? Dime la verdad.

—Soy de Acs. Me llamo Arnau Batlle. Soy hijo de Sibil·la Batlle. Mi madre ha sido muy conocida en Acs y en todo el señorío de Alion. Por desgracia ya no vive... Puedes preguntar...

Arnau Batlle-Sicre, ladino, sabe que cualquiera que sienta simpatía por la herejía conocerá a su madre, la muy hereje y Perfecta Sibil·la Batlle de Acs, cuya casa era un lugar de reunión de herejes y que fue condenada a la hoguera en Carcassona.

—¡Sibil·la Batlle de Acs! ¡Tu madre fue una mujer bien honrada! ¿Eres hijo suyo? ¿Cómo te llamas?

—Arnau. He dejado nuestro país y ando buscando a mi hermano Bernat, que según me han dicho ahora se hace llamar Joan. ¿Tú sabes si ha pasado por aquí?

—No, no tengo noticia... Ay, que lástima, qué lastima... —suspira la mujer.

—¿Qué pasa?

—¡Aymé, hay tantos amigos de Dios que andan errando por la comarca y que se ignoran entre sí, tantos que nada saben los unos de los otros! Qué pena...

Entonces, bajando el tono de voz y escondiendo la barbilla, la mujer clava la mirada en los ojos glaucos de Arnau Batlle-Sicre y le pregunta:

—Dime, Arnau: ¿tú tienes *enteniment del Bé*?

Arnau se alborozaba íntimamente ante la pregunta. *Enteniment del Bé!*: esta es la fórmula, la contraseña que los herejes emplean para reconocerse entre ellos, y Arnau lo sabe. Y, con fingido aire solemne, tomando de una mano a la mujer, Arnau le dice:

—De todo *Bé*, plazca a Dios.

—Somos varios los conocedores del *Bé* que nos reunimos en Sant Mateu los domingos y los días de fiesta para conversar y compartir buenos momentos. Y tenemos la gran fortuna de contar entre nosotros con un Perfecto, Pere Pentiner, de Morella. Nos mantiene unidos, y muy viva nuestra fe. ¿Te gustaría venir?

—Nada me complacería más, nada me haría más bien.

—No hagas nada por ahora, Arnau. Yo le hablaré de ti a la dueña de la casa en la que nos reunimos, y ya te diremos algo.

XXVI

Traidor frente a Perfecto (Sant Mateu, 1318)

Pasan los días y Arnau se impacienta. Quiere contactar ya con los miembros de la comunidad hereje de Sant Mateu, retener sus caras y sus nombres, asistir a sus rituales, tomar nota de sus errores y desviaciones y, sobre todo, conocer a Pere Mauri y Guillem Belibasta, el Perfecto Belibasta, su presa.

Y un día de mercado en la villa de Sant Mateu se presentan en el taller de Jaume Vital cuatro personas a las que Arnau no conoce. Al frente viene una mujer algo gruesa, con aire de matrona y matriarca, vestida con una túnica verde de algodón y capa de lana parda, cubiertos los cabellos con una redecilla:

—¿Eres tú Arnau Batlle?

—Sí.

—Dios os salve, *messire*. Yo soy Guillemeta Mauri.

Arnau se adelanta a saludar a Su Gracia madama Guillemeta y le besa la mano. Ella le presenta a sus acompañantes:

—Este es mi hijo, Joan Mauri. Y este mi sobrino, Pere Mauri...

—¡Dios os guarde!

Arnau Sicre saluda al hijo de Guillemeta, un mozo de dieciséis años, de mirada inquieta, saya recosida y calzas, y también al pastor Pere Mauri. ¡El pastor Pere Mauri! Se miran fijamente. Pere Mauri sonríe y entorna sus ojos de dos colores, y unas arruguitas traviesas le enmarcan la mirada. Su piel bronceada habla de una vida a la intemperie, de fogatas, soles ardientes y vientos gélidos. Sicre siente el apretón férreo de las manos ásperas del pastor, unas manos que ordeñan y ayudan a parir a ovejas y cabras, y que se enfrentan a los lobos si hace falta.

Y, luego, el ama Guillemeta presenta a Arnau al cuarto visitante:

—Y este es Pere Pentiner.

¡Pere Pentiner! Pere Pentiner, como es allí conocido Guillem Belibasta, el Perfecto. Así se lo adelantó su hermano en la Seu d'Urgell y así se lo confirmó la mujer con la que habló días atrás en una esquina. Arnau Batlle-Sicre se aferra a los brazos de Belibasta, afectuoso. Le mira a la cara, ve la marca vinosa sobre el labio superior y también recelo en su mirada. Belibasta escruta a Batlle en silencio, no abre la boca. Da un paso atrás..., y sale del taller sin haber dicho ni media palabra.

Por su parte, resuelta y animosa, Guillemeta le dice a Arnau Batlle-Sicre:

—¡Siga, siga con su trabajo, *messire*, en nombre del Señor!

Y Guillemeta, Joan y Pere Mauri se despiden del aprendiz de zapatero. No le han invitado a la casa. ¡Mala señal! Arnau Batlle-Sicre se pregunta si no habrá cometido algún error, o si los herejes están tomándose las prevenciones de rigor. Y Belibasta no

le ha saludado. ¿Sospecha algo..., o es muy prudente ante un recién llegado? Arnau decide esperar. Pocos días después, vuelve al taller el ama Guillemeta.

—Amigo Arnau: ¿por qué no venís a vernos?

—Nada me placará más, pero no sé dónde vivís —miente Arnau, que lo sabe por su jefe, el zapatero Vital.

—Es la casa de los Cerdans, en la calle dels Llauradors —aclara Guillemeta, que informa así de que en esa casa han vivido gentes venidas de la Cerdanya y quizás aún la frecuenten.



Arnau Batlle-Sicre no desaprovecha la invitación. Al siguiente día festivo, se presenta en el hogar del ama Guillemeta con unas chinelas de cuero de oveja que regala a la dueña. Arnau saluda luego a los hijos de Guillemeta, los jóvenes Joan y Arnau, y a su hermano Pere —el pastor Pere Mauri no está, anda con sus ovejas—, y también al Perfecto Belibasta, que está ahí, en la casa. Arnau se felicita: ¡ya tiene delante a Belibasta, al hombre que quiere engatusar y entregar!

Satisfecho, Sicre piensa que ahora está sentado a la mesa con el mismísimo Belibasta y sus fieles, compartiendo conversación y tragos de *ratafia de codony* y vino caliente. Guillemeta observa desde el otro lado de la estancia, mientras hila. Arnau Sicre se levanta para aliviarse la vejiga, y Guillemeta aprovecha para abordarle:

—Venid conmigo, *messire*, tenemos que hablar un momento. Vayamos al patio.

Ya en el patio, sin otros testigos, Guillemeta pregunta a Arnau Batlle-Sicre:

—¿No daríais gracias a Dios si os mostrasen el *Bé*?

—¿De qué *Bé* me habláis, Guillemeta?

Arnau Batlle-Sicre fuerza la situación para no parecer alocado, para transmitirle a Guillemeta cautela y prudencia. Y la dama sonrío con satisfacción:

—Hablo del *Bé* que fue de vuestra modélica madre, y también del padre de vuestra madre. Por desgracia, no así de vuestro padre, que nunca poseyó *enteniment del Bé*. ¡Y por esa razón vuestra santa madre tuvo que echarlo de su casa! ¿Sabíais esto?

—Sí, y esta cuestión nos ha traído mucha desgracia a mí y a mi familia. Mucho hemos sufrido por esta causa... Por eso temo tratar con *bons homes*, comprendedme... No querría tener más problemas...

Arnau Batlle-Sicre juega bien sus cartas. No quiere parecer ansioso por contactar con herejes. Quiere entrar con pie seguro en sus vidas, quiere ser convincente, y su despierta intuición le dicta que es mejor convertirse en una pieza codiciada, hacerse

de rogar, hacerse valer ante los herejes...

—No es mi intención forzaros a encontraros con herejes, *messire*, no es mi intención...

El ama Guillemeta retrocede. No quiere alarmar a un posible nuevo miembro de su incipiente comunidad. Necesitan hacerla crecer, e intentarán seducir a Arnau Batlle, hijo de la santa Sibil·la Batlle, y si pide tiempo, lo tendrá.

Un par de semanas después, Arnau Sicre juzga que ha llegado la hora de dejarse querer. Sabe que le ha caído en gracia al ama Guillemeta —los regalos ayudan—, y que es momento de entrar en la comunidad de los herejes. Con un buen tarro de confitura de higos en el zurrón, después de la hora de la comida, Arnau se presenta en casa del ama Guillemeta, que no disimula su alegría ante la visita. Arnau la toma de una mano y la arrastra al patio de la casa, a solas.

—Lo que me decíais el otro día acerca de hacerme ver el *Bé*, ¿era broma?

—¿Por qué me lo preguntáis? —le replica con una pregunta Guillemeta, poniéndose a la defensiva—. ¿Tenéis *enteniment del Bé*?

—Sí, señora. Sé que puedo ya confiar en vos, y que os puedo decir que tengo conocimiento del *Bé*. Y creo que aquí, lejos de nuestro país, nada tengo que temer. Ya veo que ninguna desgracia me acarreará aquí mi fe en los *bons homes*.

Guillemeta guarda silencio y deja que Arnau Batlle-Sicre siga hablando:

—Hace ya más de diez años que tuve el privilegio de conocer a los hermanos Pere y Guillem Autier. Fueron ellos quienes, a principios de este siglo, hicieron rebrotar la vieja herejía, ya extinta desde hacía cincuenta años. Acabaron en la hoguera.

—¿Vos habéis visto a los venerables Autier? —se emociona tía Guillemeta—. Tenéis que venir a nuestra próxima reunión aquí, compartirlo con mis amigos y compañeros. Estará el Perfecto con nosotros: Belibasta. Aquí se hace llamar Pere Pentiner. Es él. ¿No os alegráis? ¿No me lo agradecéis?

—¡Os lo agradezco a vos y a Dios!

—Pues volved esta noche.

Algo más tarde, amparado por la oscuridad de la noche sin luna, Arnau Batlle-Sicre, para no ser visto, da un rodeo por las viejas murallas de la zuda islámica de la villa de Sant Mateu, y llega a la casa de Guillemeta. Dentro ve al ama, a sus dos hijos y a su hermano, en pie junto al hogar. Y, con ellos, al Perfecto Guillem Belibasta, que ya sabe que el ama Guillemeta ha puesto en antecedentes a Arnau Batlle sobre su identidad. Y Arnau los saluda a todos del modo más natural.

Arnau Sicre comete un error: no saluda con el *mellorer*, el ritual de los buenos

cristianos. *Mellorer*: «orar ante» o «dirigir el rezo». ¡Y es obligado —siempre— ante un Perfecto! También lo es entre dos buenos cristianos que se saludan por primera vez, o si hace algún tiempo que no se ven. Por eso sí lo ha hecho la familia de Su Gracia Guillemeta cuando ha llegado a la casa el Perfecto Belibasta:

—*Benedicite, Sénher*, ¡la bendición de Dios y la vuestra! —le han dicho, al tiempo que se inclinaban de rodillas. Han repetido la petición de bendición y la genuflexión por tres veces. Y, a la tercera vez, han dicho—: *Sénher, pregatz Deu per aquest peccaire, ¡que Deus m’aport a bon fi!*

En las dos primeras genuflexiones, el Perfecto les ha respondido:

—Tened la bendición de Dios y la nuestra.

Y a la tercera, ha respondido:

—*Deus vos benedigat, eus fassa bon crestià, eus port a bona fi.*

Acto seguido, los buenos cristianos le han dado al Perfecto el beso de la paz, llamado *caretas*, un abrazo en el que inclinan la cabeza sobre uno de los hombros de Belibasta y dicen: «*Benedicte, Sénher.*» Lo repiten en el otro hombro, y de nuevo en el primero. Y el saludo finaliza con un beso en la boca del Perfecto, diciéndole: «Orad a Dios por nosotros.»

Y Belibasta responde: «Que Dios os bendiga, os haga buen cristiano y os conduzca a un buen fin.»

Arnau Batlle-Sicre no ha saludado con el *mellorer*, no ha saludado y adorado al Perfecto como le corresponde. Y Belibasta le mira..., y calla.

XXVII

Tomando notas (Sant Mateu, 1318)

Arnau Batlle-Sicre frecuenta la casa del ama Guillemeta. Se ha ganado su confianza y mueve todas las piezas para seducir a su presa: Belibasta, el señor de Morella, que suele presidir las reuniones. A Arnau le interesan sobremanera las reuniones en esa casa, para acopiar errores de herejes y presentarlos al señor obispo de Pàmies, el inquisidor Jacques Fournier.

Arnau compra cuatro dineros de vino y los comparte con sus nuevos compañeros, después de saludarse todos con el ritual del *mellorer*, que finalmente ha aprendido de vérselo hacer a ellos.

—Sois hijo de una persona que fue buena mujer. Y si todas las mujeres, desde esta villa de Sant Mateu hasta nuestro país natal, fueran como ella, ¡serían más honradas de lo que son! —dice Belibasta.

—¡Amén! —ratifica Arnau Batlle-Sicre.

—Monseñor, Arnau es hijo de una tan buena mujer que no puede sino acabar bien —apostilla Guillemeta.

XXVIII

El pacto

(Pàmies, 1318)

Se acabaron las contemplaciones, Gaillard! ¿Qué os habéis creído? ¿Qué os habéis creído los dominicos? ¿Que podéis dar lecciones a un obispo? Quizás a mis predecesores sí pudierais dárselas, ¡pero no a mí! Ya sé que al obispo anterior, al bueno de Geoffroy d’Ablis, se le escapaban de las manos los malditos herejes. Ya lo sé. Bien, pues se acabaron las bromitas, Gaillard. ¡Conmigo es diferente! ¡Esos herejes se van a enterar! Y a vosotros se os bajarán un poco los humos, dominicos.

Jacques Fournier, el hijo de panadero, que con denuedo y tenacidad es obispo de Pàmies, se desahoga ante su adjunto, su lugarteniente inquisitorial, el fraile dominico Gaillard de Pomiès, que representa a la Inquisición de Carcassona. El buen monje calla, con los dedos de las manos entrelazados a la altura de la cintura, sobre el alba, su hábito blanco con esclavina. Gaillard de Pomiès acaba de llegar de la calle y el señor obispo no le da tiempo ni a quitarse de los hombros la capa negra de su orden. Fournier sigue descargando su ira sobre Gaillard de Pomiès:

—Por mucho que vayáis por los caminos con una túnica piojosa, muertos de hambre, sin un mendrugo que llevaros a la boca, ¿os creéis mejores? ¿Santos? ¡A ver si vais a pareceros a los malditos herejes, que se hacen llamar *bons homes*...! Tus hermanos van por los caminos limosneando y persiguiendo herejes, Gaillard, y creen que nadie puede hacer eso mejor que ellos. Pues mirad: ¡las cosas han cambiado! ¡Mi mano no temblará! Ya puedes decírselo a tus hermanos dominicos, a tus perros del Señor. ¡Van a aprender todos, vosotros y los herejes, lo que es hacer las cosas bien! ¡Los herejes sí van a temblar ahora, les van a temblar las nalgas con solo oír el nombre de Jacques Fournier!

Jacques Fournier se queda a gusto y se deja caer en su sitial, en la sala del palacio episcopal de Pàmies. Decide tomar las riendas de la persecución de los herejes, que siguen multiplicándose pese a los trabajos de su antecesor. Fournier está decidido a frenar esta expansión, y de paso a conseguir fondos para su obispado mediante la extorsión de familias sospechosas, de las familias que evitan pagar las tasas y diezmos debidos a la Iglesia. ¡Y si se tercia confiscarles casa, tierra y bienes, Fournier lo hace sin vacilar!

Ordena detenciones, pone precio a la cabeza de los *bons homes* de los que más se habla, fomenta las delaciones y siembra el país de espías —a los que llama *exploradores*— y confidentes. Y dirige él mismo los interrogatorios, minuciosos e implacables. Así siembra el terror, afianza su poder y acrecienta la riqueza de su Iglesia.

—Mi señor obispo, contad con toda nuestra colaboración. Vuestro propósito es

legítimo, lo respaldamos —comienza Gaillard de Pomiès, retirándose la capa negra y apartando de la cabeza la esclavina, que deja ver la pulcra tonsura de su coronilla—. Vuestra intervención está siendo muy eficaz, esa es la verdad. Sobre todo, el uso que hacéis de herejes arrepentidos, como Sicard de Figueiras y otros...

—Ah, ya sé por qué me nombráis a Sicard: porque quien le convirtió de la herejía al catolicismo fue vuestro dominico Izarn, ¿verdad? Pero tenéis razón. Me gustó Sicard cuando vino a esta sala y me dijo: «¡Los haré colgar a todos, a esos herejes, porque conozco al dedillo sus caminos y atajos! ¡Conozco despeñaderos y cuevas, los pasajes y senderos que frecuentan, y los escondrijos donde ocultan su dinero!» Y sí, ya me ha entregado muy buenas piezas, ha cazado bien a herejes fugitivos en bosques y cuevas, ayudado por esos perros adiestrados suyos, que parecen oler en las montañas a los herejes como a trufas, trufas del demonio.

Gaillard de Pomiès sonrío, pues ve ahora a su señor obispo de mejor humor. Se relaja y le comunica lo que venía a decirle desde el principio:

—Señor obispo, hay un hombre que podría interesaros. Dice ser natural del Arieja y asegura que ha localizado a un Perfecto fugitivo, no sé a cuál: no ha querido revelármelo, quiere decíroslo a vos personalmente. ¡Quién sabe si no vais a reclutar a un nuevo Sicard de Figueiras!

—¿Dónde está ese hombre?

—Esperando fuera, en la antesala. Me ha parecido muy impaciente, y algo excitado, quizá demasiado... Si queréis, le hago pasar y vemos qué trae.

—Que pase, que pase. ¿Os ha dicho su nombre?

—Arnau Batlle-Sicre, de Acs.



Entra en la sala del obispo el hombre que está a punto de convertirse en uno de los mejores cazarrecompensas que pueda imaginar el obispo de Pàmies e inquisidor Jacques Fournier, futuro papa Benedicto XII... Uno de los mejores, no: el mejor. Acaba de llegar de un largo viaje por la Corona de Aragón y al obispo le llama la atención su mirada glauca y su aire de determinación:

—Batlle-Sicre... Vuestros apellidos no me son desconocidos...

—Será porque el obispo anterior mandó a la hoguera a mi madre, Sibil·la Batlle, de Acs.

—¡Sibil·la Batlle! Claro que me sonaba...

—Mi madre hizo mucho daño a mucha gente, y fue justamente condenada. Pero a

la persona a la que más perjudicó esta hereje... ¡fue a mí!

—Supongo que vuestra familia quedó en la ruina por su culpa, ¿no?

—Así es. Las tierras, los bienes... ¡Y la casa! La casa de Acs, un hermoso *ostal*.

—¿Y qué os trae aquí ahora?

—¡Belibasta!

—¡Guillem Belibasta! ¿El Perfecto Belibasta? ¡Ese canalla debe ser apresado! Asesino, fugado del Muro de Carcassona... ¡Mala hierba! ¿Qué sabéis de él?

—¡Sé dónde está! Y con quién. Un montón de herejes. Todos a su alrededor, y él..., infectando cada día a más gente, haciéndose fuerte...

—¿Dónde, dónde?

—Muy lejos de aquí, al otro lado de los Pirineos, al sur de la Corona de Aragón, en el nuevo Reino de Valencia...

—¡Ah, malditos, ahí se esconden como ratas porque creen que no llega mi mano!

—Pero sí podría llegar, si vos así lo quisierais. ¡Yo estoy dispuesto a traéroslo aquí!

—¿Creéis que lo conseguiríais?

—Con vuestro permiso y un poco de ayuda, sí. Y con mucho gusto, porque he oído las barbaridades que dice, monseñor... ¡Asegura que es el Hijo de Dios! Y no os reproduciré los horrores que suelta de vos...

—Decídmelos, no temáis.

—Que no hay impostor mayor que vos, que sois el diablo mayor del mundo, que sois un cerdo que morirá ahogado en su inmundicia, que no tenéis ningún poder ante Dios y que él lo tiene todo. —Arnau carga un poco las tintas para azucar, por si hacía falta, al señor obispo—. ¡Perdonadme, señor...!

—¡Basta! Ese hombre debe acabar en mis manos. Si cae ese descarado Belibasta, otros herejes se dejarán vencer por el miedo y se entregarán voluntariamente. ¿Qué pensáis hacer para traérmelo?

—He sido aceptado en su comunidad, señor, fingiendo ser uno de ellos. Pero no he cometido ningún pecado... Por eso os pido ahora que me deis permiso para vivir como uno de esos herejes: ¡así intentaré convencerle de que me acompañe en un viaje hasta vuestra jurisdicción! Y podréis apresarlo e interrogarlo en esta misma sala.

—¡Adelante, pues!

—Solo os pido una cosa, monseñor: la casa de mi madre y algo de dinero para sufragar mi misión, avivar su codicia y persuadirle de que merece la pena seguirme.

—Hummm... ¿Hasta qué punto puedo fiarme de vos, Arnau?

—Preguntad al conde de Foix por mi padre, señor. Trabaja en su corte. Es Arnau Sicre, que fue notario para vuestro antecesor D'Ablis en las detenciones de Montelhó...

—¡Es verdad! Por eso me sonaba también vuestro apellido, Sicre... Sicre. ¡Arnau

Sicre, qué buen católico y modélico hombre! Si vos sois la mitad de lo que es vuestro señor padre, tenéis vuestra fortuna asegurada y vuestra alma salvada.

—Quiero ser digno de él, señor, del hombre que me educó con mimo después de que la muy hereje de mi madre le echase de su casa al mismo tiempo que a mí. ¡Haría lo que fuera para recuperar esa casa, señor!

—Pues así será, Arnau Sicre. ¡Vuestra será la casa de Acs si me traéis a Belibasta! ¡Gaillard, dad a este hombre lo que necesite para su caza, dadle de nuestro tesoro diez libras en agneles de oro..., y que Dios le ilumine!

XXIX

El demonio de Joana (Beseit, 1319)

Os hacéis pasar por Hijo de Dios y por Dios mismo! ¿Dónde están vuestros milagros?

Joana irrumpe en el dormitorio e interpela a Belibasta. Es una mujer joven y vigorosa. Cuello ancho, mandíbula fuerte, mejillas inflamadas, como si un fuego le ardiese dentro del cuerpo. El cabello mal recogido, despeinado, delata a una mujer sin miramientos. Arremangada, entra como una furia en el dormitorio en el que Belibasta acaba de impartir el *consolament* a una moribunda de Beseit.

El pastor Pere Mauri, primo de Joana, acompaña a Belibasta. Siempre de un lado a otro, el pastor pasó días atrás por Beseit para visitar a su tía Mersenda, viuda, y allí supo de la vecina moribunda. Al día siguiente, Pere Mauri avisó al señor de Morella: «Una mujer anciana de Beseit, buena creyente, desea ser consolada para salvar su alma. Está muy enferma. ¡Deberíais acudir, monseñor! Mi tía, la viuda Mersenda, nos acogerá allí.»

Belibasta se anuda en la cintura el cordel del que cuelga el cazo en que cocina y come, y una bolsa que contiene el Evangelio de san Juan. Es el que utiliza para la ceremonia del *consolament*. Pere Mauri le acompaña en el camino hacia Beseit. Los dos *bons homes* salen de Morella por la puerta de la Nevera, atraviesan los puertos de montaña y entran en Beseit.

El fragor del agua de los ríos Matarranya y Ulldemó resuena en las fragosidades de Beseit, pueblo montaraz y antiquísimo, festoneado de grutas que desde tiempo inmemorial albergan a santones y peregrinos místicos. Uno de ellos, Rafelgarí, ha tenido reciente fama de curandero entre las gentes de la villa y la comarca. Todo en Beseit parece nimbado de una atmósfera sobrenatural.

Beseit retiene el aire morisco, tras cinco siglos de dominación musulmana, que ha dejado como herencia campos de olivos, nogales y moreras, cuyas tiernas hojas son recogidas para criar gusanos de seda. Las abundantes aguas de sus fuentes y ríos mueven los batanes de varios molinos harineros y aceiteros y de un taller de tejas. En estos bosques frescos se han solazado, veraneado y cazado el rey Jaume I y, hasta hace poco, los caballeros templarios.



Belibasta acepta el óbolo de la familia de la moribunda, una gallina recién

sacrificada y unos gusanos de seda, que Pere Mauri empaqueta en su zurrón. Belibasta murmura una última oración en el dormitorio de la moribunda, antes de partir. ¡Entonces irrumpe Joana, hija de Mersenda, y se encara con Belibasta!

—¿Dónde están vuestros milagros? ¡Ladrón, embustero! ¡Tengo que veros arder en una hoguera!

—¿Por qué me dices esto, Joana? ¿Por qué actúas así? ¿Te he hecho yo algún mal? Yo no te digo ni te hago nada, no me digas ni me hagas nada tú a mí.

—¡Demasiado es el mal que ya haces, hereje!

Joana, hija de Mersenda, reside en Beseit desde hace un lustro, cuando ella y su madre dejaron Orta, separándose de Belibasta y Raimona. Joana ya amenazó en Orta con delatar a Belibasta, con entregarlo a los inquisidores «para que os asen las costillas». Belibasta se alarmó y decidió mantenerse alejado de esta peligrosa mujer. La actitud de Joana, por lo que ve, no ha cambiado.

—¿Qué le pasa a mi prima, tía Mersenda? ¡La veo peor que nunca!

Pere Mauri arrastra a Belibasta fuera de la casa, con los gritos de Joana en la nuca, y se lo lleva a casa de su tía Mersenda, con la que ahora hablan. Atrás quedan los familiares del moribundo, comprometidos por el alboroto de Joana, a la que se esmeran en calmar y en darle explicaciones sobre la presencia de Belibasta, perjurando que no le han avisado ellos y rogándole que se apacigüe, que no escandalice. Pere Mauri y Belibasta hablan con Mersenda, la madre de Joana.

—No sé qué le pasa, sobrino, pero cada año está peor. Tu prima me dice que yo soy tan hereje como vos, monseñor, y que quiere vernos a todos en la hoguera. ¡Antes Joana no era así!

Belibasta, con los labios apretados y el ceño sombrío, contempla a tía Mersenda, que se retuerce las manos y solloza. Están en el patio trasero de la casa de Mersenda, que no oculta que siente pánico ante su hija. Su hija se ha convertido en su enemiga, en enemiga de los creyentes. Y Mersenda les explica a Belibasta y Pere Mauri cuál es la situación.

—Joana no era así cuando salimos del Sabartés. Pero ya sabes, Pere, que nuestra familia lo ha perdido todo. Nuestro padre, detenido y muerto. Nuestros hermanos, dispersos. Nuestra casa en la plaza de Montelhó, sellada... ¡Todo perdido!

—Por culpa de los demonios, del Rey de Francia, del Papa, de los inquisidores D'Ablis y Fournier, del arzobispo de Narbona... —masculla Belibasta.

—A medida que hemos pasado los años vagando por tierras catalanas y aragonesas, Joana ha empezado a maldecir no ya a los demonios, sino a los Perfectos, a los buenos cristianos. Despotrica de la fe de los creyentes, de los miembros de nuestra comunidad. Joana acusa de su destierro a los creyentes, culpa a los buenos cristianos de su exilio. No es feliz, y culpa a los nuestros de su desgracia.

—Aparte de gritar como una loca, ¿ha intentado algo? —pregunta Pere Mauri.

—Tú lo viste, sobrino, la última vez que estuviste aquí: trajiste pan bendito por monseñor, y lo repartiste en la comida.

—Es verdad, y Joana se burló. Y empezó a decirte que eras una vieja hereje y que te haría quemar. Gritó tanto que los vecinos nos reprendieron y tuvo que venir su marido, Bernat Befayt, para sacarla a empellones, escaleras abajo, diciéndole: «¡Tienes un diablo en el cuerpo!»

—Pues eso no ha sido todo, Pere. Hace unos meses discutimos, volvió a entrarle ese demonio y me echó las manos al cuello: ¡intentó estrangularme! «¡Hereje incorregible!», me gritaba. Su marido la apartó en el último momento. Luego pasé tres días con fiebres en cama, y ella venía aquí y me decía: «Avisad ahora a vuestro san Pere de Morella, avisadlo, ¡que venga a salvaros!» Yo me sentía morir, pero no me atreví a mandaros llamar, monseñor, porque me temí que Joana os hubiese tendido alguna trampa.

—Y te lo agradezco, Mersenda. ¡Ya veo que hemos de cuidarnos mucho de Joana!

—No imagináis cuánto. Ahora ya sé que mi hija es un peligro para vos y para todos los creyentes. Y por eso os confieso que... he intentado envenenarla.

—¿Qué dices? ¿Cómo?

—A menudo viene a comer a mi casa, y en su escudilla de coles cocidas he mezclado semillas de eléboro, la planta ballestera, que es muy venenosa, y no en poca cantidad. ¡Pero no ha habido manera, no le ha pasado nada, es fuerte como una mula!

—¿Eso habéis hecho, tía? —se asombra Pere Mauri.

—Ya no sé qué hacer, Pere. Llevadme con vosotros... o matadla. Si no queréis acabar con ella, ¡sacadme de aquí! No puedo seguir viviendo cerca de Joana. Yo creo que lo mejor sería matarla...

—Vamos a ayudarte, Mersenda. Reuniré en Sant Mateu a los miembros de la comunidad, deliberaremos, decidiremos qué hacer. Mersenda, Pere, escuchadme: ¡nos inspirará lo que san Pablo escribe!

—¿Y qué escribe san Pablo, monseñor?

—Algo que dijo el Hijo de Dios: «Arranca las malas hierbas del campo, y si ante la puerta de tu casa crece la zarza, ¡córtala y quémala!»

XXX

Conciliábulo para asesinar (Sant Mateu, 1319)

Arnau Batlle-Sicre acude a casa del ama Guillemeta. Ha regresado hace poco de su viaje a Pàmies, de su secreto encuentro con el obispo Jacques Fournier, con el que ha pactado la caza y captura de Guillem Belibasta. Para justificar su viaje ante sus nuevos amigos, les ha dicho a todos que debía visitar a una tía suya en el Pallars, ¡una tía a la que estima mucho!, una tía creyente que se sentiría muy dichosa si pudiera conocer a monseñor Belibasta...

Sicre ya empieza a urdir un plan con el que seducir a Belibasta para sacarlo de Morella, y necesita armar una historia verosímil y convincente, muy convincente, sin lugar para la sospecha..., y todavía anda en ello. Aún no se atreve a exponer su idea, a plantearla. Se pasa el día dándole vueltas, tramando detalles. No quiere cabos sueltos. ¡No quiere fallar! Mientras espera el momento idóneo, se acerca todo lo que puede a los herejes, se gana su confianza, se hace lo más imprescindible posible...

Uno de los hijos de Guillemeta, Joan, acude a ver a Sicre al taller de Jaume Vital, mientras cose alpargatas y zapatos. Arnau Batlle-Sicre finge tan bien que incluso se convierte en un hábil zapatero occitano en Sant Mateu. Finge ser fugitivo de las persecuciones de la Inquisición a causa de su fe, como la mayoría de los habitantes occitanos de Sant Mateu. Joan Mauri, discretamente, convoca a Arnau Batlle-Sicre a una nueva reunión en casa de su madre.

—Esta noche, cena con monseñor y los buenos cristianos. No faltes, Batlle, ¡es importante!

La casa de Guillemeta, en la calle dels Llauradors de Sant Mateu, es el centro de reunión de los creyentes. Allí se juntan regularmente para contarse las novedades y tejer su red de ayuda mutua. Batlle-Sicre ofrece siempre su mejor cara, se muestra piadoso y dadivoso: siempre sorprende con algún pequeño presente a Guillemeta, a Pere Mauri y, sobre todo, al señor Belibasta. Su objetivo: reunir el mayor número de pruebas y testimonios incriminatorios posibles y, un día, entregar al Perfecto Belibasta al obispo de Pàmies, el temible inquisidor Jacques Fournier. Batlle-Sicre prepara un hatillo con varios *flaons* de requesón y una jarra de aguardiente con mosto..., y con el dulce cargamento entra en casa del ama Guillemeta Mauri.



XXXI

Mauri, salvador de cuerpos (Beseit, 1319)

El pastor Pere Mauri y Arnau Batlle-Sicre dejan la casa del ama Guillemeta y salen de Sant Mateu. Transitan junto a las obras del palacio de Montesa, recién comenzadas en las afueras que con la llegada de los frailes dominicos será el Raval de Santo Domingo.

Los caballeros montesianos acaban de asumir ese mismo año las posesiones de los caballeros hospitalarios, por orden del rey Jaume II, y hacen de la ciudad de Sant Mateu la capital de la orden de Montesa, bajo el mando de su Gran Maestre, Fra Arnau Soler. La orden de Montesa, que gestiona también las viejas propiedades de la orden del Temple en otros puntos de la comarca (Polpís, Xivert, Peníscola, Ares, Albocàsser, Culla...), hace de Sant Mateu la sede de su maestrazgo, de su mesa maestral, por tratarse de una villa apacible, en un cruce de caminos, pujante, rica, frecuentada por ganaderos, mercaderes y feriantes. La flamante orden de Montesa, además de construir aquí su palacio-fortaleza, consolida los añosos baluartes islámicos de lo que ha sido la zuda y muralla de Sant Mateu.

Pere Mauri y Arnau Batlle-Sicre se internan en las montañas de Benifassà, camino de los tortuosos puertos de Beseit, por senderos y pasos pastoriles que Pere Mauri conoce bien, pues viene frecuentándolos durante los últimos diez años. Densos bosques, barrancos umbríos, precipicios escalofriantes, cauces de ríos y saltos de agua enmudecen con su fiera belleza a los dos caminantes occitanos. Pere porta su zurrón bien repleto, con queso, almendras, olivas, ratafía..., y alguna cosa más que solo él sabe. Ambos hombres avanzan hacia Beseit con una misión santa, ordenada por su padre espiritual: matar.



Hay en Beseit un boticario llamado Bartomeu. Los hombres saben que él vende rejalgar, un mineral rojizo muy tóxico, usado por los moros para fabricar sus vidrios y, en la dosis adecuada, para purgar animales de cuadra. Este mineral venenoso se encuentra de modo natural en las minas de los roquedales de los puertos de Beseit. Con ese polvo Pere y Arnau han decidido que envenenarán a Joana, la enloquecida hija de Mersenda que amenaza con delatar a los herejes. Así lo quiere Belibasta, señor de Morella y Perfecto de los buenos creyentes.

Pere y Arnau entran en Beseit por el portal de San Gregorio y se presentan en

casa de la viuda Mersenda. La saludan y acuerdan con ella invitar a comer a Joana ese día.

—¡Ay, Pere, qué bien que has venido! La cosa pinta cada vez peor por aquí —se lamenta la tía Mersenda, abrazando a su sobrino.

—¿Por qué, tía? ¿Qué pasa?

—Acabamos de enterrar a Bernat Befayt, el marido de Joana. Lo encontraron muerto hace unos días cerca del río, aplastado por una roca.

—¡Bernat! Era un buen hombre.

—Era el único capaz de encararse con Joana. No sabemos cómo fue el accidente de la roca, pero a mí no me extrañaría que un día descubriéramos que lo mató Joana, en uno de esos arrebatos demoníacos suyos.

—¿Cómo está Joana ahora?

—Lleva unos días silenciosa, pero presiento que es solo la calma que precede a la peor de las tormentas. ¡Puede hacernos mucho daño! ¡Deberíamos actuar antes, Pere!

—Mersenda, hoy quedará solucionado este problema, todo está decidido —la tranquiliza Pere Mauri—. Arnau, ayuda a Mersenda a recoger leña para el fuego y luego ve a comprarle a Bartomeu el rejalgar. Dile que lo necesitas para purgar unos asnos. Y tú, Mersenda, prepáranos tus coles cocidas. Entretanto, yo voy en busca de Joana para convencerla de que venga a comer con nosotros... Y yo mismo pondré el polvo de rejalgar en su plato. ¡Hasta ahora!

Mientras Mersenda y Batlle-Sicre trabajan en la casa, Pere Mauri sale a las calles de Beseit, pero no corre hacia la morada de Joana, sino hacia la botica de Bartomeu:

—Escúchame bien: dentro de un rato vendrá un hombre a comprarte rejalgar. Tiene los ojos grises y viste zapatos cordobeses. Habla con acento de Tarascon. Te dirá que quiere el rejalgar para preparar una cura para sus asnos. ¡No se lo vendas!

—¿Por qué no?

—Porque no tiene buenas intenciones, y puede haber una desgracia causada por tu rejalgar... Y dime: ¿quieres cargar con una muerte en tu conciencia?

—¿Y qué le digo?

—Mira, aquí tienes un sueldo jaqués por la venta que no vas a hacer. Dile que tienes por norma hacer tú las curas con rejalgar, ordénale que te traiga aquí sus bestias y que tú mismo les aplicarás el remedio con todas las garantías. Y agradécemelo. ¡Ya verás como no volverá...!

Pere Mauri habla rápido, no pierde tiempo. Al dejar la botica mira a derecha e izquierda para cerciorarse de que Arnau Batlle no le ve salir de allí, y corre a toda prisa en busca de su prima Joana. La encuentra en el zaguán de su casa, cardando lana, sola.

—¡Prima! ¡Qué alegría verte! Dame un abrazo —saluda Pere Mauri con la más cautivadora de sus sonrisas.

—Hola, Pere. ¿No habrás venido con el hereje? Mi marido ha muerto, ¿sabes? Ahora nadie me impedirá escupir a ese san Pere vuestro, si se atreve a venir por aquí...

—No, no está aquí. Mira, yo tampoco tengo muchas ganas de verle. Me trae muchos quebraderos de cabeza. Por su causa nuestra tía Guillemeta vendió unas ovejas que eran mías. ¡Todo para darle a ese aprovechado una vida de rey moro! Te entiendo, Joana. Mira en qué han dado nuestras vidas en esta tierra de pícaros... ¡Qué lástima no poder vivir tranquilamente en nuestro hermoso país!

Joana, muda de asombro, observa ahora al pastor Pere Mauri, que deja que sus ojos de dos colores se inunden del brillo de la ensoñación, perdida la vista en la luz que se cuele por el portón partido de la casa, entreabierto su hoja superior. Pere Mauri entorna los párpados y suspira:

—Ah, Montelhó... El río Arieja...

—¡Daría cualquier cosa por volver allí!

—¿Por qué crees que yo no me instalo en este reino, Joana? Por eso cada año vuelvo con las ovejas al Sabartés, al País de Alion, al País de Foix...

—¿Y no tienes miedo? Pueden detenerte por andar con herejes, por la mala fama de la familia...

—Si no te metes en líos y no te acercas a malas compañías, no hay que temer. Allí rehúyo a los herejes. ¡Tú estarías tan bien allí...! Mi hermano Joan también va y viene, y estamos pensando en quedarnos allí...

—Ya me gustaría a mí..., pero yo no puedo, yo no puedo ir sola por esos caminos tantas jornadas... ¿Y, además, qué haría allí?

—¡Oh, eso no sería problema! Tengo amigos y amigas a ambos lados del Pirineo, como una rica ganadera, Brunissenda, y esquiladores, curtidores, cardadores, artesanos... Ellos podrían darte trabajo. Mira, Brunissenda me dio esto. ¡Te lo regalo!

Pere Mauri extrae del zurrón una tela bien bordada, con un trabajo característico de las comarcas pirenaicas occitanas y catalanas. Lo ha traído para dulcificar a Joana. Y funciona: la mujer lo toma, agradecida.

—Mira, Joana, yo puedo comprometerme a llevarte conmigo. Allí te presentaré a personas que te ayudarán, y estarás muy bien. Tengo muchas y muy buenas amistades, ya te digo.

—¿Son herejes? ¡No quiero saber nada de herejes!

—No, no lo son. Yo también estoy alejándome de ellos. Y un consejo: nada de meterte en líos, nada de peleas, y todo te irá bien. ¿Quieres venir, Joana?

—¡Sí!

—Pues ahora, escúchame: cierra la puerta con pasador y prepara tu equipaje. No abras a nadie hasta que oscurezca. Esta noche vendré a buscarte y partiremos hacia Flix. Allí tengo amigos. Será una primera etapa. ¿Aceptas?

—¿Esta noche?

—Son mis condiciones. Y hay otra: no abras la puerta a nadie en lo que queda de día. ¡A nadie! Ni a tu madre. Si no, no te ayudaré. No quiero más discusiones ni peleas.

—Ni yo quiero ver a esa bruja vieja.

—Bien, pues hasta luego.

Pere Mauri besa con dulzura la mejilla de Joana y le sonrío con los ojos. Presto, se encamina a casa de Mersenda.



—Pere, ese idiota de Bartomeu se niega a venderme su rejalgar. ¿Qué hacemos ahora? —le dice Arnau Batlle-Sicre en cuanto ve llegar al pastor. Mersenda tiene las coles preparadas en las escudillas.

—¿Que qué hacemos? ¡Comer!

—¿Comer? ¿Y Joana?

—Tu hija Joana ha desaparecido, Mersenda. Un vecino me ha dicho que la vio salir esta mañana con un hato a la espalda, hacia las afueras del pueblo.

—¿Qué?

—¿Sabes qué creo? Joana teme ser acusada de haber matado a su marido, como tú decías. ¡No eres la única que lo dice, porque ese vecino opina lo mismo! Joana se debe de haber asustado por ese rumor, y se ha largado con viento fresco. ¡Con un poco de suerte no volverá!

—¿Y si vuelve? ¿Qué dirá monseñor Belibasta de todo esto, Pere? —pregunta Arnau Batlle-Sicre, desconcertado.

—Mira, después de comer partirás a Morella y le explicarás lo sucedido a monseñor. Como yo camino más rápido que tú, avanzaré por mi cuenta por el camino que me han dicho que ha tomado Joana. La alcanzaré y me aseguraré de que no regrese nunca más: caerá desde algún puente o barranco, y nadie volverá a saber de ella.

Después de comer, Arnau Batlle-Sicre y Pere Mauri hacen una breve siesta con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa, mientras Mersenda recoge las escudillas. Luego se despiden de ella y Batlle-Sicre parte hacia Morella. Pere Mauri, hacia las huertas por las que se supone ha huido Joana... El pastor rodea Beseit y espera en una arboleda a que anochezca.



Esa noche, dos sombras se escabullen de Beseit.

La misión ordenada por Belibasta, el señor de Morella, ha concluido, pero no como él dispuso: nadie ha matado a Joana, aunque la mujer ha desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra, como si hubiese muerto. Mauri, después de acompañar a Joana hasta Flix, la deja al cuidado de un amigo sarraceno, el barquero Amed. Luego Mauri le cuenta a Belibasta que ha empujado a Joana desde un puente.

Mientras el Perfecto Belibasta salva almas, el pastor Pere Mauri, bastante más modesto, solo salva cuerpos.

XXXII

Otro cuerpo salvado (Sant Mateu, 1320)

Joan Mauri, hermano del pastor Mauri, y pastor también él, ha caído enfermo. Se acoge a la hospitalidad y cuidados del ama Guillemeta, en su casa. Joan ha tenido veleidades de Perfecto en algún momento de su exilio en estas tierras... Buen creyente de la fe de los herejes, ha oficiado algún *consolament* en la villa de Prades, cuando los miembros de esta comunidad de Sant Mateu vivían todavía dispersos en diversas villas catalanas. Pero ahora se inhibe, pues el prestigio de Belibasta no le da margen a él para jugar a Perfecto.

Guillemeta acoge en una de las camas de su amplia casa a Joan Mauri, pero el ama no le tiene demasiada simpatía. Sobre todo desde el día en que le sorprendió atizándole palos a una de sus mulas: se había colado en un sembrado de Mauri y estaba pisándole sus hortalizas.

—¡Tú pegando a una mula! —grita Guillemeta—. ¡Qué vergüenza! ¡Tú, que te las das de recibidor de almas! —le afea Guillemeta, en realidad más molesta porque la mula es suya que por otra cosa—. ¡Monseñor Belibasta jamás haría algo así!

A Joan Mauri le ha herido este argumento. Los creyentes quieren pensar que Belibasta se dejaría matar antes de agredir a un animal, sea el que fuere, puesto que sostiene que los animales son portadores de almas. Eso no impide a los creyentes ordinarios matar animales para comérselos.

Joan convalece en una cama de la casa de Guillemeta. Se siente cada día más enfermo. En cierto momento, su estado de salud es ya tan comprometido, que Guillemeta le sugiere hacer venir a monseñor Belibasta para que oficie el ritual del *consolament* y garantice la salvación de su alma.

—De lo contrario, tu alma se condenará a vagar de cuerpo en cuerpo, Joan. ¡Voy a hacer venir a Belibasta!

—¡No! Me niego a que venga Belibasta. Será Dios quien me mate, si lo quiere, ¡y no la *endura*!

La *endura* es el ayuno que sigue al *consolament*. Joan teme el *consolament* de Belibasta: teme morir una vez que haya sido consolado. Sabe que deberá dejar de comer después de ser consolado, para que sea válido el ritual. Y no quiere morir. Todavía. Tampoco puede evitar pensar que, por sus veleidades de Perfecto, quizá Belibasta no le vea con buenos ojos..., y decida «ayudarle» a morir rápido. ¡Joan no desconoce el rumor de que algunos Perfectos estrangulan a moribundos al consolarlos!

—¡Y no me hables ya más de Belibasta! Si lo haces, ¡os denunciaré a todos! —se rebela Joan, inquieto.

El ama Guillemeta se alarma. Esta actitud de Joan Mauri le huele a chamusquina católica. ¿Qué le pasa? ¿Ha abandonado la fe? Guillemeta piensa que quizá se ha convertido en un adversario de su Iglesia, un enemigo que hay que temer, porque Joan los conoce a todos y, efectivamente, podría denunciarlos, desenmascararlos y destruirlos. ¡Como Joana, la hereje arrepentida de Beseit! El miedo los atenaza, andan todos siempre con mil ojos. Preocupada, Guillemeta se lo cuenta todo al pastor Pere Mauri:

—Tu hermano Joan no es de fiar, Pere. Hemos de ser prudentes. Se niega a que su alma sea recibida por monseñor Belibasta. ¡Joan es peligroso para nosotros! Y dice que no quiere *consolament*. ¡Dice que si le hablo de Belibasta nos denunciará a todos!

—Bah, no le hagas mucho caso, está enfermo, está asustado, pero... —defiende Pere Mauri a su hermano.

—Creo que es un peligro para todos. Deberíamos pensar en cómo acabar con él...

—¡Alto, Guillemeta! Escúchame bien: si a mi hermano le pasa algo..., ¡te devoraré con mis propios dientes, si no puedo vengarme de otro modo!

—¿Cómo me hablas así en mi propia casa, Pere? ¡No lo voy a permitir!

El pastor Pere Mauri enseña los dientes. No lo hace si no es estrictamente necesario. Y ahora lo es. Pere defiende la vida de su hermano. Otro cuerpo, otra vida. A los pocos días, Joan Mauri se recupera, y los dos hermanos dejan la casa sin despedirse. Durante un tiempo mantendrán las distancias con la casa de Guillemeta.



Un día, el ama Guillemeta y su familia acuden a Pere y Joan Mauri y les piden perdón. Los pastores perdonan. Hay reconciliación. Pere y Joan vuelven a frecuentar la casa de Guillemeta. Pero, desde ese día, cada vez que comen allí, Joan Mauri da una parte de su plato a un mastín antes de probarlo él. Joan no olvida que el ama Guillemeta quiso envenenarle...

XXXIII

Asalto en Forcall (otoño de 1320)

Belibasta y Raimona recorren el camino que une Morella con Forcall, siguiendo la ribera izquierda del río de Morella. El mulo carga con una docena de serones y canastos de esparto que el propio Belibasta manufactura.

Los contemplan las muelas pétreas en cuyas alturas graznan los cuervos. En Forcall hay obras, y Belibasta sabe que los canteros necesitan canastos como los que él fabrica para transportar la piedra y la arena y la cal de las construcciones. Los peones alzan sobre el río Caldes unas pilastras para remozar la palanca que da acceso al pueblo a caminantes y caballerías que bajan de Morella, así como a los que vienen del sur o del Reino de Aragón. Con los años, se elevará aquí el más amplio y bello arco apuntado-rebajado que se haya construido nunca en estas tierras sobre el curso de un río.

El río de Morella conduce a Raimona y Belibasta a su confluencia con el Caldes y el Cantavella, donde conforman el río Bergantes. Allí se detienen un momento a descansar, bajo un olmo gigantesco cuyas raíces beben del dulce agua de una cantarina fuente.

—Raimona, bebamos agua en esta Font de l’Om y descansemos.

—He traído unas *orelletes*, por si quieres comer algo, monseñor...

—Come tú, Raimona. Hoy es día de ayuno para mí.

Raimona come los dulces que ella misma ha preparado en Morella con pasta de harina y huevo, que ha freído en aceite hirviente y ha empolvado de azúcar. Son el paradigma de la dulzura y la tibieza, que hasta el poeta Jaume Roig cita en «L’Espill» como metáfora: «*Tant lo guardava i apartava de tot perill, que féu son fill hom femení, fet d’alfaní e d’orelletes, sucre i casquetes.*»

Belibasta se tiende sobre la hierba. Frente a él, en la otra orilla del río, se perfila Forcall. Ha sido una alquería árabe, ahora cristianizada. El pueblo, en la confluencia de los ríos Caldes, Cantavella y Bergantes, recibe su nombre de la forma de horca («*forca*») que dibujan los tres ríos al unirse. Hay también un horno de cal, y un horno de pan concedido por el mismísimo rey Jaume I. El pueblo crece con nuevas edificaciones, el puente, el nuevo templo cristiano, cuyo ábside empieza a alzarse... Feraces huertas bien irrigadas por canalizaciones moriscas rodean el pueblo, muníficas proveedoras de hortalizas y frutales.

A Belibasta le invade un dulce sosiego, mecido por las hojas temblorosas de los olmos y los álamos de ribera que motean de sombras la fuente. Los álamos le

recuerdan a los de Poblet, que dan nombre («*populus*») al monasterio junto a cuyos muros pastoreó pocos años atrás.

A Belibasta le gusta Forcall: es una aldea pacífica en la que vive además una familia de buenos creyentes occitanos, Salvador Nadal y Dolça Cubells, en una de las casas que están alzándose en torno al nuevo templo, aún a medio construir, ahí donde antes hubo una pequeña mezquita. Raimona los considera sus padrinos desde que los acogieron en su casa forcallana el pasado invierno, una noche de frío enero, a ella y a Belibasta, tras otra visita para vender cestos en la que se les hizo tarde para volver a Morella.

Fue una noche memorable. Un frío intensísimo helaba el aire y algunos copos de nieve revoloteaban. Pero una hoguera, en un llano junto a la iglesia en obras, emitía un grato calor en plena noche e iluminaba los rostros. Era una hoguera especialísima, y por eso Belibasta no la olvidará: siete altos troncos de pino dispuestos en forma de cabaña cónica, embutidos y rebozados de ramas de arbustos secos. Los forcallanos, cuyo sustento proviene de cultivos y animales, celebraban esa noche la festividad de Sant Antoni, protector cristiano de sembrados y ganados, para propiciar fertilidad y abundancia. «Santantonà», oyó Belibasta que llamaban a esta fiesta, y presencié cómo algunos celebrantes correteaban en torno de la ardiente «barraca» —así la denominaban— y la atravesaban bajo las llamas, espiritados, por una abertura de entrada y otra de salida en su base. Le maravilló ver a algunos forcallanos disfrazados de demonios, con sapos y culebras pintados sobre tela de arpillera, cubriendo rostros y cuerpos: Belibasta lo interpretó como una representación del mal del mundo, que un fuego espiritual había de liberar un día...

Aquella noche, Raimona y él bebieron del licor ofrecido por los vecinos, y un calor inusitado inflamó sus cuerpos. Libaron el uno del otro ante el fuego del hogar de la casa de sus amigos forcallanos, que esa noche les cedieron el lecho más cálido en la cocina. El riesgo de ser sorprendidos por sus anfitriones forcallanos —buenos creyentes que no sospechaban que el Perfecto Belibasta y Raimona se conocían carnalmente—, hizo más intenso el placer de aquella noche. Desde aquella noche de enero, Belibasta se ha sentido más unido a Raimona cada día.

Belibasta, tumbado junto a la fuente bajo los árboles, no puede evitar solazarse en el recuerdo de aquella noche de fuego carnal en Forcall. Un grito apagado le arranca de su modorra. Belibasta se incorpora y se encuentra con el filo de un puñal en la garganta.

—¡Monseñor!

Dos hombres inmovilizan a Raimona, uno intenta taponarle la boca. Greñudos y polvorientos, pretenden violarla, alzando uno su túnica de lana sin teñir, ceñida con un cordel de cáñamo. Belibasta desdeña el puñal que le amenaza, doblega el brazo de su captor, ruedan ambos sobre la hierba y las piedras del río. Belibasta sabe que un

Perfecto tiene la obligación de rehuir el uso de la violencia, de dulcificar con sus palabras cualquier tensión. Sin embargo, una vez más en su vida, no encuentra otra salida que la reacción física y violenta.

Esta vez no podrá extraer de su cinto el viejo puñal de su juventud, porque desde que llegó a Morella, hace ya un lustro, ha decidido no salir jamás de casa con el puñal entre sus ropas. El puñal afilado y curvo de Belibasta duerme, desde que se lo devolvió Pere Mauri, tras una piedra del establo de su casa de Morella.

—¡Alto!

Un hombre armado coloca la punta de una afilada espada en el costado del rival de Belibasta, que se desembaraza del villano y corre hacia Raimona. Al verle acercarse, los dos agresores de la mujer la sueltan y huyen. El espadachín recién aparecido propina un mandoble con la hoja plana en la oreja del asaltante, que aúlla, gatea, se incorpora y también sale huyendo tras sus compinches.

—Gracias, señor —jadea Belibasta, que ha incorporado a Raimona—. Me llamo Pere Pentiner, de Morella, y ella es mi esposa, Raimona. Nos han asaltado esos bergantes mientras descansábamos. ¿Cómo podremos agradecer vuestra ayuda?

—No es necesario, señor. Oí los gritos, y me alegro de haber llegado a tiempo.

—¿De dónde salís?

—Vengo de muy lejos, del País de Foix. Busco la ocasión de ponerme al servicio de algún señor local o de los caballeros hospitalarios o montesianos. Soy hombre de armas. Me llamo Ramon Guillot.



Es muy difícil que Ramon Guillot, antiguo soldado del arzobispo de Narbona, sospeche que este hombre que el azar pone en su camino es el marido de Aladaizis Dejean, la mujer que él intentó salvar en el castillo de Vila-roja del Termenès, años atrás. Otra violación, pero consumada... Y, a su vez, es imposible que Belibasta sepa que este hombre es un soldado que no pudo evitar que murieran su esposa y el pequeño Gerard, su hijito.

—¿Del País de Foix? ¿Cómo andan las cosas por allí? —pregunta Belibasta.

—¿Sois de aquellas tierras?

—De Muret —miente Belibasta, prudente y prevenido, para no dar pistas.

Guillot no tiene demasiadas novedades que dar, porque hace años que dejó Occitània y huyó a la Corona de Aragón. El arzobispo de Narbona puso precio a su cabeza por alta traición, por pretender liberar a una prisionera y al hijo de esta, y Guillot se espabiló para ocultarse y huir.

Durante un tiempo se puso al servicio de los caballeros templarios en el castillo

de Montsó, durante los que fueron sus últimos días antes de capitular ante el rey Jaime II de Aragón. Entre otros trabajos, Guillot colaboró en la obra de un largo pasadizo subterráneo para conectar la capilla del castillo, desde una trampilla abierta en el suelo tras el altar, y el lecho del río Cinca.

Por ese pasadizo se escabulló Guillot cuando las tropas del rey sitiaron el castillo templario a principios del verano de 1309, hace ya diez años, tras la disolución de la orden del Temple. El oficial real Artal de Luna tomó posesión del castillo, en nombre del Rey. Desde entonces, Guillot se ha empleado con señores y nobles diversos, e incluso ha puesto su espada al servicio del algún reyezuelo moro de las taifas... Ahora se dirige hacia las tierras del nuevo Maestrat de Montesa.

—Me han contado que el Rey ha fundado una nueva orden militar, la orden de Montesa, para administrar las casas y los bienes templarios y hospitalarios en este Reino de Valencia. ¿Es así?

—Es así, amigo —le explica Belibasta, agradecido—. Desde hace un par de años, los caballeros de la orden del Hospital de San Juan han ocupado las posesiones templarias de tierras catalanas y aragonesas: Orta, Ascó, Miravet, Montsó... Pero las posesiones del Reino de Valencia pertenecen ahora a la nueva orden de Montesa, cuyo Gran Maestre tiene casa principal en Sant Mateu.

Guillot le escucha con atención. Ha pasado los últimos tres años en tierras de frontera con la morisma, y quiere ponerse al día. A Guillot le interesa lo que Belibasta cuenta sobre Sant Mateu.

—Conozco bien la villa de Sant Mateu, caballero Guillot, y sabed que desde su encomienda dominan los montesianos muchas tierras con casas, granjas y tierras de cultivo y pastos para ovejas y cabras. ¡Os recomiendo que os lleguéis hasta allí, pues es muy posible que haya trabajo para un caballero como vos!

Tras la conversación, Ramon Guillot acompaña a Forcall a sus protegidos. Belibasta consigue allí vender todos sus canastos de esparto entre los peones que construyen el puente y la iglesia. Los obreros —de entre los que han huido ya los tres malhechores que les han atacado— alzan sobre el río Caldes unas pilastras para sostener una palanca más sólida que la que conoció el rey Jaime I hace ya ocho decenios. Por aquí salvó el río, camino de Ares y de Morella, viniendo de Teruel.



De vuelta de Forcall a Morella, Guillot se separa de Belibasta y Raimona a la vista de las murallas, y sigue camino hacia la villa de Sant Mateu. Belibasta le

despide y le orienta.

—Escuchadme bien, amigo Guillot: en Sant Mateu, preguntad por el ama Guillemeta. Ella os acogerá en su casa si le decís que sois de nuestro país y que venís de mi parte, de parte de Pere Pentiner de Morella.

—Gracias, Pentiner.

—Por cierto, ¿en qué villa del Llenguadoc vivíais, *messire* Guillot?

—Vila-roja del Termenès.

Un escalofrío recorre a Belibasta mientras ve alejarse a Guillot en su cabalgadura. Recuerdos dolorosos de tres lustros atrás se agolpan en su memoria. Ha preferido no preguntar nada a Guillot acerca de si oyó alguna historia sobre los miembros de la familia Belibasta, sobre un Belibasta que apuñaló a un pastor, un tal Garnier, en la ciudad en la que morirían luego sus seres más queridos...

Belibasta y Raimona acometen la cuesta que conduce a la puerta llamada del Forcall abierta en la muralla de Morella. Pese a que ha vendido casi todos sus canastos, el estado de ánimo de Belibasta ha decaído repentinamente. A su mente han acudido imágenes de su mujer y su hijo, muertos sin consolar.

Raimona calla, también pensativa. Quiere decirle algo a Belibasta desde que partieron de Morella antes del alba, pero no ha encontrado el momento. Raimona tiene una certeza y necesita compartirla con su señor, con el hombre que la protege y la posee, con el hombre que manda sobre ella. Y se lo dice ahora a Belibasta, justo cuando entran en la ciudad de Morella, poco antes de que las murallas cierren sus puertas al caer la noche:

—Monseñor, estoy embarazada.

XXXIV

Belibasta tiene un plan (Morella, otoño de 1320)

Pere Mauri cruza la Plaça dels Tarrascons de Morella y entra en casa de Belibasta. Se lo encuentra en la entrada, a punto de salir para hacer una compra. Belibasta suele ir personalmente al mercado a comprar la carne: una añagaza para que nadie pueda decir que no la come, como cualquier otro cristiano. El pastor, en el zaguán umbrío y fresco de la casa, saluda a su señor a la manera herética: flexiona la rodilla, ruega su bendición, besa sus hombros.

Belibasta le bendice y le desea un buen fin. Pere Mauri ve a Belibasta preocupado, con aspecto de haber dormido mal.



—¡Embarazada! —ha exclamado Belibasta esa noche, arrodillado ante el lecho en el que se ha tendido Raimona.

—Sí, mi señor: llevo una criatura tuya en mis entrañas.

—Pero... cuando tu vientre se hinche, ¡quedaré en evidencia! —ha reflexionado Belibasta, en voz alta—. Siempre he derramado mi semilla fuera de ti, y ahora... esto... ¿Cómo ha sido?

—Estamos a finales de octubre y llevo más de una luna sin sangrar.

Raimona ha llorado en silencio. ¿Qué sucederá ahora? Sabe que la autoridad de su señor Belibasta está en peligro, que los buenos cristianos se escandalizarán cuando sepan que el Perfecto ha incurrido en el pecado de la carne. Raimona barrunta que todos sospechan de su concubinato, ¡pero otra cosa es un embarazo!

La conversación después de la agotadora jornada en Forcall ha podido con Raimona, que se ha quedado dormida. Pero Belibasta no ha podido pegar ojo. Absorto, ha contemplado la llama de la única vela que ilumina la estancia, y así ha pasado las horas de la noche: vuelve a temer por su destino, pero descubre en su interior que no es miedo lo único que siente: ¡hay también un aleteo de emoción ante la posibilidad de ver nacer a un hijo, trezada de pena por el hijo que perdió y de inesperada alegría!

A Belibasta le ha sorprendido esta sensación contradictoria, y no ha podido conciliar el sueño. Ha rememorado a su padre muerto y a su hijo muerto, y así ha

visto llegar la luz del alba de este día.



—Raimona y Guillemina están en la cocina, Pere —informa Belibasta al pastor recién llegado a la casa, y se calza y sale a la Plaça dels Tarrascons.

Pere Mauri entra en la cocina y saluda con alegría a Raimona, que prepara algo para cenar, y a su hija, que la ayuda. Bajo la campana de la chimenea, las brasas calientan una olla sobre un trípode. La cocina es acogedora y cálida, tiznada de hollín por los humos del hogar. Un banco de madera de alto respaldo, cerca del fuego, retiene el calor, de espaldas a la entrada de la cocina.

Pere Mauri se sienta en el banco. No disimula su vivo afecto por Raimona Martí, de Junac, viuda del herrero Arnau Piquier, y por su hija, la joven Guillemina. Raimona es una mujer todavía hermosa, pese a que ha sufrido lo suyo y que padece algún problema de salud, del corazón: a veces se le acelera súbitamente en el pecho y se espanta... Siempre tiene a mano algún remedio de hierbas.

Raimona y su hija cohabitan con el señor Belibasta, le cocinan, cuidan de la casa y de sus necesidades domésticas. Como una buena esposa y una buena hija. Por eso Mauri las respeta y las quiere.

Pere Mauri entiende y aprueba que Raimona y Belibasta, a los ojos de los morellanos, finjan estar casados. ¡Es lo mejor para todos! Así se instalaron en Morella, hace ya cinco años, Raimona y Belibasta: como marido y mujer. Comparten techo, entran y salen juntos, pasean con la niña, que llegó aquí con apenas diez años y ya tiene quince hermosas primaveras. Los tres miembros de esta familia asisten juntos a misa y al mercado, y son estimados por sus convecinos morellanos como una familia cristiana más.

En Morella nadie sospecha nada de su clandestina creencia, de sus secretos ritos, de su herejía. Los miembros de su comunidad, en público, tratan a Raimona y Belibasta como marido y mujer. En privado, saben que es mentira, pues un Perfecto no toca mujer. De lo que se trata en Morella es de evitar que alguien pueda sospechar que Belibasta es un hereje con sotana, un Perfecto, un *sant home*. Y un hombre de cuarenta años resultaría más sospechoso soltero que bien casado y con una hija...

Pero el fingimiento de Belibasta es tan completo... que varios de sus creyentes sospechan ya que Raimona y el Perfecto yacen juntos. Pese a ello, miran para otro lado. Fingen, a su vez. Prefieren no saber, y los fieles más leales, como el ama Guillemeta y Pere Mauri, los primeros.

Belibasta y Raimona fingen ante sus amigos dormir separados. Pero cuando en la casa no hay testigos, se encaman juntos, se dan calor carnal. Belibasta predica contra el sexo, reproductor de la diabólica materia, pero no puede apartarlo de su propia vida. Eso le hace sufrir, pero no deja de reincidir. Y Raimona siente admiración y amor por Belibasta, accede a sus deseos como lo haría una esposa con un marido al que adora. Nada le niega al Perfecto imperfecto.

En la casa de Morella, la pareja acoge esporádicamente a una hermana de Raimona llamada Blanca (que aquí se hace llamar Comdors), que pasa algunas temporadas con ellos. Eso sin contar a visitantes más o menos transitorios, como el propio Pere Mauri o como algunos otros miembros de la comunidad de creyentes que se agrupa en la ciudad de Sant Mateu, a un par de jornadas de camino.



Belibasta vuelve del mercado. Ha comprado carne salada. Se la da a Raimona y le sonrío. Ella siente que esa sonrisa la alivia. No entiende el motivo de la sonrisa y no pregunta, pero siente una rara ligereza el resto del día mientras cocina, mientras calienta agua, mientras trae leña, mientras despjoja los cabellos de Guillemina... Pere Mauri pasa el día cerrando tratos con esquiladores, *peraires* y cardadores de Morella, y Belibasta tejiendo cestas, sin hablar con nadie. A Pere Mauri le extraña ese silencio, pero no dice nada.

Llegada la noche, cenan juntos Belibasta, Pere Mauri, Blanca, Raimona y su hija Guillemina. Raimona sirve el guiso que ha preparado, el plato predilecto de Belibasta: una pasta de pescado. Ha hervido el pescado, ha separado sus carnes, las ha aplastado y aliñado con alguna hierba aromática silvestre y aceite, y luego ha envuelto la pasta en una tortita de harina.

Con la mesa ya dispuesta y todos a punto de comer, Belibasta toma el pan, lo bendice y lo reparte entre los comensales. Al bendecirlo, no lo hace trazando una señal de la cruz, ¡para él tan infamante e indigna!, sino que dibuja sobre el pan un círculo en el aire, con su mano derecha. Finalizada la cena, Belibasta musita una oración y limpia con vino su cuchillo, como siempre.

Luego se retiran a dormir y dejan solos a Belibasta y Pere Mauri en la cocina. Belibasta habla:

—Debo decirte algo importante, Pere.

—¿De qué se trata, monseñor?

—¡Ya has vuelto a tus puteríos, Pere! Has mantenido durante dos años una

amante en los pastizales.

—...

—Y dime la verdad: ¿piensas volver a vivir con la señora Brunissenda de Cervelló?

A Pere Mauri le sorprende la amonestación y la pregunta tan directa de su señor espiritual. Pero no tiene empacho alguno en contestar con vehemencia y con transparencia, y así lo hace.

—Sí.

¡Pere Mauri nunca se esconde ni disimula! Pere Mauri puede ser cándido y pecar de ingenuo, pero prefiere la franqueza y recela de la doblez. En nada confía más que en su encanto natural, en su simpatía y su sonrisa, en el respeto y calidez que dispensa a todo el mundo, sea quien sea. A todos trata con la misma afabilidad y generosidad: hace regalos a este y al otro, sin reparos. Pere Mauri está convencido de que este modo de actuar es su salvaguarda, que esto siempre le protegerá y solo le reportará beneficios. Por cultivar amigos hasta en el infierno se libró en cierta ocasión de ser encarcelado tras un interrogatorio inquisitorial.

—¡Ay, Pere, Pere! Te disipas por aquí y por allí. ¿No ves que deberías de una vez quedarte quieto, dejar de trashumar de pasto en pasto, arriba y abajo, de amante en amante? Pere Mauri: ¡ha llegado el momento de que sientes la cabeza!

Una idea ha ido fraguándose en la sesera de Belibasta. Tras una noche entera en vela y todo un día meditabundo, el plan ha ido tomando forma.

Y Belibasta empieza ahora a exponerlo.

XXXV

Perfecto casamentero (Morella, otoño de 1320)

Señor Belibasta, yo no puedo ni quiero sentar cabeza. ¡Soy pastor, señor! He sido pastor, soy pastor y siempre lo seré. No quiero una familia que dependa de mí. No concibo otra existencia que esta vida libre y ligera que llevo. ¡Me gusta mi vida trashumante de pastor, señor! Me gusta ocuparme solo de cuidar de mis rebaños, y de nadie más.

—Pero no quieres abstenerte de mujeres, Pere.

—¡Eso sería muy difícil, monseñor! Me complace muchísimo compartir ciertos gratos momentos con ellas. Y no daño a nadie. Y vos, llegado el día, me consolaréis y salvaréis mi alma.

—Pero tanto ir y venir, tanto moverte, tanto acercarte al Pirineo..., es peligroso para ti y para nuestra comunidad, Pere... Cualquier día de esos te prenderán y... el pérfido Fournier te tendrá en sus manos. Y entonces será tarde para ti..., y quizá también para nosotros. Podríamos caer todos.

—No temáis, monseñor, no sucederá eso, ja, ja... —Ríe Mauri, abiertamente divertido—. ¡Podéis estar tan tranquilo como yo lo estoy, señor, confiad en mí!

—Muy seguro te veo de tu fortuna... ¡Cualquiera diría que llevas un talismán mágico entre las ropas!

—¡Creo más en un puñal como el vuestro, monseñor, que en esas supercherías de talismanes y sortilegios...!

—El puñal... No me hables del puñal. El puñal puede ser menos práctico que otras armas, Pere. Mira a los rabinos: son expertos en fabricar esos talismanes endiablados, que algún poder tienen sobre la materia. Y ya sabes que algunos torturados los portan ocultos entre las ropas, para resistir los tormentos de los inquisidores. Eso enfada mucho a los torturadores, pues dicen que el reo se insensibiliza con esos hechizos. ¡Y por eso los desnudan y registran escrupulosamente antes de torturarlos!

—Ya sé que tanto el reo como los torturadores creen en esas mandangas, ¡pero no yo, ja, ja...! Yo creo en mí.

—Mira, Pere, puesto que tanto te placen las mujeres, yo me comprometo a encontrarte una para que seas feliz con ella. ¡Una buena mujer, Pere! Una con entendimiento del *Bé*, para sentirte junto a ella cómodo y sosegado. Ella velará por ti y tus bienes. Y podrás tener hijos que os ayudarán y servirán en vuestra vejez.

—No quiero bienes. No quiero una casa. No quiero una esposa. No quiero hijos. Monseñor, yo quiero solo mi vida libre y tranquila, sin depender de nadie ni que nadie dependa de mí. Solo aspiro a ser un hombre libre el día de mi muerte, salvar mi

alma y no dejar nada aquí.

—Pere, Pere... Eres una persona honesta. Y será más honesto que tengas una sola mujer que frecuentar esa cantidad de mozas que acabarán por arrancarte el corazón y el hígado, las ramas y la raíz. Tengo ya preparada para ti una mujer que te mimará y compartirá nuestra fe.

—Es verdad que me gusta tratar con mujeres y hacerles regalos. ¡Más me regalan ellas a mí! Para mí, es más importante su trato y sus caricias que poseer bienes. ¡Pero no tengo con qué alimentar a una esposa, señor, ni seguridad alguna que darle! Y, además, no quiero tenerla ni quiero establecerme y encadenarme, porque eso me parece aún más inseguro que la Inquisición.

Guillem Belibasta entiende que no es momento de insistir, que el pastor Pere Mauri no dará esta noche su brazo a torcer. Belibasta decide que ha llegado la hora de dormir también para él, que apenas ha descansado desde que volvió de su venta de canastos en Forcall. Apagan las velas, se desvisten y se acuestan juntos en el mismo camastro de la cocina, al calor de unas brasas que restan en el suelo del hogar.

Guillem Belibasta, antes de dormirse, se convence de lo que quiere: le conviene amarrar corto al carismático Pere Mauri... ¡y casarlo con una mujer de confianza! Y Belibasta sabe qué mujer.

Una mujer que en ese momento duerme con respiración agitada en el piso de arriba: Raimona Martí, su entrañable, sumisa y embarazada concubina.

XXXVI

Culo inquieto

(Sant Mateu, otoño de 1320)

El pastor Pere Mauri desciende desde las alturas de Morella hacia los llanos de Sant Mateu. Por el camino, se detiene en la aldea de Salvassòria, cuya iglesia luce una exquisita portalada recién labrada al estilo del momento por canteros muy finos. Cuadrillas de carpinteros, canteros y vidrieros van y vienen de pueblo en pueblo, empleados por el fervor religioso y constructor de los colonizadores de estas tierras arrebatadas a los reyezuelos de las taifas andalusíes.

En Salvassòria, Pere Mauri bebe del agua sabrosísima de su fuente, valorada como una de las más saludables del extensísimo término de Morella, y devora unas setas que él mismo ha recogido. Las prepara a la brasa, acompañadas por una salsa a base de aceite, cebolla, perejil, coriandro fresco y pimienta, tal y como aprendió de un pastor provenzal.

Suelta una cabezada, tendido bajo una carrasca, y vuelve al camino, el mismo que hace casi un siglo siguió el rey Jaume I por esta comarca que con sus mesnadas conquistó y señoreó. A Pere Mauri le han contado que Jaume I admiraba al Cid Campeador, de quien se tomaba por descendiente y cuyos pasos parecía seguir uno a uno, como si de un voto se tratase.

De vuelta a Sant Mateu, Pere Mauri le cuenta a Guillemeta lo que Belibasta le ha propuesto. Guillemeta parece sorprendida, pero Pere Mauri sospecha que está fingiendo, como si ella ya estuviera en el secreto de lo que busca el señor de Morella.

—¿Y qué te parece la idea, Pere? ¿Qué has contestado al señor Belibasta?

—Que no deseo casarme, que no quiero esposa.

—¡Ah, Pere, Pere, tú tienes el hormiguillo! Las piernas se te mueven solas, no sabes sentar el culo en un sitio y quedarte quietecito.

Está presente en la conversación el hermano de Guillemeta, también llamado Pere Mauri, que emite su juicio sobre la reacción de su tocayo, el incorregible pastor trashumante.

—Pere, lo que tú tienes es una añoranza insuperable por aquellas tierras nuestras hoy confundidas por el demonio. Por encima de todo anhelas volver una y otra vez a la peligrosa patria del Arieja, que felizmente nosotros dejamos atrás por siempre. Y si sigues así, cualquier día acabarás mal: ¡te harás prender y penarás tu imprudencia y tu culpa!

Por toda respuesta, Pere Mauri se ríe. Parece estar siempre por encima del bien y del mal, como sus calmas ovejas. Como si a él nada malo pudiera pasarle. Él no

piensa dejar de subir a su Pirineo, digan lo que digan. Él tiene sus buenas razones... Y ríe.

Un par de semanas después, mientras Pere Mauri se mueve con sus rebaños por el llano del Sénia, se presenta en Sant Mateu el señor de Morella, el Perfecto Belibasta, que dialoga con Guillemeta y su hermano.

—¿Entra en razón Pere Mauri?

—No hay manera, monseñor, es el hombre más tozudo que existe.

—Sería tan bueno para todos asentarle aquí, que la comunidad creciese con él, que llegase a tener hijos...

—Le hemos insistido, monseñor, le hemos advertido que cualquier día le prenderán, que su Pirineo es peligroso.

—Ya veo que le da igual todo lo que yo diga, ya veo que no quiere quedarse.

Unos días después, el pastor itinerante Pere Mauri, sin querer saber nada de estas conspiraciones matrimoniales de sus hermanos en la fe, deja las ovejas al cuidado de su grupo de pastores y se ausenta un par de semanas. Visita en el Pirineo cierta cueva secreta, antes de regresar a los dominios del señor de Morella en las vísperas de la Navidad de 1320.

XXXVII

Preparativos de boda (Sant Mateu, otoño de 1320)

Pere Mauri duerme en la misma cama que Belibasta. Es lo normal: hace frío, y está bien compartir lecho sin empacho. Ha vuelto a Morella. Ha vuelto para pasar las Navidades aquí, con su entrañable comunidad en el exilio. Está a gusto en casa de Belibasta, en esta Plaça dels Tarrascons en la que tanto le complace oír hablar a los vecinos con los particulares giros de la lengua de su querido país pirenaico.

De buena mañana, Belibasta y Mauri caminan juntos hacia Sant Mateu. Se detienen en el mas de Gargalla, una posada que sirve buenos yantares al viajero hambriento. Mauri pide carne en salazón. Belibasta finge comerla, por si acaso alguien mira, pero no lo hace. Sí se toma una sopa de salvia y ajo. Tras un reparador descanso, reemprenden camino. Entonces, Belibasta lanza su ofensiva: ¡quiere casar a toda costa a Pere Mauri con Raimona!

Es la decisión que ha tomado. Belibasta teme que el hijo de Raimona nazca mientras conviven juntos bajo el mismo techo. Sabe que las miradas de los creyentes le reprobarán: todos sabrán que ha roto su voto de castidad como Perfecto, y perderá autoridad sobre la comunidad. Dejará de ser Perfecto, y será la hecatombe para su Iglesia, el desamparo, la perdición definitiva del grupo y de todas sus almas. ¡No hay otro Perfecto en esas tierras que pueda suplirle, que pueda consolar las almas de los creyentes!

Así que necesita urgentemente un marido para Raimona. Y que su hijo nazca en el seno de un matrimonio de la comunidad, para que todos se alegren. Belibasta ha llegado a la conclusión de que ese hijo engrandecerá su comunidad, su reino de este mundo. Y que, incluso, le sucederá. El pecado ya está cometido. Nadie debe saberlo, y él ya salvará su alma. De hecho, Belibasta se siente ahora poderoso, perdonado de antemano por el Padre Celestial, puesto que ha dedicado su vida a combatir a Lucifer y a sus ministros en la tierra. Y Belibasta ha decidido que nadie mejor que el bueno de Pere Mauri, hombre siempre fiel, como marido de Raimona.

—Debes tomar mujer, una mujer de *entendesa* que sabrá cuidarte en tu vejez. Con ella podrás engendrar hijas e hijos que te servirán y darán alegrías. Ella te ayudará cuando enfermes. Y si uno de los dos estuviera en peligro de morir, el otro podrá avisarme para salvar su alma.

Pere Mauri acelera el paso..., y decide guardar silencio. Íntimamente, resuelve no oponerse más a Belibasta. Ha detectado en el tono perentorio del Perfecto alguna necesidad desesperada, algo que le aconseja callar, escuchar, y valorar su propuesta. Y, en última instancia, acatar su voluntad. Pere Mauri piensa que el señor de Morella no es sabio como los hermanos Autier, no es santo como Felip d'Alayrac, no es recto

como Ramon de Castelnau..., ¡pero es su señor espiritual, el que garantiza que liberará su alma para conocer a Dios! Y le quiere.

—Y si aceptara casarme, ¿qué mujer os parecería buena para mí, monseñor?

—Tenemos a la mujer ideal: ¡Raimona!

—¿Raimona, señor? ¡Ni siquiera sabemos si todavía vive su marido, Arnau Piquier!

—Está muerto, con toda seguridad. Convéncete de eso. Y aunque viviera, jamás vendría tan lejos a buscarla, ni ella regresará jamás a nuestro perdido país. Y tú podrías seguir haciendo tu vida itinerante de siempre, pero la tendrías siempre aquí al regreso de tus pastoreos.

—Monseñor, yo no voy a proponer a Raimona que se case conmigo, pero si vos así lo determináis, ¡hágase! Hablad vos con ella y preparadlo todo según vuestra voluntad. A mí me parecerá todo bien.

El corazón de Belibasta da un salto de gozo. El pastor Pere Mauri se aviene a su plan. ¡Raimona podrá parir a su hijo sin que nadie sospeche que él, Belibasta, es el padre! Todo el mundo creerá que el pastor Pere Mauri ha engendrado esa criatura, un nuevo miembro de la comunidad. Belibasta respira con alivio. Ahora se trata únicamente de darle la orden a Raimona, en bien de todos y de la comunidad. El embarazo todavía no se advierte, felizmente. Le ordenará también a Raimona guardar secreto acerca de quién es el verdadero padre de esa criatura que llega... Pere Mauri no tiene por qué saberlo, es mejor engañarle y que solo Raimona y Belibasta estén en el secreto. ¡Que Pere piense que esa criatura es hijo suyo! Además, Pere Mauri gana buenos sueldos como pastor: procurará el sustento del niño y de Raimona, idea que también alivia a Belibasta.

Belibasta y Mauri llegan a Sant Mateu. Se alojan en casa de Guillemeta. Como siempre, en casa del ama hay trasiego de personas, incluido Arnau Batlle-Sicre, que se muestra siempre muy obsequioso con Belibasta, y más últimamente. Ahora quiere hacerle un regalo, entregarle un presente que le ayude a acercarse un poco más al señor de Morella, a ganar su afecto y confianza. En presencia de Pere y Guillemeta, Arnau Batlle-Sicre le rinde a Belibasta las tres reverencias del *mellorer*.

—Arnau Batlle, ¿alguna novedad de nuestro país?

—He sabido que Fournier anda ahora más ocupado con los judíos que con herejes, blasfemos o leprosos.

—¿Qué hace ese demonio con los judíos? —pregunta Belibasta.

—Hace unos meses se obsesionó con los libros sagrados de los judíos, especialmente con el Talmud.

—Repleto de las mismas mentiras que la Biblia —suelta Belibasta.

—El obispo ha ordenado que se requisen esos talmudes, sinagoga por sinagoga, casa por casa. Implacable, los busca ahora por todo el País de Foix. Circulan carros y carretas ¡colmadas de esos talmudes hebreos! Los llevan a la torre de la Audiencia del obispo Fournier...

—¿Y qué hace con ellos?

—Quemarlos. Aunque quizá no todos: hay quien dice que el obispo, antes de darlos a la hoguera, rebusca en esos libros ciertas cifras y letras secretas con las que obtener el poder de los ancianos sabios hebreos.

—¿Quién dice tal cosa?

—Los pastorcillos del Señor, los monjes mendicantes, esos predicadores itinerantes que ladran contra los buenos cristianos, esos que se hacen llamar perros del Señor, rabiosos contra la santidad de nuestros Perfectos.

—¡El Padre Celestial los confunda!

—Esos monjes claman por igual contra nosotros y contra los judíos, reclaman más fiereza del inquisidor.

—¡Como si hiciera falta!

—Lo cierto es que Fournier protege la vida y la hacienda de los judíos: quiere sus impuestos y su riqueza. Pero persigue sus libros, liturgias y creencias.

La noche cae en el resguardado patio de la casa del ama Guillemeta, en Sant Mateu. Arnau Batlle-Sicre, en presencia de Pere Mauri y Guillemeta, le hace un regalo al señor Belibasta. Son unos preciosos zapatos cordobeses, del mejor cuero, trabajados en el más primoroso estilo andalusí. El cuero lustrado y untuoso refulge con tornasoles, y denota un fino buril. Arnau sostiene haberlos confeccionado con sus propias manos para su señor Belibasta. Miente: los ha comprado a un morisco que comercia con sus hermanos de las taifas andalusíes. Esos hermosos zapatos le han costado caros..., ¡pero Arnau Batlle-Sicre los considera una rentable inversión! Los paga con el oro adelantado por Fournier.

Esa noche, Belibasta se acuesta sereno, satisfecho: sus fieles parecen prosperar, como este Batlle, que le regala zapatos caros; como Guillemeta y sus hijos, que le acogen en su casa y le veneran; como todos los demás. Por fin todo va bien. ¡Y Pere Mauri se convertirá en padre de su hijo! Belibasta ve acrecentarse su parroquia y su autoridad. A punto de conciliar el sueño, tiene un recuerdo para su padre, ¡cómo le gustaría a Belibasta que su padre le viese ahora! Y D'Alayrac, Castelnau... Todos muertos. ¡Ah, si ellos pudiesen verle ahora!

Belibasta siente que, al fin, su vida está rozando el color de los sueños.

XXXVIII

Nueva Magdalena

(Morella, otoño de 1320)

Ahí está vuestro trono, monseñor.

Morella a la vista. Así habla el pastor Pere Mauri. El sol se pone tras la muela Garumba e incendia el firmamento al oeste de la villa. Los últimos resplandores del crepúsculo nimban la mole de Morella como un trono celeste cuando Pere Mauri y Guillem Belibasta se acercan a sus murallas por el portal de Sant Mateu, recién llegados de la capital del Maestrat de Montesa.

Transitan junto al lavadero público, en el que una mujer apalea la tela de un jubón. Los dos hombres ascienden por las empinadas calles morellanas hacia la Plaça dels Tarrascons. Al pasar cerca de la aljama, del callejón de los judíos, un hombre saluda desde una esquina.

—¡Pere! ¿Podemos...?

—¡Vos...! Sí.

El hombre es el maestro de los canteros morellanos, Pere del Bon Ull, y propone conversación a Pere Mauri. El pastor accede y se separa de Belibasta.

—*Sénher*, resuelvo un asunto y nos vemos más tarde.

—No faltes a cenar, Pere. Raimona y yo te esperamos: tenemos que hablar, ya sabes, ¡no te olvides!

Belibasta ve alejarse a Mauri con su imprevisto interlocutor, y se dirige a su casa, en la Plaça dels Tarrascons.



Belibasta encuentra a Raimona en la cocina, como de costumbre. Manojos de hinojo, té de roca, albahaca, achicoria, unas cebollas, una col, un congrio sobre el obrador... Raimona se dispone a cocinar ese hermoso congrio de gran tamaño, comprado en un puesto del mercado de Morella.

Los congrios, junto a unas doradas, rapes, lubinas, mújoles y bacalaos, han sido pescados en las aguas de Peníscola, en la costa mediterránea. Unos mercaderes transportan el pescado hasta estas alturas desde el puerto de esa península fortificada, protegido en hielo. Del mismo modo, otros carros bajan al puerto de Peníscola las lanas cardadas adquiridas en el mercado de Morella por representantes de grandes mercaderes italianos. Es un puerto protegido por las impresionantes murallas de Peníscola, ciudadela señoreada por el soberbio castillo de los templarios. Desde este

feliz puerto parten bajeles hacia Mallorca, hacia Sicilia, hacia Génova... Desde la costa italiana, las lanas de las ovejas del Maestrat y del señorío de Morella viajan por tierra hasta los telares toscanos de Prato y Florencia.

Raimona corta el congrio en rodajas, para hervirlo en un caldero sobre el fuego del hogar, cuando Belibasta entra en la cocina, animoso. El vapor de la cocción humedece la estancia, un vapor perfumado por hierbas aromáticas silvestres que la joven Guillemina ha recogido esa tarde en las afueras de la villa, cerca del acueducto.

—¿Cómo ha ido por Sant Mateu, mi señor?

—Todo está muy bien por allí, mujer. La casa de Guillemeta es como la plaza del pueblo, llena de movimiento de buenos creyentes. He visto a Arnau Batlle-Sicre, de Tarascon, que me ha regalado estos bellos zapatos.

—¿Y Pere Mauri? ¿No ha regresado de allí contigo?

—Sí, hemos vuelto juntos y está aquí, en Morella, pero se ha entretenido charlando con no sé quién cerca de la aljama. Ya nos dirá luego.

—¿Vendrá a cenar?

—Sí, vendrá. Y de él quería hablarte ahora, antes de que aparezca.

—¿Qué pasa?

—Te has quedado embarazada, Raimona. Y, como comprenderás, nadie debe saber que he sido yo quien te ha preñado. Nada diremos a nadie... Ni siquiera al fiel Pere. ¡Recuérdalo!

—Ni a Pere ni a nadie. Nada diremos, monseñor. Y ahora permíteme que te haga una pregunta que me arde por dentro: ¿qué sucederá con la criatura que llevo en mi vientre, señor?

—La criatura nacerá, Raimona. Con ella crecerá esta comunidad de Morella. Y la criaremos en el *enteniment del Bé*. Será un buen creyente. ¡Y quién sabe si llegará a ser un Perfecto o una Perfecta! En todo caso, nos ayudará en nuestra vejez.

—¡Cuánto se alegra mi corazón de oírte hablar así, mi señor! Pues me temí lo peor...

—¿A qué te refieres, Raimona?

—Monseñor, te he oído predicar tantas veces contra la carne y el mundo, contra las criaturas nacidas en esta tierra... Tantas veces has clamado contra las túnicas de carne que aprisionan las divinas almas...

—Y es verdad, así es.

—¡Más de una vez he escuchado a mi señor predicar que sería maravilloso que no naciera ya criatura alguna en este mundo! Así todas las almas quedarían libres para ascender y reunirse con el Padre Celestial sin tropiezos, y este mundo del demonio resultaría por fin vencido. ¿No es así, mi buen señor?

—Es así. Lo he dicho y lo digo.

—Por eso he temido estos días, monseñor, que me exigieras que esta criatura nuestra no viniese a este mundo que no naciese... He temido que me pidieses que tomase ruda o algún otro brebaje abortivo... Yo te escucho y sé que la verdad habla por tu boca, mi señor, y haré todo lo que dispongas. Pero yo quiero decirte algo, me voy a atrever a decirte lo que siento: que deseo con todo mi ser que esta criatura que crece en mi vientre venga a este mundo... Lo deseo tanto... Pero será todo según tu voluntad, mi buen señor...

Belibasta guarda silencio. Raimona no es muy habladora, pero ahora habla bien. Es una buena mujer, fiel y atenta, discreta y cumplidora con él y con la casa. Y con la fe de los buenos cristianos. Y ahora se atreve a sincerarse con él. Belibasta piensa que la indocta mujer confunde su vientre con su alma, pero no se lo tiene en cuenta.

—En nuestra lejana patria es probable que esa criatura no hubiese sido concebida. Pero los diablos de Geoffroy d’Ablis y de Fournier lo han trastocado todo. Y ahora es diferente: ahora es necesario reconstruir nuestro reino de buenos creyentes, que el entendimiento del *Bé* se extienda entre los hombres. ¡Necesitamos niños! O desapareceremos. Morella es nuestra Jerusalén, tú eres mi Magdalena, yo soy el Cristo de este nuevo reino, y sé que el Padre Celestial lo ve con buenos ojos.

—¿Yo, tu Magdalena?

—Sí. Sé que obro bien porque así obró Jesucristo, que predicó el bien y el entendimiento del Padre Celestial, a la vez que engendró en María Magdalena cuando se vio perseguido. Y lo hizo así porque en tiempos de persecución era el mejor modo de extender el *enteniment del Bé* entre las gentes. Como hoy.

—¿Engendró Jesucristo en María Magdalena?

—Sí, y cuando los soldados de Roma y esbirros judíos persiguieron sus cuerpos, él ascendió al Padre, dejando su cuerpo material clavado en la asquerosa cruz..., pero ella navegó encinta hasta Les-Saintes-Maries-de-la-Mer, en la costa de Marsella...

—¿Y qué sucedió luego?

—Te lo explicaré, pero no ahora.

—¿Cuándo?

—En unos días caminaremos a la Balma y habrá ocasión. Ahora está a punto de llegar Pere Mauri, y es más urgente otro asunto.

—¿Qué asunto? ¡Te escucho, monseñor! Estoy regocijada de saber que esta criatura nuestra nacerá y vivirá en nuestra comunidad de buenos cristianos.

—Así será, Raimona, pero..., si saben que me he acostado contigo, me considerarán indigno, se desmoronará mi autoridad como Perfecto... Y nuestra Iglesia se disolverá...

Belibasta no olvida los gritos de Blanca, la hermana de Raimona, cuando les sorprendió en la cama fornicando, en Prades.

—Ahora hay que evitar toda murmuración. Soy el Perfecto de esta comunidad, venerado y respetado, ¡y debo y quiero seguir siéndolo!

—¿Y qué podemos hacer?

—Te casarás, Raimona. Te casarás y tendrás marido. De este modo, tu marido (como toda la comunidad) creará ser el padre de la criatura que ahora crece en tu vientre.

—¿Casarme? Pero... yo estoy contigo. Yo no quiero casarme con otro. Quiero estar contigo y cerca de ti.

—Y lo estarás, Raimona. El marido que voy a darte apenas cohabitará contigo. Nuestra vida no cambiará demasiado. Pero gracias a ese marido gestarás y parirás sin rumores. Será el padre que necesitamos para nuestro hijo.

—¡Así sea, pues! ¿Y quién es ese hombre, monseñor?

En ese momento, entra en la cocina el pastor Pere Mauri y saluda con una genuflexión a Belibasta. El Perfecto mira primero a Raimona, luego a Pere y habla:

—Mujer, aquí tienes a tu hombre. Pere, aquí tienes a tu esposa.

XXXIX

Noche de bodas (Morella, otoño de 1320)

Así se oficia la boda entre el pastor Pere Mauri de Montelhó y la señora Raimona Martí de Junac. En la cocina de una casa de la Plaça dels Tarrascons. Con una olla de congrio en el suelo. En presencia del señor de Morella. También está presente Guillemina, la hija de Raimona.

—¿Tú quieres que yo sea tu marido, Raimona?

—Sí.

El pastor Pere Mauri mira los ojos de Raimona al hacerle la pregunta, y ella baja los párpados al asentir.

—¿Os comprometéis a cuidaros el uno al otro, en la salud y en la enfermedad? — les pregunta Belibasta.

—Sí.

—Sí.

—¡Bien! Pere, Raimona: ¡ya estáis casados! Podéis besaros. Ya sois marido y mujer.

Y, al presenciar el beso, Belibasta no puede evitar romper a reír. Ríe con una risa de alivio, pero él mismo se da cuenta de que en su risa hay también una sombra de agitación, cierta tensión, un imprevisto nerviosismo.

Se sientan a la mesa de la cocina y rubrican los esponsales con una cena a base de congrio perfumado con hierbas. Belibasta bendice el pan al modo herético y musita una oración. Mientras acaban de cenar hablan de la nueva situación. Acuerdan que los vecinos de Morella no tienen que enterarse de esta boda clandestina. Es un matrimonio que solo concierne a los buenos creyentes.

Para el resto de las gentes, Belibasta y Raimona seguirán siendo esposos, y Guillemina, su hija en común: así lo han escenificado desde que llegaron a Morella, y así seguirán. Como una de tantas familias llegadas del Pirineo catalán y aragonés, del Sobrarbe y el Pallars, de Urgell y la Cerdanya, y de los valles navarros bajo el monasterio de San Juan de la Peña, de aldeas como Echo, Biniés y Embún.

—Pere, y si Raimona y tú tuvierais un hijo, nosotros te lo criaríamos aquí — detalla Belibasta—, no tendrías por qué ocuparte de él, si no puedes o no quieres.

Belibasta ha hablado, y ahora han bajado los ojos tanto el pastor Pere Mauri como Raimona. Belibasta se ha puesto en pie. Ella levanta la mirada hacia él con dulzura, y enseguida vuelve a bajarla hacia la mesa. Belibasta posa entonces una mano en el hombro de Pere Mauri, en un gesto fugaz. El Perfecto sale de la cocina. Se detiene en la entrada.

—Pere, Raimona: buenas noches, esposos. Salgo a la calle un momento. Luego

yo me acostaré aquí, en la cocina, junto al fuego.

Belibasta no dormirá esta noche con la que es su querida concubina desde hace ya una docena de años. Esta noche será Pere Mauri quien ocupe su lugar en el lecho, quien comparta el calor de su cuerpo. No imaginaba Belibasta que en este momento iba a sentir esta desazón en el pecho...

Sale a la Plaça dels Tarrascons, pero se queda en la puerta de la casa. La noche está alta y estrellada. Solo en Morella refulgen las estrellas con la misma intensidad que en los pueblos de los Pirineos occitanos. En la puerta de al lado ve a su vecino, de Tarascon, Bernat Baraller.

—Buenas noches, monseñor —susurra el vecino.

Evitan el saludo del *mellorer*, pues es demasiado arriesgado hacerlo en la vía pública, y hablan en voz muy baja. Pero Belibasta se siente extrañamente desasosegado, y no quiere volver a entrar en su casa por el momento. Habla el vecino:

—Mi esposa ya duerme, y enseguida me acostaré yo. Por cierto, señor, ella me ha pedido que os diga algo, aunque yo creo que es una tontería.

—¿Qué?

—Que no nos fiemos de Arnau Batlle, el zapatero de Sant Mateu. Que su padre era Arnau Sicre, el notario que trabajó para el inquisidor D'Ablis en la masacre de Montelhó... Su madre era una buena creyente, ¡de las mejores! Pero el padre... Vivía en Tarascon, y mi esposa dice que lo conoció: un católico clerical sin remisión. La verdad es que mi mujer es demasiado susceptible. Ya os digo que es muy asustadiza, creo que exagera...

Belibasta, en otro momento, hubiese prestado suma atención a lo que le relataba su vecino. Pero no ahora. Ahora oye hablar a Bernat, pero no le escucha, no le hace demasiado caso. Se impone el zumbido que desde dentro parece ensordecirle los oídos, un rumor de la sangre que le late en las sienas, que se le agolpa en el rostro. Quiere entrar en la casa y correr escalera arriba hacia el dormitorio de Raimona, pero sus pies están clavados en el suelo como los de Jesucristo en la cruz.

—Dile que no tema nada.

Belibasta ha hablado mecánicamente, pero ausente, escindido: quiere estar dentro de la casa y quiere estar fuera al mismo tiempo. Quiere escuchar qué sucede, a la vez que teme oír cualquier sonido del interior, ni el más leve.

—Buenas noches, monseñor —se retira el vecino.

—Buenas noches.

Belibasta se queda solo y un inusitado temblor agita sus piernas y brazos como ramas tiernas. Su vecino se ha retirado al calor de su cama, del cuerpo de una esposa. ¿Y él? ¿Y su mujer, y la mujer con la que duerme cada noche? Es un Perfecto, y no

tiene derecho a mujer. Pero se lo ha tomado. Y ahora ha tomado también la decisión de casarla con un amigo. ¡No le quedaba más remedio, no tenía otra salida! Vuelve a sentirse víctima de sí mismo, como tantas veces, como el día en que mató... Pero ahora siente que ha hundido el puñal en sus propias entrañas, en su propio corazón.

Le invade un inesperado desamparo. ¿Qué está sucediendo arriba, en el lecho de Raimona? El temblor se convierte en espasmo, se dobla sobre sí mismo, le parece que no puede sostenerse, y entonces, avergonzado por este descontrol de su cuerpo, entra en la casa, transido por una soledad imprevista, devorado por unos candentes e insospechados celos.

Apenas cruzado medio zaguán, reconoce el jadeo de Raimona. El jadeo que ha sentido tantas noches en su almohada, junto a su oído, acurrucada en su pecho, en su axila, su aliento caliente de cachorro satisfecho. Las rodillas ceden, cae desmadejado al suelo de tierra apisonada, el estómago le sube hasta la garganta. Vomita, zarandeado por dentro como si le hubiesen envenenado con azogue, y queda tendido, convulso, y ya ningún músculo le obedece. Solo alcanza a taparse la boca con las manos para ahogar un gemido desgarrado.

Arriba, el jadeo de Raimona se eterniza, como si jamás fuesen a llegar los suspiros y el silencio. Belibasta queda tendido, traspasado de dolor y conmiseración, como si la muerte le respirase en el oído. Se arrastra hacia el establo, donde tiene oculto su puñal, ese puñal que ya tiñó de sangre... Pero no. No va a actuar como ese mismo año el noble señor Francesc de Vinatea en su vecina casa de Morella, en la plaza junto al almodín. No apuñalará a nadie. Porque Raimona no le ha engañado: ha sido él quien le ha metido en el lecho al irresistible Pere Mauri.

XL

El drama de Vinatea (Morella, 1320)

Francesc de Vinatea ha apuñalado hasta la muerte a su esposa en el lecho conyugal. Francesc de Vinatea desciende de uno de los nobles guerreros conquistadores de Morella bajo el pendón de Jaume I. Es un patricio admirado, influyente, de renombre y jurado de la villa. Pero ha tenido que matar a su bella esposa, *na* Carbona.



En este año de 1320 en el que conviven en sus calles el fugitivo Belibasta y el noble Vinatea, Morella agrupa a trescientos activos vecinos entre ganaderos, menestrales, mercaderes, tenderos y comerciantes. Hay tejedores y zapateros, especieros y salazoneros, orfebres y plateros de estirpe judaica, imagineros y escultores, herreros y cerrajeros, vidrieros y pintores, caldereros y cesteros, ceramistas y carpinteros, cuadrillas de picapedreros y canteros, constructores de catedrales... Circulan por su mercado alquitranes y resinas de pino, rebaños de cabras y ovejas, trigos y cereales varios de secano, cerdos, cueros y correajes, quesos, miel, jamones, piezas de caza —corzos y ciervos, perdices y palominos, cogulladas y conejos...—, frutos secos, pieles curtidas... Todo ello anima una intensa actividad en la villa de Morella, en cuyas calles resuena el sincopado ritmo de los telares, telares de tejidos crudos, blanqueados, de hilo o de cáñamo, algodones y lanas, tejidos para mantas, cobertores, alforjas, fajas, cordeles, terciopelos...

Son bienes que desde Morella se exportan a los reinos de Aragón y Valencia, y hacia Toscana, Cerdeña y Sicilia, a través del puerto franco de Peníscola... Por todo esto el rey Jaume II visita con gran gozo la villa real de Morella. Estuvo aquí hace unos meses, en 1318, para donar a la flamante basílica arciprestal un *lignum crucis*, un relicario de la vera cruz de Miravet, cruz que según se dice ha sido hecha con leño original del madero de la crucifixión de Jesús, traído de Tierra Santa hace dos siglos por los caballeros templarios. Al correr por las calles de Morella la voz de esta donación real, Belibasta ha reído con ganas, sardónico. A este Rey se enfrentará años después Francesc de Vinatea, para preservar los fueros, tradición y derecho de Morella a permanecer en el Reino de Valencia. Pero, antes de eso, Vinatea ha matado

a su esposa...



Ha sido a principios de este mismo año de 1320, que ahora se extingue. Francesc de Vinatea, que se ha formado en leyes en Valencia, es un próspero mercader en su Morella natal. Está casado con una bella mujer forcallana apellidada Carbó, conocida en Morella como *na* Carbona. Por su predicamento de hombre erudito, sensato y justo, Francesc de Vinatea es jurado de la villa, por elección de los morellanos. Pero no descuida sus negocios, que le arrastran a menudo fuera de la población: pasa temporadas en Valencia.

Entre finales de 1319 y principios de este 1320, ha tenido que ausentarse varias semanas. Como siempre, encomienda a su hombre de confianza y escudero, Domènec d'Aquis, que vele por sus intereses en Morella y proteja a su bella, joven y fogosa esposa. Finalizada su empresa en la ciudad de Valencia, Francesc de Vinatea retorna a Morella. Llega a medianoche y se dirige a su casa, al final de la calle de las tiendas, junto al almodín, ahí donde acude Belibasta a vender sus cestas y hacer sus compras.

Con sigilo, para sorprender gratamente a su esposa, Francesc de Vinatea abre con su llave la puerta de la casa. Sube de puntillas los peldaños de la escalera y entra en la habitación conyugal, suavemente iluminada por la llama de un candil. La escena que presencia Vinatea destroza su honor y nubla su mente: la bella *na* Carbona, desnuda, yace en el lecho matrimonial con su escudero, que la cuida muy de cerca.

Ciego de rabia, el noble Francesc de Vinatea desenvaina su puñal y se toma la justicia por su propia mano. Apuñala al felón traidor Domènec d'Aquis, tiñe de sangre las sábanas del tálamo. *Na* Carbona, paralizada de espanto, grita entre cruentas salpicaduras. Francesc de Vinatea, con el mismo puñal, abre el vientre de su bella esposa y destripa sus entrañas, que gestaban un hijo nonato, que solo Dios sabe si fue engendrado por Vinatea o por su escudero.

Tras la matanza, ensangrentado, Vinatea espolea su caballo y se presenta a la justicia de Valencia. Vinatea se postra ante el Rey, se pone en sus manos. Y obtiene la gracia del monarca Jaume II, que le permite retornar a Morella.



En poco tiempo, Vinatea vende todos sus bienes en Morella. Belibasta y Raimona

tienen ocasión de comprar a muy buen precio dos ovejas de los rebaños del prohombre, a través de su tratante de ganado, en el almodín de Morella.

También vende Vinatea sus rebaños en Sant Mateu, y el ama Guillemeta y Pere Mauri adquieren también algunas ovejas.

XLI

Celos y *endura*

(Morella, otoño de 1320)

No me encuentro bien esta mañana, Pere. Ve hoy tú en mi lugar a hacer la compra.

—¿Qué le pasa, monseñor?

—Nada de particular.

—¿Seguro?

—Ve y compra una libra de carne de cordero para vosotros, Pere.

—¿Y para vos, señor?

—Ayunaré.

Los Perfectos ayunan tres días por semana en tiempo de Cuaresma, Navidad y Pentecostés. En esos días solo ingieren pan y agua. Si consideran que han cometido alguna falta, se castigan con tres días consecutivos de ayuno. Jamás ingieren carne. Solo pescados, verduras, frutas, hortalizas, pan. Un plato ideal para un Perfecto es el *empastat*: pastel de pescado, carne de pescado hervida. O bien empanada en una pasta de buñuelo. Beben agua y vino diluido con agua. Los creyentes ordinarios sí comen de todo, aunque la carne es cara, a menos que sea en salazón o en conserva.

A Belibasta hoy no le apetece ver a nadie, siente el alma en los pies. Al emparejar a Raimona con Pere, ha descubierto algo que no sospechaba: celos. Ahora teme perder el afecto, el favor, la cálida entrega de Raimona. Ha descubierto que la quiere. O, más bien, ha descubierto lo mucho que necesita que ella le quiera, que le adore. Y ahora teme que el amor de Raimona pueda volverse hacia el gentil pastor Pere Mauri, de legendaria fama como encantador de mujeres.

Belibasta se siente ahora muy frágil. No sabe cómo actuaría Jesucristo si María Magdalena amase a otro... Piensa que eso no le pasaría a Jesucristo, ¡y no quiere que le suceda a él! Está arrepentido de esta boda. El pastor Pere Mauri sale de la casa, y Belibasta busca a Raimona en la cocina.

—¿Cómo estás, Raimona?

—Bien.

—¿Os ayuntasteis anoche?

—Sí.

—¿Se portó bien contigo tu esposo?

—Sí.

—¿Te... te gustó?

Belibasta se ha atragantado casi imperceptiblemente al preguntarle esto a Raimona: no puede evitarlo, aunque ni siquiera sabe si quiere oír la respuesta. Pero la pregunta puede más que él. Raimona la escucha y se ruboriza levemente, vuelve el

rostro para buscar algún objeto sobre la mesa de la cocina.

—Señor, todo se cumple según lo quisimos y planeamos, tal como tú dispusiste en tu sabiduría. Pere Mauri me ha conocido carnalmente esta noche: cuando mi vientre se hinche, él y todos los buenos cristianos creerán que es el padre de la criatura, y no tú. ¡Todo va bien, señor!

—¿Te gustó?

—Pensaba en ti, señor.

—Oí tus jadeos, Raimona. No vuelvas a acostarte con Pere Mauri.

—Pero... ¡es mi esposo!

—¿Quieres volver a acostarte con él? ¿Quieres, Raimona? ¿Ah, le prefieres a él? ¿Es eso? ¿Le quieres a él?

—¡Si le rechazo, sospechará la burla, descubrirá el engaño! ¡Y quién sabe si no cargará su ira contra ti! ¡Y te dañará, te atacará, te delatará!

—¡Tú eres la que me dañas, mujer! ¡Tú, si no me obedeces! ¡Debes amarme y obedecerme! ¡Eres mi mujer! ¡No te acostarás más con Pere Mauri!

Belibasta no puede evitar alzar la voz. Sin pretenderlo, está gritándole a Raimona. Le puede la rabia.

—¡Maldita seas, mujer, maldita seas!

Rabia contra sí mismo por su fragilidad y contra una mujer que no puede disimular que el apañío le ha resultado placentero. Tras doce años como concubina secreta del Perfecto Belibasta, Raimona se encuentra ahora con un esposo animoso y libre de preocupaciones, un hombre fuerte y que huele a campo, un hombre siempre jovial y con un ojo de cada color, un hombre que sabe decir cosas bonitas a una mujer, que sabe cómo hacerla sentirse única..., a ella también.

A Raimona le ha gustado pasar la noche con Pere Mauri, ha sentido caricias que no conocía, caricias con sus agrestes y ásperas manos que la han estremecido. Pere Mauri le ha hecho sentir un placer desconocido. Raimona ha dormido esta noche con un sueño cercano a la beatitud. Y Belibasta la maldice, indignado. Y, mientras lo hace, se siente muy mal y se compadece de sí mismo.

Pere Mauri, con la carne de cordero bajo el brazo, regresa del mercado. Camina a paso vivo y canturrea una canción aprendida en el Sabartés de un pastor de los condes de Foix: «*Al temps de prima doça / jos l'arbre a mans de florejar / Juliana se ten amb la sòrre / Doç amor!*»

Se la ha cantado al oído a Raimona en el lecho, en su larga noche de bodas, en su cálida noche de cuerpos fundidos. Pere Mauri se siente ligero de cuerpo y alma. Siempre le ha gustado Raimona, a la que ha tratado con el afecto que corresponde a la mujer que comparte su vida con su Perfecto. Pere Mauri no quiere saber si su señor Belibasta yace o no con Raimona, pero respeta su acuerdo. Ahora, sin embargo, la siente un poco suya. La ha poseído carnalmente con placer y con ternura, ha sentido

su calor y su aliento, y le ha gustado.

Ya en la Plaça dels Tarrascons, Pere Mauri entra en casa de Belibasta. Oye gritos en la cocina. Reconoce la voz del Perfecto, alterada. Le extraña, porque el estado de ánimo de Belibasta suele ser estable y alegre. Pere Mauri entra en la cocina, y Belibasta y Raimona fingen que nada sucede entre ellos. Pere Mauri deja la carne en la mesa.

—¿Todo bien?

—Todo bien —responde el Perfecto.

Ante Pere Mauri, Belibasta se siente súbitamente abatido. El pastor es su creyente más querido, un hombre valiente y siempre dispuesto, el hombre que le ayudó a escapar del Muro de Carcassona y que siempre le ha respaldado. Su deseo por Raimona y su afecto por Mauri se convierten ahora en un peso para Belibasta. Apesadumbrado, se ensimisma.

—No voy a comer nada. Me retiro a mi jergón. Dejadme tranquilo.

Belibasta se siente enfermo de cuerpo y alma. Sin fuerzas, como si un demonio le hubiese sorbido la vitalidad por los pies. Tendido en el lecho, no come nada en todo el día. Ni en toda la noche. Ni en todo el día siguiente...



—Monseñor, monseñor, ¿qué os sucede?

Pere Mauri pregunta al Perfecto. Raimona calla. Guillem Belibasta, señor de Morella, ha entrado en *endura*. No come, no bebe.

La *endura* es el ayuno extremo, el ayuno que conduce a la muerte. El Perfecto que entra en *endura* demuestra su desdén por las ataduras de la vida carnal, su desapego de la existencia en este bajo mundo, corrompido, luciferino, satánico. Los moribundos consolados por el Perfecto entran en la breve *endura* que les lleva a una muerte santa, la que libera al alma de otra reencarnación y la reúne con el Padre Celestial: «Los que se dejan morir así, son santos de Dios», predicán los Perfectos de este tiempo, como Belibasta.

Con su *endura*, Belibasta busca depurar sus pasiones encontradas, la confusión de su ánimo. Piensa en la historia que le contó Berbeguera, la esposa de un señor de Puylaurens, en sus días de vagabundeo junto a Felip d'Alayrac por Occitània: «Fui a ver a un Perfecto que había entrado en *endura* hacía semanas, y era la más extraña maravilla: permanecía sentado en una silla, inmóvil, como una estatua humana, como un tronco, insensible a cuanto le rodeaba.» Algún otro *bon home*, viéndose acorralado por la Inquisición, se había internado en las montañas del Sabartés, y en sus alturas, en alguna espelunca inalcanzable, había consumado su vida en santa *endura*.

Belibasta no come nada en la segunda noche. Ni durante el tercer día. Tras la tercera noche sin comer, al alba, Belibasta se incorpora y habla con Pere Mauri. El pastor está intrigado y preocupado por el Perfecto. Raimona no ha querido explicarle nada.

—¿Estáis bien, monseñor?

—No, Pere. He discutido con Raimona.

—Algo oí cuando regresé del mercado. ¿Por qué discutíais? Ella no ha querido explicarme qué pasa. No lo entiendo. ¡Deberíamos estar regocijados!

—¿Por qué, Pere?

—Vos queríais que me casara con Raimona, y felizmente así ha sido. ¿No debería motivar eso vuestra alegría?

—¿Has yacido con Raimona mientras yo estaba en *endura*, Pere?

XLII

Reconciliación

(Morella, otoño de 1320)

Me he acostado con ella en el mismo lecho las tres noches, sí. Pero solo la he conocido carnalmente la primera noche. Luego, Raimona me ha pedido que no la toque.

Belibasta siente que la vida vuelve a latir en sus venas. Siente que las fuerzas regresan a las fibras de su ser. El ayuno ha despejado su mente, está sereno y lúcido. Los ojos recuperan el brillo que refulge cuando predica, cuando se transporta en alguno de sus sermones. Y se atreve a confesarle a Pere Mauri parte de la verdad.

—He discutido con Raimona porque me ha contestado de mala manera.

—¿A propósito de qué?

Belibasta calla. Espera que Pere Mauri entienda. Que Pere Mauri lea en su espíritu sin tener que explicarse, sin tener que humillarse y pedirle que deje de acostarse con Raimona. Pero Mauri desea íntimamente volver a gozar de las mieles de Raimona, mientras sea posible.

—¡Bah, señor, no hay que hacer caso de los enfados de las mujeres! ¿Dejaréis que os trastorne el arranque de una mujer? Si los hombres hiciéramos eso, no viviríamos.

—¡Ya veo claro que no puedo seguir viviendo en esta casa! ¡Yo me voy!

Y, de un brinco, Belibasta se pone en pie, impulsado por un latigazo de amor propio, y comienza a recoger sus útiles de cesterero y a meterlos en un capazo.

—¡Señor, señor, deteneos! No hagáis eso. Comamos alguna cosa. Es lo más conveniente ahora. Es mejor que nos calmemos.

Belibasta se sienta, repentinamente cansado, a la vez que desbordado por la envidiable templanza de Pere Mauri, al que ha invitado a su enredo clandestino y que jamás le ha contrariado. Aunque ahora Belibasta sospecha que en ningún momento ha burlado realmente a Pere Mauri: barrunta que el pastor ha seguido su juego por complacerle. Y que volverá a hacerlo... Pero tendrá que pedírselo. Tiene su orgullo socarrón, este pastor...

—Vos siempre decís que la boca que bendice jamás debería maldecir...

—Yo jamás maldeciría a Raimona.

Avergonzado por haber perdido su aplomo ante Raimona..., y ante Pere Mauri, el pastor que está siempre en su sitio, Belibasta guarda silencio. Pere Mauri, entonces, llama a su esposa, Raimona, y los tres se sientan a la mesa en compañía de Guillemina. Belibasta y Raimona, con la vista baja, no comen nada. Silenciosos, quedan sentados en su sitio mientras Pere Mauri y Guillemina, al terminar de comer, recogen la mesa. Luego, Pere Mauri sale a la calle a sus asuntos.



El pastor no regresa a la casa hasta que el sol se pone tras la muela Garumba, sobre Forcall. Entra en la casa, saluda a Belibasta, que le bendice y le besa en el hombro. Y Pere Mauri advierte que algo ha cambiado.

Belibasta y Raimona están esperándole para cenar, y Belibasta vuelve a mostrarse jovial y vivaz. Raimona tiene arrebol en las mejillas y se mueve con delicadeza por la cocina. Pere Mauri entiende que algo ha sucedido entre Belibasta y Raimona, algo que les ha llevado a hacer las paces.

En esas horas de la tarde que Pere Mauri ha dedicado a sus asuntos por las calles de Morella, Belibasta y Raimona han permanecido en silencio largo rato, hasta que el Perfecto la ha tomado de los hombros, la ha besado, la ha acariciado. Si Pere Mauri hubiese regresado entonces habría sorprendido a su esposa tendida en la mesa de la cocina, y a su señor Belibasta amándola con la pasión con que se ama para restañar una herida abierta por algo que se creía perdido.

XLIII

Divorcio instantáneo

(Extramuros de Morella, otoño de 1320)

De buena mañana, Mauri acompaña a Belibasta a dar un paseo extramuros. Salen de la ciudad y bordean las murallas de fábrica islámica, que están siendo reforzadas. Los morellanos aceptan de buen grado vivir en una ciudad de propiedad real y bien murada, y ven con buenos ojos que se preparen obras de consideración para sus murallas. Arriba, en la cumbre del castillo roquero, se alza la airosa torre Celouia, que domina todo el conjunto. Orgullo de la Morella morisca, ha sido reparada tras la conquista cristiana, por orden del rey Jaume I. En su sótano se alberga una capilla, consagrada a santa Magdalena, la mujer que Jesús tuvo siempre a su lado, y que hoy es santa.

La muralla, a su vez, está jalonada por algunas torres que la fortifican y custodian. Belibasta y Mauri transitan por el exterior junto a la torre del Bordell, así llamada porque en sus proximidades, en el interior de la villa, se emplaza el burdel de la ciudad. Las rameras que ahí ejercen pagan su tributo a la bailía de Morella. Todo ello contribuye a la paz social de una villa pujante y bullente de tejedores, cardadores, canteros, albañiles, carpinteros, herreros, orfebres, panaderos, carniceros, curtidores, tintoreros, artesanos y tenderos llegados para emprender una vida nueva.

Los lienzos de la muralla, al poniente, se encastran en la roca viva, en la mole pétreo, en el *tolos* colosal que se alza hacia el cielo y sobre el que se yergue el castillo. A los pies de la mole está creciendo un bosquecillo de pinos cuyas copas nemorosas arrullan a los paseantes. Belibasta y Mauri pasean por ese rincón tranquilo. Belibasta tiene algo que decirle al leal pastor.

—Pere, escúchame: me arrepiento.

—¿De qué os arrepentís?

—De mi conducta.

—¿A qué os referís?

—Me arrepiento de todo lo que he hecho y he dicho estos días. Y, sobre todo, me arrepiento de haberte dado a Raimona por esposa.

—¡Vos así lo quisisteis!

—Obré mal, actué incorrectamente: no está bien forzar a nadie a una boda, te pido perdón.

—Nada tengo que perdonaros: acepté libremente el compromiso con Raimona.

—Pues ahora te ofrezco liberarte de este compromiso: puedo deshacer esta boda, si así lo deseas.

—Prometí ante Dios cuidar a Raimona en la salud y la enfermedad...

—Y yo tengo el poder ante Dios para desligarte de ese compromiso.

—...

—Y si hubieras embarazado a Raimona la otra noche, ¡no debes preocuparte!: cuidaremos de la criatura entre todos, en el seno de la comunidad.

—¿Y qué dirá Raimona de todo esto, monseñor?

—Raimona está de acuerdo conmigo en todo.

Pere nota que Belibasta hace mucho énfasis en la conformidad de Raimona con todo lo que el señor de Morella decida. Y vuelve a ceder, por lealtad: no lucha por tener a Raimona para él. Prefiere seguir viéndola sin que sea suya, sin que ella dependa de él, ni él de ella. Como cantan los trovadores de su tierra, de los que ha oído hermosas e inspiradoras historias de *fin amor*... Verá a Raimona junto a su señor Belibasta. Y él, el pastor sin ligaduras, volverá ligero a su vida de siempre.

—Si Raimona quiere liberarme de mis compromisos con ella, si así lo desea ella, ¡sea! Disolved nuestro matrimonio, señor.

—¡Disuelto queda, pues! Yo te desligo de todo lo que en este matrimonio concierne a la parte divina. Y ahora tú, Pere, sé coherente y deslígate en lo que concierne a su parte terrena.

—¿Qué debo hacer para eso?

—Jamás volverte a encamar con Raimona como lo harías con una esposa. ¡Prométemelo!

—...

—¿Lo prometes, Pere?

—¡Sí, lo prometo!

—El matrimonio carnal entre hombre y mujer no vale, solo vale el matrimonio espiritual entre el alma del cuerpo y el espíritu que viene y va y se reconocen en el bien.



Belibasta se ha reconciliado la tarde anterior con Raimona. Después de poseerla sobre la mesa de la cocina, el Perfecto le ha dicho que la necesita como compañera, que quiere que deje de ser la esposa de Pere, deshacer ese equivocado matrimonio, y le murmura al oído que ella jamás volverá a acostarse con hombre alguno que no sea él.

Raimona no ha dejado de sentir alguna atracción por Pere Mauri, pero la intensidad y el calor con que Belibasta le ha hablado, la ha mirado y la ha abrazado, la rinden a los deseos de su señor. Raimona vuelve a ser la mujer secreta de Belibasta, y ahora siente que el hijo que él ha engendrado en su vientre es un vínculo insuperable con su señor. No volverá a ofrecerse carnalmente a Pere Mauri, no le dará

ocasión. Y Belibasta vuelve a sentirse seguro.

—Pere, dijiste ayer que estoy pendiente de los enfados de una mujer. No es verdad. Y si yo le dijese eso a un hombre casado, debería ofenderse: ¡nada vale un hombre si no es el amo y señor de su esposa!

—Perdonadme por mis palabras, mi señor.

—Dios te perdonará. Ahora vete. Prefiero no verte durante algún tiempo.

XLIV

El cantero, la paloma y el burdel (invierno de 1320-1321)

Pere Mauri, el pastor libre, siente que el corazón se le queda atrás mientras su cuerpo avanza por los puertos de Morella y Beseit. Su cuerpo avanza entre muelas y quebradas, se pierde en bosques de pinos gigantescos, cruza barrancos y atraviesa collados, sube y baja, pero no mira por dónde va. No ve nada. Es su corazón el único que ahora ve algo, y solo ve a Raimona. Se repite un verso que aprendió en su tierra, del trovador Uc de Saint Circ: «Estar enamorado es tender hacia el cielo por medio de una mujer.» En los puertos empieza a caer la nieve...

El pastor Pere Mauri ha obedecido a su señor espiritual, se ha separado de Raimona y ha dejado la casa de Morella. Menuda zapatista ha montado Belibasta con el arreglo de la boda, sus celos, su *endura*... Mauri le respeta y le obedece, y si Belibasta le ha ordenado que se largue, se larga... Pero no puede dejar de pensar en Raimona. Cada vez caen más copos, la nevada arrecia. Cuando quiere darse cuenta, todo alrededor es blanco, no sabe dónde está, la nieve se acumula en las agujas de los pinos, en las rocas, en los arbustos, en el suelo... Los ojos de dos colores de Mauri se ciegan, no ve ya por dónde pisa. De hecho, no hay dónde pisar. Calcula que está en algún punto entre Morella, Beseit y Benifassà, no sabe dónde. La nevada es ya tan densa que no puede ver a tres palmos de su rostro. Teme hundirse en algún quebrado, caer por un barranco y se agacha junto a una roca, se encoge sobre sí mismo, abrazándose las rodillas mientras la nieve le eriza la capucha y los hombros de cristales de hielo...



Pere del Bon Ull hace honor a su nombre:

—¡Mirad, mirad allí!

Ha dejado de nevar. Un grupo de hombres camina sobre el manto blanco. Uno de ellos, Pere del Bon Ull, es el maestro de obras de la basílica arciprestal de Morella, cantero veterano. Pere del Bon Ull camina al frente de una cuadrilla de canteros, media docena de hombres de diversas edades, maduros unos, jóvenes fámulos — aprendices— los otros. El maestro Pere del Bon Ull ve un pequeño bulto pardo entre la blancura, a bastante distancia de la senda desdibujada por la nieve que pugnan por

seguir. Uno de los hombres, bajo las indicaciones de Bon Ull, cruza la nieve para comprobar de qué se trata.

—¡Es un hombre! —grita, y la nieve amplifica su grito.

Los canteros recogen al pastor Pere Mauri, medio cubierto por la nieve, casi congelado. Le masajean con sus manos callosas y endurecidas por el roce con la piedra, las cuñas y los mazos, le abrazan para transmitirle el calor de sus cuerpos. El pastor Pere Mauri es fuerte, se repone.

—Podrías haber muerto, si no llegamos a verte. ¿Qué hacías aquí?

—Salí de Morella, me sorprendió la nieve y me perdí —acierta a decir el pastor.

Pere del Bon Ull y Pere Mauri se han conocido hace unos meses en las calles de Morella y han fraguado una incipiente amistad: cada uno desde su oficio, ven la vida de modo parecido, son entusiastas de la belleza y la bondad y no son fanáticos de nada.

—Vamos de vuelta hacia Morella. Te llevamos con nosotros, no puedes ir así a ningún lado.

Entumecido, Mauri apenas puede caminar. Prestos, los canteros improvisan con cuatro ramas y una pelliza una parihuela, y se llevan a Mauri camino de Morella. Mientras avanzan, Pere del Bon Ull habla con el pastor:

—Venimos de Benifassà, del monasterio, de estudiar una obra que allí necesitan. Ya veremos... La nevada nos sorprendió a punto de salir, y esperamos a que escampase. Y ya volvemos a Morella. Queda mucho trabajo en la basílica: gárgolas, canecillos, piezas escultóricas para las portaladas... ¡Un trabajo bonito, muy bonito...!



Pere del Bon Ull hospeda a Pere Mauri en su taller-vivienda, junto a la basílica de Morella. El maestro de canteros enciende un fuego vivo, le ofrece ropa seca, se mudan los dos, y el cantero prepara una sopa caliente para el pastor. Pere Mauri se deja cuidar: ¡siempre es él quien cuida de los demás, esta vez es al revés! No está acostumbrado, pero sabe agradecerlo. Mauri ofrece su amistad incondicional a Pere del Bon Ull. Al pastor le place la alegría con que el maestro cantero habla de su trabajo en la basílica: ¡la reconoce, es la misma con que él habla del suyo!

—¿Sabes algo de iglesias y catedrales, Pere?

—Sé de cabañas de pastor.

—¡Una forma de templo, también, ja, ja!

—¿No blasfemáis, maestro?

—Ja, ja... No bromees conmigo, Mauri. Un día oí a tu amigo Belibasta deciros

algo a ti y a la señora Raimona en la iglesia... ¿Te alarmas? No, amigo... Nada temas de mí. Dijo: «Huid de Babilonia. Encontraréis mucho más en los bosques que en los libros, pues los árboles y las piedras enseñan más que cualquier maestro.» ¡Y estoy de acuerdo! Así que seguro que tú sabes tanto o más que yo...

—¿Yo?

—Tú lo sabes todo de animales y nubes, yo de piedras. Somos parecidos. Tú entiendes a los pájaros, yo hago piar a las piedras. Tu cayado es como mi columna.

—¿Qué columna?

—Lo primero que hago al levantar un templo es hincar en el suelo un cayado, la «columna». Vincula cielo y tierra. Las sombras que proyecta indican las relaciones entre los cuerpos celestes y la obra. Todo es reflejo de todo. ¿Entras a menudo en la basílica, Pere?

—De vez en cuando, ya sabéis...

—¿Y qué sientes? No me refiero al sermón del cura, sino a las piedras que levitan sobre tu cabeza. ¿Las sientes? Una catedral son piedras que vuelan, hacerlas volar como palomas es mi trabajo.

—Nunca lo había pensado...

—Lo carnal, lo material se hace espiritual. Así haces tú volar tu espíritu en la montaña.

—O el día en que muera...

—Como Esclarmonda de Perella... Sin palabras, eso enseña nuestra obra: a elevarse. A veces esculpo palomas... Piedra hecha espíritu... No una iglesia que sea púlpito, ¡quiero que sea bosque! Aprendo cada día de las nervaduras de una hoja, de las ramas del árbol, de la coliflor, de la estalactita de la cueva y la concha del caracol... Un día haremos en esta basílica una escalera de piedra que ascenderá en espiral y asombrará al mundo...



A la mañana siguiente, a primera hora, Mauri acompaña a Bon Ull a las obras de la basílica. El pastor advierte que muchas piedras para la obra se acarrearán desde la roca en que se asienta el castillo, o de sillares desprendidos del milenario castro.

—¡Bien dijo el rey conquistador Jaume I que este castillo vale tanto como un condado con todas sus pertenencias, ja, ja, ja! —exclama el cantero.

—¿Cuándo acabaréis el templo, maestro?

—El rey Jaume II subió a consagrarlo hace ahora dos años, ¡pero una obra así jamás concluye! Pasarán siglos, y seguirán obrando aquí... Como la perfección del alma, como su pulido... La obra de un *maçon* es infinita...

—Me permitiréis, maestro, que os ayude en la obra con algunos dineros...

—¡Ja, ja, en tu honor, Pere Mauri! Mira, esta gárgola es lo último que hemos cincelado y colocado...

—¡Qué criatura más deforme!

—Un demonio con cara de mono. Indica el lugar bajo el que las meretrices del burdel de Morella oyen misa, en este último tramo del templo.



El burdel de Morella. Honrado por campesinos, masoveros, jornaleros de paso, comerciantes o artesanos en feria, burgueses y cortesanos en festividades... Cerca del primer torreón de la muralla que desciende del castillo a la alameda —el torreón del Bordell, o del Públic, luego del Panto— está la casa pública o mancebía. Ahí moran «*fembres errades e coronades en lo públic*», al extremo de la calle que, partiendo de la vieja mezquita, llega hasta el muro, la calle del Públic.

La autoridad municipal regula la actividad del burdel, de modo que las prostitutas ejercen sin escándalo callejero y a resguardo de abusos. El lupanar rinde un censo anual para la capellanía de Santa María. ¡Lo carnal y lo celestial, así hermanos!

Días después, de nuevo reconciliados, salen Belibasta y Mauri por la puerta del Bordell, ven a una prostituta sentada en una silla ante la mancebía, mostrando el blanco arranque de sus pechos, y habla Belibasta:

—Menos grave es fornicar esporádicamente con amantes o concubinas o meretrices que regularmente con una esposa y reproducir la carne de este mundo.

Pere Mauri finge no haber oído este comentario. Estima a su Perfecto, pero en este aspecto ha decidido no escucharle más, porque se contradice, porque un día dice una cosa y otro día su contraria, porque no concuerdan sus palabras y sus actos. Mauri estima a su Perfecto, y Belibasta necesita la sosegada templanza del jovial pastor. Vuelven a ser amigos.

XLV

La sangre de Jesucristo (La Balma, invierno de 1320-1321)

Adónde vamos, monseñor?

Raimona pregunta a Belibasta, montada en el mulo que bien les sirve, que vive en los bajos de la casa, en su pequeña cuadra con pesebre. Salen de Morella por la puerta del Forcall.

—¿Recuerdas que te hablé de María Magdalena?

—Sí.

—Te dije que he obrado en ti como Jesucristo obró en María Magdalena. El Hijo de Dios engendró un hijo en su vientre, y así yo, hijo de Dios en este reino de Morella, he engendrado en tu vientre.

—¿Qué hubiesen dicho de esto los Perfectos Autier?

—Lo hubiesen desaprobado, pues cada nuevo nacimiento implica otra alma aprisionada en este mundo satánico, y así será mientras no las liberemos a todas mediante el conocimiento del *Bé* y el *consolament*. Pero ahora, en esta diáspora terrible, divididos, separados y débiles, veo que los buenos cristianos solo tenemos un modo de garantizar la futura salvación de las almas: ¡fortalecer nuestra comunidad, hacerla crecer, ensancharla! Eso garantizará la salvación de más y más almas, hasta salvarlas todas al final de los tiempos.

—Tú conoces los designios de Dios, mi señor.

—Jesús dejó encinta a María Magdalena antes de colgar su carne en la cruz y ascender al Padre. Cuando Jesús se fue, unos pocos buenos cristianos, tan buenos creyentes como nosotros, custodiaron a María Magdalena. Para salvarse y para salvar al hijo de Jesús que iba a nacer, se embarcaron en Betania.

—Me dijiste que llegaron a las costas de Marsella.

—Y así fue. Desembarcaron en Lei Santei Marias de la Mar. Junto a sus hermanos Lázaro y Marta, María Magdalena vivió durante treinta años en una gruta, la Santa Balma. Y allí nació el hijo de Jesús. Mientras la Iglesia de Roma se fundaba y se hinchaba hasta infectar la tierra con sus errores, la estirpe de Jesús se refugiaba en Occitània, Gothland, la tierra de Dios. La sangre real de Jesucristo floreció en nuestras tierras.

—¿Cómo sabéis que fue así, mi señor?

—Los hermanos Autier lo leyeron en unos libros santos, salvados de la tragedia de Montsegur. En uno de ellos, uno de los doce apóstoles le dice a Pedro, que está enfadado por la deferencia de Jesús a María de Magdala: «El Salvador la conoce perfectamente y por eso la ama más que a nosotros.»

—¿Era su novia?

—La novia amada, a la que a veces llamaba «paloma» y besaba en la boca. La paloma, el espíritu divino de Jesús, reconoce como paloma a María Magdalena, y la besa. La paloma besa a la paloma, boca con boca.

—Es bonito —suspira Raimona.

—Así se lo contaron los hermanos Autier a mi maestro D'Alayrac, que me lo contó a mí. Esos libros santos estuvieron en Tolosa, los custodiaron los últimos *bons homes* en el *pog* de Montsegur, que los salvaron descolgándolos con unos escaladores la última noche antes de su rendición, y quedaron ocultos en un pueblo del Rasés, Rènnas del Castèl, antigua Redhae, donde edificó un castillo la familia del que fue tercer Gran Maestre del Temple... Y allí están.

—¿Los caballeros templarios están en el secreto?

—Solo algunos de ellos, los instruidos en el *Bé*. ¡Por eso la orden del Temple ha consagrado tantas de sus capillas a María Magdalena en sus dominios, ermitas, santuarios, pueblos y castillos!

—¿Y qué fue de la estirpe de Jesús?

—Su sangre se fundió en la sangre real de los monarcas merovingios que ha corrido por las venas de los Trencavel y otros condes de Tolosa y de Foix, y de gentes de nuestra tierra. ¡Como la de mi familia!

—¿Tu familia, los Belibasta?

—Mi padre nunca me lo contó, pero... hoy estoy convencido, dadas sus obras y creencias de buen cristiano, que él sabía que descendemos de la sangre del Hijo de Dios. Mi padre murió por mi causa, por mis errores, por mi huida. ¡Cuánto me hubiese gustado poder hablar con él de todo esto...!

Raimona medita sobre estas palabras, mientras llegan al cruce de ríos de Forcall, dejan a su espalda la villa de sus amigos Salvador Nadal y Dolça Cubells para encaminarse, siguiendo el cauce descendente del río Bergantes, hacia Villores, Ortells, Palanques, Sorita... La caballería arranca chasquidos de las piedras del camino, con un efecto hipnótico. Bajo esa hipnosis, Raimona dice:

—Si tú eres de la sangre de Jesucristo y el nuevo Hijo de Dios, ¡ahora llevo en mi vientre esa sangre real...!

—Por eso visitaremos ahora un lugar que propiciará el feliz nacimiento de esa criatura que será portadora de la noticia del *Bé*, y que la expandirá en este reino. Él propiciará que un día los reyes de Aragón sometan el altar demoníaco de Roma para convertirlo en altar del Amor.

—¿Qué lugar es ese al que vamos?

—¡A la Balma de María Magdalena! Una balma tan santa como la Santa Balma de Marsella.

Belibasta y Raimona avanzan por el camino real que se interna desde Els Ports de

Morella hacia Aragón. Flanquean sus riberas un áspero dédalo de barrancos y muelas, socavadas de oquedades y cavidades parietales que nueve mil años atrás abrigaron a hombres prehistóricos cuyas manos dejaron pintadas en ellas estilizadas figuras humanas.

Marca la ruta el anchuroso lecho del río, ahora con poca agua, un guijarral de blancos cantos rodados y caracoles fósiles. El aire está inmóvil y brilla el sol de la tarde en el cielo, en las rocas y en los guijarros. Y, frente a los solitarios caminantes, cruzado ya el río por una precaria palanca (antes de cruzarlo, como siempre que se cruza un puente, Belibasta reza una oración por la salvación de sus almas), en las cercanías de la villa de Sorita, aparece la balma: una gruta alargada y suspendida en las alturas de una mole rocosa piramidal que obliga al río Bergantes a trazar un elegante meandro.

—¡Ahí está la balma! —anuncia Belibasta, súbitamente eufórico—. ¡La Balma de María Magdalena, santa paloma!

Incrustada en la roca, una capilla de tapial y adobe parece levitar entre el río y el cielo. Protege y oculta la cueva suspendida en el cantil desde la noche de los tiempos. Los rayos del sol arrancan destellos áureos de la roca y de la capilla, engarzada como una joya en la pared de oro. Suspendida en esa verticalidad rocosa, la liviana fábrica parece inaccesible. Pero un pasillo horadado de abrigo en abrigo, en suave pendiente, conecta el airoso enclave con la base de la montaña.

—Honremos ahora a la Magdalena en su cueva, pues será ella tu protectora en el embarazo y el parto, Raimona.

Raimona y Belibasta dejan al mulo atado en la falda de la mola, que los lugareños llaman Tossa. Medio agachados, recorren el pasadizo labrado en la pared de roca por algunos anacoretas que desde hace siglos se aíslan en estas soledades. Anacoretas paganos unos, o místicos islámicos otros, hasta hace pocos decenios, y ahora ya cristianos. La cueva de la Balma tiene una ermitaña, que saluda a Raimona y Belibasta a la entrada del pasadizo.

—Hola, Caspolina —saluda Belibasta con simpatía.

Enjuta, menuda y de edad indefinida, Caspolina luce cabellera canosa, recogida en una larga cola. Sentada en un pretil labrado en la roca viva, levanta sus ojos de color violeta de los manojos de hierbas y flores silvestres que recoge en los agrestes parajes de los alrededores. La ermitaña separa flores, hojas, ramas y raíces y las extiende en el suelo de piedra para dejarlas secar. Con estas hierbas, la ermitaña Caspolina prepara mezclas para infusiones y caldos que tienen fama de curativos en muchos pueblos de la comarca. Casi tanto como lo tiene la talla de María Magdalena que reina en el altar de la cueva.

—Esta mujer embarazada parirá un hijo que consolará y salvará el alma de los

buenos cristianos —le confía Belibasta. La ermitaña no dice nada, solo sonrío y les señala con una mano el pasadizo que conduce a la Balma de la Magdalena.

Medio agachados, Belibasta y Raimona avanzan por el pasadizo excavado en la roca viva. Entran en la penumbra de la cueva, vislumbran la talla de la Señora. En un rincón de la cueva, Raimona ve pequeñas figuras, unas de cera, otras de madera o de tela.

—¿Qué es eso, monseñor?

—Las gentes invocan la protección de la Señora o le agradecen con esos exvotos sus favores en la sanación de sus males. Nosotros no necesitamos hacer eso. Basta con la protección de la cueva, impregnada del espíritu de la Magdalena. Este vientre de roca es grato al Espíritu, facilita el rezo por el *Bé*.

Belibasta se ha descalzado mientras habla, e invita a Raimona a imitarle. Con los pies descalzos en el frío suelo de roca viva y las palmas en el techo de conglomerado pétreo, Belibasta entorna los párpados, respira hondo y musita una oración herética. Raimona hace lo mismo y cierra los ojos, dejando que el susurro del rezo la envuelva. Belibasta ruega al espíritu de la Magdalena y al del Padre Celestial que velen por la criatura que ha de nacer del vientre de Raimona.

XLVI

La bella historia

Raimon de Bonamour

Belibasta concluye sus rezos susurrados con la oración hereje al Déu dels Bons Esperits, que Raimona escucha con intermitencias:

—*Pare Sant, Just Déu dels Bons Esperits [...] Ensenyans a conèixer allò que tu coneixes [...] Per això prego al Pare Sant dels Bons Esperits, que té el poder de salvar les ànimes i, gràcies als Bons Esperits, el de germinar i florir [...]. Actuarà així mentre hi haurà bones ànimes en aquest món [...] Aleshores Déu va devallar del cel amb dotze apòstols i s'infantà en santa Maria...*

Belibasta besa a Raimona y coloca la palma de la mano sobre su vientre, que apenas ha comenzado a abultarse. Mientras vuelven por el pasadizo, Belibasta explica a Raimona que Caspolina, la ermitaña, sabe hablar con los pájaros y las nubes, y que sabe propiciar tormentas y ahuyentar rayos y truenos y granizadas. «Como Raimon de Bonamour», suspira el Perfecto, nombre que Raimona no ha oído antes. Belibasta le confía también que la ermitaña sabe expulsar espíritus malignos del cuerpo y exorcizar y pacificar a endemoniados, siempre al abrigo de la Santa Balma.

Se despiden de Caspolina, que abraza a Raimona y le regala unos manojos de espliego, marrubio y cola de caballo, con indicaciones de cómo emplearlas en beneficio de su bienestar y de su estado, en tisanas y friegas.

Raimona y Belibasta regresan de la Balma hacia Forcall, para hacer noche en casa de sus amigos forcallanos. De vuelta, Raimona pregunta a Belibasta:

—¿Quién es ese Raimon de Bonamour que antes citaste?

—Bonamour fue un Perfecto que trajo a estas tierras la enseñanza de la Magdalena, o bien la vivificó, pues es posible que la trajeran los godos antes de la llegada de los agarenos. O los primeros templarios mientras hacían retroceder el islam en estas comarcas. Pero el bueno de Bonamour, nacido en nuestro País de Foix, conocía bien la Santa Balma de Marsella...

—¿Y llegó hasta aquí con esa enseñanza?

—No somos los primeros buenos cristianos arribados a Morella... Raimon de Bonamour era un *bon home* de los tiempos de nuestros abuelos, un superviviente de los días de la pira de Montsegur... De los días en que los predicadores dominicos itinerantes se ensañaban con los *bons homes*. El Perfecto Bonamour cruzó los Pirineos, atravesó tierras catalanas, llegó hasta aquí...

—¿Y qué le pasó?

—Eran días agitados, turbulentos, de soldados y fugitivos, colonos y emigrantes, almogávares y guerrillas, y juristas que reglaban costumbres y nuevas normas. Entre ellos, Bonamour impartió su conocimiento del *Bé*, santificó la Balma, expandió aquí

la historia de la Magdalena, no se guardó de predicar. Y los cuervos cayeron sobre él.

—¿Quiénes?

—En 1260, aún en época del buen rey Jaume, un consejo del Santo Oficio instalado en Morella decidió procesarle. El rey Jaume veía con buenos ojos a los creyentes, como su padre, el rey Pere... Pero, para evitar habladurías, tuvo que castigar a algunos buenos creyentes, como Bernat Calça de Morella o Guillem Serra de Forcall, que ya pagaba censos al monasterio de Veruela...

—¿El monasterio de Veruela?

—Está en el límite de Aragón con Castilla y Navarra, y de allí trajo el Rey algunos monjes, para la repoblación. Y allí huyó luego Raimon de Bonamour desde Morella.

—¿Huyó?

—El Santo Oficio le condenó a la hoguera en Morella. Pero las llamas se apartaron. ¡Bonamour no ardió! Impresionados, aquellos inquisidores le dejaron partir. El Perfecto Bonamour caminó durante jornadas y jornadas, hasta la extenuación. Así llegó al monasterio de Veruela, exhausto, al borde de la muerte.

—¿Se salvó?

—Los monjes vieron llegar a un hombre con el calzado destrozado y los pies llagados, harapiento, barbado, lacerado, agonizante. Se desplomó a sus pies. No sabían nada de él ni de dónde salía. Lo instalaron en una celda y lo cuidaron. Bonamour se recuperó y, sin hablar con nadie, empezó a trabajar en los huertos y las tierras del monasterio, para ganarse su sustento agradecido por la hospitalidad de los monjes.

—¿Se quedó con los monjes?

—Los monjes de Veruela estaban muy intrigados con aquel hombre silencioso, de mirada brillante, dulce, sosegado. Una mañana, al alba, le sorprendieron desnudo en el campo: alzaba los brazos al sol en actitud orante. Y también le vieron limpiarse el cuerpo con tierra.

—¿Limpiarse?

—¡Siempre estaba limpio! Pese a no bañarse nunca con agua, Bonamour siempre olía a heno fresco. Y los monjes vieron más cosas que los maravillaron.

—¿Qué?

—Mientras labraba el campo, Bonamour hablaba al oído de mulas y caballos, y aquellas bestias hacían exactamente lo que había que hacer para dejar todo el terreno bien arado. Bonamour hablaba con los animales, que le entendían. Y también con un niño del vecino pueblo de Trasmoz, que solía acompañarle y ayudarle. Y algo más maravilloso: un día, los monjes vieron que los pies de Bonamour no estaban en contacto con el suelo. ¡Le vieron suspendido en el aire, a dos palmos de la tierra!

—Un elegido del Padre Celestial.

—Algunos monjes del monasterio de Veruela empezaron a inquietarse, no sabían qué hacer con Bonamour. Entonces llegó una delegación inquisitorial, que acusó a Bonamour de herejía y ordenó a los monjes que se lo entregasen.

—¿Y qué hicieron los monjes?

—Debatieron en cónclave. Algunos querían obedecer y entregar a Bonamour, otros se inclinaban por desobedecer y protegerlo. Se impuso el miedo... Y Raimon de Bonamour fue entregado, y de nuevo inculpaado.

—¿Le condenaron?

—Sí, por herética pravedad. Puesto que los corruptos y crueles inquisidores sabían que Bonamour no había ardido en la hoguera de Morella, evitaron quemarlo: lo colgaron en la horca.

Raimona escucha este triste final en silencio, ya a la vista de la villa de Forcall. Y Belibasta concluye la historia del Perfecto Raimon de Bonamour:

—La vida de Bonamour fue fértil. Su alma libre debe de estar ahora junto al Padre Celestial, y su obra nos inspira. Aquel niño que hablaba con él estuvo al pie del cadalso y fue testigo de la muerte de Bonamour en la horca. Tenía diez años y se llamaba Salvador. Años después, el joven deshizo el camino de Bonamour y se instaló en tierras de Morella.

—¿Aún vive este Salvador?

—Sí, ¡y tú le conoces!

—¿Quién es?

—El padrino Salvador, de Forcall.

—¡Él!

—Sí, él me explicó la historia de Bonamour, de cómo alimentó el culto a la Magdalena en la Balma, de cómo terminó su santa vida.

Belibasta y Raimona cruzan el río Caldes y entran en Forcall para pasar la noche en casa de Salvador y Dolça, junto a la iglesia.

XLVII

Almas, moros y judíos (Calandra, diciembre de 1320)

Pere Mauri entra en el taller de zapatero de Arnau Batlle-Sicre y le compra un par de zapatos.

—¡Pero estos son demasiado buenos, Pere!

—No importa, ¡los compro!

—¿Y qué has hecho con los que me compraste hace poco, y con otro par que me compraste antes?

—Se lo regalo todo a monseñor de Morella.

—¿Para qué, Pere? Belibasta no necesita más que zapatos livianos y ordinarios: ¡tú sí necesitas zapatos fuertes como estos, para atravesar bosques y pastos!

—Amigo Arnau, si hicieses una torre, ¿dónde construirías el muro más sólido y espeso: en su base o arriba?

—En su base.

—Pues por eso le doy los zapatos buenos a Belibasta: él prepara la base, que es lo espiritual, el alma. El cuerpo será destruido: le basta con lo más vil. Hace ya cinco años que regalo a Belibasta camisas, túnicas, calzas, abrigos y todas las vestimentas que precisa, y siempre todo mejor que lo mío. Lo he hecho también con otros Perfectos.

—Si eso te complace...

—Algunos de ellos están ya ante el Padre Santo, ¡rogando por mí! ¿Cómo no voy a estar bien tranquilo?

—¿No es mejor confesar los pecados con un cura y así salvarse?

—Confesarse con los curas no sirve de nada. Tienen putas y, sobre todo, quieren comernos, igual que el lobo quiere estrangular a los corderos. Más vale ser recibido antes de la muerte en la secta de Belibasta: él te absuelve de tus pecados y, una vez muerto, en tres días asciende tu alma hasta el Padre Celestial. Y el alma vuela tan rápido que, si volara de aquí a Valencia mientras llueve, ¡no le tocaría ni una gota!

Pere Mauri, como Belibasta y los buenos cristianos, desdeñan el tráfico de indulgencias explotado por la Iglesia católica..., pero, a su modo, las practican también: el pastor Mauri considera que se garantiza el cielo al mimar a un Perfecto. La fe de Mauri es más estilizada, depurada y limpia que la del propio Perfecto: ¡Belibasta cree en augurios, adivinos, hechiceros, conjuros, magos y brujas! Mauri se burla, y así se lo cuenta a Arnau:

—Ya le digo a monseñor que eso son pamplinas de viejas chochas, pero insiste

ahora en algo, Arnau: quiere que tú vayas a Calanda a consultar varias cosas sobre asuntos de nuestra Iglesia a un mago morisco que vive allí...



Arnau, cuyo objetivo primordial es agradar a Belibasta y ganarse su confianza, se desplaza hasta Calanda, a doce leguas de Sant Mateu. Allí, un niño le acompaña hasta la casa del adivino morisco. Arnau, que es hombre de cultura y que se ha formado leyendo a los clásicos grecolatinos (¡lee a Ovidio en latín!), no desperdicia la ocasión para burlarse un poco del adivino:

—Puesto que tienes el don de la adivinación, sabrás sin duda qué he venido a preguntarte...

—¿Soy Dios, acaso? —se defiende el adivino.

—¿Cuánto me cobrarás?

—Dos sueldos.

El adivino extrae de una estantería un libro escrito en caracteres árabes y lo posa en el suelo de tierra apisonada, abierto. Hace sentar a Arnau a un lado del libro, y se sienta él al otro. El adivino entrega a Arnau un cordelito, con un palito de la longitud de un dedo en cada extremo. Arnau lo toma en una mano por una punta. Mientras el adivino lee el libro en árabe, el péndulo oscila... El adivino va colocando sobre el libro trozos de tela pertenecientes a la persona sobre la que se consulta. Los ha traído Arnau. El adivino morisco ordena al visitante que haga descender el palito... y la madera da saltos al tocar el libro. Y observándolos, el mago formula sus predicciones, a preguntas de Arnau:

—¿Por qué enferma el ganado de Guillemeta?

—Un individuo envidioso de su prosperidad como ganadera le ha echado un maleficio. ¡Que resista!: el año próximo su ganado estará sano y hará buenos negocios.

—¿Le conviene a Joan Mauri, hijo de Guillemeta, casarse ya?

—Haría bien en tomar esposa.

—¿Se casará Arnau, su hermano?

—No se casará este año.

—¿Mejorará la salud de Raimona?

—Su salud seguirá siendo frágil.

—¿Detendrán al hermano de Guillemeta, pues eso teme?

—No corre peligro si permanece junto a sus rebaños.

Los buenos creyentes, que abjuran del catolicismo, consideran los manuscritos del islam como depósitos de fórmulas adivinatorias en lo que se refiere a la fertilidad

del ganado y los campos. Los magos y adivinos moriscos tienen prestigio. En lo que respecta a este extremo, el de la fertilidad de campos y bestias, la religión no sirve demasiado: sirven los magos, la Virgen de Montelhó y, por extensión, otras Vírgenes.



De vuelta de Calanda, Arnau Batlle-Sicre se detiene en Morella y acude a casa de Belibasta. Le relata las predicciones del adivino morisco. Y le pregunta si los libros de los judíos serían igual de útiles para los mismos fines.

—El Talmud de los judíos es una obra diabólica —le aclara Belibasta—. Ese libro dice que es Dios quien creó este mundo miserable en el que todo muere y se corrompe. Es una gran mentira, y la Iglesia de Roma la ha seguido. ¡Contra Roma, Amor! Ese Dios de los judíos y de Roma es Satán.

Esta creencia no impide a Belibasta y a su familia de creyentes tener trato cotidiano y pacífico con algunos de los judíos que residen en Morella, como Mosé Alafoyardar, que en esos días comienza a descollar como primoroso platero y orfebre morellano.

XLVIII

El trato envenenado (Navidad de 1320)

Guillemeta, tengo algo muy importante que contarle a monseñor, pero no encuentro el momento. ¿Me permites que te lo explique, y me aconsejas? Además, hay una parte que te interesa a ti...

—Por supuesto, Arnau. ¿De qué se trata?

—Sabes que viajé al Pallars hace un año y pico para visitar a una tía mía. Es hermana de mi santa madre, y es muy, muy rica. Muy rica y muy mayor, también. Se llama Alazaïs, y la vi ya muy viejecita. Ella sostiene a mi hermana Ramona, y mi hermana la cuida, pues la vieja tiene ya muchos arrechuchos... Las dos son muy buenas cristianas, Guillemeta. Viven en el Pallars para alejarse de ese demonio de Fournier...

—¡A ver si alguien mata de una vez a ese Satanás!

—Así sea. Guillemeta, mi tía está al final de sus días y solo tiene un deseo: conocer a Guillem Belibasta y que monseñor le haga el *consolament*. Desea que sea monseñor quien salve su alma, no se atreve a pedírselo a nadie de por allí... Yo le hablé del señor de Morella, de su rectitud y santidad.

—Bien hecho, querido.

—Pero su deseo de ser consolada por monseñor la tortura, porque se siente muy débil y es incapaz de montar a caballo, ni siquiera puede ya caminar.

—Qué lástima.

—Lo es, ¡y no sabes cuánto, Guillemeta! Porque mi tía es riquísima y me dijo que estaba dispuesta a entregar toda su riqueza a Belibasta, para su sustento y el de nuestra comunidad de buenos cristianos.

—¿Y cómo no habías dicho nada de esto, Arnau?

—He querido hacerlo varias veces, pero... Ah, además está la parte que te interesa, Guillemeta: mi hermana Ramona quiere casarse. Así me lo dijo: se da cuenta de que nuestra tía no durará mucho tiempo, y no quiere quedarse sola allí. Teme que cierto pariente cercano de mi tía consiga engatusarla y quedarse con todo, ¿y qué haría mi hermana entonces?

—¿Y por qué dices que tiene que ver conmigo?

—¡Tu hijo Arnau, Guillemeta! ¿No quería casarse?

—Desde luego. Lo quiere y nos convendría, para traer criaturas a nuestra comunidad. Pero no le convencen las mozas con las que ha tratado en Sant Mateu: la que no es un desastre, no es buena cristiana. Y Belibasta tiene razón: debemos emparejarnos con buenos cristianos, para ayudarnos y para garantizar la salvación del alma de la pareja, llegado el momento.

—A Arnau le encantaría Ramona, Guillemeta. ¡Estoy seguro! Es buena cristiana, como dices, y mi tía la ha educado muy bien. Si mi madre pudiera verla, estaría orgullosa de ella. ¡No encontrará Arnau a una esposa mejor que mi hermana Ramona!

—Todo lo que dices es muy interesante, Arnau, es verdad. Y sí convendría contárselo a nuestro señor...

—Gracias, Guillemeta. ¿Me ayudarás a explicárselo, por favor? Hemos de hacerle ver que vale la pena ir a casa de mi tía. Si yo le acompaño, podría consolar a mi tía Alazaïs, volverse con una fortuna, ¡y con una esposa para Arnau!

—Arnau querrá verla antes...

—¡Pues que venga con nosotros! Iríamos los tres.

—Viajar al Pallars... Ya oíste lo que dijo el pastor Guillem Maurs el otro día, pensando en el obispo Fournier, cuando subió este verano sus rebaños: «Cada vez que paso los puertos se me erizan los cabellos.»

—Lo sé, y con razón. Y también recuerdo lo que dijo monseñor: que Satán se ha encarnado en Fournier. «¡Tiene a Satán en el corazón y siete espíritus malignos!», dijo.

—Es un viaje peligroso...

—Guillemeta, ¡no veo otra solución! ¿No crees que lo merece?

—Desde luego, es una buena jugada. Pero... nada teme más el señor de Morella que alejarse de estas tierras. Sabe que Fournier le busca, le quiere quemar...

—Si vamos con cuidado, evitando a los malos cristianos, no hay razón para temer nada. Además, protegido por Arnau y por mí, ¿qué peligro puede haber?



Al día siguiente, llega a la casa de Guillemeta el pastor Pere Mauri. Guillemeta quiere conocer su opinión sobre el plan de Arnau Batlle-Sicre, y se lo cuenta. Después, la dama manda llamar a Arnau Batlle-Sicre, que se presenta en la casa a toda prisa. Pere Mauri propone a Arnau Batlle-Sicre subir juntos a Morella para rendir visita a Belibasta y exponerle su propuesta. Arnau ve el cielo abierto: si Guillemeta le apoya, si Pere Mauri le apoya, ¡la partida está medio ganada! Y, para redondear el plan, decide que ha llegado el momento de poner sobre la mesa los agneles de oro que le ha adelantado el obispo de Pàmies para facilitar el éxito de su cacería:

—Partamos mañana al alba, Pere. ¡A Morella! Y te propongo algo: nos quedaremos allí a pasar la Natividad del Señor con Belibasta. ¡Pienso pagarle todos los gastos de estas fiestas! Mi tía me dio dinero, y yo también he trabajado mucho. ¿Qué mejor destino para el dinero de mi tía que regalarnos unas buenas fiestas con

monseñor de Morella? ¡Tengo diez libras en agneles de oro, Pere! ¿Te parece bien?

—Me agrada mucho lo que dices, amigo Arnau, ¡mucho! ¡Así se hace! Excelente idea. Ahora, a descansar, y mañana..., ¡a Morella!



Belibasta está en su casa de la Plaça dels Tarrascons junto a Raimona y su hermana, Blanca, además de Guillemina, cuando llegan Arnau Batlle-Sicre y el pastor Pere Mauri. Los recién llegados saludan con el *mellorer* a su Perfecto, juntan sus mejillas. Luego se sientan a la mesa de la cocina, y Pere Mauri y Arnau Batlle le exponen lo muy ventajoso que sería viajar al Pallars. Belibasta pregunta:

—¿Seguro que tu tía no puede viajar, Batlle?

—Imposible, monseñor. La gota está matándola. Y mi hermana no puede dejarla sola, ¡si no, hace tiempo que me la hubiese traído! Tiene muchas ganas de casarse, ya os digo...

—Eso estaría muy bien, muy bien. Ya sabéis que necesitamos que crezca esta comunidad...

—Si vos pudierais ir a su vera... ¡mi tía os lo daría todo! Me dijo que tiene más confianza en una sola palabra vuestra que en cien mías. Y me dio dinero para que os procure lo necesario. ¡Podríamos ir a caballo!

—Señor, y Arnau le propone además otra cosa: ¡sufragar con el dinero de su tía unas buenas fiestas de la Natividad!

—Estoy muy complacido, Arnau. ¿De cuánto dinero dispones?

—Diez libras en agneles de oro, monseñor: ¡de sobra para pasar unas buenas fiestas y preparar todo lo necesario para el viaje!

—Bendito seas, y loado sea Dios. Pero debo meditar lo del viaje...

—Después de la Natividad, tendríamos un par de buenos meses para organizar todos los detalles del viaje, estudiar el itinerario... Es que mi tía, con buen tino, me dijo que viajemos en Cuaresma, cuando coméis lo mismo que los demás, porque si fuésemos en otra época y no comierais carne, podrías ser reconocido.

—Bien pensado...

—Y volveremos sanos y salvos..., ¡y ricos!

—Y con una esposa para Arnau... —medita Belibasta.

—Monseñor, aceptadme ahora este agnel de oro... No quiero que gastéis nada de vuestro bolsillo hasta que partamos...

—¿Haremos el viaje, monseñor? —pregunta entonces el pastor Pere Mauri, con un timbre alegre en la voz. ¡Pere Mauri está siempre dispuesto para toda aventura!—. Me gusta lo que cuenta el amigo Arnau Batlle y... ¡yo conozco los caminos más

convenientes y seguros! ¿Por qué dejar pasar esta ocasión? ¡Yo os guiaré!

—Pere Mauri, si tú vienes conmigo..., ¡de acuerdo! En Cuaresma nos vamos al Pallars.

XLIX

La predicción del zapato (Morella, principios de 1321)

Las campanas de la basílica arciprestal de Morella repican, convocan a los morellanos al oficio religioso. Belibasta las oye y comenta a Arnau Batlle-Sicre y a Pere Mauri, sarcástico:

—¡Ya tocan el cuerno para el rebaño, ja, ja!

Ha pasado la Navidad, Arnau Batlle y Belibasta han cerrado su trato, con el apoyo de Pere Mauri. El Perfecto ha aceptado encaminarse al Pallars. Lo hará y allí casará a la hermana de Arnau Batlle con el hijo del ama Guillemeta, Arnau Mauri, de la comunidad de Sant Mateu. Y también consolará a la tía Alazaïs, y heredará su fortuna.

—Vayamos ahora a la farsa de los curas —invita Belibasta. Raimona y Guillemina ya están preparadas, cubiertas cabeza y rostro con toquillas y velos.

—¿A misa? —pregunta Arnau.

Belibasta y su familia, así como los demás herejes morellanos, cumplen con los preceptos católicos, para que nadie pueda señalarlos con el dedo. Yendo a misa, Arnau hace una pregunta, con el secreto propósito de poder un día explicarle al inquisidor las ideas del Perfecto Belibasta:

—Monseñor, ¿es la hostia el cuerpo del Señor?

—¡Claro que no! ¡Pero habría que estar realmente muy desganado para rechazar semejante pastelito! Podría comerme una bandeja de esos pasteles, sin problema. Voy a misa para hacer creer a mis conciudadanos que soy tan católico como ellos. Además, ¡se puede rezar tan bien al Padre Celestial en la iglesia como en cualquier otro lugar!

—¿No hay algún lugar mejor que otro para rezar, monseñor?

—Solo hay un lugar mejor que ningún otro, Arnau: los bosques y las montañas, con sus cuevas y sus ríos, con el canto de los pájaros, bajo el cielo abierto, bajo los rayos del sol y de la luna.

Algo parecido le dijo un día Belibasta al pastor Pere Mauri, cuando este se hallaba a punto de partir hacia el norte en uno de sus pastoreos de rebaños: ese día, al despedirse, Pere Mauri le dijo al Perfecto que tenía pensado apacentar sus rebaños en el corazón de las tierras catalanas, al pie de la montaña de Montserrat. Y confesó curiosidad por subir a sus alturas y conocer a Nuestra Señora de Montserrat.

—¡Oh, Pere, eres bien bobo! Primero, con estos viajes tuyos acabarás por perderlo todo por nada. Y segundo, ¿esta montaña de Morella tiene tanta virtud como Montserrat?

Ya en misa, Belibasta no puede dejar de pensar en su próximo y peligroso viaje. Disimula su nerviosismo, pero cada vez que piensa que va a acercarse tanto al condado de Foix y del obispo e inquisidor de Pàmies, se intranquiliza. Un escalofrío le recorre el cuerpo bajo la capa. ¿Y si le prenden? ¿Y si le sucede algo y no puede regresar a su feudo de Morella, a su reino en este mundo? ¿Hasta qué punto corre peligro? ¿Será un viaje provechoso o desgraciado? No puede dejar de preguntárselo mientras el arcipreste alza la hostia en el altar, de espaldas a su grey. Necesita alguna certeza, en un sentido o en otro. Y se le ocurre dónde proveérsela.

Cuando Belibasta sale a la plaza de la basílica, se separa de sus creyentes y se acerca a casa de Galia, un vecino que consulta a los astros, que lee en las palmas de las manos y en las llamas de las velas y también en los espejos, que sabe de hechizos y sortilegios, que prepara talismanes y bebedizos, que lanza conjuros, escruta libros de extrañas caligrafías y predice el porvenir a cambio de algún óbolo. Poco sabe Belibasta de la vida de Galia, más allá de que ha vivido entre moros y de que se entiende en su lengua con algún judío del *call* de Morella. Belibasta ha decidido consultarle.

—Debo partir en un viaje que me llevará muy lejos de aquí. Es un trayecto largo y arriesgado, y quiero saber si todo irá bien, quiero saber si volveré sano y salvo. ¿Me irán bien las cosas, Galia?

—Hemos de ir a vuestra casa para saberlo, Pentiner.

Galia y Belibasta entran en el fresco zaguán de la casa de la Plaça dels Tarrascons. El adivino se dirige al hogar, caldeado por unos rescoldos cubiertos de ceniza, que encenderán luego el fuego para cocinar la cena.

—Pentiner, dejadme ahora uno de vuestros zapatos.

El adivino Galia toma el zapato del hereje y lo pone en el suelo, con el talón pegado al hogar.

—Con este zapato mediremos ahora los pasos que median entre este hogar y la puerta de vuestra casa. Paso a paso, con la punta del zapato apuntando a la puerta. Y cuando llegemos a la puerta, veremos.

—¿Qué veremos?

—Si todo el zapato, o su mayor parte, o al menos la mitad del zapato queda en el interior de vuestra casa, volveréis aquí después de vuestro viaje. Si todo el zapato o su mayor parte queda en la parte de fuera de la casa...

—¿Qué?

—Significará que si partís en ese viaje..., no regresaréis.

Galia comienza a medir con el zapato de Belibasta, paso a paso. Llega al umbral, en el último paso, y la mayor parte del zapato queda fuera de la casa. Y el hechicero habla:

—No es buena idea hacer ese viaje, Pentiner.

Belibasta palidece. Se marea. Se sienta en un banco de madera que Raimona y él utilizan para confeccionar alpargatas de esparto.

—¿Estáis bien, monseñor?

Se lo pregunta Raimona, de vuelta de misa con Guillemina, Arnau Batlle y Pere Mauri. Belibasta calla mientras se retuerce las manos. Batlle no entiende qué está pasando y observa la escena, intrigado. Galia los mira a todos y se dirige a Raimona.

—Prestadme uno de vuestros zapatos, señora.

—Hazlo, Raimona —le pide Belibasta.

Galia toma el zapato de Raimona. No es mucho menor que el de Belibasta. El adivino mide con el zapato el mismo espacio entre el hogar y la puerta. Más de la mitad del zapato de Raimona queda en el interior de la casa.

—Si ella os acompaña, ella sí volverá.

Belibasta despide al adivino, cabizbajo. Arnau Batlle-Sicre teme que estos augurios desmotiven al señor de Morella. Felizmente, el pastor Pere Mauri contradice al adivino:

—¡No os inquietéis por esos hechizos, que son bobadas y encantamientos, que no valen nada!

—Mi buen padre valoraba estas señales...

Y Batlle-Sicre, para disipar los miedos y dudas del señor de Morella, se suma a Pere Mauri con un argumento más sólido:

—Monseñor, aceptadme este agnel de oro y este tornés de plata, ¡para los preparativos del viaje y para proveer vuestra casa durante los escasos días de una ausencia que tantos beneficios os reportará!

L

La salida de Morella (abril de 1321)

Y la aňagaza de Arnau Batlle-Sicre funciona. ¡Dos años y medio le ha costado! Dos años y medio viviendo como hereje entre herejes occitanos en el exilio de Sant Mateu y Morella.

El Perfecto camina ahora junto a él: salen de Morella, ¡hacia al norte! Desde que huyó en 1309 del Muro de Carcassona, Belibasta no ha hecho otra cosa que alejarse de su país, repitiéndose que jamás volverá atrás. Y ahora, por primera vez desde su llegada a Morella en 1314, Belibasta deja su trono y su refugio para encaminarse hacia el Pallars, hacia el incierto norte. Al preparar su ligero equipaje, Guillem Belibasta extrae un objeto que tiene oculto en una oquedad de la pared de su casa morellana, en el establo de la mula: su puñal de hoja afilada y curva...

Pese a los temores, el ingenioso engaño de Arnau Sicre cuaja: el invento de que su hermana Ramona y su tía Alazaïs, buenas cristianas ambas, quieren adherirse a Belibasta, funciona. Una tía —Alazaïs— que venera al Perfecto Belibasta y que, en su lecho de muerte, desea ser consolada por él y solo por él. ¡Una tía con mucho dinero! Un dinero que podría legar al Perfecto Belibasta. ¡He ahí la codicia! Y una hermana —Ramona— que casar con el hijo menor de Guillemeta, para que Belibasta vea crecer su pequeña comunidad herética y ser Jesucristo de una Iglesia mayor. ¡He ahí la vanidad! Arnau Sicre sonríe para sus adentros. Puede que Belibasta sea un salvador de almas, pero Sicre conoce bien las pulsiones del alma humana. Y piensa en la casa de su madre, en su futura casa de Acs.



Parten de amanecida. Ascenden el puerto de Torre de'n Mir . Morella queda atrás, diluida en la calima de la alborada. Los cuatro caminantes se internan en los densos pinares de Herbers, por la senda que discurre hacia Penaroja y, cruzado el río Tastavins, hacia Beseit. Son el espía Arnau Sicre, el Perfecto Guillem Belibasta, el pastor Pere Mauri y su primo Arnau Mauri, hijo menor de Guillemeta. Antes de partir, en la puerta de la Nevera, Arnau Sicre formaliza un último punto del acuerdo.

—Si mi hermana se casa contigo, Arnau Mauri, no podrás pedir más de cuarenta sueldos de dote, además de ropas y una mula para transportarlas. Si mi tía la dota más, lo sobrante será para mí. ¿Lo juras?

—¡Así será! —accede Arnau Mauri, y jura sobre las palmas abiertas de las manos

de Belibasta, ya que los herejes tienen prohibido jurar sobre los Evangelios.

—Un juramento sobre las manos de monseñor vale más que uno sobre los Evangelios —sentencia el pastor Pere Mauri.

—¡Ya lo podéis afirmar! —confirma el Perfecto.

Broche magistral de Arnau Sicre en el guion de su artero plan: este regateo de última hora imprime verismo a su inventada historia. El engaño se consuma, todos han mordido el anzuelo como esos peces que come el Perfecto. Arnau Sicre desearía que ahora pudiese verle Jacques Fournier, el inquisidor y obispo de Pàmies, para que se alborozase y enorgulleciese de él.



Beseit a la vista. Se adelantan los Mauri, los dos primos, y saludan a Mersenda. Hay en la casa vecinos que no conocen, y desconfían. Saludan rápido y vuelven a salir. Por precaución, los fatigados viajeros se alojan en la posada de Pere Prior, en la plaza de Beseit. Cenán allí trucha del río Matarranya acompañada con una buena *alhada*, sabrosa picada muy apreciada por los herejes, hecha a base de caldo de pescado, con almendras y tres cabezas de ajos bien trituradas en un mortero, con aceite y sal.

Belibasta no bendice esa noche el pan de la cena, pues prefiere no arriesgarse a miradas indiscretas. Pero sí reparte a cada uno un pedazo de pan ya bendito que porta en su zurrón, y musita una oración. Tras la cena, amparado por la noche, Belibasta acude a casa de Mersenda, y conversan:

—Mersenda, ¿qué te parece este viaje? —pregunta Belibasta, tras quitarse capa y capuchón para dejarlos en el alto respaldo del banco de madera encarado al hogar.

Belibasta respeta mucho a Mersenda, que ha soportado con estoicismo los desmanes de su católica hija para evitar males mayores, y que estuvo conforme y colaboradora con los planes para asesinarla cuando él así lo decidió... ¡Belibasta sabe de la incondicional entrega de Mersenda a la causa de los buenos cristianos!

—Monseñor Belibasta, ¡no me gusta que os alejéis de Morella! No me gusta que viajéis con el tal Arnau Batlle al país del Pallars. ¿Cómo sabéis que allí él no os traicionará? ¿Cómo lo sabéis, por muy buena cristiana que fuera su madre?

—Bien haces en recordar a su muy santa madre... Él se ha comportado como buen creyente, me ha ayudado con lo suyo siempre que ha podido, nos ha invitado a cenas y comidas, ha donado óbolos de agneles de oro... ¿Por qué iría a traicionarme ahora?

—Ah, señor, señor, he visto a demasiados de nuestros Perfectos traicionados por falsos creyentes. El dinero, el dinero... Este Arnau Batlle puede estar fingiendo. ¿Ha

pasado alguna prueba que demuestre su fe y su fidelidad? Monseñor, si no lo veis claro con el corazón, no vayáis.

—Si Dios, mi padre, así lo exige, marcharé a su lado. Es la hora de partir...

Belibasta siente fatiga y un peso creciente en el pecho. Necesita descansar. Siente que no puede volver atrás ahora, que su suerte está echada, sea la que fuere, y se despide de Mersenda. Ella le pide a su Perfecto un *mellorament*, y se postra tres veces de rodillas ante él, le ruega la bendición, besa sus manos y pide:

—*Sénher, pregatz Deu per aquesta peccaire, que Deus m'aport a bona fi.*

—*Deus vos benedigat, eus fassa bona crestiana, eus port a bona fi* —responde Belibasta.

Belibasta se echa sobre los hombros la capa, se cubre con el capuchón y sale a la noche de Beseit, rabiosa de estrellas. La estrella del norte refulge como nunca. El norte. A Mersenda, que cierra la puerta de su casa, se le antoja que la despedida de Belibasta es definitiva.

Y a este, en algún rincón de su ánimo, también.

LI

La trampa de la borrachera (Ascó, abril de 1321)

La mañana llega cargada de nubarrones. Belibasta siente como si le aplastasen. Camina en silencio por los bosques de los puertos de Beseit. Arnau Batlle-Sicre también carga nubarrones en la mente: suma los ocho sueldos que ha pagado por la cena y la posada, más todos los que lleva gastados desde que regresó la pasada Navidad a Morella desde Occitània, bendecido y sufragado por el obispo de Pàmies, el inquisidor Jacques Fournier. En su fuero interno, Arnau Batlle-Sicre implora al destino que todo ese dinero anticipado por Fournier rinda pronto sus frutos y beneficios...

Pere Mauri también carga con su nubarrón. Esta madrugada, mientras recogían sus ropas y zurrónes, cuando Arnau Batlle-Sicre salía al exterior a orinar, Belibasta le ha comentado los temores expresados por tía Mersenda durante la madrugada.

—¿Y si Mersenda está en lo cierto? ¿Y si Arnau Batlle me traiciona, Pere?

—Señor, si Arnau Batlle hubiese querido traicionarnos ¡ya lo habría hecho! Lleva ya tiempo con nosotros, nos conoce a todos... y ocasiones ha tenido.

—Sí, pero quizá lo más prudente habría sido enviarte a ti y a tu primo por delante, para verificar si esa tía existe. Y, si existe, si está enferma y es rica...

—Entre que voy y vuelvo, puede morir la tía de Batlle sin consolar, y si el pájaro vuela sin vos... ¡Pero yo haré lo que vos dispongáis, monseñor!

El primo de Pere Mauri, Arnau Mauri, ha despertado indispuerto, con vómitos, cólicos y retortijones. Muy débil, no puede caminar, no puede seguir viaje. Se queda en Beseit. Belibasta decide seguir adelante con el pastor Pere Mauri y Arnau Batlle-Sicre. Prefiere creer que la tía moribunda de Batlle existe y está en las últimas, y que consolarla puede solucionarle la vida. ¡La codicia y la vanidad le ponen de nuevo en camino! Belibasta se lo argumenta a su fiel creyente Pere Mauri, a su manera.

—He prometido ir al Pallars ¡y cumpliré mi promesa! Y si Dios, mi Padre, me llama, con Él iré.

Belibasta se pone en manos de la Providencia y adopta un aire de mártir: él mismo se sorprende al oírse. Descubre una imprevista voluptuosidad ante esa posibilidad... Pero avanza, pues la posibilidad de obtener un beneficio pesa más en su ánimo que el peligro de debacle.

De nuevo en camino, Pere Mauri cree ver pacificado a Belibasta. Y él no duda de Arnau Batlle: le parece que nada hay que temer de él, pero le inquieta que su señor se preocupe. Al pastor le han engañado más de dos y más de tres veces en su vida: un

pastor del Pirineo nunca le devolvió un dinero dejado en depósito; su propia tía Guillemeta vendió unas ovejas suyas y nunca le dio su parte; el mismo Belibasta le enredó en la compra de otras ovejas... Pero Arnau Batlle, hasta ahora, nunca le ha engañado...

El pastor levanta el ánimo y marca el paso con brío, camino de Arnes. Siguen el curso del río Algars y discurren junto a un desnivel que genera una cascada y una poza de aguas esmeraldinas como las que cantan los trovadores en sus versos, que los naturales de la zona llaman el *toll* del Vidre. Y se detienen a beber.

Pere Mauri ha recorrido todas estas veredas, sendas y caminos durante los últimos quince años. Mientras observa a Arnau Batlle beber a dos manos el agua fresquísimas y pura de esta fuente del *toll* del Vidre, al pastor se le ocurre una idea.

—Monseñor —le susurra Pere Mauri a Belibasta—, ya sé cómo despejaremos las dudas que tía Mersenda ha sembrado en vuestro ánimo: esta noche pondré a prueba la sinceridad de Arnau Batlle... Pero callemos ahora...

Los tres hombres vuelven al camino. Pasan por el pueblo de Arnes y Pere Mauri compra un tarro de miel a un colmenero con el que se cruzan cerca de la ermita de la Magdalena. Cruzan el río Estrets por una palanca, con las rocas de Bene y Orta a la vista. Pere Mauri recuerda al marido de Guillemeta, Bernat Martí, fallecido en esos bosques hace ya siete años... Dejan atrás Orta, Prat de Comte, Bot, Gandesa, Corbera y Camposines, en cuya venta se detienen.

Un lugareño les cuenta que, hace muy pocos meses, el mismísimo rey Jaume II ha estado alojado en el altivo castillo de Corbera, que fue de la orden del Temple hasta hace dos años. Belibasta dice sentir simpatía por el linaje de este rey y la expresa en cierto tono profético y apocalíptico del que a veces gusta.

—Los pueblos se alzarán contra los pueblos, los reinos contra los reinos, y será la guerra de todos contra todos. ¡Y un rey de la raza de los reyes de Aragón dará de comer a su caballo sobre el altar de Roma! ¡La Iglesia romana será rebajada y la Iglesia del *Bé*, exaltada, y sus ministros, honrados en todas partes!

Belibasta odia al Reino de Francia y a los inquisidores de Roma: entre unos y otros han asolado la Iglesia de los buenos cristianos y esquilado la tierra de sus mayores. Por eso ve en las tierras de los príncipes catalano-aragoneses —que hace un siglo combatieron la cruzada antialbigense— un refugio casi mesiánico.

Dejan atrás la bella ermita templaria de Sant Bertomeu y esa misma noche llegan a Ascó, en la ribera del río Ebre. Queda aquí mucho morisco, en convivencia con cristianos bajo el señorío del castillo hospitalario, hasta hace poco templario. Su capilla custodia santas reliquias traídas de Tierra Santa por los propios monjes

guerreros: hay una piedra de la casa en que nació Jesucristo, otra piedra del Gólgota, un pedazo del bastón de Arón...

Los tres hombres encuentran posada en la villa de Ascó, y Pere Mauri pregunta si tienen vino. Sí: hay buen vino tinto de la tierra. El vino es parte del plan que Pere Mauri ha urdido esa mañana en la fuente del *toll* del Vidre... Se sientan en torno a una mesa de madera manchada de grasas y vino, herida por filos de cuchillos y navajas. Mauri sirve vino a sus compañeros de viaje y a sí mismo. Belibasta lo bebe en su propia taza. Siempre la lleva con él, en el zurrón o colgada del cinto: así evita beber en vasos en los que otros labios puedan haber impregnado grasa tras haber comido carne. ¡Ni ese vestigio de carne se permite un Perfecto cátaró!

—¡Buen vino, el de esta tierra! —pondera Pere Mauri—. Nos ayudará a descansar. Beberé un poco más. ¡Tú también, Arnau, que has caminado bien!

Pere Mauri llena otra taza para Arnau Batlle-Sicre. Ha decidido embriagarle. Y, cuando esté borracho, le interrogará, le sonsacará, escrutará en su alma, en sus profundas intenciones. Pere Mauri no cree en los curas, pero sí en una locución latina que les ha oído decir alguna vez: «*In vino veritas.*» Le han dicho que significa que el vino hace hablar a las personas con verdades, y más de una vez lo ha constatado.



La jarra de vino está ya mediada, y Pere Mauri se levanta para pedirle otra al posadero. Le pide que sea de un vino distinto. Pere Mauri está convencido de que la mezcla de diferentes vinos incrementa su poder embriagador. Quiere emborrachar a Arnau Batlle y soltarle la lengua. Así que, de espaldas a Arnau, mezcla el vino de las dos jarras en una. Pero Arnau Batlle-Sicre lo ve y entiende al instante los propósitos de Pere Mauri y del hereje Belibasta...

Arnau Batlle-Sicre bebe su vino. Pero solo media taza. La otra media, disimulada y silenciosamente, la vierte a sus pies, en el suelo pavimentado de amplias e irregulares losas. El vino se escurre entre las piedras. Arnau Batlle-Sicre alza luego la copa y ensalza el vino de Ascó, se la lleva a los labios y finge apurarla. Tiende luego la copa para que Pere Mauri vuelva a llenársela. Y repite la operación varias veces. Al cabo de un rato, Arnau Batlle-Sicre alza la voz para pedir más vino, pero deja caer el vaso y canta una canción típica de Tarascon. Batlle completa su teatro al levantarse del banco, tambalearse, abrazar a Pere Mauri y dejarse caer al suelo como un saco de patatas, junto a la mesa.

Pere Mauri lo alza del suelo. Arnau Batlle-Sicre se deja acompañar a la cama. Trastabilla y balbucea. Al llegar junto al lecho, hunde las manos entre sus calzas y extrae la verga. Intenta orinar junto a la cabecera de la cama. Pere Mauri se lo impide,

le arrastra fuera de la estancia, se lo lleva a la calle.

—¡Aquí ya puedes mear a gusto, Arnau! Y el aire fresco te sentará bien.

—E... res un bueeeen aaa... migo, Pere —chapurrea el espía, deleitándose en su interpretación de un borracho parlanchín.

—Escúchame bien ahora, Arnau, tengo algo muy importante que proponerte —le dice Pere Mauri, y baja la voz y se acerca a la oreja de Arnau Sicre, para hablarle en tono confidencial y con aire misterioso.

—¿Qué?

—Arnau, ¿quieres que llevemos al hereje a Sabartés? Este hereje palurdo no hace más que decir maldades, barbaridades y blasfemias. Basta ya. Entreguémoslo a las autoridades, que deje de envenenarnos. ¡Nos darán cincuenta o cien libras tornesas, Arnau! Con eso podremos vivir muy honorablemente. ¿Qué te parece?

—¡¡Oh, Pere!! ¡Oh, Peee...re, tú quieeee... eres tra-tra-traicio...nar a monseñor-monseñor! —responde Arnau, imitando con maestría la desarticulada voz de un hombre ebrio.

—Pero te interesa, ¿no?

—¡¡¡No permitiré que lo hagas, traidor!!! No te creía capaz de cosa igual, ¡no lo permitiré! —masculla Arnau Batlle-Sicre, y se aparta de Pere Mauri. Entra en la posada golpeándose con los quicios de las puertas y refunfuñando como un orate. Se arroja sobre la cama y repite «no per-mi...tiré, no per-mi...tiré», hasta que finge quedarse profundamente dormido.

Pere Mauri sigue a Arnau Batlle-Sicre a la cama. Al verle dormido, le quita los zapatos. Le desviste. Le cubre con la manta. Como una madre. Pere Mauri está ahora íntimamente persuadido de que Arnau Batlle, hijo de Sibil·la Batlle de Acs, la mártir quemada en la hoguera, la santa mujer, es digno de su madre y de la Iglesia de los mejores, un hombre sincero y leal a la herejía y al señor Belibasta.

Tras taponarle con la manta, Pere Mauri cree que Arnau Batlle-Sicre está profundamente dormido, y por eso habla sin prevenciones a Belibasta, sentado en la cama vecina, expectante.

—Monseñor, podemos hablar con libertad: Arnau Batlle está borracho perdido y dormido. Ahora ya puedo deciros que es un hombre cabal, podéis viajar muy tranquilo: no nos traicionará.

Arnau Batlle-Sicre, al lado, está bien despierto y escucha con atención. Y con el rostro pegado a la almohada de plumas, sonrío, complacido por su convincente interpretación de creyente fiel y leal al señor Belibasta. Y, ahora ya de verdad, se duerme como un bendito.



A la mañana siguiente, cuando Pere Mauri le pregunta qué recuerda de la conversación de la noche anterior, el astuto Arnau Batlle-Sicre le dice que no recuerda nada, únicamente que bebieron muy buen vino de Ascó, para luego acostarse plácidamente.

—¿Y quién te desvistió, te quitó los zapatos y te acostó, amigo Arnau? —le pregunta Pere Mauri.

—No lo recuerdo. Supongo que yo mismo.

—¡Lo hice yo, pardiez, que tú no estabas en condiciones de hacerlo!

Después de compartir una sopa de ajo y cebolla, los tres hombres reemprenden camino, rumbo a la muy morisca villa de Flix, al paso de barca del río Ebre.

LII

Camino de Tirvia (Flix-Pallars, 1321)

Guillem Belibasta, Pere Mauri y Arnau Batlle-Sicre se detienen en Flix para comer, en la ribera del río Ebre, en casa de Pons Ortolà, un buen amigo del pastor. ¿Hay algún lugar entre Tarascon y Morella, entre Lleida y Valencia, en el que el pastor Pere Mauri no tenga un buen amigo? Pere Mauri siembra compadres allá por donde pasa. Sentados a la mesa, con el río a la vista y mientras comparten la comida, Mauri ruega íntimamente que no tengan la mala fortuna de tropezarse en Flix con Joana, la hija de Mersenda, a la que sacó subrepticamente de Beseit y simuló haber tirado desde un puente. El Perfecto Belibasta, por su parte, reflexiona sobre las destrezas mundanas de Mauri.

—Pere Mauri, tienes muchos compadres, pero te advierto que pocas ventajas reportarán a la salvación de tu alma: estas fraternidades de nada sirven, más que para sumar amistades terrenales y humanas.

Mauri escucha a su señor espiritual. No comparte su punto de vista, su filosofía vital es otra. Piadoso, Mauri opta por no recordarle a Belibasta que fueron sus habilidades mundanas las que le liberaron en Carcassona de una muerte segura. Alguna vez Mauri ya ha contrastado con Belibasta su visión jovial de la vida en este mundo, pero ahora siente la necesidad de expresarla con más claridad.

—Con todos mis respetos, monseñor: sabéis que comparto la fe de los buenos cristianos, pues con buenos cristianos paso la mayor parte de mi tiempo. Pero nunca niego mi palabra, mi comida, mi dinero y mi amistad a ninguna persona con quien me cruce, sin preguntarle por su fe. Me gusta repartir el fruto de mi trabajo con mis semejantes, sin importarme cuáles sean sus creencias.

Belibasta calla. Están a mitad de camino de su destino, y las largas marchas y el ensimismamiento de la soledad a campo abierto les invitan a hablar claro. El pastor Pere Mauri es leal a Belibasta, pero ahora dice lo que piensa. Y el Perfecto ha sido durante diez años un Jesucristo para su comunidad de creyentes, pero ahora empieza a sentirse un hombre que camina hacia la cruz.

—Que sea lo que el Padre Celestial quiera —repite Belibasta cada día, aunque suena más a exorcismo y autocompasión que a entrega y desprendimiento.

Siguen camino hacia Sarroca, cruzando por un puente de una altura estremecedora sobre el barranco del Diablo, que las gentes del lugar creen que fue el constructor del puente. Pasan la noche allí. Al día siguiente llegan a Lleida, y se acogen en casa de Esperte, la viuda de Bernat Servel de Tarascon, herejes fugitivos del Arieja desde hace once años. La viuda Esperte vive con su hija Mathena en una casa junto a la cabecera del puente sobre el río Segre. Allí se reúne con los herejes

Arnau Mauri, el hijo del ama Guillemeta, ya recuperado de su indisposición en Beseit. Los cuatro comen juntos, atendidos por Esperte y Mathena. Están en plena Cuaresma de 1321 y Belibasta ayuna, como corresponde a un Perfecto en estas fechas. Pere y Arnau Mauri comen verduras y pescado, pues hay que observar la Cuaresma para que nadie sospeche, aunque Arnau Batlle-Sicre, por su parte, se come tres huevos: es un modo de insistir ante sus compañeros herejes en su desprecio por los preceptos católicos...



A los dos días dejan Lleida y atraviesan el llano d'Urgell. Por el camino, Belibasta aprovecha para desplegar una de sus actividades predilectas: la de casamentero. Es una de sus obsesiones: acrecentar y cohesionar su comunidad con matrimonios entre creyentes, que les fortalezcan como grupo y les protejan de infidelidades, indiscreciones y delaciones.

—Batlle, ¿qué te ha parecido Mathena? Es trabajadora y, sobre todo, es de la *entendesa*, conocedora del *Bé*. Más te convendría casarte con ella que con cualquier otra mujer más rica si no fuera de la fe. ¡No hay que plantar zarzas en la puerta de casa, sino una buena higuera!

—¿Y si fuera muy, muy rica...? ¡¡Muy rica!! En tal caso...

—No, no, Arnau: cuando agonices, en el momento de salvar tu alma mediante el *consolament*, esa mujer ignorante impediría que te asistiese un Perfecto, y así quedaría condenada tu alma. ¿Quieres eso?

Pere Mauri escucha esta charla y calla. Calla porque recuerda su truncada boda con Raimona, el año anterior, que tanto trastorno ocasionó a causa de Belibasta. Pero prefiere ahora no remover el asunto. ¿Para qué? Mejor olvidarlo. A la vista del airoso pilar de Almenara, una torre que vigila la comarca, Pere Mauri y Arnau Batlle se adelantan un poco en el camino, y Mauri le hace un comentario a Batlle.

—Arnau, no te dejes influir por lo que te diga monseñor sobre lo de tomar mujer. Hazme caso: si quieres casarte, ¡cásate con quien verdaderamente te plazca!

Arnau Batlle-Sicre sonrío. Se siente cada vez más contento: nada parecen sospechar Belibasta ni Mauri de sus intenciones, y siguen cubriendo leguas hacia el norte. Entran ahora en la amurallada Agramunt, protegida por un histórico castillo de tres centurias. Como en todas las villas en las que se detienen, el grupo de Belibasta

se acoge a la hospitalidad de alguna familia hereje. En todas estas localidades viven herejes huidos de Occitània, algunos tras la campaña inquisitorial de Geoffroy d'Ablis en 1308, y la mayoría a causa de las agresivas persecuciones, delaciones, detenciones e interrogatorios dirigidos por el sucesor de D'Ablis desde 1318, el inquisidor Jacques Fournier.

¡Los pueblos catalanes son nidos de herejes exiliados! Una diáspora clandestina, muy discreta: son herejes que se refugian en los pueblos catalanes fingiendo ser fervorosos católicos canónicos. En estas comunidades secretas es siempre bien recibida la presencia de un Perfecto, y la red de contactos de Pere Mauri facilita los encuentros.



Agramunt ha sido capital del condado de Urgell hasta hace poco, y alberga un próspero barrio judío —por algo el río que la transita se llama Sió— y un floreciente gremio de tejedores con decenios de tradición, un gremio que financió la figura de la Virgen de la Natividad con el Niño en la iglesia de Santa María, un gremio ahora plagado de herejes. De Agramunt, como de otros pueblos leridanos, han salido también repobladores hacia las tierras valencianas.

Pernoctan en esa localidad, y al día siguiente se dirigen hacia la villa de Ponts. La mañana está nublada, un cielo de plomo parece a punto de caer sobre la tierra. Una urraca que vuela bajo traza un arco frente a los caminantes, se cruza en su camino. Una vez. Dos veces. Tres veces. El Perfecto la ve. La urraca grazna. A la tercera pasada se posa en un árbol, y Belibasta se sobresalta de modo desmedido.

—¡Espíritu Santo, ayúdanos! —clama.

Y el Perfecto se sienta en una piedra al borde del camino, con el desaliento pintado en el rostro. Pere Mauri se alarma.

—¿Qué os sucede, monseñor? ¿Por qué estáis tan ansioso y alterado?

—¿Acaso no lo has visto, Pere? La negra urraca ha cruzado por tres veces ante nosotros, y tres veces ha graznado. ¡Es un espantoso augurio!

—No veo por qué.

—¡Las aves hablan, los pájaros manifiestan la sabiduría del Espíritu! ¡Los pájaros viven en el cielo, y conocen lo designios del cielo! Nuestros antepasados conocían el lenguaje de los animales, y por eso eran más sabios que nosotros. Y esa urraca está advirtiéndonos de una grandísima desgracia, de que alguien sufrirá tormento. ¿Acaso no cantó el gallo tres veces en la madrugada en que Jesucristo fue traicionado por uno de sus apóstoles, mal defendido por los otros y entregado a sus torturadores?

—¡Señor Belibasta, calmaos! Es ridículo estar pendiente de pájaros, señales y

augurios. ¡Preocuparse por indicios y sortilegios es cosa de viejas chochas!

—No, Pere. Más de una vez escuché decir a mi señor padre, que era un hombre sabio, que era muy mala señal ver cruzar a un pájaro el camino por el que has de pasar.

—Levántese, monseñor.

Mauri alza de la piedra a su Perfecto como una madre haría con un niño que ha tropezado y llora y moquea. Fuera de su reino de Morella, lejos de su tabernáculo, de su monte Tábor, separado de su trono y de sus fieles, Belibasta parece más indefenso que nunca. Así se le antoja a Mauri, que siente una repentina ternura por su señor espiritual, al que ve más frágil y vulnerable que nunca. ¡Belibasta está recordando a su padre, fallecido quince años atrás en una jaula narbonense! Mauri le ve ahora como un niño desvalido.

—¡Ay, Arnau, Dios quiera que nos conduzcas a un buen destino! —ronza Belibasta.

—¡Así será, *sénher*, vamos, así lo haré! —responde Batlle-Sicre, que se siente cada vez un poco más cerca del horizonte de sus sueños.

LIII

La última cena (Tirvia, Cuaresma de 1321)

El herético grupo llega a Ponts a la hora del almuerzo. Después de descansar y comer, parten hacia la villa de Tragó. En un punto del camino les detiene un torrente, que baja caudaloso a causa de los deshielos de la primavera. Tienen que cruzarlo. Belibasta y Arnau-Batlle miran el agua con desconfianza. Arnau Mauri plantea la posibilidad de dar un rodeo en busca de un paso más cómodo o una palanca. El pastor Pere Mauri no se arredra y les enseña cómo vadearlo, pasando él los zurroneos de todos a la otra orilla. Y para evitar rodeos que les harían caminar más de la cuenta, Mauri decide finalmente pasarlos uno a uno al otro lado, cargándolos a sus espaldas. Primero a Belibasta, luego a su primo Arnau, y finalmente a Batlle-Sicre.

Siguen camino, y Belibasta alza la vista a un cielo que parece querer aplastarlos y se deja llevar por uno de sus sermones.

—Cuando toda la creación divina se haya finalmente recogido en su seno, la mar se henchirá hasta inundar la tierra entera, y el cielo caerá sobre el mar. Y ya no habrá ni sol, ni luna, ni estrellas, solo la oscuridad.

Y alza la voz.

—¡Vendrá después el fuego, que evaporará este mar, y volverá otro mar que apagará ese fuego, y volverá el fuego, y así será por toda la eternidad! Esto y no otra cosa es el infierno. A ese foso caerán las almas pérfidas y los demonios de Satán, y ahí permanecerán eternamente.

Para Belibasta, esto no son figuraciones: ¡es la estricta realidad! Para Belibasta, este mundo presente en el que vive es ya el anuncio y la prefiguración de ese infierno que sobrevendrá un día u otro.

—¿Y las almas salvadas, dónde estarán? —pregunta Batlle-Sicre.

—Reunidas al fin con el Padre Celestial. Y allí nada más desearán que lo que tengan, y olvidarán todo lo vivido en este mundo.



Llegan al pueblo de Tragó, asentado en una ladera en pendiente sobre una orilla del impetuoso río Noguera. Al día siguiente se presentan en Castellbó, en el Alt Urgell, en un pequeño valle cerca de Andorra, para pasar la noche. El pueblo de

Castellbó trae muchos recuerdos a Belibasta... Fue aquí, hace ya once años, donde intimó con Raimona por primera vez, fugitivos ambos de la Inquisición occitana, heridos ambos por las muertes de sus seres más próximos y queridos, desamparados ambos..., y con el sueño de reconstruir sus vidas y un mundo nuevo en algún lugar de la Corona de Aragón... Un sueño compartido hasta hoy.

Aquí vuelve a dormir ahora Belibasta, pero a solas, lejos de Raimona. Concilia el sueño pensando en la mujer a la que ha dejado a punto de alumbrar un hijo, un hijo suyo, una criatura que nacerá en su hogar de Morella, el hogar que ha merecido.

El vizcondado de Castellbó ha sido viejo refugio para los herejes occitanos: el vizconde Arnau de Castellbó casó a su hija Ermesenda con el conde de Foix, herético. Por eso los cadáveres de padre e hija serían exhumados del cementerio en 1268, declarados *credens hereticorum* por el inquisidor Pere de la Cadireta, y sus osamentas quemadas y aventadas sus cenizas.

—¡Bien hicieron luego las gentes de este pueblo al lapidar hasta la muerte a ese inquisidor malnacido! —comenta por la mañana Belibasta, mientras caminan hacia la villa de Tírvia y rememoran estas historias.



Al octavo día de viaje llegan a Tírvia, en el Pallars, donde deciden descansar. Belibasta no sabe lo peligrosa que es para él esta villa pallaresa: dominada por un castillo y fortificada, por su ubicación estratégica en el Pirineo ha sido adquirida por la casa condal de Foix. ¡Belibasta, pues, está en los dominios de su país, en la jurisdicción de los que le buscan y tienen autoridad para detenerle!

Ya en el interior de Tírvia, Arnau Batlle-Sicre se separa del grupo y se dirige a una calle, cerca de la plaza, donde se encuentra con un hombre con quien traba discreta conversación. Fortuitamente, Pere Mauri les ve cuchichear. El pastor pregunta a un vecino quién es ese hombre: se llama Pinyana, y es el baile de la villa de Tírvia, que obedece a los condes de Foix. Mauri se acerca sibilinamente a ellos, ocultándose tras los pilares de un porche, y alcanza a oír a Arnau decirle al baile algo que le intriga:

—Todo llegará a buen puerto.

Mauri se escabulle y le comenta a Belibasta este intrigante encuentro y que Tírvia es un lugar peligroso. Belibasta extrae su puñal del zurrón y se lo entrega a Pere:

—Si las autoridades me preguntan y cachean, no quiere que me encuentren este puñal. Guárdamelo tú, Pere.

—Con este hierro os defenderé si llega el caso, monseñor —promete, Pere, con aire solemne.

Cuando Arnau Batlle-Sicre reaparece, nada les dice de su charla con Pinyana. Se presenta con dos coles frescas para la cena. Anochece y se reúnen para cenar los cuatro hombres juntos en casa de un creyente fiel en Tírvia, uno de los contactos de Pere Mauri. Así, sin testigos incómodos, Belibasta bendice el pan al modo hereje, lo reparte entre los comensales y reza el Pater Noster. Mientras cenan, Belibasta habla:

—Ha caído la noche y estamos en la boca del lobo. Nuestros enemigos acechan. Hemos de movernos con suma cautela... y rezar al Padre Celestial. Arnau, dices que mañana estaremos en casa de tu tía Alazaïs y de tu hermana Ramona, ¿no?

—Sí, monseñor —asiente Arnau Batlle-Sicre.

—Y conoceré a Ramona, que será mi esposa —apostilla Arnau Mauri.

—Esta es nuestra última cena antes del encuentro, hermanos: rezad esta noche para que todo salga bien, y cumplamos mañana con nuestra misión en este viaje.

Y tras decir esto, Belibasta mira a Arnau Batlle-Sicre y le tiende un trozo de pan, diciendo:

—¡Que cada uno haga lo que tenga que hacer!

Arnau Batlle-Sicre toma el trozo de pan, sostiene la grave mirada de Belibasta y sonríe, sin darse por aludido ante la sombra de sospecha que tiñe la frase del Perfecto, que parece parafrasear a Jesucristo ante Judas. Y no puede evitar un respingo cuando Belibasta le pregunta:

—¿De qué hablabas esta tarde con el baile de esta villa?

Arnau Batlle-Sicre finge atragantarse con un trozo de pan bendito y bebe un trago de vino mientras busca una respuesta a esta inesperada y comprometida pregunta del Perfecto.

—Le he preguntado a un hombre dónde podría comprar unas coles, no sabía que era el baile de la villa...

—Ay, Arnau, Arnau... Mirad que en vuestra familia ya ha habido malos traidores a la Iglesia de Dios...

—Me entristecéis, monseñor. Cualquiera momento habría sido bueno para traicionaros, si eso hubiese querido. Pero bien sabéis que no tengo otro objetivo que engrandecer vuestra santa Iglesia, y así os lo demuestro desde hace casi tres años... ¡Es mi misión, quiero redimir los horrendos pecados de mi padre y honrar la memoria de mi santa madre!

Un silencio denso se hace en la mesa. Lo rompe el pastor Pere Mauri.

—¿Y cuál es mi misión, monseñor? ¿Qué debo hacer yo?

—Mi amado Pere Mauri: tú cuidarás de mi reino en la tierra. Si el Padre Celestial me llama a su lado, ayuda a Guillemeta y cuida de Raimona. A ti, Pere, te corresponde educar al hijo que Raimona traerá a este mundo. Que sea un buen cristiano: ¡enséñale el *Bé*!



Enséñale el *Bé*. Enséñale el *Bé*... Con estas palabras en la mente intenta dormir Pere Mauri esta noche en Tírvia, después de cenar. Se acuestan todos en la misma cocina, comparten lechos. Rezan, apagan la última candela y ya duermen. Menos Belibasta, que está arrodillado en la oscuridad susurrando rezos. Y el pastor Pere Mauri.

Enséñale el *Bé*... Enséñale el *Bé*... Siente que algo cambia en él, como si un peso nuevo entrase en su zurrón de pastor: la responsabilidad de criar a un niño que no sabe si es suyo o de Belibasta, ese Perfecto tan imperfecto. Pese a todas sus imperfecciones, Pere Mauri le guarda fidelidad y estima a Belibasta.

El pastor deja caer los párpados y siente que el sueño se lo lleva. El pastor no sabe que la cena de esta noche ha sido la última cena que ha compartido con Guillem Belibasta, el Perfecto de Morella. La última cena del último Perfecto.

LIV

La caída del Perfecto (Tírvia, Cuaresma de 1321)

El pelotón de soldados irrumpe antes del alba en la casa. Derriban la puerta de la cocina, entran en tropel, rodean a los herejes todavía dormidos. Al frente de los soldados está el baile Pinyana, que despierta a Guillem Belibasta de una patada. De un salto, Pere Mauri se incorpora, blande el puñal del Perfecto en la mano izquierda y el suyo en la derecha y se interpone entre su señor y los soldados. Arnau Batlle propina un empujón por la espalda a Mauri, que cae al suelo. Los soldados le quitan las armas y le inmovilizan. Con un ladrido, el baile ordena a los soldados que los detengan a todos, a Belibasta, a Arnau Mauri, a Pere Mauri y a Arnau Batlle-Sicre.

El amo de la casa, el supuesto hereje cómplice, ve partir al grupo desde la puerta de la calle. Pere Mauri sorprende a Arnau Batlle despidiéndose de este hombre con una sonrisa cruzada, y en ese momento lo entiende todo: su anfitrión en Tírvia, el supuesto buen creyente fiel y solícito que los ha albergado en su casa, no es sino un traidor. Y ahora ya no cabe duda de que Arnau Batlle, ese que creía su buen amigo Batlle, hijo de la Perfecta Sibil·la Batlle de Acs, no es otra cosa que un Sicre: el mayor de los traidores.

Por las calles de Tírvia, en las que empiezan a abrirse puertas y ventanas mañaneras, los soldados conducen a los detenidos a las dependencias del castillo. Allí, el baile los acusa de herejía, les comunica que son reos del conde de Foix, y que serán entregados a la Inquisición del obispo de Pàmies, Jacques Fournier. A todos menos a Arnau Batlle-Sicre, que en este momento se aparta del grupo de Belibasta, se coloca junto a la autoridad y habla:

—¡La suerte está echada, Belibasta, hereje! Que os juzguen por vuestros errores, vuestros pecados y vuestros crímenes. Habéis hecho mucho daño a mucha gente con vuestras patrañas, y habéis causado la desgracia de muchas personas. Ahora pagaréis por ello. Habéis matado y habéis huido de la justicia, y también pagaréis por ello.

—Judas, Judas, traidor. Has traicionado al Hijo de Dios —acierta a mascullar Belibasta.

—Dejad de blasfemar —dice Sicre, que acto seguido se vuelve hacia el pastor Pere Mauri—: Tú no, Pere. Tú no tendrás que pagar por nada. Tú puedes partir: ¡lárgate adonde quieras! Y también tu primo. Marchaos en paz, que ningún mal habéis hecho y nada hay contra vosotros. —Y, mirando al baile, añade—: ¡Esto es lo

acordado, Pinyana! Ellos han sido mis guías, me han sido muy útiles en mi misión.

—Sea, señor Arnau Sicre, es lo acordado. ¡Soldados, dejadles partir!

Pere Mauri tiene ganas de gritar. Tiene ganas de espetarle a Arnau Batlle-Sicre que es un traidor, un miserable, un vendido. Tiene ganas de preguntarle cuántas monedas le pagan por entregar a Belibasta, a un Perfecto, al señor de Morella. Pero, atónito por la paciencia y astucia con que Batlle-Sicre ha tendido su trampa en Sant Mateu y Morella, calla. Le repugna que tanta inteligencia se vuelque en ocasionarle la desgracia a otro ser humano. ¿Qué justifica hacer algo así? Mauri no puede perdonarlo, pero se contiene y calla: gritar e increpar al traidor le desahogaría, pero ¿qué sacaría con ello? Nada. Sensato, guarda silencio y deja hablar a Arnau Batlle-Sicre, que le mira fijamente:

—Vete, Pere, en el nombre del cielo: ¡nada me has hecho y nada debes temer de mí! ¡Vete! Devolvedle sus hierros.

Estas palabras del zorro de Batlle-Sicre se convierten para Pere Mauri en la pista de sus traicioneras intenciones. «Nada debes temer de mí...» ¿Nada? ¿Cómo no temer a quien ha invertido tanto tiempo y malas artes en una traición? ¿Puede haber alguien más temible? «Nada me has hecho...» ¿Y qué le había hecho Guillem Belibasta a Arnau Batlle-Sicre? Mauri entiende: para Batlle-Sicre, Belibasta ha sido una pieza de caza, una bolsa de dinero. Mauri entiende: Sicre cobrará su jugosa recompensa por la captura de Belibasta, y luego intentará obtener otra por atraparlo también a él.

Por eso no los entrega ahora a los tres a la vez. Mauri entiende que Batlle-Sicre pactará luego un precio por él. Y luego por Arnau Mauri, y por su hermano Joan, y por su madre Guillemeta y su hermano Pere, y por Ortolà, y por Esperte, y por Mathena, y por Ramon Isaura, y por Guillem Maurs, y por la tía Mersenda, y por tantos otros herejes cuyos paraderos conoce el muy villano en la Corona de Aragón. ¡Y por Raimona! ¡Raimona, la concubina del Perfecto! Raimona, que está a punto de alumbrar un hijo que Pere Mauri cree suyo... El pastor se muerde los labios y entiende que lo mejor que puede hacer es salir de allí rápidamente..., y poner a salvo la comunidad de Belibasta y a su amada Raimona. Y al fruto de su vientre.

—Gracias, Arnau Sicre. Gracias. Has hecho honor a tu padre...

Mauri decide llamarle así a partir de ahora: Arnau Sicre. Porque Arnau acaba de demostrarle que es una astilla envenenada del mismo palo que su padre, el notario católico y perro inquisitorial que levantó acta de las sangrientas detenciones de herejes en Montelhó, en 1308.

Belibasta permanece rígido como una estatua, perplejo ante la rapidez de los hechos. Está detenido, un supuesto creyente le ha traicionado y entregado, y su más leal discípulo queda en libertad y ahora le abandona sin más. Entonces, ¿también él,

el leal pastor Pere Mauri, le ha traicionado? ¿También él ha participado del engaño?
¿Por qué no esgrime el puñal y le libera?

—Pere, Pere... —balbucea.

Pere Mauri mira con sus ojos de dos colores a Guillem Belibasta. Con esa mirada quiere expresarle que ya nada puede hacer por él y que le desea el mejor fin, pero no puede pronunciar palabra. Teme que cualquier cosa que diga le comprometa, provoque al baile y le haga detener. Y nada podría hacer entonces por Raimona y por su descendencia. A Mauri se le humedece la mirada ante el desamparo de Belibasta, y está a punto de arrodillarse ante él, pero se contiene. Pere Mauri no hace ni dice nada. Solo da un paso atrás.

El pastor se da la vuelta y sale de la sala, seguido por Arnau Mauri.

LV

El final de Belibasta (Vila-roja del Termenès, 1321)

Eres un Judas, Arnau, un Judas! Eres un fariseo, un hijo del Diablo, una víbora. Tú no eres hijo de Sibil·la Batlle, tú has nacido de una serpiente. ¡Judas, Judas, has traicionado al Hijo de Dios!

Belibasta increpa a Arnau Sicre. Están encerrados juntos en la misma mazmorra, en Tírvia, y aherrajados con el mismo grillete. Son las normas: para prevenir delaciones a la ligera, captor y capturado deben compartir prisión mientras el reo no sea entregado a las autoridades que tienen que juzgarlo. El Perfecto Belibasta debe compartir sus últimas horas de cautiverio con su delator, Arnau Sicre. A este no le importan los insultos: gracias al hereje, se convertirá en un hombre rico.

—¡Oh, Judas! Cuando te presentaste ante mí la primera vez, en el taller de Jaume Vital, en Sant Mateu, ¡ya no me gustaste! Y cuando viniste a casa del ama Guillemeta, a nuestra primera reunión de buenos creyentes, acudiste diciendo que habías visto a los buenos barbas Autier, y enseguida supe que mentías: de haber sido verdad, ¡habrías sabido saludarme a mí y a los demás como corresponde, con el *mellorer*! Y no lo hiciste.

—¡Pues muy tonto habéis sido, señor mío! Y codicioso.

—Si tú fueses más listo, entrarías ahora en la fe, yo te haría el *consolament*, y entonces nos arrojaríamos juntos desde esta torre y nuestras almas ascenderían juntas al Padre Celestial.

—Olvidadlo, Belibasta.

El hereje decide entrar en *endura*, el ayuno ilimitado y postrero de los Perfectos. Le traen pan y agua a la celda, pero los rechaza. Se los dejan en el suelo. Belibasta ni los mira ni los toca. No piensa comer nada mientras esté encerrado. Sabe que le esperan interrogatorios, tormentos y juicios. No le queda otra arma que la *endura*.

—¿Por qué no coméis, Belibasta? —le pregunta Arnau.

—No como porque no me preocupa mi carne, porque nada tengo en ella: esta carne pertenece a los gusanos. Pertenece a quien la hizo, al pérfido Príncipe de este mundo. Esta carne no la quiere para nada el Padre Celestial.

—Muy bien, muy bien, pero comed. ¿Qué queréis a cambio?

—Nada quiero a cambio. Sé que ha llegado mi hora de reunirme con el Padre Celestial, y así será.



Pasan las horas y Belibasta no come. Si sigue así, Arnau Sicre teme que su pichón vuele al cielo antes de vendérselo al obispo de Pàmies. A toda costa, Belibasta debe vivir. Y vuelve a emplear su astucia, vuelve a mentir.

—Belibasta, escuchadme: el baile ya me ha pagado por vuestra entrega. Confía plenamente en mí, todas las autoridades de Foix confían en mí. ¡Yo os ayudaré a evadiros, si seguís mi plan! Dejaos conducir a Castellbó, y después a través del Pirineo, pues en ese trayecto habrá sobradas ocasiones para huir.

Belibasta acepta. Come el pan, bebe el agua. Y vive. Se acoge a una última brizna de esperanza: el cielo puede esperar. Se deja transportar a Castellbó, donde vuelven a encerrarle en una torre junto a su captor. Luego, por el puerto de Puymorens, en el Pirineo, la comitiva encara el valle del Alt Arieja. Arnau Sicre custodia al hereje. Arnau vela por la supervivencia de su inversión.

Las gentes de Acs les ven pasar. La comitiva desciende por el valle del Arieja y atraviesa el pueblo. ¡Es el pueblo en el que está la casa materna de Arnau Sicre! La casa confiscada a su madre hereje, la Perfecta Sibil·la Batlle. Arnau ve la casa, perdida por la locura de su madre, y respira hondo. ¡Ahora, al fin, esa propiedad será suya! La casa de la que fue expulsado de niño por su propia madre.

En todo momento hace creer a Belibasta que le facilitará la fuga, para evitar que se ponga en *endura* o se suicide. Es su última mentira. O la penúltima.



Belibasta es entregado al obispo de Pàmies, Jacques Fournier, y conducido al Muro de Carcassona a finales de agosto de 1321. En el traslado para un interrogatorio ante el obispo inquisidor, Guillem Belibasta intenta arrojarse al vacío desde la abertura de una torre. Le detienen a tiempo. Belibasta ya no luchará más. Acepta su destino. Es ya consciente de que ha fracasado en este mundo. Su reino se ha disuelto, y decide dejarse llevar.

El obispo Jacques Fournier ya tiene a su presa: tras años de persecución, tras destinar fondos del obispado a la captura del Perfecto Belibasta, tras pagar su buena

recompensa a Arnau Sicre —la casa de Acs y una buena cantidad de dinero—, ahora el inquisidor desea encender la hoguera en la que arda Belibasta. Pero... no lo conseguirá.

El Papa ordena que el Perfecto sea entregado a su señor temporal. Es decir, al arzobispo de Narbona, que es quien tiene autoridad en Les Corberes, la comarca natal de Belibasta y donde empezó su carrera de crímenes y herejías. Ahí, en las cercanías del castillo de Vila-roja del Termenès, quince años atrás, Belibasta mató al pastor Garnier, un pastor católico y empleado del arzobispo de Narbona. Y ahí debe ser juzgado.



Belibasta es juzgado. Y condenado. Le torturan para ayudarle a confesar todos sus errores y le dan ocasión de redimirse, de comprometer a sus seguidores, de delatarlos, arrepentirse y salvarse. Pero no lo hace. No abre la boca. Piensa en su maestro D'Alayrac, que murió en la hoguera once años atrás, cuando regresó por propia voluntad del exilio para consolar las almas de los suyos... En el último momento de su vida, el Perfecto más imperfecto de la historia de la herejía, Guillem Belibasta, se inviste a sí mismo de dignidad.

Piensa en Pere Mauri, el hombre más libre que ha conocido, ¡de cuya fidelidad ha dudado! Sonríe. Sea lo que sea la libertad, ahora decide que anida solo en el corazón de cada hombre. Y Belibasta libera el suyo. Calla y sonríe como tantas veces ha visto sonreír al bueno de su amigo Mauri. Solo dirá esto:

—Haced lo que creáis que debéis hacer. Os condenáis a vosotros mismos. Mi alma ya se eleva al Padre Celestial. Hagáis lo que hagáis, su reino de amor llegará.

Y una mañana de otoño del año 1321, Guillem Belibasta, señor de Morella, camina por el patio del castillo de Vila-roja del Termenès y sube a una pira hecha de troncos, sarmientos y paja. La paja está muy seca. La mano del verdugo prende el fuego, por orden del señor arzobispo de Narbona.

Algunos testigos presenciales relatarán luego en invernales noches junto al hogar que el último Perfecto profirió una postrera frase antes de asfixiarse con el humo de la hoguera: «Dentro de setecientos años, el laurel reverdecerá.»

LVI

La triste noticia

(Beseit, primavera de 1321)

Lo sabía, lo sabía! ¡Perro traidor! Advertí a monseñor de que desconfiara de ese Arnau Batlle-Sicre, de que era muy imprudente ese viaje...

La tía Mersenda se angustia y desespera. Tiene ante sí a Pere Mauri, que está agotado. ¡Ha caminado día y noche, a dos dietas^[3] por jornada! Mauri acaba de llegar a Beseit para dar a Mersenda la triste noticia: Belibasta ha caído preso. El señor de Morella está ahora en las garras de los inquisidores y de la justicia. Mersenda ya conoce la respuesta, pero hace la pregunta:

—¿Qué le harán a Belibasta, Pere?

—¡Le quemarán! Él sabía que estaba próxima la hora de reunirse con el Padre. Pero antes le torturarán para sonsacarle.

—No contará nada. Nos protegerá.

—Por mucho que él nos proteja, el diabólico Arnau Sicre lo sabe todo de nosotros. Sabe dónde vivimos. Y nos venderá al inquisidor Jacques Fournier.

—¡Demonios!

—Jacques Fournier busca *bons homes* bajo las piedras. Parece que le vaya la vida en ello. Ese hombre quiere ser Papa, y si para ello tiene que quemarnos a todos, nos quemará. Pendemos de un hilo.

—¿Y qué hacemos, qué podemos hacer?

—Huir, Mersenda. Vete de aquí. Mañana, pasado mañana, cualquier día, aparecerá Arnau Sicre y te hará prender. Además, te acusará del asesinato de tu hija. ¡Escóndete!

—¡Ay, qué desgracia! Me iré a Herbers, en Els Ports de Morella. Es una aldea muy escondida entre bosques, y tengo allí una amiga. ¿Y tú, Pere, qué harás?

—Dame una sopa, Mersenda, y parto de inmediato: ¡corro a Morella! Voy a poner a salvo a Raimona y a su hermana Blanca, que está allí con ella, y a Guillemina. Y tú, Arnau, descansa un rato y parte hacia Sant Mateu para avisar a tu madre y a los buenos cristianos de la comunidad.

Pere Mauri y Arnau se reconfortan con una sopa de la tía Mersenda. Nunca habían caminado tanto y tan rápido en su vida. Han cubierto dobles jornadas desde el Pallars. Han pasado por Agers, por su tramo de vía romana, han alarmado en Lleida a Esperte y Mathena, han cruzado el Ebre por Flix, y así han llegado hasta Beseit, extenuados. La misma distancia que cubrieron en ocho días a la ida, en esta vuelta desesperada la han devorado en poco más de cuatro acelerados días.

—¿Qué harás ahora, Pere? —pregunta Mersenda, en la puerta de su casa de Beseit, al despedirse del pastor Pere Mauri.

—Yo no dejaré mi vida de pastor, Mersenda. No sirvo para estar quieto ni escondido. Esta es mi vida, y si tienen que prenderme, que me prendan. Aquello que nos llega, sea bueno o malo, llega necesariamente. Las cosas no pueden ser otra cosa de lo que son. Pero nada temas de mí: aunque me aprieten las clavijas, daré siempre pistas falsas. ¡Que sea lo que Dios disponga! Lo que sucede, conviene.

LVII

Raimona alumbra (La Balma, mayo de 1321)

Pere Mauri llega a Morella con el crepúsculo, sudoroso y polvoriento. Corre a la Plaça dels Tarrascons. Le ve pasar Pere del Bon Ull, su amigo el *maçon* de la basílica. Raudó, Mauri se presenta en casa de Raimona y entra sin llamar. Encuentra en la cocina a Blanca, la hermana de Raimona, y a Guillemina.

—¿Y Raimona?

—Se sintió mal hace unos días. Por el embarazo. Está de ocho meses, y se asustó. Hizo llamar a los padrinos de Forcall, para que la acompañasen a la Balma. Vinieron ayer, y se han ido los tres esta mañana.

—¿A la Balma?

—Sí, sí, Raimona nos dijo que quería visitar la cueva de la Magdalena y hablar con la ermitaña. Intentamos quitárselo de la cabeza. ¡No le conviene moverse! Pero no ha habido manera... ¡La ermitaña! No sé por qué Raimona confía en esa mujer, dicen que es muy rara...

—La conozco, es una buena mujer. No sé si conoce el *Bé*, pero es como si lo conociera. Pero ahora escuchadme con mucha atención...

Pere Mauri explica a Blanca y Guillemina la caída de Belibasta. Guillemina llora y corre a su dormitorio a recoger todo lo que puede y prepara un ható con el que huir de Morella. Blanca no llora, se queda a solas con Mauri y le habla:

—Aprecio muy poco la conducta del señor Belibasta con vos, Pere. A mí me insultó cuando le sorprendí en la cama con Raimona, en Prades. Decía que jamás tocaba a una mujer desnuda, y... ¡ah, embustero! Pero contigo actuó aún peor: te casó con Raimona, te separó y organizó tal barullo en su casa que tuviste que largarte en mitad de un invierno durísimo y casi mueres de frío en la montaña.

—¿Qué quieres decirme, Blanca?

—Que me importa muy poco que haya caído Belibasta, muy poco. Era un mal hombre, un pecador que embrujó a mi hermana y te perjudicó a ti. ¿Por qué tanta preocupación por él? ¡Eres demasiado generoso, Pere!

—Escucha, Blanca. He compartido mucho con Belibasta desde la caída de Montelhó, fugas, pastoreos, aventuras, luchas, sueños... Hemos sido muy amigos, y yo le quería. Y cuando decido que alguien es mi amigo, ¡es mi amigo hasta el final, con todo lo que haga! El amigo no juzga. Ahora mi amigo arderá en una hoguera. Y ahora yo quedo a cargo de Raimona y del hijo que va a nacer.

—¿Y de quién crees que es ese hijo, eh, Pere? ¿Tuyo? ¿Tuyo... o de Belibasta?

Pere Mauri se levanta y sonríe. Mira a Blanca Martí casi con piedad.

—Es hijo de Raimona. Un hijo no lo es de los pecados de sus padres. Es hijo de la

vida. Y esa criatura merece vivirla, ser libre y amar. Y yo le ayudaré.



El pastor Pere Mauri aconseja a Guillemina y a Blanca que recojan sus cosas, que cierren la casa y que se dirijan a Vall-de-roures, donde vive un amigo, en la plaza de la Villa, cerca del puente sobre el río Matarranya.

—Se llama Oc de Serret. Decidle que venís de mi parte y ocultaos allí hasta que yo o alguien pueda traeros a Raimona. Ya veré con ella el modo de vender esta casa de Morella lo antes posible.

Mauri no pierde más tiempo con la rencorosa Blanca. Llena su zurrón de frutos secos y sale de Morella. Aprovecha la calidez de la noche y la luna llena para caminar hacia la Balma y darle a Raimona la noticia de que de nuevo le ha llegado la hora de cambiar de vida.



Amanece, y Raimona está con Caspolina en la cueva de la Balma. Reciben por un óculo los primeros rayos de sol. Una imagen de la Magdalena, de tez negra, las contempla. Caspolina posa sus manos en el vientre de Raimona mientras reza una oración. Entonces irrumpe Pere Mauri, que se detiene en la puerta del santuario y guarda un respetuoso silencio.

—¡Pere!

A Raimona le basta ver la mirada de dos colores de Pere Mauri para saber que no trae una buena noticia.

—Nuestro señor Belibasta ya no volverá.

Raimona escucha a Mauri y palidece, su respiración se agita, solloza, se inclina y chilla, y entre las piernas mana un agua que moja el suelo a sus pies. Saber que no volverá a ver a Belibasta en este mundo le nubla la vista y le contrae las entrañas. En su vientre, la semilla del Perfecto ha dado fruto, y ahora reclama su lugar en el mundo.

—¡Raimona!

El pastor la toma por los hombros, la abraza, y mira a Caspolina, asustado. La ermitaña acerca un banco de madera de la cueva, y entre ella y el pastor sientan a Raimona en el filo del banco. Caspolina toma un manto morellano del rústico altar de la Magdalena y lo tiende a los pies de Raimona. Separa luego las telas de la túnica

sobre los muslos de Raimona, formula una oración y una bienvenida:

—Y ya te ha llegado la hora de nacer.

Mauri, desde detrás del banco, sujeta a Raimona por los hombros, acaricia sus mejillas sudorosas, su cuello. Ella jadea y gime del dolor de un parto que pone a una criatura en el mundo.

Es un niño. Sobre el labio superior de la criatura, Mauri ve la misma marca vinosa que lucía Belibasta en el mismo lugar. Y entiende de quién es hijo el pequeño. Mauri extrae de su faja el puñal curvo y afilado de Belibasta y se acerca al recién nacido... y corta el cordón umbilical. Caspolina toma al bebé y lo arroja con el manto del altar. Se lo muestra a la imagen de la Magdalena, y lo deposita enseguida en el pecho de Raimona. El niño ha emitido un breve llanto que ahora es un gorjeo. Raimona lo mira y dice:

—Bonamor. Se llamará Bonamor.

La madre acaricia la mejilla del bebé con un dedo, henchida de felicidad. Mauri se desprende de su pelliza de piel de oveja y cubre con ella los hombros de la mujer. El pastor se sienta en el banco junto a Raimona, la abraza por la cintura, la acomoda sobre su pecho. Se inclina y besa al niño.

No hay más bautismo que este Amor. Los buenos cristianos descreen del bautismo con agua que imparten los curas, del que dicen que «no vale para nada».

Raimona entrega el bebé a Caspolina. Mauri ayuda a Raimona a incorporarse y la toma en sus fuertes brazos. Por el pasadizo de la Balma, pasan los tres, con el niño, hasta el eremitorio de Caspolina. Mientras la ermitaña prepara una tisana de hierbas a Raimona, Mauri avisa a los padrinos de Forcall: de una sentada, se enteran de la detención de su querido Belibasta y del nacimiento del pequeño Bonamor.

—Pere, permítenos que os llevemos ahora a nuestra casa en Forcall. Allí estaréis cómodos y atendidos todo el tiempo que lo necesitéis.

Pere Mauri accede a la petición de Salvador, el bondadoso padrino que ahora lo será de Bonamor, el niño que se llama como su santo maestro. Se acomodan en el carro y, al paso, se desplazan desde la Balma hasta Forcall. Se instalan en la casa del matrimonio creyente, junto a la iglesia en construcción, que convierte en templo cristiano lo que fue mezquita de esta alquería mora.

Salvador y Dolça acomodan a Raimona y al recién nacido en la pieza más cálida de la casa, junto a la cocina. Discretamente, Mauri entrega a Salvador una bolsita con monedas: sueldos jaqueses, tornesas de plata, florines de oro... Un pequeño tesoro. Mauri siempre ha tenido monedas para regalar...



En su dormitorio, Raimona amamanta al pequeño Bonamor. El pastor Pere Mauri entra para despedirse.

—Raimona, parto a Sant Mateu para comprobar que Arnau Mauri haya podido avisar a su madre. Debo ayudar al ama Guillemeta y a los buenos cristianos a ponerse a salvo.

—Pere, Pere, muchas gracias por todo. ¿Qué será ahora de nosotros? ¿Y mi hija y mi hermana? ¿Volveré a verte?

—Están bien, mi tío Pere se ocupa de ellas, las acompaña a Vall-de-roures y yo os reuniré en cuanto sea posible. Ahora aquí estarás muy bien. Cuídate mucho y cuida de este niño. Por fortuna, en ningún momento le hablamos a Sicre de Dolça y Salvador, de esta casa de Forcall...

Pere Mauri se acerca a Raimona y la besa en la frente. Luego besa al pequeño Bonamor, que mama con los ojos cerrados. Lo siente como hijo suyo. Hijo de su breve matrimonio con Raimona. Hijo de la vida, de la azarosa peripecia de los buenos cristianos.

—Raimona, siempre estaré cerca de ti. Enséñale a Bonamor la alegría de estar vivo. Háblale de Belibasta y de mí, de nuestra amistad y de la ayuda mutua. ¡Y que escuche siempre a Salvador! Y, cuando Bonamor crezca, me agradecerá que conozca al maestro Pere del Bon Ull, de Morella.

Mauri ama a Raimona más tiernamente de lo que ha amado nunca a una mujer, pero la considera la esposa de su señor Belibasta, pues él así lo dispuso. Velará por ella y por el pequeño Bonamor, si Dios lo permite. Mauri, antes de salir de la estancia, tiene una última cosa que decirle a Raimona:

—Raimona, quiero que guardes esto, por si acaso.

Ella reconoce el objeto que Pere Mauri le tiende:

—El puñal de Belibasta.

LVIII

Bendición episcopal para Arnau Sicre (1321)

Carta del obispo inquisidor Jacques Fournier, sellada con su sigilo, para descargo y absolución de Arnau Sicre de toda eventual sospecha de herejía:

A todos los fieles de Cristo a los que llegue esta carta.

Que se sepa a tenor de la presente que Jacques, por la gracia de Dios obispo de Pàmies, y el hermano Bernat Gui y el hermano Jean de Beaune, de la orden de Predicadores, inquisidores de la herética pravedad en el Reino de Francia, delegados por la Sede Apostólica y especialmente en la región tolosana de Carcassona y circunvecinas, considerando que los dogmas pestilentes de los herejes y su doctrina envenenada, como así su sociedad contagiosa y sus frecuentaciones virulentas afectan en demasía al rebaño de Dios y la pureza de la Fe, y que su captura y arresto son además fructuosos, pues de ese modo se corta el camino de sus desplazamientos en todos los sentidos y se les quita la facultad de corromper al prójimo, a partir del momento en que son conducidos a las manos de la Iglesia espontáneamente o contra su voluntad (ellos, quienes, como hemos sabido por experiencia, no pueden ser descubiertos fácilmente, ellos que se esconden en los recovecos y se desplazan en las tinieblas, hijos de las tinieblas, a menos que se los detecte por medio de sus cómplices o por gentes que de otro modo conocen sus torcidas vías).

Por esta razón, nos, susodicho obispo, hemos enviado en el año 1320 a Arnau Sicre, alias Batlle, de Acs, en nuestra diócesis, a los Condados Catalanes y al Reino de Aragón, para descubrir y buscar con precaución, discreción y cuidado, a los fugitivos por herejía y herejes de esas regiones, desconocidos y disimulados. Y para que pudiera tanto más eficientemente hallar, arrestar y aprehender a quienes buscaba y pudiera aparecer bajo el manto de uno de sus familiares, puesto que son astutos y retorcidos, hemos permitido al mencionado Arnau que fingiera y que simulara exteriormente ser como ellos en sus prácticas, en particular ante uno o varios herejes (puesto que de otra manera no se le confiarían), a condición de que no creyera de corazón en sus errores y a ellos no cediera.

El cual Arnau, abusando del hereje Perfecto Guillem Belibasta por medio de este fraude piadoso y simulando ser su amigo, lo trajo de allí con astucia y lo condujo hasta el territorio del vizcondado de Castellbó, bajo la soberanía del conde de Foix, en donde lo hizo arrestar y detener para que fuese llevado al poder de la Iglesia, lo cual era el cometido inicial. Y este hereje, así arrestado

gracias a su trabajo y diligencia, fue llevado al Muro y calabozo de los inquisidores de Carcassona, de donde antaño se había escapado.

Por estos motivos, nos, obispo e inquisidores susodichos, a tenor de las presentes, absolvemos plenamente y consideramos quitto al dicho Arnau de todo lo que pudiere, con dicho hereje u otros fugitivos por herejía, haber dicho, hecho u obrado por tal causa, y decimos que el dicho Arnau ha merecido de nosotros y de nuestros sucesores, tras la captura del mencionado hereje conseguida por obra suya, gracia y favor especiales, en testimonio y en apoyo de los cuales le hemos acordado las presentes cartas que llevan estampados nuestros sellos.

LIX

La dispersión de los creyentes (1321-...)

El ama Guillemeta está furiosa. Su hijo le ha contado la traición de Sicre, la caída de Belibasta, y cómo las autoridades les han dejado partir a él y a su primo Pere Mauri, que ha ido a Morella a poner a salvo a Raimona, Guillemina y Blanca. El ama Guillemeta trina de rabia y miedo. Está furiosa y culpa al pastor. Y cuando le ve entrar en su casa, no puede contenerse. Le grita a la cara:

—Maldito sea ese Arnau Batlle..., ¡y malditos seáis también tú y mi hijo! Pere, Pere, ¿qué habéis hecho, qué habéis hecho? ¡Jamás podré perdonaros! ¡Jamás! ¡Mucho mejor hubiese sido que a ti y a mi hijo os hubiesen despedazado y esparcido vuestros restos antes que ver detenido a monseñor Belibasta!

Pere Mauri no intenta calmarla. La deja desahogarse. Entiende que la caída de Belibasta hunde el mundo que Guillemeta ha conseguido construirse en Sant Mateu. Guillemeta llegó aquí hace siete años y, con su iniciativa, ingenio y trabajo, se ha forjado una vida próspera, negociando primero con los caballeros hospitalarios y luego con la nueva orden de Montesa. Conmociónada, Guillemeta formula una acusación contra Pere Mauri:

—¡Tú has vendido a Belibasta!

Por toda respuesta, el pastor se ofrece a ayudarla en lo que precise, e insiste en lo peligroso de quedarse en Sant Mateu, ahora que Sicre sabe todo acerca de su vida como herejes en el lugar. Mauri entiende la consternación de Guillemeta, que en estos años ha comprado ganado, ha adquirido viñas, ha trabajado la lana y ha vendido paños a mercaderes florentinos. Ahora, el ama Guillemeta tiene que venderlo todo y borrar su pista.

Pere Mauri la ayuda. Él mismo le compra algunas ovejas a un precio muy ventajoso para Guillemeta. Ella y sus dos hijos abandonan Sant Mateu, y les acompaña Ramon Guillot, el caballero de Vila-roja del Termenès. Desde que llegó, el año anterior, se ha empleado con los montesianos. Ha colaborado en la construcción de su palacio-fortaleza, y también ha trabajado para Guillemeta. En una ocasión, Guillot ha evitado con su espada un robo en casa de Guillemeta, y ella se lo ha agradecido de modo muy efusivo. No se lo han contado a Mauri, pero Guillemeta y Guillot comparten algo más que trabajos. Se han emparejado, pese a la diferencia de edad.



Pere Mauri se lleva sus propias ovejas a Morella, en día de feria. Quiere venderlas. Las ha pastoreado durante el verano en los puertos. Esta vez ha preferido no hacer la veranada en el Pirineo, y ahora ha decidido aligerar su vida durante un tiempo: venderá el rebaño y, con las manos en los bolsillos, algún dinero y los pies ligeros, ayudará en todo lo posible a sus amigos dispersos. Se siente en parte responsable de la caída de Belibasta, al que no pudo prevenir, al que no supo defender. Tampoco hizo caso de los malos augurios que tanto temía el Perfecto, pero de eso no se arrepiente.

Durante el verano sí ha hecho alguna escapada a Forcall, para visitar a Raimona y al bebé. Y a Vall-de-roures, a casa de su amigo Oc de Serret, que acoge temporalmente a Blanca y Guillemina, ya informadas del nacimiento del pequeño Bonamor. Ha llegado también el tío de Pere Mauri, el otro Pere Mauri, y acuerdan que se lleve a las mujeres hacia el interior de Aragón, primero a Cretes, y luego a Caseres y Alcanyís, donde conoce gente de confianza que las ayudará a instalarse y trabajar.



Ahora, en la feria de septiembre de Morella, hay mercaderes de medio Aragón, de Borriana y el Baix Ebre, de la castellanía de Amposta, y también italianos. Hay muchas discusiones sobre pesos y medidas de cereal, en las que el *mostassaf* media. Y ladrones. Y putas. Y mendigos. Mauri vende ovejas por setecientos sueldos barceloneses. Su hermano Joan, en cambio, decide llevarse la restante parte del rebaño a Casteldans. Un mendigo, cerca del almodín, ruega una limosna a Pere Mauri, que le atiza una patada en la cadera. El mendigo, rabioso, se levanta y le planta cara. Mauri habla:

—Ahora que estás en pie y somos iguales, cara a cara, sí puedo compartir mi dinero contigo —le dice el pastor, y le pone un sueldo en la mano.



Mauri viaja a Alcanyís, donde se encuentra a Mersenda, que se ha instalado en la villa aragonesa tras dejar las montañas de Beseit, y también a Blanca y Guillemina que deciden volverse a Caseres. Las ayuda con el dinero de la venta de las ovejas: les entrega quinientos sueldos barceloneses.

También vuelve a visitar a Raimona y al pequeño Bonamor en Forcall, y también

les deja dinero. Poco después, baja hasta Tortosa, para explicar las novedades a otros amigos y advertirles de la traición de Sicre, que bien puede regresar y perjudicarles. Junto al puente sobre el río Ebre, Mauri encuentra a su buen amigo Ramon Isaura, de Larnat, pastor como él. Caminan y se sientan bajo un olivo, comparten queso, pan y aceitunas, y conversan:

—Ese Arnau ya era un malvado desde niño —le dice Isaura—. Le conocí en Acs, y era la piel del diablo. ¡Cuánto lamento lo que le ha pasado a Belibasta! Es una pena, porque he estado en Sicilia, y en Palermo hay un grupo de buenos cristianos, y no tienen ningún Perfecto con ellos. De todos modos, tengo la intención de instalarme allí.

—Explícales lo delicado de la situación por aquí, Ramon, por la Inquisición de Jacques Fournier. ¿En qué otros lugares sabes que vivan buenos cristianos, para acercarme a ellos?

—En la isla de Cerdeña y en la isla de Mallorca, en Ciutat.

El pastor Pere Mauri sale de Tortosa y sigue el camino de la costa, hasta Peníscola. Su puerto franco acoge la entrada y salida de navíos hacia Mallorca, Sicilia e Italia. Pere pacta con un marinero llamado Trías, que hace unos años intentó fletar una nave para ayudar a huir a algunos caballeros templarios con un lote de bienes ya confiscados por el rey Jaume II. El empeño fracasó, Trías pagó su pena, y ahora ha vuelto a sus navegaciones. Mauri se embarca con él, rumbo a la isla de Mallorca. Sigue su vida itinerante, pero ahora sobre las olas del mar Mediterráneo.



El capitán Trías dirige a Pere Mauri hacia una *possessió* próxima a Ciutat, Son Ferriol, donde puede encontrar a gentes de su nación y su lengua. Son occitanos, descendientes de los que colaboraron con Jaume I en la conquista de Mallorca, gentes como Oliver de Termes, Ramon de Canet, Aymerich, Barberà, Bonet, Ferriol, Jordà, Riusech, Riutord... Algunos de ellos fueron herejes perseguidos, y conservan memoria de sus mayores, reverdecida ahora por la llegada de los últimos fugitivos de la Inquisición del obispo Jacques Fournier, iniciada hace tres años, en 1318. Pere Mauri traba relación con algunos de ellos, en especial con dos canteros que trabajan en la catedral.

Uno de ellos proyecta esculpir un árbol sagrado, árbol de la vida, sobre una de las portaladas... Mauri comparte con ellos sus añoradas conversaciones con el maestro Pere del Bon Ull, de Morella. Ellos le hablan de un sabio iluminado de la isla, Ramon

Llull *lo Foll*. Y así tiene conocimiento el pastor de la simpatía que este sabio mallorquín expresa en sus escritos y prédicas hacia las creencias de los buenos cristianos, por su austeridad, alejada de las pompas de la iglesia temporal... Pere Mauri siente inclinación por un hombre que, como él, no deja de moverse por el mundo con una idea: acercar las grandes religiones por su esencia, sin esgrimir armas, únicamente mediante el arte de la palabra.



Pere Mauri vuelve a embarcarse un mes más tarde con unos comerciantes de Sóller, que navegan hacia Montpellier, y que luego costearán hasta Barcelona y hacia Tortosa. El pastor deja Mallorca porque siente nostalgia de los pastos de Sant Mateu, de los amigos perdidos de su comunidad y, sobre todo, de Raimona y de su hijo, Bonamor.

Desembarca en Tortosa, donde se queda un tiempo al servicio de Pere y Guillem Espà, cuyas ovejas pastorea. Son buenos cristianos, y por otros viajeros occitanos han conocido la noticia que comunican a Mauri, y que el pastor ya barruntaba: Belibasta ha muerto en la hoguera, en el castillo de Vila-roja del Termenès.

Pere Mauri eleva una oración por su amigo Guillem Belibasta, señor de Morella, cuya alma ya está con el Padre Celestial, en compañía de las de Felip d'Alayrac, Ramon de Castelnaud, los hermanos Autier y tantos otros conocedores del *Bé*.

Lo que no sabe Mauri es que Arnau Sicre ha vuelto. Se mueve por la castellanía de Amposta, por el Maestrat de Montesa y por Els Ports de Morella, a la busca y captura de herejes que convertir en dinero. Sicre tiene ahora la bolsa llena, y quiere multiplicar sus ganancias: con su impío dinero, financia y aviva ojos y oídos en todas estas tierras para encontrar pistas que le lleven a buenas presas en su labor de caza. ¡Y Pere Mauri es una pieza principal! Pere Mauri está en Tortosa, y Sicre ya tiene confidentes en Tortosa...



Pere Mauri desea visitar al niño que ama como a un hijo, Bonamor Belibasta, hijo de Raimona Martí, nacido en la Santa Balma del señorío de Morella. Pero antes decide ascender por el río Ebre hasta Flix. Necesita más dinero, para proveer a

Raimona y Bonamor. Y en Flix tiene buenos amigos, algunos de ellos sarracenos a los que en alguna ocasión ha dado dinero y ha hecho regalos. Siempre ha gustado de cruzar sus rebaños por Flix, en un meandro del río en el que se alza un castillo de fundación islámica y fortificado por sus conquistadores. Sabe que sus amigos le ayudarán, le devolverán el favor en una forma u otra, ¡y además saludará a su prima Joana, a la que salvó la vida en Beseit! Al final la ayudó a instalarse en Flix, con un amigo sarraceno converso, el barquero Amed.



Joana, que se ha emparejado con Amed, insiste en ofrecerle su hospitalidad. Mauri la acepta, y mientras cenan un guiso de cordero, el pastor les relata que Belibasta ha muerto y que sus cenizas se han dispersado en el aire de Les Corberes. Joana le dice que ya lo sabe, y le pregunta por Mersenda, su madre. Mauri le cuenta que dejó Beseit y que vive entre Cretes y Alcanyís, y que la comunidad de buenos cristianos de Morella y Sant Mateu ya es historia...

Pere Mauri se queda a dormir en casa de Joana, cerca del río. Mientras concilia el sueño, recuerda la noche que pasó en la posada de la villa vecina de Ascó con Belibasta, su primo Arnau Mauri y Arnau Sicre, el traidor, y ahora se da cuenta de que su treta de emborrachar a Sicre fue un fracaso. Ahora entiende que Sicre fingió estar ebrio, fingió ser un fidelísimo defensor de Belibasta cuando él le propuso entregar al hereje a los inquisidores y repartirse la recompensa... Sicre es, sin duda, uno de los hombres más inteligentes y astutos que ha conocido...



Esa madrugada cree estar soñando cuando vuelve a ver la cara de Arnau Batlle-Sicre. Pero no es un sueño. Una escuadra de soldados a las órdenes del baile de Flix irrumpe en la habitación del pastor Pere Mauri, y Arnau Sicre acompaña al baile. Pere Mauri, como Belibasta en Tírvia, es detenido por los soldados del baile y, escoltado por el traidor, acaba con sus huesos en una mazmorra del viejo castillo de Flix.

Su prima Joana, que tanto clamó en Prades, Orta y Beseit que entregaría las costillas de Belibasta al fuego, ahora ha entregado al pastor Pere Mauri, el hombre

que un día le salvó la vida.

LX

El mensaje de Bonamor (Forcall, 1336)

El joven se aleja un paso y contempla la piedra que está labrando. Es un sillar en forma de prisma que él mismo ha tallado y en el que esculpe ahora dos primorosas figuras, en dos de sus lados. Dos palomas posadas, serenas, con las alas plegadas, enfrentadas en el ángulo de la piedra.

Acaba de cincelar el altorrelieve de las plumas. En pie, el joven da un paso atrás sin pisar los cinceles, punzones y escoplos dispersos en el suelo, alrededor de la piedra blanca, cuyas esquirlas nievan el pavimento de la plazuela, empedrada con guijarros de río. Los primeros rayos de sol superan el ábside de la iglesia de Forcall y bañan la piedra con brillos de oro y plata. El joven contempla los juegos de sombras en los cuerpos de sus palomas. ¡Las plumas de las alas parecen vibrar con la ascendente luz! El corazón le salta de gozo en el pecho.

El joven se sienta en otra de las varias piedras a medio labrar esparcidas en el suelo, toma un cincel, empuña una maceta y perfila con delicadeza los picos de las palomas, que se besan en la arista del sillar. Es una piedra angular: una vez colocada en su emplazamiento, en un ángulo del templo, podrá contemplarse por dos de sus lados. Con esta talla, el joven espera sorprender y agradar a su maestro. El muchacho acaba de cumplir quince años, y desde los siete aprende el arte de la cantería como fámulo del maestro Pere del Bon Ull, de la cuadrilla de canteros de Morella.

Con sus compañeros de cuadrilla aprende y colabora en la factura de piezas de la basílica arciprestal de Morella. Son canteros que operan en otros templos y ermitas de pueblos vecinos. El joven vive entre Morella y Forcall, donde se ha criado con su madre y sus padrinos. Ha cumplido quince años, y quiere proponer a su maestro una pieza para una nueva portalada que preparan en la iglesia de Forcall, justamente frente a la casa de sus padrinos. Quiere que esta piedra sea el broche de su aprendizaje como cantero.

El joven rebaja la piedra en torno a los cuerpos de las palomas, para imprimirles más volumen. Cincela con mimo el arranque de las sutiles patitas, y con un punzón muy fino erosiona el punto preciso de los ojos de las dos aves en la blanca piedra, que gusta de acariciar de cuando en cuando con voluptuosidad, como si estuviese viva. De hecho, es capaz de sentir el palpito de la piedra como un amante siente el de la carne cálida y suave de la amada.

Mientras resalta las líneas de las plumas caudales, el mozo pierde la noción del tiempo y del espacio. Sus manos trabajan solas mientras canturrea: «*Al temps de prima doça / jos l'arbre a mans de florejar / Juliana se ten amb la sòrre / Doç amor!*»

Es una cancioncilla que su madre le cantaba siendo niño, y su memoria le trae recuerdos de sus juegos con ella junto al río Caldes, en la Font de l'Om. De los paseos en busca de moras y caracoles. De sus panadas azucaradas y sus guisos. De la dulce cuajada traída por los pastores de ovejas algunas tardes, que con su madre tomaban con miel. Del pan empapado en vino granate y espolvoreado de azúcar. De sus abrazos y sus besos. De las historias que le ha contado sobre su padre, muerto por su fe muy lejos, en el Reino de Francia, antes de que él naciera. Y del pastor Pere Mauri, de un ojo de cada color, valiente y generoso, amigo de su padre y de su madre, y que le ayudó a venir al mundo en la cueva de la Balma. Tampoco a él ha podido conocerlo. Su madre supo que había sido detenido por los mismos enemigos de su padre siendo él todavía un bebé, y nunca más se volvió a saber de él.



El joven esculpe y canturrea, canturrea y cincela, fuera del mundo. O tan fundido en él que no siente peso ni roce alguno. Sus manos ya vuelan solas, guiadas por un conocimiento que le traspasa, que no es suyo, que es del aire y de la piedra, y en esta suspensión de los sentidos recuerda el día en que tomó por primera vez las herramientas de cantería, a los siete años. Desde muy niño le llevó su madre al taller de los canteros de Morella, donde el maestro Pere del Bon Ull se hizo cargo de su educación. Su venerable maestro, conocedor de todos los secretos de la piedra, y de cómo la piedra se labra y se trabaja como se trabaja el alma del hombre.

El joven ha aprendido que el buen cantero extrae de la piedra bruta e informe, con su arte y dedicación, formas elevadas y sutiles que sonríen y cantan, corren y vuelan, que hablan y rezan. Del mismo modo, el alma puede labrarse, tallarse y pulirse hasta volar, elevarse y hablar con los animales y los bosques, el viento y las nubes, y entender así el mensaje de Dios, que es el del Amor incondicional. Si una piedra puede levitar a muchos metros sobre el suelo en el cielo de templos y catedrales, sin caer al suelo hasta el fin de los tiempos, así puede también levitar y elevarse el alma humana hasta conocer el cielo y el fin de los tiempos.

El maestro Pere del Bon Ull está orgulloso de la aplicación y talento del joven, de su inteligencia y dedicación. Le ha prometido que, si persevera, le encargará grandes obras, que le acompañará en sus trabajos en las grandes catedrales que se alzan en todo el orbe cristiano, ahora que la piedra puede estilizarse en finas tracerías, y

transformarse en pura luz, en finas filigranas de etéreos rosetones.



Las palomas se besan en el pico, y el joven ya oye en la piedra su algodónado zureo. Las palomas ahuecan las alas, desperezan las plumas, abren los picos y le hablan de hombres, mujeres y niños que perecieron un siglo antes de que él naciera, acorralados en encumbrados castillos y quemados en hogueras a las que subían por su propio pie, cantando, por no renunciar a su fe. La forma de la paloma simbolizaba para aquellos creyentes la del espíritu que asciende al Padre Celestial. Ellos dejaron minúsculas palomas de barro emparedadas en los muros del castillo de Montsegur, antes de descender a la muerte en la hoguera... Palomas eternas, que entre los muros seguirán volando por siempre.

—Pero no son las palomas, ¡es el Amor!

Una mano se posa sobre el hombro del joven, y la voz de un hombre le sobresalta, le sacude de su trance con la piedra. El joven detiene la maceta y el cincel, se vuelve, levanta la vista. El hombre que ha posado su mano en el hombro del joven viste pelliza de piel de oveja, calzado de cuero muy desgastado, faja, zurrón, cubre su cabeza con una crespina oscura de serraje y su rostro, de piel tosca y curtida de soles y vientos, está cubierto por una barba de pelo muy recio y canoso. Pero en lo primero en que se fija el joven es en la mirada chispeante del hombre, una mirada de dos colores. Nunca le ha visto antes.

—Hola, hola... Oh, buen hombre, perdonadme, no os he oído. ¿Qué me decíais?

—Son unas palomas muy hermosas..., muy hermosas... Solo he dicho que el Amor es la única paloma verdadera, la que vuela siempre. La que vuela en todas las edades de la vida y más allá de la muerte.

El joven se pone en pie y contempla su obra.

—A mí me parece que estas palomas están a punto de ponerse a volar.

—Tú eres quien tiene que volar.

—¿Adónde?

—Por el mundo. Quizá te han explicado que este mundo es el infierno, que toda la materia y la carne son obra del diablo, que Dios está en otra parte...

—Algo de eso me explicó mi madre... ¿Quién sois vos?

—Mira alrededor: todo está colmado de belleza. Mira a las personas: si les sonríes, ¿no te sonríen? Y dime: ¿tú crees que la carne de tu madre, sus besos, sus abrazos, son el demonio?

El joven calla, escruta intrigado el rostro del hombre y, en su corazón, siente que el desconocido está en lo cierto.

—¿Conocéis a mi madre?

—Una mujer maravillosa..., que veo que tuvo un hijo maravilloso. ¿Está aquí tu madre, hijo?

—Mi madre murió el año pasado, señor. Está enterrada en el camposanto tras el ábside.

El desconocido dobla las rodillas, se sienta en una de las piedras, inclina el torso, agacha la cabeza y esconde el rostro entre sus manos ásperas. El desconocido llora en silencio, sus hombros tiemblan.

—Señor...

El joven no sabe qué hacer, pero siente que una honda pena le sube por la garganta al ver llorar a este hombre. Siente la necesidad de ponerle una mano en el hombro, de darle algún consuelo.

—Raimona...

El hombre solloza el nombre de la madre del joven, seca sus lágrimas con las manos y habla consigo mismo entre sollozos:

—No debería haberme ido... Pero tenía que ayudar a los otros... Raimona... Lo siento... Raimona, me detuvieron... Mi prima Joana y Sicre... Iba a venir..., iba a venir... Lo siento... ¡Pero os protegí, eso sí! Nada supo Fournier de vosotros por mi boca. Tantos años en el Muro de Carcassona... Raimona, Raimona...

El hombre habla solo y el joven se estremece. No entiende todo lo que oye, pero súbitamente sospecha algo acerca de la identidad del desconocido. El joven se agacha, con una mano aferrada a un brazo del hombre.

—¿Cómo se llama usted, señor?

—Pere Mauri. Pere Mauri, hijo. ¡Cuánto me alegra conocerte, Bonamor!



Bonamor y el pastor Pere Mauri, en pie junto a la piedra de los pájaros, se abrazan, mientras el sol sube sobre la iglesia en construcción de Forcall. Bonamor lleva a Mauri a la casa en que se ha criado, en un lateral de la plazoleta, junto a la iglesia. Los padrinos Salvador y Dolça no están en la casa, han partido de viaje a Benifassà, a atender a un familiar enfermo que vive en aquellas montañas. Bonamor

ofrece vino y queso a Mauri, y se cuentan sus vidas.

Mauri cuenta que le detuvieron en Flix hace quince años, y que le condujeron a las mazmorras de la ciudad de Barcelona. Desde allí, tras interrogatorios y papeleos del inquisidor de la Corona de Aragón, le trasladaron al Muro de Carcassona.

Cuenta Mauri que el obispo Jacques Fournier, en su audiencia de Pàmies, le sometió a proceso, a interrogatorios pertinaces, insistentes, sibilinos, y a reclusiones a pan y agua para estimular su memoria.

Mauri le relató al inquisidor una versión espurgada de lo vivido con Belibasta, evitó incriminar a todos los creyentes que pudo, escondió pistas para evitar que los localizasen y prendieran. Así Mauri sorteó la hoguera con pericia: insinuó tener más cosas que confesar y contó otras que atenuaban sus culpas.

Y, una vez más, manejó su encanto natural, su simpatía y su bonhomía, hechizó a sus inquisidores, que entendieron que aquel pastor, aquel hombre que amaba las montañas y los pastos, era un hombre de corazón ancho que podía ser recuperado para la religión católica..., y bien que él se aplicó en insinuar esta salida. El famoso pastor Mauri, regenerado para el catolicismo, sería una eficiente baza.

Los inquisidores decidieron evitarle la hoguera y, entretanto, ablandarle en el Muro de Carcassona durante un tiempo. Pero pasaron los años sobre los huesos de Mauri, mientras Fournier se afanaba en muchos otros procesos abiertos... hasta hace apenas dos años, cuando el inquisidor fue nombrado Papa: Benedicto XII.

Jacques Fournier partió a Avinyó con algunos de sus inquisidores y servidores de Pàmies y Carcassona. Hubo cambio de carceleros en el Muro de Carcassona. Uno de los recién llegados, natural del Sabartés, al cabo de unos meses se asombró al ver preso en el Muro al legendario Pere Mauri, sobre el que tantas consejas y aventuras oyó contar de muchacho en el Alt Arieja. ¡Allí todos le creían muerto! El carcelero del Sabartés sintió compasión por Mauri y, como si fuera alguien de su propia familia, encontró la ocasión de facilitarle la fuga de Carcassona, pocas semanas atrás.



Esto le cuenta Mauri a Bonamor: escapó del Muro de Carcassona, se internó en los Pirineos, los cruzó y rehízo el itinerario que tantas veces había seguido quince años atrás y veinticinco años atrás. Pero, en esta ocasión, Mauri le cuenta a Bonamor que ha evitado todo tipo de encuentros, al contrario de lo que hacía antiguamente. Le cuenta que ha caminado por las noches y que se ha ocultado durante los días. Ha caminado sin desviarse hasta Els Ports de Morella, hasta la villa de Forcall. En busca

de la que fue su esposa una noche lejana en Morella. En busca del que considera hijo suyo, Bonamor.



Bonamor Martí, que así conocen en Forcall y Morella al joven, con el apellido de su madre viuda, no puede apartar la mirada de este hombre. ¡Tantas veces oyó a su madre hablar de Pere Mauri! De lo que decía, de lo que hacía... Más de una vez Bonamor ha sentido que la figura del pastor ensombrecía a la de su propio padre, Guillem Belibasta, de quien con afecto y admiración le hablaba también su madre. Bonamor conoce las enseñanzas de Belibasta sobre el cielo y el infierno, sobre el Padre Celestial y la salvación de las almas, pero eran las peripecias y ocurrencias del pastor lo que se le antojaba más entrañable, lo que le llegaba más al corazón.

—Mi madre me hablaba mucho de ti, tío, de tus aventuras en la montaña, de todo lo que ayudaste a mi padre y a ella, y a mi hermana, mi tía, a vuestros amigos...

—Bonamor, nada hay más importante que los demás. Yo amaba mucho a tu padre. A veces me reía de las cosas que decía, otras me burlaba, y alguna vez nos disgustábamos, pero nunca dejé de quererle. La felicidad de los que amas es la sustancia de tu felicidad.

—Yo soy feliz con mis padrinos Salvador y Dolça y con mis compañeros de cofradía. Soy cantero con ellos, y mi maestro Pere del Bon Ull, que me ha enseñado los secretos de la piedra, también me ha hablado de ti y de tu sabiduría.

—No tengo otra sabiduría que la alegría. Se lo dije una vez a tu padre: no pregunto a nadie en qué cree, solo comparto con todo el mundo lo que tengo, y eso me basta.

—¿Te han gustado mis palomas, tío?

—Son preciosas, Bonamor. Sé que hablan de las creencias de los *bons homes*, lo sé. Unas creencias que, como todas, pueden convertir la belleza del mundo en un infierno. Cuando no entiendes que toda creencia es solo un relato para buscar un sentido a los misterios del mundo, puedes desencadenar la furia y la sangre. Todos son cuentos más o menos bonitos, Bonamor. Si pretendes imponer un cuento a los demás, ¿qué vale ese cuento y qué vales tú? Eso hicieron el Rey de Francia y el papa de Roma, eso siguen haciendo ellos y sus inquisidores..., ¡y eso también hubiesen hecho muchos creyentes si hubiesen podido!

—Mi arma son los cinceles.

—Y haces bien, Bonamor, y tus palomas son muy hermosas..., pero mira que no sean tu vanidad hecha piedra, mira que quizá buscas imponer algo a los demás con tus cinceles.

—La paloma expresa la elevación del alma.

—Hay mensajes preciosos, pero cada mensaje encuentra su momento. Y quizá no es el momento, quizá no estemos preparados todavía. Hay aún demasiada gente dispuesta a matar por un símbolo, una idea. Y la vanidad por un símbolo puede atraer la furia y la sangre...

—¿Hablas del traidor Sicre, el que os vendió a mi padre y a ti?

—Yo he tenido que llegar hasta aquí a escondidas, Bonamor. Porque Sicre no descansa, las hogueras siguen encendidas... He visto ya mucha masacre, mucha persecución, mucha desgracia, Bonamor. Tú y tus canteros creáis belleza, pero mirad que sea sutil, que sea para las generaciones que vendrán, que podrán entenderla mejor que la nuestra...

—Las palomas...

—Hay mensajes que reverdecen y florecen con más esplendor cuando los recibe quien está preparado para que germinen. Si no, pueden desatar el espanto. Vigila que tus palomas, donde las expongas, no sean destruidas por la furia y el fuego, que no den ocasión de atraer el horror sobre ti y los tuyos... Quizá tus palomas cantarán mejor en el futuro...

—¿En qué futuro?

—Un futuro en que canten mejor en los corazones abiertos a la maravilla de este mundo, a la belleza de la vida terrenal... ¡El que pueda entender, entenderá llegado el momento!

Bonamor guarda silencio, da vueltas a las palabras de Pere Mauri. El pastor mira con infinito amor a su hijo y le pregunta:

—¿Te dijo algo tu madre de un puñal?

—Sí. Un puñal que fue de mi padre. Aquí lo guardo.

—No lo llesves nunca encima, Bonamor, nunca. ¿Conoces su historia?

Bonamor no sabe nada sobre el puñal. Pere Mauri le explica a Bonamor lo que nunca le explicó su madre: el crimen de su padre por defender las posesiones de la familia, su posición social, sus ambiciones patrimoniales, y cómo el uso de ese puñal cambió la vida de una familia.

—Te explico todo esto porque un día tu padre me dijo que, si él moría, te enseñase el *Bé*. Ya te he explicado que el *Bé* está en el corazón del mundo y en tu propio corazón, y que vivimos de relatos, y que un día aprenderemos que todos los relatos están bien si sabemos vivir sin que ninguno nos domine y si en todos vemos alguna maravilla, y que no hay nada arriba en el cielo que no esté abajo en la tierra.



El sol se pone sobre Forcall. Mauri ayuda a Bonamor a resguardar las piedras en el zaguán de la casa, donde tiene su pequeño taller de cantero, y Bonamor cubre con un paño su piedra de las palomas. El muchacho le confía a Mauri su sueño, la promesa de Pere del Bon Ull: llevar una vida itinerante, de catedral en catedral, de ermita en ermita, de templo en templo, construyendo templos y ermitas por los Reinos de Valencia y Aragón, por los Condados Catalanes y por el Reino de Mallorca, incluso por el Reino de Francia...

—¡Una vida como la mía! ¡Una vida de pastor... de piedras! —Ríe Mauri, alborozado, con su humor alegre y zumbón.

El pastor Pere Mauri, agotado por sus caminatas de días anteriores y por este día emocionante, se queda dormido sentado a la mesa. Bonamor le ayuda a acostarse en su propio jergón.

Bonamor pasa la noche en vela. Observa a la tenue luz de un candil el movimiento de sus palomas en la piedra blanca y repasa todo lo que hoy le ha dicho su nuevo padre.

A la mañana siguiente, Pere Mauri le comunica a Bonamor que se vuelve al camino, que quiere intentar reencontrar a los viejos amigos. Y se despide del joven. Le abraza con fuerza, le besa:

—No sé cuándo volveré, Bonamor, y no sé si al volver te encontraré aquí o estarás por el mundo. Si no volvemos a vernos, haz honor a tu nombre: comparte lo tuyo con todos y reparte amor y alegría. Me voy. Te dejo un regalo sobre la mesa, hijo.

El muchacho siente un nudo en la garganta cuando ve alejarse al pastor Pere Mauri. Bonamor, que ha crecido sin padre, ve ahora partir al padre que ha tenido durante un día, y del que le parece haber aprendido más que en una vida.



Bonamor entra en su casa, la casa junto a la iglesia de Forcall. Sobre la mesa Pere Mauri ha dejado un paño con una docena de monedas de oro y plata.

El muchacho mira la piedra en la que ha labrado dos palomas que se besan en el

pico. Como Jesús y la Magdalena, como su padre y su madre... Y decide enviarlas al futuro. Decide ahorrarles piquetas, destrucción, incendios. Bonamor quiere que sus palomas vuelen a través de los siglos en busca de alguien que sepa escuchar su mensaje. Como las palomitas de barro que emparedaron los Perfectos de Montsegur.

Que las palomas busquen a quien sepa oírles, alguien cuyos tatarabuelos de sus bisabuelos aún no han nacido, alguien a quien los tiempos elegirán. Él, Bonamor, empieza ahora una vida nueva: conoce ya su pasado, ¡es hora de construir su futuro!

El joven toma sus herramientas y abre un hueco en una pared de la casa. Luego coloca la piedra en vertical en el suelo, la abraza con fuerza, contiene la respiración, la alza, la coloca en el hueco.

La empareda con obra de mampostería y cal. A punto ya de tapar el hueco, se detiene. Se dirige a la caja que custodia los objetos más queridos de su madre muerta. Y toma uno de ellos. En una oquedad que aún resta abierta junto a la piedra de las palomas, Bonamor encaja el puñal de Belibasta, su padre, un puñal puntiagudo, de filo curvo, muy cortante y bien templado en cuya hoja lee: «*Soch com cal cuan punchu fai mal.*»



Ese puñal que un día mató, el mismo puñal que le llevó a él a la vida, el puñal que cortó su cordón umbilical, queda ahora oculto en un muro. Como las palomas de Montsegur. El puñal, junto a su querida piedra de las palomas. Unas palomas que ahora alzan un vuelo que durará siete siglos. Justo los setecientos años que Belibasta profetizó.

Epílogo del autor sobre sí mismo

En los años ochenta del siglo xx, el interés por mi genealogía —la de los Amela— me llevó a los fabulosos archivos parroquiales de Forcall y Morella. De este modo pude remontarme en línea ascendente hasta los primeros Amela. Y así supe que, en el año 1314, un Guillem Amela era entrevistado en Morella por el obispo Paholac (en su visita pastoral de aquel año a su ciudad natal).

¡Este Guillem Amela fue, por tanto, vecino de Guillem Belibasta! Convivió con él y su familia en los años en que aquellos fugitivos cátaros se instalaban pacífica y discretamente en la ciudad de Morella (1314-1321). Por eso hago aparecer fugazmente a un Guillem Amela en el capítulo xxiv: un homenaje a mi ancestro más remoto, que probablemente conversó con Belibasta, Raimona y el pastor Pere Mauri en la Morella del siglo xiv.

*Rastreé entonces la pista de Belibasta en la historia oficial de Morella: ¡ni una mención! Yo había sabido de su existencia al leer *La captura del cátaro Belibaste* (Muchnik Editores, 1986), transcripción del testimonio del cazarrecompensas Arnau Batlle-Sicre ante el obispo-inquisidor de Pàmies, rescatada del olvido en los archivos vaticanos por el historiador francés Jean Duvernoy (*Le registre d’Inquisition de Jacques Fournier*, Mouton Editeur).*

Pero ninguna huella parecían haber dejado en Morella aquellos fugitivos occitanos... hasta que caí en la cuenta de que una de las plazas más antiguas de la villa se llama... Plaça dels Tarrascons, y justamente desde principios del siglo XIV. ¡De Tarascon, en el Alt Arieja, eran naturales muchos de aquellos cátaros! Comenté mis sospechas al historiador local Serafí Gamundí (q.e.p.d.): me escuchó con suma atención, confesó no disponer de dato alguno..., y me aceptó que era muy verosímil mi tesis de que la occitana villa de origen de aquellas gentes bautizase dicha plazoleta.

Desde entonces, no he dejado de acopiar pistas sobre aquellos hombres y mujeres y sobre la Morella de su tiempo. Por eso todos los personajes, fechas y sucesos que hilvano están documentados. Incluida la preciosa piedra de las palomas: llegada a mis manos en 1980 —como relato en el capítulo II—, ha acabado siendo piedra clave de la bóveda de esta novela. Todo es por algo...

El puñal y la piedra que abren y cierran el relato aparecieron hace treinta años en el interior de una pared en una vieja casa forcallana de mi familia. No supe entonces darles un significado.

Al escribir las peripecias de los últimos cátaros —casi dictadas por ellos mismos—, puñal y piedra han cobrado sentido y han reclamado su lugar en la historia. La piedra de las palomas puede visitarse hoy en el Museu de Forcall, y el puñal obra en mi poder.

Esta novela es mi homenaje a aquellos hombres y mujeres que hace setecientos años fueron engullidos por las sombras de la memoria.

Notas

[1] Los protagonistas de esta novela son hoy conocidos como «cátaros» (del griego *katharós* «puro», o quizá del alemán *ketzer*, «gato», o del francés *catier*, animal relacionado con lo diabólico), pero ellos jamás se autodenominaron así. El término fue empleado por algunos adversarios para denostarlos. Los protagonistas de esta novela fueron cristianos críticos con el clero y el dogma católico-romano, y por eso se autodenominaron *cristians*, *bons cristians*, *creients*, *bons creients*, *bons homes* y *bones dones*, *homes sants*, *bones barbas* —por dejárselas crecer, en sus primeros tiempos—, «seguidores del Bé», «conocedores del Bé», «tejedores» —por ser oficio frecuente entre ellos—, y así los identifico. Se les conoció también como «albigenses» —por la ciudad de Albi, en la que fueron masacrados muchos al comienzo de la Cruzada contra su herejía—, o «secta maniquea», por creer en la pugna entre el poder del Mal (Dios bíblico) y el poder del Bien (Dios verdadero). (*N. del A.*) <<

[2] El oficio de *paraire* consiste en esquila y preparar la lana —lavarla, percharla, cardarla...— que luego se tejerá, y desde el siglo XIII hasta el siglo XIX fue practicado por mucha gente en Morella y sus aldeas, particularmente en Catí. (N. del A.) <<

[3] Una dieta equivalía a unos cincuenta kilómetros. Era la distancia que Pere Mauri era capaz de cubrir en un día. (N. del A.) <<